DOBLE CRIMEN EN FINISTERRE

UN CASO DEL CABO HOLMES

CARLOS LAREDO

Una de las más apasionantes novelas de la serie «El cabo Holmes»

En esta novela, séptima de la colección de «el cabo Holmes», con una trama nueva, original e inesperada, se hace evidente la experiencia y madurez narrativa del autor de esta famosa serie de novelas policíacas, en la que un simple pero inteligente y metódico guardia civil de pueblo hace gala de una intuición y una agudeza mental fuera de lo común.

Con su lenguaje sencillo, fluido y culto, Carlos Laredo cuenta algo más que un simple crimen y la correspondiente investigación. Los hechos y los personajes son el soporte de una historia de intereses, sentimientos y circunstancias que muestran el lado más humano de los protagonistas, situados en el mágico decorado de la Galicia más recóndita, la Costa de la Muerte.

La presencia accidental del millonario y caprichoso detective Julio César Santos, amigo del cabo Holmes, entre otros personajes variopintos, aporta un toque de humor y color a la trama que, como en todas las novelas de la serie, se cierra con un final emocionante.

Doble crimen en Finisterre

un caso del cabo Holmes

Carlos Laredo

Mapa de los municipios de CEE y CORCUBIÓN

Introducción

Una confidencia del autor

Escribo las novelas del cabo Holmes con la intención de hacer pasar un buen rato a quien las lea. Esto es una aclaración, supongo. No trato de engañar a nadie para, al final, sorprender con algo insospechado o sacarme de la manga un personaje o un hecho que nadie podía haber imaginado. Considero que eso es hacer trampa. Intento, al contrario, contar una historia verosímil y dejar que usted descubra lo que pasó avanzando al mismo tiempo que el cabo Holmes y con los mismos datos de los que él dispone para dar con la solución de los casos a los que se enfrenta.

Por eso, le propongo que, en su imaginación, se oculte conmigo en la oscuridad de una noche de otoño en un lugar llamado Redonda, por el camino del Cabo de Nasa, entre la Ría de Corcubión y la ensenada de Sardiñeiro, en plena Costa de la Muerte gallega. Hacia poniente, se adivina la sombra espectral del Cabo Finisterre. En frente, la enorme masa granítica del Monte Pindo deja escapar de su contorno, recortado entre nubes tormentosas, destellos de rayos aislados que se mezclan y confunden con el aullido de algún lobo solitario y el tableteo abrupto y apagado de truenos lejanos. Hacia la mitad de ese camino oscuro y aislado, se encuentra la finca de los Besteiro: una propiedad de tres mil metros cuadrados frente a la ría, que a esas horas (entre las dos y las cuatro de la madrugada) se funde con la negrura del cielo y el océano.

Allí, agazapados al filo de la madrugada, veríamos llegar un coche pequeño y oscuro que avanza lentamente a lo largo de la valla, pasa ante la entrada principal, se detiene a unos cincuenta metros y apaga las luces. Unos segundos después, se oye un portazo y surge una sombra que avanza hacia el portón de hierro, apenas iluminado por la débil luz de un farolillo. Se trata de un hombre, a juzgar por su figura y sus movimientos. Viste completamente de negro, lleva puesto un verdugo que le cubre la cabeza y sostiene en la mano una caja de plástico de las que se usan para transportar botellas de cerveza. Se acerca al portón. Deja en el suelo la caja, se sube encima como para escalar el muro, inicia el movimiento y se detiene. Se baja, se acerca a la puerta pequeña que hay junto al portón. No se ve bien lo que hace. Parece que prueba a ver si está abierta o hurga en la cerradura.

Finalmente, la puerta se abre y el hombre entra. Sigue cayendo una lluvia tenaz.

Apenas habríamos podido ver su figura silenciosa avanzando hacia la casa. No oiríamos el ruido que hizo al abrir o forzar la puerta de la cocina, ya que la lluvia al caer sobre las tejas y los truenos lejanos ocultan cualquier sonido menor. Tampoco podríamos ver los reflejos intermitentes de su linterna a través de los ventanales de la planta baja ni en los dormitorios de la superior, pues las persianas estaban bajadas y las cortinas corridas. Habríamos oído, probablemente, el sonido sordo de dos disparos de un arma de pequeño calibre, distanciados entre sí algo menos de un minuto, aunque quizá no lo hubiéramos asociado con el de un arma de fuego. No sé si habríamos oído los ruidos producidos por algunos muebles, cajones y cuadros al caer o cristales al romperse, pues la casa estaba lejos de la entrada de la finca y el sonido de la lluvia era fuerte y persistente. Habríamos visto finalmente salir al hombre de negro por la puerta pequeña, que abrió desde dentro, y observado cómo se dirigía hacia el vehículo oculto algo más allá. Oiríamos cómo se cerraba la puerta del coche y se accionaba el motor de arranque. Veríamos pasar el coche a lo largo de la valla y desaparecer tras el destello rojo de los frenos al llegar al cruce de la pista.

Hasta aquí, usted y yo sabemos lo mismo. Ahora, dejemos que el cabo primero José Souto, jefe provisional del puesto de la Guardia Civil de Corcubión, conocido como «cabo Holmes», haga su trabajo. Y no olvide que todo lo que sigue es completamente imaginario, tanto los hechos como los personajes. Solo los lugares existen, como usted y yo.

Capítulo I

1

Como cada mañana, el cabo primero José Souto desayunaba tranquilamente con su mujer en Doña Carmen, la casa de turismo rural donde vivían, instalada en la antigua propiedad de sus abuelos, muy cerca de Cee (A Coruña[1]). Estaba a punto de dar el último sorbo a la taza de café con leche cuando sonó su teléfono móvil oficial. Murmuró una palabra malsonante y temió por un instante que hubiera ocurrido algo grave, ya que a ese teléfono únicamente lo llamaba la Guardia Civil y no era normal que lo hicieran solo unos minutos antes de las ocho, la hora a la que salía siempre hacia el cuartelillo.

—¡Diga! —dijo en tono desabrido.

—Perdone, cabo. —La voz de la joven agente Verónica Lago sonó melosa, casi suplicante.

—¿Qué pasa, Vero?

Souto, sin ocultar su fastidio, pasó a un tono tolerante y paternal porque la agente Lago le caía bien, era lista, eficaz y muy respetuosa con sus superiores, cualidades castrenses que el cabo valoraba positivamente y que, en el caso de la agente, se adornaban con otra nada cuartelera: su belleza. Precisamente por esa razón, Aurelio Taboada, el colaborador más próximo al cabo, le había pedido a ella que lo llamara. Confiaba en que su voz aterciopelada y la imaginación del cabo al oírla suavizarían su mal humor mañanero, peligrosamente ácido cuando lo llamaban a su casa. La agente Lago explicó a su jefe de qué se trataba: Manuela, hermana de un guardia llamado Rubial, que trabajaba de asistenta en casa de los Besteiro, una de las familias más ricas de Corcubión, acababa de llamar desde allí muy asustada. Por lo visto, no se atrevía a entrar en el chalé porque la puerta de servicio estaba descerrajada y tenía miedo de que hubiera ladrones dentro. Había llamado varias veces al móvil de la señora y no contestaba.

—Rubial se lo ha explicado a Taboada —continuó la agente Lago—, que ha hablado con Manuela y le ha dicho que no se mueva de allí, que no entre en la casa ni toque nada y que espere a que vayamos nosotros. Hemos pensado pasar por su casa a recogerlo, cabo, si le parece. Así, no tiene que subir usted hasta el cuartel; suponiendo que quiera ir personalmente a ver lo que ha ocurrido, claro. Por eso me ha

dicho Taboada que lo llame mientras ha ido a buscar un vehículo.

—Muy bien, Vero. Os espero aquí. Venga; daos prisa. —Souto colgó y le preguntó a Lolita, su mujer—: ¿Quién vive ahora en el chalé de los Besteiro?

—Vive Consuelo, la viuda de Armando Besteiro, con su hija Rosalía —contestó Lolita, que estaba siempre más enterada que su marido de lo que ocurría en el pueblo—. Consuelo está muy enferma y Rosalía se ha venido de Coruña hace unos meses para estar con ella y cuidarla. El otro día me dijeron que la pobre mujer se está muriendo.

El cabo Souto se levantó, se limpió con la servilleta y la tiró malhumorado sobre la mesa. Miró el reloj. Del cuartelillo a Doña Carmen se llegaba en menos de cinco minutos. Se puso un chubasquero, le dio un beso a su mujer y salió a la entrada. Estaba lloviendo suave pero insistentemente. El coche patrulla no tardó en aparecer enviando destellos azules a la lluvia, pero con la sirena apagada. Taboada sabía muy bien que hacerla funcionar cerca de la casa de turismo habría molestado a su jefe. El vehículo giró bruscamente sobre la gravilla frente a la casa y se detuvo. Souto se subió detrás, junto a Verónica, que había dejado prudentemente vacío el sitio del copiloto pensando que el jefe preferiría ir delante. Ella lo saludó con un marcial movimiento de cabeza que hizo bailar alegremente su coleta rubia. A través del espejo retrovisor, Taboada detectó algo parecido a una sonrisa en el rostro del cabo y sonrió a su vez. Si no llega a ser por su guapa compañera, seguro que se habría llevado una bronca, aunque solo fuera por romper la rutina del jefe del puesto.

—¿A qué hora llamó la hermana de Rubial?

—Justo antes de llamarlo yo a usted, cabo. Serían las ocho menos veinte.

—Está bien. Dale caña, Aurelio; esa mujer estará muerta de miedo.

Aurelio Taboada accionó la sirena en cuanto se alejaron de Doña Carmen y entró en la carretera general casi derrapando. El guardia conocía el lenguaje de su jefe. Llegaron a la casa de los Besteiro un par de minutos después de las ocho. Se trataba de un chalé edificado en una parcela de unos tres mil metros cuadrados muy cerca de la ría y cubierta en gran parte de pinos. La casa era de construcción moderna, de granito gris y tejado de teja oscura, sobria y de estilo anodino, más parecida a un chalé de cualquier urbanización madrileña que a las casas gallegas. La típica casa de gente con más dinero que imaginación y buen gusto. Manuela estaba sentada en una caja de cervezas vacía a la entrada de la finca bajo un paraguas negro que la tapaba casi por completo; desde lejos parecía un gran escarabajo junto a la tapia. El cabo Souto tenía razón. La mujer estaba temblando de miedo. Verónica se bajó enseguida, la ayudó a ponerse de pie y le echó un

brazo sobre los hombros. La puerta de acceso para personas situada a la izquierda del portón para vehículos estaba abierta. El cabo le hizo un gesto a la agente Lago para que abriera el portón, dado que el chalé estaba al fondo de la propiedad, la lluvia arreciaba y él no tenía ganas de ir andando hasta allí. Cuando las dos hojas de chapa se abrieron desde el interior, sacó la cabeza por la ventanilla y ordenó a las mujeres:

—Venga, suban al coche, no se queden ahí. Verónica, sube delante. —La agente obedeció. Manuela se sentó al lado del cabo, que le dio unas palmaditas en el hombro y le dijo—: Vamos, mujer, no tenga miedo. Aunque hayan entrado a robar en la casa, puede estar segura de que los ladrones ya hace mucho que se marcharon.

—Pero la señora no contesta al móvil y siempre lo tiene encendido.

—Claro, porque se lo habrán robado.

Taboada aparcó delante del porche. La criada hizo un gesto con el brazo.

—Nunca entro por la puerta principal. La que está rota es la de la cocina. Siga por la derecha.

Rodearon el edificio hasta la parte trasera. Había un pequeño voladizo que protegía de la lluvia la entrada de servicio. La puerta era sólida, metálica, con una reja acristalada en la parte superior. El destrozo era evidente, exagerado, el marco había sido forzado y un trozo de la cerradura, arrancado de cuajo, estaba en el suelo.

—¿Llamó usted al timbre, Manuela?

—No, nunca llamo, tengo llave. Al ver la puerta entornada y la cerradura rota, me asusté y salí corriendo.

El cabo Souto pulsó el botón del timbre y se oyó un sonido estridente y próximo. Insistió un par de veces. Los guardias esperaron un rato mirándose entre ellos con preocupación. Nada rompió el silencio absoluto que reinaba en la casa y sus alrededores, excepto el graznido de una hurraca que los observaba desde el tejado y levantó el vuelo asustada, como para avisar a sus compañeras de la llegada de la policía. Solo se oía el repiqueteo de la lluvia en las baldosas.

—Supongo que las señoras estarán en casa, ¿no?

—Claro, cabo. Doña Consuelo no puede moverse de la cama. Y la señorita Rosalía, ¿a dónde iba a ir a estas horas?

—A misa, quizá.

—La señorita no va a misa los días de diario. Y nunca deja sola a su madre, que se está muriendo.

—¿A qué hora llegó usted?

—A las siete y media, como todos los días.

El cabo empujó la puerta con un codo y observó el suelo de la cocina. Había marcas claras de pisadas y manchas de barro.

—Bien. Hay que ponerse guantes y limpiarse los zapatos antes de

entrar.

Taboada se acercó al coche a buscar los guantes.

—En el garaje hay bayetas, cabo —dijo Manuela.

—Muy bien, pues tráigalas. Tú, Vero, te vas a quedar aquí con Manuela mientras Aurelio y yo echamos un vistazo. Este silencio no me gusta nada —le dijo en voz baja al oído.

Manuela trajo unas bayetas y los guardias se limpiaron las suelas de los zapatos, se pusieron los guantes y entraron con cuidado de no pisar sobre las huellas de barro. Ya era de día y no hizo falta encender las luces. Cuando salieron del office y pasaron al recibidor, Souto gritó dos veces con voz autoritaria:

—¡Guardia Civil! ¿Hay alguien en casa?

Silencio total. Un primer vistazo al salón y al comedor los dejó boquiabiertos.

—¡Hostia! —exclamó Taboada.

Fueran quienes fuesen, los posibles ladrones habían causado un considerable destrozo. Cajones por el suelo; un montón de cubiertos tirados sobre la alfombra; armarios abiertos con las puertas descolgadas; varios muebles literalmente reventados; estanterías vaciadas; libros y otros objetos decorativos desparramados sobre las alfombras; cristales rotos; sillas volcadas; sofás con los cojines despegados; y casi todos los cuadros tirados de cualquier manera en el suelo. El cable del teléfono fijo estaba arrancado.

—Nos ocuparemos de eso luego, Aurelio —dijo el cabo—, vamos arriba.

2

Las habitaciones y los cuartos de baño estaban en la planta superior, a la que se accedía por una gran escalera enmoquetada que partía del recibidor. Subieron pisando por el borde de los escalones porque había algunas huellas visibles de pisadas y restos de barro. Souto gritó de nuevo. Nadie respondió. Taboada sacó su arma de la funda con un gesto algo teatral y Souto le lanzó una mirada inexpresiva. Al llegar al rellano, miraron a ambos lados. A la derecha vieron un cuarto de estar. Una rápida ojeada les permitió comprobar que también había sido registrado. En frente, un largo pasillo por el que continuaba la misma moqueta de la escalera terminaba en una cristalera. Había tres puertas a cada lado, separadas por apliques de latón que imitaban antorchas. Los guardias avanzaron por el borde del pasillo hasta la segunda puerta de la derecha, que estaba abierta. Inmediatamente vieron el cadáver de Rosalía Besteiro. La mujer yacía

sobre la alfombra en una postura descompuesta. Tenía un orificio de bala en la frente, del que salía un hilo de sangre que pasaba entre las cejas, como la aguja de un reloj que marcara las seis. Llevaba puesto un camisón claro con un bordado de flores. Su larga cabellera rojiza cubría en parte la sangre brillante y oscura que rodeaba la cabeza, como la maleza que se extiende sobre una charca de agua estancada. Sus ojos estaban cerrados y, a pesar de eso, la expresión del rostro era inquietante. Souto se arrodilló respetuosamente y rozó con el dorso de su mano la mejilla amarillenta de la mujer. Estaba fría. Se levantó y miró a su alrededor. El dormitorio tampoco se había librado del registro exhaustivo ni del correspondiente estropicio. Armarios, ropa, mesillas de noche y cómoda. Todo había sido revuelto.

El horror del hallazgo no le impidió al cabo Souto alegrarse en cierto modo de haber descubierto el cadáver y contemplar el escenario del crimen antes de que la llegada de los equipos habituales de investigación y de otras personas ajenas al caso hubieran podido «contaminarlo», como solían decir los investigadores. Una alegría amarga.

—Fotografía todo esto, Aurelio, y envíame las fotos al móvil. —El cabo confiaba en su colaborador, que era muy bueno en aquel tipo de trabajo—. Voy a ver los otros dormitorios. Me temo lo peor.

Aurelio Taboada, con su teléfono móvil, se puso a hacer fotos desde diferentes ángulos al cadáver, la cama y la puerta, que no habían necesitado tocar y permanecía abierta. Unos segundos después, oyó el «¡joder!» que soltó el cabo Souto. Corrió hacia la habitación de al lado. El cabo estaba de pie delante de la cama de la señora. Su cadáver estaba de lado, mirando hacia la pared opuesta a la puerta y cubierto por una colcha de color anaranjado. Solo se veía la cabeza, con el pelo completamente blanco y una mancha de sangre marrón que parecía su sombra sobre la almohada.

—Seguramente, ni se enteró —dijo el cabo Souto, inclinado sobre el cadáver, al ver entrar a Taboada. El comentario reflejaba su deseo de que la anciana no hubiera tenido que sentir el pánico que le habría producido la inminencia de su propia muerte. —El cabrón se acercó a la cama y le disparó en la cabeza. La pobre viuda no tuvo tiempo ni de volverse. ¿Ya has terminado con las fotos en el cuarto de la hija?

—Sí.

—Pues hazle dos o tres al cadáver de la señora y saca alguna del destrozo. Voy a llamar al capitán Corredoira para que avisen al marido de Rosalía.

El cabo salió de la habitación y llamó a la comandancia de A Coruña al mismo tiempo que echaba un vistazo a las demás habitaciones. Solo una tenía aspecto de ser utilizada habitualmente. Las demás estaban recogidas y cerradas. En ninguna de ellas había

señales de registros violentos. Tampoco en los cuartos de baño.

Los guardias bajaron a la cocina.

—Aurelio, ocúpate de Manuela. Por favor, Verónica —ordenó el cabo con voz grave—, ven un momento.

La joven guardia se acercó. Souto la cogió del brazo y la alejó de la puerta para que la asistenta no los oyera.

—¡Un desastre! —le dijo—. Las dos mujeres muertas con disparos en la cabeza y la casa patas arriba. Avisa al juzgado. Luego llama a Orjales y dile que traiga a Rubiales para que se lleve a su hermana. Que venga alguien más para montar guardia mientras llegan la jueza y toda la tropa.

—A la orden, cabo. ¿Llamo a Investigación? —Verónica Lago habló en un tono formal distinto al suyo habitual porque apreció en el rostro del cabo Souto una seriedad, incluso una tristeza, que no daban pie a ningún tipo de ligereza.

—No. Ya he hablado con la comandancia y se ocupan ellos. Echa un vistazo si quieres, pero ten cuidado donde pisas. Voy a hablar con Manuela.

Souto salió de la cocina. Se acercó al coche y le hizo un gesto a Taboada, que estaba apoyado en la portezuela hablando con Manuela, para que los dejara solos. La mujer estaba muy pálida, pero no había montado ninguna escena.

—Venga; siéntese aquí dentro. —Entraron en el coche—. Ya le ha dicho Aurelio, ¿no? Han matado a las dos señoras. No sufrieron. Todo debió de ser muy rápido. Seguramente Rosalía oyó ruidos y se levantó a ver qué pasaba. Es una desgracia y ya no podemos hacer nada por ellas. Pero cogeremos al asesino, de eso puede estar segura. Ahora vendrá su hermano a buscarla y la llevará a casa. Cálmese y descanse; ya hablaremos más tarde, ¿de acuerdo?

La mujer contestó con un puchero. El cabo Souto la dejó con Taboada y volvió a entrar en la casa. La agente Lago estaba en el salón.

—¿Subiste a los dormitorios? —Souto la tuteaba desde hacía poco, pero ella, que era nueva y casi veinte años más joven, no se atrevía a hacerlo.

—¡Qué horror! No entiendo por qué tendrían que matarlas.

—Ha sido uno solo. Las pisadas son de una sola persona. Es probable que Rosalía se lo encontrara de frente.

—¿Cree que el ladrón las mató porque ella lo reconoció?

—Aún no sabemos si fue un ladrón. No hay que fiarse de las apariencias, Vero. Me cuesta creer que haya en Cee o en Corcubión ladrones capaces de hacer algo así. Cuando tengamos los resultados de las autopsias y los informes de Investigación, empezaremos a plantearnos todas las hipótesis posibles. Tu pregunta sería más fácil de

responder si se tratara de terroristas, que son esencialmente cobardes. Un ladrón profesional no actúa así. Si se ve descubierto por una mujer indefensa, lo normal es que la ate, la amordace y la encierre en una habitación o en un armario. No se arriesga a que le caigan treinta años por un asesinato que no le aporta ningún beneficio.

—Claro.

—Un asesinato no puede ser simulado. Un robo, sí.

—¿Qué quiere decir, cabo?

—Que se puede simular un robo para asesinar a alguien y despistar a los investigadores. Pero no se puede simular un asesinato para robar. Matar a alguien no admite ninguna simulación. ¿No te parece?

La agente Lago no respondió. Le habría gustado decirle algo como: «Lo entiendo, cabo Holmes», pero no tenía tanta confianza con él como Taboada u Orjales, que lo conocían desde hacía años, y no se atrevió. Lo miró con admiración y guardó silencio. El cabo Souto la observaba a su vez complacido por su discreción. Le hacía gracia su coleta rubia, que surgía de la gorra como una cascada dorada sobre el verde oliva del uniforme. Querría haberle dicho algo agradable, pero se guardó mucho de hacerlo porque su seriedad prevalecía sobre cualquier ocurrencia más o menos inconveniente. No era momento para bromas y, por otra parte, al cabo Souto ya empezaba a salirle humo del cerebro solo con imaginar las diversas posibilidades que podían explicar lo ocurrido hacía apenas unas horas en aquel lujoso chalé apartado de las casas y con una bonita vista sobre la ría, teñida de gris en aquella mañana lluviosa y que las dos mujeres muertas ya no volverían a ver nunca más.

José Souto salió de la propiedad a echar un vistazo antes de que llegaran las ambulancias, el forense y todo el equipo habitual en estos casos. Vio unas rodadas que pasaban por delante del muro y las siguió. Llegaban hasta el fin del camino, que se convertía en un sendero y entraba en el bosque de eucaliptos. Allí se veía perfectamente que un coche había dado la vuelta, aunque la lluvia caída durante la noche ya no permitiera distinguir el dibujo de los neumáticos. Al volver, observó el muro junto al portón. Había una mancha de barro en forma de suela a un metro por encima de la caja de cerveza, como si alguien se hubiera apoyado en él para escalarlo. Hizo una foto con su móvil. Entró en la propiedad y se acercó al muro por el otro lado. Allí no había marcas. Miró en el suelo y tampoco vio huellas de pisadas. Hizo otras fotos del muro y del suelo para acordarse.

¿Qué diablos habrá ocurrido aquí?, se preguntó.

Capítulo II

1

Al día siguiente, sobre las once de la mañana y a setecientos kilómetros de allí, el detective madrileño Julio César Santos desayunaba en el comedor de su lujoso piso de Serrano, al tiempo que echaba un vistazo al periódico y procuraba que no cayeran sobre sus páginas gotas de la mermelada de ciruela que se disponía a extender sobre una tostada crujiente. Cuando terminó el desayuno, y Hortensia, su vieja criada, se disponía a retirar el servicio, llegó a la sección de sucesos. Al empujar con el dedo la hoja, sin detenerse a leerla, algo llamó su atención. Una especie de fogonazo surgió de un titular justo en el momento en el que dejaba de mirar aquella página que acababa de pasar. Era la palabra Corcubión.

Santos tenía una finca en Vilarriba, en el municipio de Corcubión, donde pasaba cortas temporadas cuando hacía demasiado calor en Madrid o, simplemente, cuando le apetecía. Levantó de nuevo la página y leyó la media columna de texto encabezada por un titular que decía: «Doble crimen en Corcubión (A Coruña)». Según la crónica, el crimen se había producido como consecuencia del robo en un chalé de aquella pequeña localidad gallega, cerca del Cabo de Finisterre. Dos mujeres, madre e hija, habían sido asesinadas por unos ladrones, probablemente sorprendidos mientras desvalijaban la casa en plena noche. La Guardia Civil…, etcétera.

Julio César Santos dejó caer el periódico sobre el mantel y el desplazamiento de aire hizo saltar unas migas de pan; levantó la vista hacia el techo y contempló sin ningún interés las molduras de escayola que remataban la pared blanca por encima de los dos bodegones que la cubrían casi por completo, un par de valiosos óleos del siglo diecinueve. Después, miró el enorme reloj de pared que adornaba una esquina del comedor y concluyó que no tenía absolutamente nada que hacer, ni aquella mañana, ni en los días siguientes. Entonces pensó en su casa de Vilarriba y en el cabo José Souto y Lolita Doeste. A Santos le gustaba tanto husmear en los asuntos profesionales de su amigo guardia civil y participar en las investigaciones de los casos de los que este se ocupaba, como le desagradaba tener que atender a algún cliente pelmazo de los que a veces le enviaba el despacho de abogados de su tío en Madrid. Ser rico le permitía ciertos caprichos.

Sin perder ni un minuto en analizar las circunstancias presentes, tomó la decisión de irse aquella misma mañana a Galicia para enterarse de qué iba el doble crimen al que un periódico solo dedicaba media columna, pero que, sin duda, traería de cabeza a su amigo, el cabo Holmes. Sonrió y pensó que acababa de tener una idea excelente, a pesar de que, y eso tampoco lo dudaba, el cabo, siempre tan quisquilloso en lo referente a la confidencialidad de las investigaciones que llevaba, no compartiría su entusiasmo. La idea de ver a su amiga Marimar tampoco era ajena a su repentina decisión.

Comunicó su marcha a Hortensia, que se encogió de hombros, acostumbrada a los prontos del señorito. Llamó a los guardas de la finca para anunciarles su llegada a media tarde y, después, llamó a Lolita Doeste para preguntarle si lo invitaba a cenar aquella noche, si «el comandante del puesto» de la Guardia Civil no tenía inconveniente, añadió con sorna. El detective madrileño siempre se refería al cabo Souto como el comandante del puesto porque decía que ser amigo de un cabo primero lo desprestigiaba.

—Pues claro, ya sabes que esta es tu casa. ¿A qué debemos tu visita?

—Tengo morriña.

—¿En serio? Pues le vas a dar una alegría a Pepe; no te esperábamos hasta fin de año.

—No puedo pasar tanto tiempo sin tomar marisco.

—Lo dices como si en Madrid no lo hubiera.

—Ya, pero después de pasar Piedrafita, no sabe igual.

—¡Si el marisco va en avión! —se rio ella.

—Unos percebes volando, ¡pobres animales!, el miedo que deben de pasar.

Él solía llamar a Lolita en lugar de al cabo Souto para avisar de sus escapadas a Corcubión. Le parecía más adecuado, dado que comía y cenaba con frecuencia en su casa, donde el cabo no pegaba golpe. Y ella estaba encantada porque, cuando Santos iba a verlos, a su marido le cambiaba el carácter y estaba de mejor humor, por muchas pestes que echara contra el detective, que no hacía más que entrometerse en los casos de los que se ocupaba oficialmente como guardia civil. Existía entre ellos una especie de competencia mal disimulada que a ella le resultaba divertida y que no afectaba a su gran amistad.

Santos hizo un par de llamadas más, se despidió de la vieja criada y bajó a pie por la escalera alfombrada hasta el portal. En el patio interior del edificio de su propiedad, tenía estacionado su Porsche negro. Saludó con la mano al portero, que le hizo una reverencia, y salió hacia la Puerta de Alcalá, donde enfiló la Gran Vía para dirigirse hacia la carretera de La Coruña remontando Princesa. Viajaba sin equipaje, como si fuera a ver a un amigo o a comer al restaurante. La

casa de Vilarriba estaba equipada con ropa y todos sus efectos personales, exactamente igual que su piso de Serrano o su chalé de Miraflores, en la Sierra madrileña. Santos odiaba las maletas. Cuando tenía que viajar en avión o en tren a cualquier otro lugar, enviaba antes su equipaje por agencia.

A las nueve de la noche, César Santos se presentó en la casa de turismo Doña Carmen con un par de botellas de Tinto Valbuena que había comprado a su paso por Rueda, donde acostumbraba a hacer una parada para tomar café. Sabía que los tintos de Ribera del Duero, y no digamos los de Vega Sicilia, eran una de las debilidades de su amigo Pepe Souto. Tanto este como su mujer apreciaron el valor del obsequio; era un lujo que el guardia no podía permitirse todos los días. Souto comentó lacónico:

—Macho, te sale cara la cena.

El detective sonrió complacido sin añadir comentario alguno porque no quería dar importancia al detalle. Aunque casi siempre solía tener a mano respuestas ingeniosas, no se le ocurrió nada en aquel momento que no fuera trivial, quizá a causa del cansancio del viaje.

—¿Has venido únicamente para vernos —le preguntó irónico José Souto cuando Lolita salió del comedor y se quedaron los dos solos— o es que te aburrías en Madrid?

—No consigo entender por qué tus colegas te llaman Holmes. Este mes tiene erre, y eso quiere decir que habrá buen marisco, ¿no? Me encantaría decirte que he venido por razones más personales y emotivas, como, por ejemplo, para verte, pero mentiría.

José Souto no lo tomaba en serio, pues sabía que en Madrid se podía encontrar tan buen marisco como en Galicia y que el hecho de que la única diferencia residiera en el precio no constituía un problema para su amigo. A Santos, por su parte, no se le pasó por la cabeza insinuar que se había interesado por el crimen de las dos señoras asesinadas. Consideró que sería de mal gusto hacerlo en su primer encuentro y que podría sentarle mal a su amigo, por eso decidió dejar aquel tema para otro momento.

—Pepe, ya sabes que me gusta tu tierra, me gustan sus paisajes, la comida, la ría y hasta las gallegas, a pesar de su legendaria peligrosidad. Por eso vengo. No pretenderás que, además, te diga que he venido para estar contigo, pues tengo otras preferencias en materia afectiva. No sé si me explico.

—Haces mal en no decírmelo, César. No sabes cómo sufro.

Por la mañana del día siguiente, mientras Julio César Santos dormía plácidamente en su magnífica casa de Vilarriba, que los lugareños llamaban pazo porque lo parecía, el cabo José Souto trabajaba en su despacho con sus colaboradores, los veteranos Taboada y Orjales y la joven guardia Verónica Lago, sobre el reciente doble crimen que había sacudido las localidades de Cee y Corcubión. Sentados en torno a la mesa de juntas, comentaban el informe provisional de las autopsias que acababan de recibir del forense. Esperaban aún el de los agentes del Área de Investigación de la comandancia de A Coruña.

Los hechos que constaban en el expediente de la Guardia Civil hasta aquel momento eran, en primer lugar: que Manuela Rubial, la empleada de hogar que trabajaba en casa de las señoras asesinadas (Consuelo Pino, de setenta y nueve años, y su hija Rosalía Besteiro Pino, de cuarenta y uno), había encontrado la puerta de la cocina del chalé forzada cuando llegó a trabajar a las siete y media de la mañana del jueves; que no se atrevió a entrar en la casa y que, como la señora no respondía a sus llamadas al móvil, se asustó y llamó a su hermano, el agente Rubial, asignado al puesto de Corcubión. En segundo lugar: que, poco después, el cabo primero José Souto y los guardias Aurelio Taboada y Verónica Lago llegaron a la finca y procedieron a una inspección ocular.

Después, en rebuscados y redundantes términos burocráticos, el informe ofrecía una descripción neutra del hallazgo de los cadáveres, redactado como si se tratara de momias o restos arqueológicos, desprovista de cualquier vestigio de consideración hacia las víctimas, así como de las circunstancias que rodeaban el macabro descubrimiento.

Aquellas páginas a doble espacio, destinadas a dejar constancia en los archivos policiales de un hecho delictivo, se referían sin embargo a un horrible crimen que afectaba profundamente a quienes estaban obligados a analizarlo y estudiarlo para descubrir y detener a sus autores. Los primeros afectados eran el cabo Souto y los guardias, quienes, al llegar al chalé tras la llamada de la empleada, habían tenido la oportunidad (la triste suerte, comentaría él) de descubrir el escenario de la tragedia antes de la llegada de las ambulancias, el médico forense, el oficial del juzgado, la jueza, el fotógrafo forense, los agentes del Área de Investigación, los empleados de la funeraria y varios guardias civiles que fueron apareciendo a lo largo de la mañana. Por lo tanto, habían podido observar con detenimiento la situación de los cuerpos, el desorden en las habitaciones del piso superior y en los salones de la planta baja, hacer fotos de todo cuanto les pareció interesante, tanto en la casa como en la entrada de la finca, observar las huellas de barro dejadas por el presunto asesino en

diversos lugares e interrogar a Manuela Rubial, aún emocionada por lo ocurrido, lo que aportaba espontaneidad a su testimonio.

Dos horas después, había llegado de A Coruña Marcelino García Lameiro, el marido de Rosalía, avisado por la Guardia Civil. El cabo se le acercó en cuanto lo vio y lo previno del desagradable escenario con el que se iba a encontrar, a pesar de que los cadáveres ya habían sido levantados por orden de la jueza y trasladados al depósito. Souto lo acompañó hasta el chalé para que los guardias lo dejaran pasar levantando los precintos. Le rogó que echase un vistazo para verificar el alcance de los destrozos y hacer una primera evaluación sobre lo que hubieran podido robar. Cuando Marcelino García, visiblemente afectado, terminó la ronda por los salones y las habitaciones, el cabo Soto lo acompañó hasta el coche y ordenó a un guardia que fuera con él al depósito para la verificación de la identidad de las víctimas. Mientras tanto, el cabo José Souto y sus colaboradores se reunirían para efectuar un primer análisis de los hechos.

Las conclusiones provisionales del forense situaban la hora de las muertes en torno a las dos de la madrugada. Ambas causadas por herida de bala en la cabeza; los disparos habían sido hechos a bocajarro. Los cuerpos no presentaban más señales de violencia que las heridas causadas por los proyectiles. Probablemente debido al pequeño calibre del arma del crimen, los cráneos presentaban únicamente orificios de entrada, pero no de salida.

En cuanto a las apariencias (y esto es de lo que trataban los guardias en su reunión), el cabo Souto comentó que, a pesar de lo que dijera la prensa, nada permitía suponer que el crimen hubiera sido obra de varios ladrones, pues las huellas de pisadas procedentes del exterior en la cocina, en las alfombras del recibidor y en la escalera pertenecían a una sola persona. Casi con toda seguridad un hombre alto, a juzgar por el tamaño de las manchas de barro, que correspondían a unas zapatillas deportivas de talla cuarenta y cuatro.

Dado que la criada había asegurado que la caja de botellas encontrada junto a la entrada no estaba allí la víspera por la noche cuando ella se fue, era razonable deducir que el asesino la había colocado junto al muro para facilitar su escalada. Esta hipótesis parecía confirmada por las manchas de barro en el muro, parecidas a la huella de un zapato o zapatilla. También parecía evidente, por las rodaduras que el cabo Souto había observado, que el asesino había llegado en coche, había ido hasta el final del camino y había dado la vuelta allí. Souto no quiso comentar la ausencia de huellas en el otro lado del muro porque aún no había tenido tiempo de reflexionar sobre aquel detalle, que quizá no fuera importante.

—¿Por qué no daría la vuelta delante de la puerta? —preguntó Orjales.

—Seguramente porque no quería hacer ruido allí delante o que alguien lo viera.

—¿En ese lugar y a esas horas?

—Un ladrón —contestó el cabo— no se pone a maniobrar delante del chalé en el que va a robar de noche, ¿no crees? Es una cuestión de prudencia elemental. Tampoco sería lógico que dejara el coche ante la puerta. Es probable que fuera hasta el final del camino por esa razón.

—Ya. Dejó el coche alejado de la entrada y trajo la caja de botellas para subir el muro.

—Eso parece.

—Lo que quiere decir que venía a tiro fijo. Sabía que con esa caja le bastaría para subir porque conocía la altura del muro.

—Es muy posible. ¿Tienes alguna idea o solo estás cavilando?

—Entonces es posible —continuó prudentemente Orjales, consciente de que con el cabo Souto era peligroso hacer demasiadas suposiciones— que el ladrón conociera bien el lugar, supiera dónde dar la vuelta con el coche y hubiera calculado con anterioridad la altura del muro. ¿No podría eso llevar a deducir que el ladrón sea alguien de la familia o de su entorno?

—¡Buena deducción! —exclamó el cabo—. En este tipo de delito, en los que hay muertos de por medio, ya sabes que tenemos que buscar sospechosos, en primer lugar, entre los familiares más próximos.

—En realidad, aún no sabemos si se trata de un ladrón o de un asesino —metió baza la agente Lago—. Un robo simulado, como decía el cabo, o un asesinato.

—Exacto —confirmó Souto—. En cualquier caso, con o sin robo, creo que hay que empezar a buscar por el entorno del viudo y de la criada, como dice Orjales. No me preguntéis por qué, pues tendría que contestaros que es porque son las dos primeras y únicas personas relacionadas con las víctimas con las que hemos tropezado, aunque, lo reconozco, no sea en sí misma una razón de peso. Os lo digo a pesar de que el derecho a creer en algo no debe basarse en la ignorancia o en el desconocimiento. —La agente Lago hizo un gesto de sorpresa y el cabo la miró y le dijo—: La idea no es mía, Vero, pero es muy interesante. La leí hace poco en un libro de sicología, aunque se refería a las creencias en general y, sobre todo, a las religiosas. Es el conocimiento basado en la evidencia, es decir, en las pruebas, lo que da derecho a creer en algo. Por eso no debemos creer aún en nada, solo tantear, lo que en lenguaje policial equivale a sospechar. ¿Me seguís?

Taboada miró a Orjales, que levantó las cejas, y ambos se volvieron hacia Verónica, que sonrió de un modo encantador. El cabo, que no esperaba respuesta, continuó:

—Hay dos caminos por los que podemos empezar a indagar. Uno es

el del robo con el resultado accidental de las muertes. En este caso, habría que encontrar a un ladrón homicida surgido de la nada y sobre el que no sabemos nada. Un ladrón que va armado, que conoce la casa, al menos por fuera, y que sabe que allí solo viven dos señoras indefensas. Tendríamos que coger la lupa y empezar a buscar una huella, un rastro de tierra, un hilo de ropa, un pelo o bien un fallo, un testigo, un chivatazo, una pista sobre el arma del crimen, movimientos de sospechosos vistos en la zona, rastros de joyas, etcétera, etcétera.

El cabo Souto trazó bruscamente con su lápiz una raya sobre una hoja de papel como si tachara algo y levantó la cabeza.

—Y el otro camino es el de un asesinato premeditado, cometido y encubierto bajo la apariencia de un robo. ¡Este es el camino por el que me dispongo a empezar! Como el marido de Rosalía Besteiro ya ha dispuesto de tiempo desde el jueves para tratar sus asuntos personales y familiares, lo llamaremos ahora y veremos si está disponible esta tarde. Así, podremos charlar tranquilamente con él, antes de que vuelva a su trabajo en Coruña. Hablamos ayer por teléfono y me dijo que pensaba irse, lo más tarde, el martes.

El cabo Souto miró su cuaderno de notas y unos segundos después le dijo a Aurelio Taboada:

—Tú, Aurelio, mira a ver lo que puedes averiguar sobre los negocios y las empresas familiares de los Besteiro. Tienen dinero, sobre todo la familia de ella, según tengo entendido. No es que sospeche que haya nada extraño en sus negocios, pero necesitamos saber por dónde nos movemos. ¿De acuerdo?

—Vale, jefe. Me pongo a ello.

—Gracias. Tú, Orjales, investiga a Manuela. Habla con ella y averigua también lo que puedas sobre su marido, su situación en general y todas esas cosas. Y no te emociones consolándola; ya me he dado cuenta de que es una mujer guapa.

—¡Que dices, Holmes! Si es una tía mayor.

—¿Estás de broma? ¡Una tía mayor! Tendrá treinta y pocos años —contestó el cabo molesto, pues era evidente que su criterio sobre lo que eran personas mayores no coincidía con el de Orjales, unos cuantos años más joven que él.

—¡Por eso! A mí no me van tan talludas —sentenció Orjales.

—Vete a… —Souto miró a Verónica Lago y se contuvo.

—¿Y yo? —preguntó ella.

—Tú te quedas conmigo. Llama a Marcelino García. Quiero que estés delante cuando lo interrogue y que tomes notas. No le pidas que venga. Es mejor que vayamos nosotros al chalé.

El cabo José Souto se quedó solo. Le había hecho gracia que Orjales considerara «talluda» a Manuela, una aldeana muy guapa y que a él le parecía joven. El guardia tenía veintiséis años y Verónica Lago

veintidós. Eran de otra generación y veían las cosas de otra manera. Este pensamiento le hizo olvidar momentáneamente la sordidez del crimen que tenía entre manos.

3

Marcelino García Lameiro tenía cincuenta y dos años, era alto, lucía un moreno de yate y estaba completamente calvo. Vestía con buen gusto y tenía las maneras propias de un veterano vendedor. Dirigía una sociedad propietaria de tres talleres oficiales de concesionarios de las marcas Seat, Volkswagen y Audi, situados uno junto a otro en un polígono industrial de A Coruña. Había montado el negocio con dinero de su mujer, Rosalía Besteiro, que era quien había aportado prácticamente la totalidad del capital social.

García recibió al cabo José Souto y a la agente Lago en el salón del chalé de su difunta suegra, donde aún se apreciaban los desperfectos causados por el allanamiento, a pesar de haberse efectuado ya algunos arreglos superficiales.

Como se habían visto anteriormente y hablado por teléfono, el cabo Souto no se sintió obligado a dedicar más tiempo a nuevos pésames y lamentaciones. Tras saludarlo e intercambiar algunas fórmulas de cortesía, fue directamente al grano.

—Le agradecería mucho que me explicase, solo por encima, cómo eran sus relaciones con su suegra. Intento situarme en el contexto familiar de su matrimonio y de la madre de su señora. —Souto, que era tímido y sensible en lo tocante a las desgracias de los demás, bajó la cabeza y añadió en un tono apenas perceptible—: Que en paz descanse.

—Comprendo. —Marcelino García se mostraba muy serio, pero sin caer en ningún tipo de exageración—. Vamos a ver, cabo Souto; no sé si conoce usted a la familia de mi mujer. —El cabo hizo un gesto impreciso y García continuó—. Mi suegro, Armando Besteiro, era un hombre emprendedor que se hizo rico en los años ochenta con el negocio de la construcción. Procedía de una familia de madereros de Corcubión. Como quizá sepa usted, el hombre murió hace doce años y dejó una considerable fortuna a su mujer y a su única hija, Rosalía, con la que yo me había casado dos años antes. Yo me ganaba bien la vida como vendedor de coches en Coruña, aunque no habría podido vivir como vivo ahora ni montar los negocios que tengo si no fuera por el dinero que heredó mi mujer. Al casarnos, mi suegro nos regaló un magnífico piso en la plaza de Pontevedra, que es donde vivimos actualmente. Mis relaciones con mis suegros fueron siempre muy

buenas y mi suegra me apreciaba mucho, como yo a ella, puedo asegurárselo, sobre todo desde que enviudó.

—Sin embargo, usted vive en Coruña y su mujer vivía aquí, en Corcubión. ¿Estaban separados?

—¡No, no, en absoluto! Rosalía se vino a vivir aquí hace cuatro meses para cuidar a su madre. A Consuelo, mi suegra, la operaron de un cáncer a primeros de año. Pero en verano empeoró. Los médicos nos dijeron que el tumor había sido detectado demasiado tarde y tenía metástasis en la médula. No se la podía volver a operar. Estaba muy mal y sin esperanza de curación. Le quedaba muy poco tiempo de vida. Mi mujer me dijo que quería estar con ella y lo comprendí. Nos vinimos a vivir aquí, a esta casa, en verano. Yo suelo irme a Coruña los lunes por la mañana y vuelvo generalmente los sábados.

—Ya —murmuró el cabo Souto haciendo un discreto gesto a la agente Lago para que no dejara de tomar notas—. ¿No tienen ninguna medida de seguridad en el chalé?

—Pues no. No es normal tenerlas por aquí. Nunca ha habido robos en las casas de esta zona. Usted lo sabrá mejor que yo.

—Sí, claro. Solo quería comprobarlo. ¿Tienen contratado algún tipo de seguro de vida, usted y su señora?

—No, cabo. Ni mi suegra, que yo sepa, ni mi mujer ni yo los tenemos, aparte del seguro de accidentes de los coches.

—Dígame, ¿ha podido verificar si robaron más cosas, aparte de las joyas de las que me habló el otro día y el dinero del bolso de su señora?

—No he echado en falta nada más. Pero las joyas eran muy valiosas. Mi suegra tenía muchas, creo que bastante buenas, y mi mujer también tenía algunas muy caras que le regalé yo. Están aseguradas y tengo fotos de todas. No de las de mi suegra; solo de las de Rosalía. Lo que no entiendo es cómo las encontraron, pues el doble fondo que fabricamos en un cajón de la cómoda de nuestro dormitorio era prácticamente imposible de descubrir y también el cajoncito secreto del escritorio. O eso creíamos. Aparte de eso, creo que mi suegra guardaba en algún sitio bastante dinero en metálico, pero no sé dónde.

—¿Quién conocía el escondite de la cómoda?

—Solo nosotros tres: mi suegra, Rosalía y yo. No creo que Manuela, la muchacha, lo conociera, aunque no puedo asegurarlo.

—¿Piensa usted que es de confianza esa chica?

—Bueno, eso nunca se sabe. Lleva doce años en la casa y, según le oí decir a mi suegra varias veces, nunca le faltó nada. En principio, no tengo motivos para dudar de su honradez. ¿No es hermana de un guardia civil?

Souto no contestó a este último comentario porque no veía relación

de causa a efecto entre el parentesco con alguien del Cuerpo y la honradez, aparte de detectar cierta ironía en la pregunta. Por eso hizo como si no lo hubiera oído.

—¿Le comentó su señora si había visto merodear recientemente a alguien por los alrededores de la finca?

—No.

—Le tengo que preguntar una cosa, señor García. Es algo que le puede molestar y le ruego que me disculpe, pero no lo tome más que como una pregunta rutinaria sin ninguna intención oculta, ¿de acuerdo? ¿Había hecho testamento su señora?

Marcelino García sonrió con una mueca que aportaba un toque de tristeza a la sonrisa. Miró al cabo Souto durante unos segundos, meneó la cabeza y contestó:

—No se preocupe, cabo. Lo comprendo perfectamente y sé que forma parte de su trabajo. Imagino que no es cómodo para usted hacerle esas preguntas a alguien que acaba de perder a su mujer de una forma tan cruel. —Souto esbozó una sonrisa de agradecimiento y no dijo nada. García continuó—: Sí, hay testamentos. Mi suegra se lo deja todo a mi mujer, que era su única hija, y ella me lo deja todo a mí. Igual que yo se lo dejo todo a ella en mi testamento, en caso de morirme antes. Es normal, puesto que no tenemos hijos. —Permaneció unos segundos callado con la cabeza baja y los guardias respetaron su silencio observándolo con atención. Él levantó la cabeza y los miró a ambos—. Ya sé que para ustedes soy el primer sospechoso. Es lógico, si no tienen aún ningún otro. Eso no me preocupa. No tenga miedo de preguntarme todo lo que quiera en ese sentido. Solo le pido que lo haga con la debida consideración y respeto a mi situación. Quería mucho a mi mujer —le tembló la voz— y su muerte me entristece mucho más de lo que puedan imaginar. Pero lo comprendo, cabo. Tiene que hacer su trabajo y estoy preparado para pasar por el mal trago de tener que responder a preguntas que, en mi situación, podrían definirse cuando menos como dolorosas.

—Gracias —le respondió el cabo, hasta cierto punto afectado por la actitud del viudo. Miró a Verónica Lago y continuó—: Intentaré molestarlo lo menos posible. Cambiando de tema, quisiera pedirle un favor. ¿Podría facilitarme una copia de las fotos de las joyas que le han robado? Las haré llegar a la comandancia para su distribución. La Guardia Civil detiene con frecuencia a ladrones de los que entran en las casas y se recuperan muchos de los objetos robados. Si aparecieran, podríamos acercarnos al asesino de su señora y de su suegra.

—Claro, por supuesto. Dígame cómo.

Verónica Lago le extendió una tarjeta y tras una rápida mirada a su jefe, como disculpándose, le dijo a Marcelino García:

—Aquí tiene mi tarjeta. Si es tan amable, cuando pueda, envíenos las fotos por email, WhatsApp o por correo ordinario. Le informaremos si encontramos algo.

—¡Ah, otra cosa! —le dijo el cabo antes de levantarse—. La típica pregunta molesta que estoy obligado a hacerle, ¿dónde estaba usted la noche del crimen hacia las dos o tres de la madrugada?

—En la cama. En mi piso de Coruña. Cené con unos amigos y como había dejado mi coche en el taller, me llevaron a casa sobre las doce. Tenemos una muchacha interna. Cuando llegué, estaba levantada viendo la televisión. Nos dimos las buenas noches. Por la mañana, me preparó el desayuno a las ocho y media, como de costumbre, antes de irme a trabajar. —García se quedó dudando un momento, sonrió, miró a los guardias y añadió—: La criada no duerme conmigo, ¿saben? O sea que no puede asegurar que yo estuviera acostado a las dos, claro. Aunque sí puede afirmar que dormí en mi cama, pues tuvo que hacerla por la mañana, y supongo que me oiría levantarme, ducharme y todo eso. Me vinieron a buscar del taller a las nueve.

—¿Lleva mucho tiempo con usted la muchacha?

—No. —García no pudo ocultar un gesto de fastidio—. Solo unos meses. La que teníamos desde hacía años se fue antes del verano.

El cabo Souto le dio las gracias y se fueron. Ya en el coche, que conducía Verónica Lago, esta le preguntó al cabo qué le había parecido Marcelino García y qué pensaba de lo que había dicho. El cabo le contestó mirando hacia delante, como si hablara solo:

—Estamos como en el primer momento de cualquier investigación. Es un momento tan emocionante como frustrante. Emocionante porque tenemos ante nosotros un abanico de posibilidades y frustrante porque no tenemos nada tangible. Es como cuando te presentan a una persona que conoces por su reputación o que te llama la atención por su aspecto o por su personalidad. Al principio, no sabes si congeniarás o no; si llegarás a ser su amigo o te caerá mal; si un día te hará una faena o un gran favor. No sabes nada y la persona está ahí, delante de ti, mirándote y quizá preguntándose lo mismo que tú. Hemos estado hablando con un hombre que acaba de perder a su mujer y a su suegra. Apenas sabemos nada de él y, sin embargo, estamos obligados a considerarlo sospechoso solamente por razones técnicas o estadísticas. Podemos estar equivocados. Puede que sea un criminal o puede que sea un buen hombre que acaba de sufrir una desgracia. Tenemos que tratarlo respetando sus derechos, con consideración, dadas las penosas circunstancias por las que se supone que debe de estar pasando, con educación y con todo lo que tú quieras, pero no deja de ser un sospechoso «para nosotros». Es muy duro. La presunción de inocencia es una ventaja para el culpable, pero es una humillación para el inocente porque parece como si estuviéramos

haciéndole un favor. Me comprendes, ¿verdad?

—Sí, cabo.

Souto disfrutó en secreto por un instante de la belleza de su ayudante, que lo miraba con respeto, como embobada. Verónica Lago era, además de guapa y lista, muy expresiva. El cabo evitó alargarse en sus consideraciones de índole filosófica para no dar la impresión de complacerse en su propio discurso, como un maestro engreído, y cambió de tema.

—Te vas a encargar con Taboada de hurgar en la vida de ese señor. Hablad con los compañeros de la comandancia. Necesitamos saber si es una persona bien considerada o si tiene fama de…, no sé, de mujeriego, jugador o cosas por el estilo. Mirad a ver lo que encontráis. ¿Sabes una cosa? Ahora, la investigación se halla en uno de los peores momentos. Tenemos que empezar a buscar lo malo de las personas, cosas que den que pensar, actividades raras, declaraciones sospechosas o contradicciones, y dedicarnos a perseguir a alguien que no sabemos si es culpable o no. No tenemos ninguna otra forma de acercarnos al ladrón o al asesino. Todo sería más fácil si alguien hubiera visto algo, claro. Pero no es así.

José Souto echó una rápida mirada a la coleta rubia de Verónica Lago, que asomaba con gracia por debajo de gorra de su uniforme y reprimió un impulso infantil de darle un tironcito. Miró hacia delante y se dijo a sí mismo: «Soy idiota».

Capítulo III

1

Julio César Santos se despertó a las diez de la mañana y pidió que le subieran el desayuno a su dormitorio. Después de ducharse, llamó a su amiga Marimar para decirle que había llegado, que pensaba quedarse unos días y que la invitaba a almorzar. La joven soltó un par de tacos propios de una verdulera y le dijo que aceptaba encantada. Marimar era la amiga gallega de Julio César Santos, una amistad muy peculiar. El mutuo e intenso atractivo físico fue el Big Bang de su relación. Marimar Pérez y Lolita Doeste, entonces novia del cabo Souto, eran amigas. Durante uno de los viajes del detective madrileño a Corcubión, Souto y su novia salieron una tarde a tomar unas copas con Santos. Para que este no se sintiera desparejado, Lolita llamó a su amiga Marimar. En el bar donde se conocieron, cerca del cuartelillo de la Guardia Civil, sus miradas se cruzaron y en el mismo instante empezó a tomar forma algo tan difícil de comprender como que de un agujero negro surja una galaxia.

Un abismo aparentemente insalvable separaba a Julio César Santos, típico señorito madrileño, rico, guapo, presumido y de exquisitos modales y a Marimar, de origen humilde, poco refinada y de lenguaje vulgar, pero de excepcional y turbadora belleza. Desde aquel encuentro en el bar de Corcubión, cuando Marimar le preguntó a Santos si todos los madrileños eran tan pijos[2], algo parecido a un poderoso efecto gravitatorio entre ambos niveló las diferencias, ajustó los relieves y encajó sus personalidades con notable precisión. Sin embargo, no fue solo el atractivo físico lo que los conectó. El tiempo y algunos acontecimientos de cierta intensidad reafirmaron su profunda relación, que no desechó las relaciones sexuales esporádicas, pero que ninguno de los dos asoció con el amor. O no se atrevió a hacerlo.

Después de hablar con Marimar, el detective llamó a Armando, el viejo marinero que le había vendido su lancha de pescador el verano anterior y que se la cuidaba durante el invierno; le pidió que la pusiera a punto porque deseaba darse una vuelta por la ría antes de comer, aprovechando que hacía buen tiempo. El viejo, que seguía usándola de vez en cuando, le dijo que la lancha estaba lista y que solo necesitaba retirar la lona que la cubría. Quedaron en encontrarse a las doce en el Bar del Puerto.

Santos, con su metro noventa y su pelo ondulado, vestido con unos pantalones vaqueros impecables, zapatos náuticos y un jersey azul marino de cuello vuelto (todo completamente nuevo), tenía más pinta de modelo de anuncio para ropa deportiva que de marinero. Solo le faltaba una gorra de patrón de yate, pero no la llevaba porque tenía buen gusto y sentido del ridículo. Al fin y al cabo, solo iba a dar un paseo en una lancha de pescador de cinco metros de eslora con un motor fueraborda. Al principio, le pedía al viejo Armando que lo acompañara, pero pronto perdió el miedo y se atrevió a ir solo. No necesitaba ningún título o permiso para manejar la lancha porque ni su eslora ni la potencia del motor lo requerían si no se alejaba más de dos millas náuticas de la costa, algo que no se le pasaba por la cabeza al detective madrileño, que tenía pánico a aquellas aguas con tan mala reputación. Fue precisamente Marimar, hija de un marinero, quien le había enseñado a manejar la pequeña embarcación.

El detective embarcó para dar un paseo de una hora. Se sentó a popa muy tieso empuñando el mando del fueraborda con firmeza y avanzó por la ría a unos cinco nudos con la vista puesta en un punto del horizonte lejano. Se sentía algo así como Simbad el Marino, con la ingenuidad y la fantasía propias de la gente del interior en lo relativo a las cosas del mar. Su única experiencia en temas náuticos consistía en haber remado en su juventud un par de veces por el estanque del madrileño Parque del Retiro, al que Marimar Pérez definía como charco.

A las dos en punto, fue a recoger a su amiga al trabajo, una gestoría que estaba a la salida de Cee por la carretera de Santiago. Como de costumbre, ella lo recibió dándole un sonoro beso en la boca que casi lo hace caer de espaldas.

—¡Hostia, César! —le dijo después de mirarlo de arriba abajo—. ¿De qué vienes disfrazado? Pareces el capitán de un jodido submarino nuclear ruso.

—¿Por qué ruso?

—¡Coño!, porque los españoles no tenemos submarinos nucleares.

Santos, con sus exquisitos modales, soportaba estoicamente el lenguaje vulgar de su amiga y apenas exteriorizaba su desagrado para que ella no se sintiera incómoda. Marimar sabía que a su amigo le molestaban las palabrotas, pero no podía evitarlas porque era su forma natural de hablar.

—¿Dónde me vas a llevar?

—¿Dispones de mucho tiempo?

—No tengo prisa. Le he dicho a mi socio que seguramente no volvería esta tarde porque iba a salir contigo.

—¿Te apetece dar una vuelta hasta Muxía?

—Muy bien, vamos. ¿Sabes una cosa, César? Eres la única persona

en mi vida que me invita a almorzar.

—No te entiendo —comentó Santos intrigado, mientras tomaba el desvío en Bermún—. ¿Nunca te ha invitado nadie?

—No. Nunca me ha invitado nadie a almorzar. Me han invitado muchas veces a comer, joder, pero nunca a «almorzar» —recalcó—. ¡Eres la leche!

—No veo qué tiene que ver la leche con el vocabulario apropiado. —Sonrió Santos—. Quizá nunca te hayas detenido a pensar que hay otro mundo, aparte de Cee.

Muxía es una pintoresca localidad situada frente al cabo Vilán, en la orilla sur de la ría de Camariñas, en un paraje de agreste belleza, a unos quince kilómetros del desvío que acababan de tomar. Allí, las rocas, algunas de curiosas formas, y el mar bravío ofrecen un espectáculo de confrontación permanente. César Santos, que había consultado varias guías de restaurantes, condujo a su amiga al que le pareció el mejor, como si lo conociera de toda la vida. Mientras compartían una gran fuente de percebes calientes, el detective le preguntó si sabía algo más de lo que decían los periódicos sobre el crimen de Corcubión.

—Sí, sé algo más. Conozco muy bien a Manuela, la criada de doña Consuelo. Está casada con Jacinto Sotillo. Jacinto es marinero, igual que su padre, que iba con el mío en el mismo barco cuando naufragaron. —Se quedó callada un momento, dejó de abrir con la uña el percebe que tenía entre los dedos y añadió con amargura—: Murieron los dos. Ya sabes por qué llaman a esta comarca Costa da Morte.

Santos asintió con la cabeza y no dijo nada. Observó el bello rostro de su amiga y esperó a que se repusiera de su momento de dolor. Él sabía que su padre había muerto en un naufragio; se lo había dicho Lolita cuando le habló de ella antes de presentársela, pero Marimar nunca lo había mencionado.

—Me preguntabas si sabía algo más del crimen —dijo finalmente mirándolo y reanudando su pelea con el percebe—. La verdad es que nunca se sabe exactamente lo que ocurrió cuando uno se entera de un crimen; ni siquiera muchas veces lo sabe el mismo criminal. Consuelo Pino era una señora muy rica. Eso debió de atraer al ladrón que la mató. La pobre mujer estaba ya a punto de morirse. Apenas podía hablar y no se movía de la cama. Hay que ser muy hijo de puta para dispararle un tiro a la cabeza a una anciana que está inválida en la cama. ¿Qué podía temer el ladrón? ¿Que la vieja lo hubiera reconocido? ¡No me jodas! Lo de su hija Rosalía es distinto. Ella pudo sorprenderlo y reconocerlo, pero… —se quedó callada.

—¿Pero?

—Nada.

—Estabas pensando en algo; venga, dilo.

—Era solo una idea de las que se le pasan a una por la cabeza. Una chorrada.

—¿No puedes ser más explícita?

—Rosalía era una mujer rara. También era muy rica y se ocupaba personalmente de sus negocios. A veces me pregunto si no habrá algo detrás de lo que parece un robo y un crimen accidental. Es una idea ridícula seguramente, pero nunca se sabe.

—¿Por qué te lo preguntas? ¿Se dedicaba a negocios raros?

—Tenía muchos negocios: madera; pisos; locales comerciales; discotecas, y bares de copas en Santiago y en Coruña. —Cambió de entonación—. Y también tenía un amante, una especie de gigoló mucho más joven que ella. Me lo contó Manuela cuando la acompañé, después del entierro. Fuimos a su casa y lo largó muy cabreada. Me dijo que el amiguito de la señora había estado la noche del crimen en el chalé, en su dormitorio, hasta tarde. Me preguntó si debía decírselo a la Guardia Civil.

—¿Y qué le dijiste?

—¿Qué coño quieres que le dijera? Que se lo contase si le preguntaban. De todas formas, Rosalía Besteiro tenía todo el derecho a follar con quien le diera la gana.

—¿Por qué lo dices? Estaba casada, ¿no?

—Lo digo porque el cabrón de su marido es un putero de cuidado. Eso lo sabe todo el mundo.

—¡Vaya! Qué familia más curiosa. Entonces, si he entendido bien, detrás del robo podría haber más de lo que parece. ¿Es eso lo que pensabas?

—¡Coño, César! No empieces a sacar conclusiones como un jodido detective. Yo no pienso nada. Solo que, a veces, una no puede evitar hacerse ciertas preguntas. Nada más.

Después de comer, regresaron dando una vuelta por la costa. Se detuvieron un momento al borde de la carretera para admirar la playa de Lourido, rodeada de altos pinos que proyectaban sombras caprichosas y alargadas sobre la arena, y continuaron luego por la pista que atraviesa en la penumbra, camino de Lires, los frondosos bosques entre los que el río Castro serpentea. De pronto, Marimar dijo en un tono malicioso:

—Este bosque me recuerda el cuento de la Bella Durmiente—. Bostezó y añadió con voz melosa—: ¿No te apetece una siestecita?

Santos captó la indirecta, sonrió complacido y se desvió hacia Vilarriba sin decir nada. Estaba deseando que las cosas rodaran en aquella dirección, pero no le había parecido delicado proponérselo el primer día, nada más llegar, como si la hubiera invitado a comer con

aquel único propósito.

2

Las ocupaciones placenteras del detective madrileño y de su amiga no tenían nada que ver con la actividad que se desarrollaba en el puesto de la Guardia Civil de Corcubión. Allí se trabajaba. Poco antes de la hora de comer, llegó el informe completo de las autopsias. Una hora después, Souto recibió por correo electrónico un avance del informe de los técnicos del Área de Investigación de la comandancia.

El informe definitivo de las autopsias no le proporcionó al cabo José Souto mucha más información de la que ya poseía, adelantada por el forense, excepto por un detalle sorprendente: Rosalía Besteiro había tenido relaciones sexuales unas horas antes de su muerte, dato confirmado por el hecho de que, en su cama, se habían encontrado varios cabellos morenos que no eran suyos, así como restos de fluidos en las sábanas, que denotaban actividad sexual reciente, según los colegas de Investigación. Este detalle hizo levantar las cejas del cabo Souto.

En cuanto a los datos proporcionados por los técnicos de la comandancia, el cabo Souto encontró muchos elementos interesantes. Siguiendo cronológicamente el desarrollo de los hechos, podía establecer un guion provisional de lo sucedido. El ladrón o asesino, una sola persona según todos los indicios, llegó en coche; fue hasta el final del camino y dio la vuelta; acercó una caja de botellas de cerveza al muro, junto al portón, y la utilizó para escalarlo y saltar al interior. Los investigadores coincidían en la observación hecha anteriormente por el cabo sobre la existencia de marcas de calzado en la parte exterior del muro y su ausencia en el lado interior. Si el ladrón pasó por encima del muro y saltó al interior, debería haber dejado las marcas de sus pies tanto en el muro como en la tierra al caer. No daban ninguna explicación, simplemente constataban el hecho. Lo siguiente que hizo fue arrancar de cuajo con una palanca la cerradura de la puerta de la cocina para entrar en el chalé. Bastaba con seguir las manchas de barro dejadas por sus zapatillas deportivas, talla cuarenta y cuatro, para imaginar el recorrido. De la cocina pasó al recibidor, subió las escaleras y entró en el dormitorio de Rosalía Besteiro. Podría deducirse por las huellas en la moqueta que se encontró de frente con ella. Debió de ser en ese momento cuando le disparó a bocajarro un solo tiro en la frente. La mujer cayó al suelo. No había ninguna señal de contacto físico ni de lucha. El ladrón o asesino se dio la vuelta y se dirigió al dormitorio contiguo, el de

Consuelo Pino. Se acercó a la cama y le disparó otro tiro a bocajarro en la cabeza a la anciana. En ambos casos el arma utilizada debió de ser un revólver, ya que no se encontraron casquillos. La munición empleada fue del calibre veintidós, que hace poco ruido. La postura del cuerpo permitía suponer que Consuelo Pino ni siquiera llegó a despertarse. Acto seguido, el asesino vació los cajones de las mesillas y las cómodas y registró de forma somera pero violenta los armarios de ambos dormitorios. Sin duda llevaba guantes, pues no se hallaron huellas dactilares ajenas a los miembros de la familia y la criada. De los dormitorios pasó a la sala de estar contigua, sacó y volcó los cajones de un escritorio y bajó después al salón principal. A partir de ese momento ya no aparecían más huellas de barro. Buscó sin ningún tipo de miramiento en los cajones de los aparadores, en las vitrinas y en otros muebles del salón y del comedor, descolgó cuadros y rompió cuanto objeto delicado se encontró en su camino tirándolo al suelo. Se notaba que había actuado con mucha prisa. Los investigadores calculaban que, para hacer lo que hizo, no necesitó permanecer en la casa más de media hora. Finalmente, salió por la cocina y corrió hacia la entrada de la propiedad. Casi con toda seguridad utilizó para salir la puerta pequeña que está al lado del portón para vehículos y que se puede abrir desde dentro sin llave.

El cabo José Souto leyó por segunda vez el informe y escribió las siguientes notas en su cuaderno cuadriculado:

Saltó el muro, pero no hay huellas de la caída por el lado de dentro.

Arrancó la cerradura de la cocina, no la forzó.

Fue directamente a los dormitorios de Rosalía y de la anciana.

¿Conocía la casa?

No buscó en los demás dormitorios. ¿Sabía que no había nadie más en casa?

Actuó muy deprisa. ¿Cómo encontró en tan poco tiempo los dos escondites secretos de las joyas?

Rosalía Besteiro mantuvo relaciones sexuales aquella tarde/noche. ¿Lo sabría Manuela? Si lo sabía, ¿por qué no nos dijo nada de ninguna visita en la tarde del miércoles? Enterarse de con quién.

José Souto miró el reloj y pensó que eran demasiadas preguntas para hacerse antes de comer. Estaba solo y tenía hambre. Cerró su

libreta y se fue a la cantina.

Después de comer, cuando ya trabajaba de nuevo en su despacho, llegó Orjales, que había estado haciendo averiguaciones sobre Jacinto Sotillo, el marido de Manuela.

—Fui esta mañana a verlo a su casa, en Cee —le explicó a su jefe—. Jacinto trabajó varios años en los barcos de Pepe Veiga, el de la rula. Está en paro desde el verano, según me dijo. El hombre está acojonado porque piensa que su mujer se va a quedar ahora sin trabajo y no tienen un duro. Aún no han terminado de pagar la hipoteca del piso en donde viven ni las letras del coche. Tiene pinta de ser una buena persona y no noté nada raro mientras charlaba con él. No se asustó cuando me vio llegar y le dije que quería interrogarlo. El tipo no es muy hablador, y tampoco me pareció que le interesara demasiado o le afectara lo que les ocurrió a la señora Besteiro y a su hija. Solo piensa en que su mujer se va a quedar sin trabajo, aunque de momento el viudo no le ha dicho nada y ella sigue yendo a limpiar el chalé. Después de hablar con él, estuve con Veiga. Me dijo que Sotillo era un marinero como los demás, ni mejor ni peor. Lo despidió porque tuvo que enviar el Santa Mariña al desguace; era el pesquero más viejo que tenía y, por lo visto, costaba más mantenerlo a flote que lo que rendía. Otros cuatro marineros se fueron al paro. No le saqué nada interesante ni quise dar la impresión de que sospecháramos de él o algo por el estilo. Le dije que eran comprobaciones rutinarias, lo de siempre.

—¿Coartada?

—Ah, sí. Sotillo no salió de su casa la noche del miércoles al jueves. Durmió con Manuela.

—¿Conoces a alguien más de su familia?

—Jacinto y Manuela llevan casados diez años. No tienen hijos. Él solo tiene un hermano, que es taxista en Corcubión; seguro que lo conoces. Es un tipo bastante alto, como él, casado con la de la panadería de Estévez. La familia de ella es de Fisterra; no los conozco, aparte de a Rubial, claro. Puedo indagar, si quieres.

—Déjalo, no hace falta. ¿Has visto por ahí a Aurelio o a Vero?

—No, jefe. Acabo de llegar. ¿Quieres que los busque?

—No, gracias. Ya me avisarán cuando vengan.

Poco después, se presentaron Taboada y Lago. Ambos habían tratado de averiguar cuanto podían sobre Marcelino García Lameiro. Aunque habían trabajado cada uno por su lado, se coordinaron y, antes de ir a ver al cabo Souto, compararon sus notas e informaciones, por lo que pudieron presentarle al jefe un informe unificado. Souto llamó a Orjales porque quería que sus tres colaboradores dispusieran de la misma información.

Taboada expuso el resultado de sus pesquisas y las de su

compañera: Marcelino García Lameiro era una persona muy conocida en el mundo empresarial de A Coruña, no solo por tener las concesiones de las marcas de automóviles del grupo Volkswagen, sino también por ser socio de las principales sociedades recreativas coruñesas, en las que se dejaba ver con frecuencia, por organizar carreras de coches antiguos, por pertenecer a la directiva del Deportivo y por ser el gerente de una sociedad que poseía cines, discotecas y bares de copas o «de alterne», precisó Taboada con cierto énfasis, en diversas localidades de la provincia. La principal accionista de la sociedad era su mujer. García Lameiro solía dar fiestas sonadas en su finca de recreo de San Pedro de Nos, a las afueras de A Coruña, donde reunía a empresarios, especialmente del gremio de la construcción, algunos políticos y otras gentes ajenas al cerrado círculo de la clase alta y la aristocracia coruñesas, al que él no pertenecía. Esas fiestas, según le informaron sus colegas de la comandancia, solían animarse de madrugada con la presencia de prostitutas procedentes de los locales nocturnos de la sociedad que regentaba. No obstante, García Lameiro no tenía cuentas pendientes con la Justicia ni constaba que las hubiera tenido nunca. Parece ser que era juerguista y vividor, pero dentro de un orden. Durante el día, se encontraba normalmente en su trabajo y no se ocupaba personalmente, al menos en apariencia, de los establecimientos que funcionaban de noche y eran dirigidos por encargados. En sus locales, no había constancia de que trabajaran mujeres traídas del extranjero con contratos leoninos ni cualquier otro tipo de explotación irregular. Solo un local en Santiago estaba siendo discretamente investigado.

El cabo Souto les agradeció la información y les pidió a los tres que leyeran detenidamente los informes del Área de Investigación y del forense para comentarlos más tarde.

—No nos vamos a aburrir —les dijo—. Aún no he tenido tiempo de profundizar, pero me da la impresión de que va a haber mucho que hurgar en este asunto porque, a primera vista, hay un montón de cosas raras. Mañana por la mañana lo comentaremos, pues me gustaría informar a la jueza y a la comandancia antes de mediodía. Después interrogaremos de nuevo a Manuela, pues tiene que saber con quién tuvo relaciones sexuales la víctima. Me gustaría que fuerais preparando las preguntas que se os ocurran.

Los agentes abandonaron la sala de trabajo con una copia de los documentos; el cabo Souto, en cuanto se quedó solo, volvió a centrarse en el análisis detallado de los elementos de los que disponía para poder, a partir de ellos, deducir lo que realmente pudo haber ocurrido. Intentaba dibujar en su imaginación algo así como el story board de una nueva película, pues el guión anterior dejaba muchos puntos oscuros y no trataba más que de lo que parecía evidente en

cuanto a los hechos, no daba pista alguna sobre las intenciones del autor. El cómo estaba claro, pero no el porqué ni mucho menos el quién. Souto consideraba que partir de cero era emocionante. En ese punto no hay aún posibilidad de error y solo hay que observar minuciosamente el escenario del crimen y recopilar datos. Las suposiciones son aún posibles. Sin embargo, se llega enseguida al punto siguiente, en el que ya es inevitable hacerse preguntas cuyas respuestas condicionan el avance de la investigación. A partir de ahí, el camino se vuelve oscuro y solo pueden tenerse en cuenta hechos ciertos. Como la verdad es relativa y escurridiza, el riesgo de error aumenta. Igual que el ciego utiliza con soltura su bastón sensible para guiarse sin tropezar, el investigador debe manejar su capacidad de deducción para sortear el error.

Ya eran casi las siete de la tarde cuando José Souto llamó a su amigo César Santos.

—Oye, sabueso, dado que a Lolita no le gusta dejar el restaurante solo, ¿por qué no vienes a cenar a Doña Carmen? Eso, claro, si tus múltiples ocupaciones te lo permiten.

—¿A qué ocupaciones te refieres, Holmes?

—Ya sabes, algún nuevo ligue en Corcubión, un crucero por la ría, rascarte la barriga, discutir sobre Nietzsche con Marimar, qué sé yo. No pretenderás que me inmiscuya en tu vida privada.

—No sé si aceptar tu invitación; estoy enfadado contigo, Pepe.

—¿A qué debo esa suerte?

—Me he enterado casualmente esta tarde de que se ha cometido hace días en tu pueblo un crimen horrible, aunque interesante desde el punto de vista profesional, ¡y no me has dicho nada! Supongo que tu silencio se deberá a que ya has dado con la solución y tienes al culpable porque, si no, me parecería una falta de consideración por tu parte ocultárselo a un amigo como yo, que tantas veces te ha ayudado a solucionar casos difíciles.

El cabo José Souto se echó las manos a la cabeza. No supo si reírse o llorar. Ya tenía otra vez encima a Santos metiendo las narices en su trabajo. Tardó unos segundos en contestar.

—¡Será posible! —exclamó finalmente—. ¿Por qué no solicitas el ingreso en el Cuerpo, César? Te cedería mi puesto encantado. Los que tenemos que trabajar nos quejamos y tú, que eres rico y tienes la suerte de poder hacer lo que te da la gana, o sea nada, te empeñas en trabajar. Me sorprende que no te des cuenta, pero es muy poco delicado por tu parte hacerme sentir como un pobre desgraciado que, para ganarse la vida, está obligado a hacer algo que no le gusta y que tú quieres hacer por diversión.

—Eres egoísta y desagradecido, Pepe. ¿Cómo puedo hacerte comprender que solo intento ayudarte desinteresadamente?

—Te voy a dar una idea, César. ¿Sabes lo que puedes hacer?

—Qué.

—Ir a tomar por donde tú sabes. Perdona que no sea más preciso, pero no me gusta decir ciertas cosas por teléfono.

—Está bien, Pepe. Estaré en Doña Carmen a las nueve, ¿vale?

Julio César Santos colgó y José Souto sonrió interiormente. La verdad era que ya echaba de menos a su amigo, con su inveterada impertinencia y su ironía. ¿Sería verdad que acababa de enterarse de lo del crimen aquella misma tarde o lo habría leído en los periódicos de Madrid? En cualquier caso, comprendió que ya era imposible librarse de él. El cabo Souto sabía de sobra que, cuando Santos se empeñaba en sacarle información sobre una investigación en curso, era muy difícil quitárselo de encima. Como jefe del puesto de la Guardia Civil de Corcubión no podía consentir que un paisano o un civil, por utilizar el lenguaje castrense, se metiera en sus asuntos o participase sin motivo en una investigación, pero Santos era Santos y él no conseguía impedírselo. En más de una ocasión había tenido que hacer verdaderas filigranas para evitar que su jefe, el capitán Corredoira de la comandancia de A Coruña (que conocía al detective madrileño) no sospechara que, a pesar de todo, se lo permitía. Por mucho que Souto le asegurara que mantenía al detective al margen, Corredoira ponía cara de no creérselo.

El cabo primero José Souto apreciaba demasiado a Julio César Santos, valoraba su capacidad y confiaba en su discreción lo suficiente como para permitirse aquel leve desliz en su inquebrantable respeto por la disciplina militar.

Capítulo IV

1

Como tantas otras veces, y a pesar de las puyas que el cabo José Souto y su amigo el detective Julio César Santos se lanzaban mutuamente, después de cenar, ambos se relajaron y se sentaron en el salón a tomar una copa y charlar de los asesinatos, que eran la principal comidilla del pueblo. Santos sacó a relucir el tema con suma delicadeza porque no quería provocar la espantada de su amigo, poco proclive a comentar asuntos relacionados con el trabajo cuando estaba en su casa. Pero Souto se fue dejando llevar poco a poco, hasta abordar el problema que ocupaba su pensamiento por entero y del que era incapaz de liberarse.

—Ya sé que no te gusta hablar de trabajo, Pepe —había empezado a decir prudentemente Santos después de tomar el primer trago—, pero podemos hacer algo sin la presión que supone trabajar sobre un problema real. ¿Por qué no hablamos de los asesinatos como lo harían dos investigadores en una obra de ficción?

Souto lo miró con un gesto de desconfianza.

—Explícate mejor, César. No veo dónde quieres ir a parar.

—Quiero decir que, puesto que en este momento no estamos trabajando ninguno de los dos, aunque no por eso el tema de los asesinatos deje de ser algo que nos interesa, podríamos imaginar, mientras tomamos una copa, que somos Holmes y Poirot, por ejemplo, e intercambiar pareceres sobre un crimen imaginario del que tuviéramos los mismos datos que tienes tú sobre la muerte de esas pobres señoras.

—¿Y?

—En ese supuesto, sin temor a que nadie conozca nuestras conclusiones o nuestras deducciones, solo por simple diversión, podríamos discutir sobre las apariencias y los hechos.

—Eres muy fino, César. Con tal de liarme, no sabes qué inventar.

—En serio, Pepe. No seas negativo. Mañana, en tu despacho, puedes hacer lo que te parezca con tus colaboradores, pero ahora, aquí, tú y yo solos, ¿por qué diablos no podemos hablar de ese crimen como dos colegas que elucubran libremente sobre un caso? Es un privilegio que nos otorga nuestra amistad. Cuéntame de qué va; dime qué has visto y qué te preocupa; qué es lo que tiene lógica y lo que no.

Sabes perfectamente a qué me refiero. Por ejemplo, para empezar, ¿se trata de verdad de un doble crimen como consecuencia accidental de un robo? ¿O el robo es una pantalla para ocultar el crimen?

—Muy agudo.

—Siempre lo soy. ¿Ando muy errado?

—Ya me gustaría saberlo.

—No seas gallego. Eso quiere decir que es muy posible. Venga, suelta lo que piensas.

—César, sabes muy bien que ante un crimen como este hay un enorme terreno que explorar. Un terreno que abarca las apariencias y los hechos, por un lado, y las personas con sus motivos, por otro. Los hechos y las apariencias están ahí, ante tus narices. Hay un allanamiento, dos muertes violentas, un escenario del crimen y un robo. En cuanto a las personas, unas están a la vista: las víctimas, la criada que descubre la cerradura rota y el viudo, que heredará una fortuna. Sin embargo, aparecerán sin duda otras de las que todavía no sabemos nada. De los motivos, aún es pronto para hablar. Por lo tanto, hay que ponerse a buscar, mirar por todas partes y preguntar a todo el mundo hasta lograr atribuir a cada cual el lugar que le corresponde en el drama. De momento, digamos que me he sentado frente al escenario a observar. Aún no he tenido tiempo más que de preguntarme por dónde empiezo.

—O sea que no te has formulado todavía ninguna hipótesis.

—¿Cómo quieres que me formule hipótesis, si ni siquiera he dado el primer paso? Claro que no tengo ninguna. Bueno, excepto la que se deduce a primera vista y sin más fundamento que las apariencias, unas apariencias superficiales.

—¿Es decir?

—Es decir que un ladrón entró en el chalé, una de las víctimas lo sorprendió y él las mató a las dos. Luego, robó y se largó.

—Claro que tú no te lo crees porque, incluso antes de empezar a buscar, ya has visto algo que hace esa hipótesis poco verosímil.

—Exactamente.

—Y yo me pregunto si serías tan amable de contarme, como un sabueso le contaría a su colega tomándose una copa y empezando por el principio, qué es lo que has visto. Así, podríamos —Santos miró su reloj— pasar el rato charlando agradablemente y analizando diversas posibilidades, siempre, claro está, en un contexto imaginario que no suponga ninguna interferencia con tu actividad profesional.

El cabo Souto sonrió y se quedó mirando a su amigo, por el que en momentos como aquel sentía admiración. La tenacidad del caprichoso detective solo era comparable con su habilidad para hacerle entrar al trapo cuando quería enterarse del estado de una investigación de la Guardia Civil. En el fondo, disfrutaba con aquella conversación porque

hablar con su amigo era la única forma que tenía de aligerar la carga de sus dudas y de mitigar los efectos de la soledad en su trabajo como investigador. Un vacío que sus compañeros no eran capaces de llenar, pues no conseguían seguirlo en su esfuerzo constante por observar y deducir, como tampoco lo eran de librarlo del temor a equivocarse. Santos, en cambio, seguía su ritmo, adivinaba su pensamiento y lo obligaba incluso a acelerar la marcha en ocasiones.

Souto cedió a la insistencia del detective. Le describió lo que encontró al llegar al chalé, avisado por Manuela, la criada. Concentrado en el recuerdo de lo que había visto en la mañana que siguió al crimen, le fue contando con todo detalle lo que más le había llamado la atención: la cerradura arrancada, algo impropio de un ladrón profesional, las huellas de las pisadas, la localización de la primera víctima, los destrozos selectivos, el robo de joyas y dinero ocultos en escondites que un ladrón no debería conocer y la falta de huellas de bajada del muro. El cabo hablaba como si reflexionara en voz alta, según su costumbre, con la mirada perdida en el techo del salón, de modo que sus ojos pudieran recrear la escena del crimen sobre un fondo neutro, libres de toda distracción. César Santos escuchaba con atención, fascinado por la precisión con la que su amigo describía la posición de los cuerpos y la colocación exacta de los objetos, por la minuciosidad en la exposición de los detalles y por el entusiasmo con el que adelantaba ciertas conclusiones parciales, en especial las referidas a la incoherencia de las apariencias. En ese momento, era César Santos quien sentía auténtica admiración por la profesionalidad de su amigo y su capacidad de observación y de análisis.

Tras un corto silencio, que el detective no quiso romper, el cabo Souto sentenció con voz grave:

—No puede ser. No es un robo normal.

A César Santos le pareció que Souto había terminado su discurso y le preguntó si podía ver las fotografías que habían hecho con el móvil. El cabo no le contestó. Sacó su teléfono del bolsillo, abrió la galería de fotos y se lo pasó. Santos fue mirando de una en una las fotos que Taboada le había transferido al cabo, tomándose su tiempo y ampliando alguna con el pulgar y el índice.

—Estoy de acuerdo contigo —afirmó tajante al terminar de verlas todas.

—¿En qué, concretamente? —Souto parecía despertar de un sueño.

—En que nada de lo que me acabas de contar concuerda, en mi opinión, con la forma de actuar propia de un ladrón. Más bien parece, diría yo, la actuación de alguien que hubiera tomado la decisión de matar a las dos mujeres simulando un robo, pero sin terminar de planificar concienzudamente la forma de hacerlo para no ser

descubierto. O sea, una chapuza.

—Ya. ¿Cómo crees, entonces, que actuaría un simple ladrón?

—Para empezar, creo que un ladrón no emplearía una caja de cervezas para escalar muros. Si descerrajó la puerta de la cocina, con el ruido consiguiente dentro de la casa, podía haber descerrajado la puerta de entrada a la finca, que ofrece una dificultad similar y nadie lo oiría, pero no lo hizo. Por otra parte, si el ladrón saltó por encima de la valla o del muro, que sería lo natural, tendría que haber dejado marcas en la tierra al caer. En la entrada de la cocina había un felpudo, me dijiste, ¿no? Lo lógico sería que se hubiera limpiado los pies para no dejar tantas huellas, incluso solo por costumbre o por comodidad.

—Cierto.

—Me sorprende que un ladrón entre en una casa para robar y vaya directamente al dormitorio donde está la gente durmiendo. Es raro. ¿Y por qué no miró en los demás dormitorios? No veo por qué tendría prisa a esas horas y, menos aún, después de matar a las únicas personas que había en la casa. Tampoco veo por qué tenía que causar tantos destrozos: no se va más deprisa rompiendo las cosas. ¿Esperaba acaso encontrar una caja fuerte detrás de cada cuadro?

—Yo me hago también otras preguntas —dijo el cabo—. Efectivamente, no es normal que un ladrón que entra de noche en una casa de dos plantas empiece a buscar objetos de valor por los dormitorios, donde se supone que hay gente durmiendo; es prácticamente imposible hacerlo sin que nadie se despierte, pues hay que ir con linterna, abrir armarios, cajones y cajas dentro de los dormitorios y se hace ruido. Lo lógico es que busque plata, cuadros o dinero en los salones, la biblioteca o el comedor.

—Cierto. Y yo me pregunto también si conocía la casa y sabía quién vivía allí. La respuesta es: sí. Porque, si fuera al azar, un ladrón profesional tomaría otras precauciones, como dejar un cómplice fuera, en el coche, para avisar si aparecía alguien o por si hubiera que salir a toda pastilla. ¿No crees?

—Estoy completamente de acuerdo. Lo que yo me pregunto es si todas esas cosas raras son producto de la incompetencia del asesino o fueron calculadas para despistarnos. A veces, un comportamiento en apariencia torpe oculta una maniobra inteligente.

Julio César Santos bebió un trago de su copa y guardó silencio porque pensó que era demasiado pronto para preguntarle a su amigo si sospechaba de alguien. Por lo que le había oído decir antes, dedujo que no iba a recibir ninguna respuesta y ya sabía que, para Souto, al principio de cualquier investigación, todo el mundo era sospechoso menos él mismo. Estuvieron un rato discutiendo, hasta que Santos, al ver que su amigo miraba el reloj, comprendió que tenía que madrugar

al día siguiente y se levantó para marcharse.

Al despedirse, César Santos, como si de pronto se hubiera acordado, le comentó al cabo:

—Supongo que, aparte del viudo que hereda, uno de los principales sospechosos será el amante de la señora asesinada, de la hija, claro. Por lo visto estuvo la noche del crimen en la casa, ¿no?

Souto abrió los ojos asombrado.

—¿Cómo coño sabes eso? ¿Quién te lo ha dicho?

2

A la mañana siguiente, nada más llegar al puesto de la Guardia Civil, el cabo Souto llamó a sus colaboradores. No estaba contento. La información que le había proporcionado su amigo Santos (que Rosalía tenía un amante), y que consideraba de vital importancia, sorprendió a los agentes tanto como lo había sorprendido a él. Nadie estaba al corriente. El guardia Orjales se permitió una sonrisa maligna cuando su jefe dijo que había sido el detective madrileño quien lo había puesto al corriente. La situación era tensa por su misma incongruencia. Para los colaboradores del cabo José Souto, que conocían poco al detective Santos, lo que no les impedía admirarlo, el hecho de que un señor de Madrid, que solo aparecía por allí de vez en cuando se hubiera enterado de un hecho tan importante antes que ellos, tenía algo de absurdo, por un lado, y, por otro, presagiaba una reacción imprevisible del cabo Souto. Reacción que no se hizo esperar:

—Quiero que me encontréis a ese individuo antes de la hora de comer. Me da igual quién se encargue de hacerlo. Os ponéis de acuerdo entre vosotros.

Los guardias se movieron deprisa y, sobre la una de la tarde, Orjales apareció por el cuartel acompañado de un hombre joven que aparentaba entre veinticinco y treinta años, más bien alto, bien parecido y vestido con cierta elegancia. Orjales le pidió que esperase un momento en la entrada y fue a ver al cabo.

—Cabo, tengo a nuestro hombre ahí esperando. No le he dicho nada, no sabe por qué le he pedido que me acompañara, aunque lo supone y está asustado. No me ha puesto ninguna pega; solo me ha dicho que suponía por qué queríamos hablar con él. ¿Qué hago? ¿Le digo que pase?

—¿Quién es?

—Jesús Canido. Lo llaman Suso. Es decorador.

—¿Cómo lo encontraste?

—Me lo dijo Manuela en cuanto se lo pregunté.

—Está bien, luego hablamos. Que pase.

Orjales fue a buscarlo y lo llevó al despacho del cabo Souto, que lo saludó amablemente, le tendió la mano y le pidió que se sentara. Canido se sentó y esperó en silencio a que el cabo se sentase también. Orjales miró a su jefe; este le hizo un gesto para que los dejara solos. El guardia salió y cerró la puerta.

—Señor Canido —empezó el cabo en un tono muy serio, casi solemne, mirándolo fijamente—, me sorprende que no se haya puesto usted en contacto con nosotros, digamos motu proprio, en cuanto se enteró de la muerte de su amiga, Rosalía Besteiro.

—¿Por qué? —protestó Canido, que se mostró sorprendido e incluso molesto ante la pregunta del cabo Souto— ¿Estaba obligado a hacerlo?

—Legalmente, no; pero lo considero de sentido común, dado que estuvo con ella poco antes de que la mataran. ¿No le parece?

—¿Se imagina usted el efecto que me hizo la noticia? No, claro, usted no puede imaginar el estado en el que me encontraba. ¡Estaba horrorizado! ¿Por qué habría de acudir a la Guardia Civil, que no podría sino aumentar mi dolor por la pérdida de… de una amiga íntima? ¿Debería haberme presentado para que me interrogaran, para que me preguntaran acerca de un montón de detalles morbosos y crueles o para soportar insinuaciones sobre mi culpabilidad?

El hombre estaba a punto de echarse a llorar y el cabo Souto lo observaba tratando de descubrir si fingía o estaba realmente afectado por la muerte de aquella señora. Canido parecía sincero y acabó por darle pena.

—Me parece, señor Canido —el tono del cabo se volvió complaciente—, que tiene usted una idea equivocada sobre cómo hacemos las cosas en la Guardia Civil. Un familiar o una persona del entorno de las víctimas, en un caso tan trágico como el que estamos investigando, puede parecernos sospechoso, lo no quiere decir que ignoremos el principio de que nadie es culpable mientras no se demuestre que lo es y sea condenado por ello. Somos profesionales, amigo mío, y no hay ninguna razón para pensar que vayamos a tratarlo a usted o a cualquier otra persona sin el debido respeto. De modo que, ahora que está aquí, le ruego que se relaje y haga un esfuerzo para comprender que estamos haciendo nuestro trabajo. Si considera que le falto en algo, no dude en decírmelo, señor Canido.

Souto lo miró a los ojos y guardó voluntariamente un largo silencio para ver cómo reaccionaba. El hombre permaneció callado y con aspecto de estar concentrado en sus recuerdos. Al cabo Souto le dio la impresión de que Canido, fuera de su ambiente, era una persona tímida y que, por lo tanto, debería de sentirse completamente desplazado en un puesto de la Guardia Civil, lugar, sin duda, poco

sugerente para un decorador. Su aspecto, hasta cierto punto cercano al amaneramiento, denotaba propensión a la trivialidad, lo que acentuaría su sensación de inferioridad. Por eso, el cabo Souto sintió lástima y abandonó por un instante su intención de tratarlo como a un sospechoso. Si aquel hombre amaba de verdad a Rosalía Besteiro, debía de sufrir y, por lo tanto, él estaba obligado moralmente a respetar su dolor.

—Tiene que comprender, señor Canido, que no me queda más remedio, en efecto, que someterlo a un interrogatorio, y que la razón de hacerlo está relacionada con algo… —el cabo Souto buscó una palabra que no fuera ofensiva—, digamos muy personal. Pero no lo considere como un interrogatorio inculpatorio dirigido contra un presunto culpable, sino como las preguntas normales que debo hacer a alguien próximo a una de las víctimas y, sobre todo, a una de las últimas personas que la vieron con vida. Serán preguntas como las que le haría a un testigo, no a un asesino. ¿De acuerdo?

Canido meneó la cabeza afirmativamente. Estaba visiblemente emocionado.

—Voy a hacer una cosa para que no se sienta usted cohibido y podamos tener una conversación relajada —continuó Souto—. Normalmente, yo debería pedir a un agente que se sentara a esa mesa y anotara su declaración. Pero no lo voy a hacer. Charlaremos los dos solos, sin testigos. Ya se le tomará declaración en su momento. Y puede estar seguro de una cosa: el hecho de hacerle preguntas delicadas no supone que no respete su intimidad, siempre que usted me respete a mí, claro, y no trate de engañarme. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

El cabo José Souto le pidió a Jesús Canido que le hablara de sí mismo, dónde vivía, en qué y dónde trabajaba y cómo había conocido a Rosalía Besteiro. Canido se relajó y contestó puntualmente a las preguntas del cabo sin escatimar detalles sobre su vida, su familia, sus estudios y su trabajo como decorador. Después le explicó que Rosalía lo había contratado hacía dos años para renovar la decoración del chalé de su madre y que, poco a poco, se había establecido entre ambos una relación amistosa que se convirtió posteriormente en una relación sentimental. El cabo le preguntó si el marido de Rosalía estaba al corriente de la relación. Canido se mostró algo desconcertado ante la insistencia del cabo por obtener una respuesta precisa y acabó por confesar que sospechaba que algo debía de saber o de suponer, pero que no parecía importarle. El matrimonio, en apariencia normal, hacía tiempo que se había descompuesto. Rosalía y su marido, explicó, no se llevaban mal, pero cada uno vivía su vida y el marido no se metía en la de su mujer porque ella era la dueña de la mayoría de los negocios y, aparte de eso, tenía mucho carácter y no se

dejaba dominar. Ella sabía de sobra que su marido daba fiestas solo para sus amigotes en su finca de San Pedro de Nos y que allí se corrían juergas sonadas con las chicas de los bares de alterne.

—¿Por qué dice usted que no se llevaban mal? ¿Lo sabe o lo supone?

—Me refiero a que no armaban escándalos y que no había malos tratos. Me consta que discutían con frecuencia y que no tenían ningún tipo de relaciones sexuales. Eso me lo dijo ella. Él venía poco por aquí y aunque se alojaba en el chalé, no salía con ella. Y ella hace ya mucho tiempo que no iba por su casa de Coruña.

El cabo Souto tomó unas notas.

—Usted estuvo en su casa en la tarde o en la noche del jueves, la noche del crimen, ¿no es así?

—Sí. Vine a ver a Rosalía por la tarde. Hicimos el amor y me fui sobre las once y media de la noche. La criada ya se había ido, o sea que no tiene más que mi palabra porque de allí me fui a mi casa y no me encontré con nadie. Vivo solo en Cee, como ya sabrá.

—Vaya, qué mala suerte.

—Supongo que pensará que pude matarla yo. —Se quedó un momento callado con gesto compungido. Respiró hondo y continuó—: No tendría ninguna razón para hacerlo. Nunca tuve el menor problema con ella y nos queríamos de verdad. Aparte de eso, no solo era una clienta muy buena, sino que me recomendaba de vez en cuando a amigas suyas aquí, en Cee, y también en Coruña. Le puedo dar los nombres y las direcciones. Los tengo todos, naturalmente.

—¿Diseñaba usted sus muebles?

—¡No! Yo no diseño muebles. Soy decorador, no diseñador. Yo busco los muebles que recomiendo en revistas de moda, en establecimientos especializados, en ferias de decoración o en mis proveedores. A mis clientes les presento diversos modelos y combinaciones, les recomiendo esto o aquello, les propongo soluciones prácticas o decorativas no solo de muebles, también de telas, pinturas, plantas y otros muchos elementos decorativos.

—Comprendo —lo cortó Souto temiendo que se extendiera demasiado en detalles que no le interesaban en absoluto—. Dígame una cosa. En el salón principal de la casa de los Besteiro hay un escritorio grande, ¿sabe a qué me refiero?

—Sí, claro. Ese escritorio es muy bonito, por cierto, pero no se lo puse yo. Ya lo tenía doña Consuelo en la casa cuando conocí a su hija, hace cinco años. ¿Por qué me lo pregunta?

El cabo Souto no le contestó. Aun sin dejar de considerar a aquel hombre sospechoso, como a todas las personas del entorno de las víctimas, no encontró en él ninguno de los elementos característicos que, según su experiencia, marcaban con mayor o menor intensidad el

comportamiento de los delincuentes. Parecía sincero, afectado y natural. De modo que no trató de acosarlo y le preguntó en un tono más relajado:

—En el caso de que no se tratara de un robo, lo que no está descartado ni mucho menos, con el resultado accidental de las dos muertes, ¿tiene usted idea o se le ha pasado por la cabeza alguna sobre quién podría querer matar a doña Consuelo y a su hija? Hable con sinceridad y sin miedo, por favor. No estoy grabando esta conversación ni constará en ningún sitio lo que diga; es solo por dejar libre el pensamiento, por suponer, por elucubrar.

Tras unos segundos de reflexión, Jesús Canido respondió:

—Es una pregunta muy dura la que me hace, cabo. Uno puede imaginar muchas cosas, puede pensar esto y aquello, pero soltarlo delante de la Guardia Civil es una barbaridad. Lo que uno pueda suponer o incluso desear no da derecho a acusar.

—¡Por supuesto, hombre! No me interprete mal. No le pregunto si sospecha de alguien en concreto. Es una pregunta genérica, rutinaria, que habrá escuchado mil veces en películas o habrá leído en novelas: ¿sabe usted de alguien que deseara la muerte de fulano?, ¿sabe si tenía algún enemigo?, etcétera. Compréndame, los investigadores tenemos que empezar a buscar por algún sitio. Las opiniones, aunque sean infundadas, de las personas que conocían a las víctimas son muy importantes. No son pruebas, claro, pero pueden dar pistas u orientar al investigador. Es en ese sentido en el que le hago la pregunta.

—Entonces, ¿descarta que haya sido un robo?

—No, no. Ya se lo he dicho. Esa hipótesis es de momento la principal. Solo que no puedo descartar ninguna otra y por eso le pregunto si se le ocurre que alguien pudiera estar interesado en esas muertes, si alguna vez Rosalía le hizo algún comentario, esas cosas.

—No —lo cortó sin dudarlo el decorador—. Ella nunca me dijo ni me insinuó nada. Yo puedo pensar lo que pienso, pero no se lo puedo decir a usted porque si todos dijésemos a la policía lo que pensamos de las personas que nos caen mal, sería el caos. Me comprende, ¿verdad? Usted también pensará en alguien, me imagino, pero no hará nada sin pruebas, supongo.

—Sí, claro. Pienso en alguien; en varias personas, realmente; también pudo haber sido alguien en quien no pienso. Por eso pregunto. —El cabo se quedó mirando a Canido un largo rato y le preguntó—: ¿Conoce usted personalmente a Marcelino García?

—Sí.

—Me refiero a si lo trata, si habla con él de vez en cuando.

—Sí. Coincidimos a veces cuando yo estaba trabajando en la decoración del chalé o del piso de Coruña.

—¿Qué piensa usted de él? ¿Qué le parece como persona?

—Hombre, cabo, no debería hacerme esa pregunta, sabiendo lo que sabe.

—¿Por qué?

—No me parece bien hablar de un hombre al que le estoy poniendo los cuernos, ¿no cree? No soy la persona más indicada.

—Pero tendrá usted una idea de cómo es ese señor, de la relación que tiene o tenía con su mujer, de cómo la trataba.

—Mire, cabo, no sé cómo quiere que se lo explique. —Canido se tomó un tiempo antes de seguir hablando—. Creo que no tengo derecho a comentar con nadie lo que sé de la vida privada de la que era mi amante. ¡Ningún derecho! Y, por otra parte, tampoco me parece decente hablar de su marido.

—Bueno, no se lo tome así, amigo. No me irá a decir, en cambio, que tenía derecho a acostarse con una mujer casada en la cama del matrimonio, cuando el marido no estaba, o que lo considera decente.

Jesús Canido se puso pálido y sus ojos se llenaron de lágrimas. El cabo Souto se dio cuenta y no quiso abusar.

—Compréndame, Canido, ya sé que no tengo derecho a meterme en su vida privada y le ruego que me disculpe si lo he ofendido. Pero tampoco tengo por qué aguantar que me venga usted ahora con sermones sobre decencia. Estoy investigando un crimen y hago las preguntas que me parecen necesarias. Usted es la última persona que vio a una de las víctimas con vida, aparte del asesino; por eso, tengo razones para incluirlo en la lista de los sospechosos, y no en el último lugar, ¿sabe? Si le pido su opinión sobre el hombre al que, como acaba de decir, le estaba poniendo los cuernos, espero que me la dé y no se ande con remilgos morales. No es usted la persona más indicada para presumir de decencia en su situación. Necesito saber si Marcelino García tenía problemas personales con su mujer y de qué índole. Necesito saber si discutía con ella de temas económicos, si la amenazaba o la maltrataba, si hay alguna razón para investigar a fondo su relación. Usted debería de poder ayudarme en eso porque se supone que estará al corriente de los problemas que pudiera tener Rosalía Besteiro con su marido. Es lo que se llama colaborar con la Justicia. No le pido que me cuente sus intimidades, sino que me informe de aquello que pueda ser útil a la investigación. ¿Me explico?

—Sí. Se explica muy bien. Sin embargo, quisiera que me comprendiera. No estoy orgulloso de acostarme con una mujer casada: sé que es algo que no está bien, en principio. Pero me parece que hablar mal de su marido es una canallada. No encuentro otra palabra para expresarlo. No se trata de moral ni de decencia, se trata de algo que me repugna. Me parece que es como si yo intentara que lo condenaran por el asesinato de su mujer, cuando no tengo ningún argumento ni prueba para demostrar que tenga algo que ver. Una cosa

es lo que a mí se me ocurra o lo que se me pase por la cabeza, incluso lo que desee, y otra es decirle a la policía que ese hombre me parece sospechoso, que se llevaba mal con su mujer o que discutía con ella de dinero. En las actuales circunstancias, eso sería alimentar la hoguera de las sospechas sin más razón que la de desearle lo peor. No me pida que lo haga, cabo. No puedo. Además de quitarle a su mujer.

—¡Vamos, hombre! No creo que usted le quitara a su mujer. ¿Acaso la sedujo? ¿O se la arrebató a base de suntuosos regalos, joyas y esas cosas? No, amigo mío; más bien me inclino a pensar que fue ella la que lo sedujo a usted, ¿o me equivoco?

Jesús Canido no contestó. El cabo Souto estaba incómodo porque, aunque comprendía los escrúpulos del decorador, no quería perder una fuente de información sin duda valiosa. Era consciente de que se movía en un terreno enfangado y de que aquel pobre diablo tenía motivos para que le remordiera la conciencia; no obstante, la idea de que aquellos escrúpulos no fueran sinceros adquiría más fuerza en sus razonamientos que su natural tendencia a creer en la bondad de las personas. Un joven liado con una hermosa mujer, casada, rica y que no tenía reparos en acostarse con ella en el dormitorio conyugal aprovechando la ausencia del marido, no merecía ninguna consideración especial a la hora de ser interrogado en una investigación criminal. No trataba de juzgar al decorador, sino que intentaba no dejarse influir por la tolerancia que pudiera inspirar su pasión amorosa.

Tras la insistencia del cabo con sus preguntas, Canido acabó por reconocer que, en el fondo, creía que Marcelino García había podido asesinar o hacer asesinar a su mujer, basándose en algunas confidencias de Rosalía.

Capítulo V

1

Estaba lloviendo cuando el detective Julio César Santos se levantó, hacia las diez de la mañana. Miró a través del ventanal de su gran dormitorio y vio los chorreones de agua en el cristal, que parecía la mampara de una ducha, y el color gris oscuro del mar, que se confundía con el cielo. «¡Vaya!, se dijo, no podré darme un paseo en motora por la ría». Como no quería atosigar a su amigo Pepe Souto ni podía salir con Marimar, que trabajaba en su gestoría hasta las seis de la tarde, se rascó la cabeza preguntándose qué podría hacer en todo el día. Mientras desayunaba y echaba un vistazo a La Voz de Galicia que Aurora, la cocinera, le trajo con la bandeja del desayuno, se acordó de su colega coruñesa, la detective Elena Castrillón, con quien había trabajado hacía ya algún tiempo y de la que guardaba un excelente recuerdo. Elena Castrillón había sido guardia civil y dejó el Cuerpo para montar una agencia de detectives con su padre, policía nacional ya jubilado. Era una mujer atractiva y del estilo de las que le gustaban a Santos, salvo que no parecía muy inclinada a relacionarse con hombres, según ella misma le confesó cuando él, como de costumbre, le tiró los tejos nada más conocerla.

La llamó por teléfono para preguntarle si podía invitarla a comer, ya que tenía un asunto entre manos en el que pensaba que podía ayudarlo. Quedaron en verse a la una y media en la cafetería de El Corte Inglés, en A Coruña, que era un lugar no muy lejano de la agencia de Castrillón, adonde a Santos le era fácil llegar y tenía aparcamiento.

Santos pensó que su colega podría seguramente proporcionarle información sobre la vida y milagros de Marcelino García, dado que, al parecer, era un personaje conocido en A Coruña. Salió de su finca poco antes de las doce y tomo la carretera de Carballo, que era el camino más corto, aunque solo tenía unos treinta kilómetros de autopista, ya al final. Conocía muy bien el itinerario, la carretera era buena y disfrutaba de aquel recorrido, inferior a los cien kilómetros, que era para él un agradable paseo por parajes boscosos y ondulados a través de una lluvia fina y de los bancos de niebla inherentes al paisaje gallego. A la una y veinticinco estaba sentado en la barra de la cafetería y la vio llegar. Elena Castrillón era alta, guapa, tenía un

aspecto atlético y vestía con buen gusto. Ambos eran de la misma edad, en torno a los cuarenta años. Santos se levantó y le dio un par de besos. Algunas personas se volvieron a mirar porque la pareja destacaba en la mediocridad general por su estilo y buena pinta. Julio César Santos, que medía un metro noventa, también era guapo, tenía un pelo ondulado que empezaba a blanquear y estaba acostumbrado a llamar la atención.

—¡Cuéntame! —le dijo la detective—, ¿estás trabajando en algún asunto interesante?

—No exactamente. Estoy pasando unos días en mi casa de Vilarriba. Pero, no sé si lo sabrás, ha habido allí cerca un crimen bastante macabro y mi amigo el cabo Souto, ¿te acuerdas? —ella asintió con un gesto de la cabeza—, está metido de lleno. No me deja intervenir, como es lógico, ni siquiera a título particular…

—Pues claro que es lógico, César. ¿Cómo va a dejar la Guardia Civil intervenir a un paisano en una investigación? ¿Por qué quieres investigar?

—Porque me aburro. Está lloviendo, no puedo jugar al golf, no puedo pasear en motora por la ría, ¿qué quieres que haga? No he venido a Galicia para pasarme el día leyendo delante de la chimenea. Se trata de un caso interesante y he decidido investigar por mi cuenta, por eso te llamé. Voy a necesitar tu ayuda; me refiero a tu colaboración profesional, por supuesto.

—Bueno, a eso no voy a decirte que no: es así como me gano la vida. Cuéntame de qué va el tema.

Julio César Santos le expuso sucintamente lo ocurrido en Corcubión y le habló de Marcelino García Lameiro. Elena Castrillón lo conocía. No lo trataba, pero sabía quién era.

—¿Qué es exactamente lo quieres saber sobre él, César?

—Me gustaría saber, en primer lugar, si sus negocios, en general, van bien; si disfruta de crédito bancario; si tiene problemas con Hacienda o si hay motivos para sospechar que necesite urgentemente dinero, bien por deudas, bien por inversiones.

—¿Y en segundo lugar?

—He oído que, tanto él como su mujer tenían negocios de ocio, discotecas y clubes de alterne. Quisiera saber si se trata de negocios legales. Concretamente, en lo relativo a bares y clubes de alterne, hasta qué punto Marcelino García estaría involucrado en la prostitución controlada, la trata de mujeres traídas de América o de países del Este. Supongo que sabes a qué me refiero.

—Sí, claro.

—No sé si estaré dando palos de ciego; por eso, me gustaría conocer la vida y milagros de ese señor y ver si existen motivos para relacionarlo con el doble crimen del que te hablé.

—Ya veo. Es un tema muy serio, César. Para empezar, meter las narices en los negocios o actividades de alguien que sabes que está siendo investigado por la Guardia Civil como sospechoso de asesinato, es ya de por sí algo peliagudo.

—¿Por qué? —protestó Santos—. No pienses como guardia civil. Yo no investigo el crimen. Solo quiero saber a qué se dedica realmente una persona. Podría ser un encargo privado.

—Pero no lo es.

—No. Pero tú, tu agencia, no rechazaría ese tipo de investigación si alguien la contratara para ello, ¿verdad?

—Te veo venir. No es lo mismo contratarme para investigar una actividad u obtener unos datos, que hacerlo para investigar un crimen, que, en el fondo, es lo que pretendes.

—Exacto, Elena. Lo has cazado a la primera. ¡Tú no tienes que investigar ningún crimen! Solo te pido que me informes sobre las actividades de una persona y de unos locales que le pertenecen. Un trabajo ordinario para una agencia de detectives. ¿Qué más da lo que yo pretenda?

—Eso no te va a salir gratis, lo sabes.

—Naturalmente.

—¿Y estás dispuesto a gastarte el dinero en una investigación sin un cliente que te pague por ello? ¿Solo para no aburrirte?

—Cada uno se gasta el dinero en lo que le apetece, Elena. También me cuesta caro jugar al golf en los clubs gallegos sin ser socio.

—Esto te va a costar más.

—Cuando se me acabe el presupuesto, lo dejo. ¿Me ayudarás?

—Si, claro, ya te he dicho que es mi trabajo.

—Gracias. También te quiero pedir un favor, mejor dicho, un servicio complementario.

—Tú dirás.

—Quisiera que me dieras un pequeño informe sobre los principales bares de alterne y locales conocidos de prostitución de la provincia de La Coruña. No solo de los de García Lameiro, sino también de los que puedan funcionar con trata irregular de mujeres.

—No te aconsejo que metas las narices en ese tipo de negocios, César. Hay un cuerpo policial especializado que trabaja ese sector. Te van a descubrir en cuanto des el primer paso en falso. Es un mundo demasiado turbio, no sé cómo decirte…

—Algo he leído. Ya sé que la policía no siempre actúa como sería de esperar, si te refieres a eso…

—No es solo eso, César. Por supuesto que siempre hay algún policía que se deja comprar, pero hay más cosas. Hay mucho dinero, hay muchas dificultades para obtener denuncias de las propias mujeres explotadas, hay chantajes… No me metería en ese medio, aunque me

pagaran cien veces mi tarifa. No sé si me explico.

—Solo intento echar un vistazo, lo que se suele decir: husmear. No creas que ese ambiente me atrae, todo lo contrario. Pero quizá hablando con unos y otros pueda enterarme de algo interesante, ¿no crees?

—Allá tú. Yo te puedo preparar un pequeño informe sobre los bares de copas de A Coruña y alrededores, y también darte una relación de los «clubs», por utilizar un eufemismo, de la provincia.

—Perfecto. Eso es exactamente lo que quería pedirte. ¿Me lo puedes enviar por E-mail?

—Claro.

2

El cabo José Souto fue a A Coruña a ver a su jefe, el capitán Corredoira, informarlo y pedirle permiso para hacer determinadas averiguaciones relativas al marido y yerno de las mujeres asesinadas. A las once de la mañana, acompañado por un agente de la comandancia, fue a ver a Marcelino García Lameiro a su despacho y, allí, le pidió echar un vistazo a su piso en la plaza de Pontevedra. A García no pareció hacerle mucha gracia la idea, pero accedió sin discutir y fueron al piso.

Se trataba de un primer piso, de unos doscientos cincuenta metros cuadrados, salón, comedor y cuatro dormitorios, dos cuartos de baño, y un cuarto de servicio junto a la cocina, con su propio aseo. Cuando llegaron, a media mañana, no había nadie. El cabo le preguntó por la muchacha y Marcelino García le contestó que, seguramente, habría salido a hacer la compra.

—Comprenda, cabo, que yo paro poco en casa y nunca vengo a comer. La chica, aunque tiene instrucciones sobre lo que ha de hacer, vive su vida. Solo la veo cuando llego por la tarde, más bien por la noche, a cenar, si es que vengo.

—Ya, es lógico —respondió Souto—, vive usted una vida casi de soltero.

—Sí. Desde que mi suegra se puso mala, vivo como un soltero durante la semana. Es cierto. Y ahora viviré como un viudo, desgraciadamente.

Souto le pidió a García Lameiro que le enseñara el piso y se interesó especialmente en las distancias entre el dormitorio principal y el cuarto del servicio, así como entre el recibidor, la puerta de la cocina y el pasillo, para comprobar las posibilidades de que alguien de la vivienda principal pudiera entrar o salir sin que se lo oyera desde la

zona del servicio. Si la muchacha dormía en su cuarto con la puerta cerrada y la de la cocina, como es lógico, también lo estaba, cualquiera podía entrar y salir del piso sin que ella se enterara, a menos que diera un fuerte portazo. Por lo tanto, la coartada de Marcelino García era débil, en principio.

Cuando el cabo Souto hubo terminado su visita al piso, le pidió a García que le diera los datos de la muchacha y le indicara a qué hora del día sería fácil localizarla.

—La chica se llama Katy. Si quiere que le diga la verdad, no sé cómo se apellida. La contrató mi mujer. Actualmente, no tiene horario fijo porque, como le he dicho, yo no vengo más que a dormir. Ella pone sus lavadoras, plancha, hace la compra y limpia a su aire. Es probable que la mejor hora para localizarla sea la de comer o por la noche, a partir de las ocho o las nueve.

—¿Tiene su número de móvil?

—Pues no. Seguramente mi mujer lo tenía. Pero yo no lo tengo.

—Me sorprende, señor García. O sea que no puede usted dejarle un recado, o avisarla si tiene invitados o necesita algo especial.

—Comprendo que le parezca raro, pero hasta ahora no lo he necesitado. Mi mujer se encargaba de todo desde la aldea. Tendré que pedírselo cuando la vea. Ya le digo, es que casi nunca la veo durante el día. Apenas hablamos. De todos modos, cuando necesito dejarle un recado, la llamo a casa o le dejo una nota en la cocina.

—Deduzco, señor García, que no la tiene dada de alta en la Seguridad Social.

—Vamos, cabo Souto, no me venga con esas. ¿Quién da de alta a las empleadas de hogar?

—Pues la gente que hace las cosas como es debido. Comprendo que no dé de alta a una asistenta que viene cuatro o cinco horas a la semana y trabaja en otros sitios o en alguna empresa, pero una chica fija, lo normal es que esté dada de alta, ¿no cree?

—De acuerdo, tiene usted razón. Daré instrucciones en la empresa para que la den de alta sin falta. Se lo prometo. No crea que no quiera hacerlo, es que no había pensado en ello, sinceramente. Ya le he dicho que la contrató mi mujer.

—No le importará que me ponga en contacto con ella a lo largo del día de hoy, ya que estoy aquí, quisiera hablar con… ¿Katy, me dijo?

—Sí. Katy. Llame aquí, a casa. Seguro que a mediodía la encuentra porque viene a comer.

El cabo Souto le dio las gracias y se despidió. Cuando estuvo en la calle, le dijo a su compañero:

—¿Qué te parece?

—No sé qué decirte. Desde luego Katy no es un nombre muy corriente para una criada; más bien parece el de una camarera de

puticlub —dijo, y se echó a reír.

—Tienes razón. Y hay otra cosa que me llama la atención. En el cuarto de baño del servicio, no había botes o frascos de los que suele haber en los cuartos de baño de las mujeres. Solo vi una pastilla de jabón y un vaso sin cepillo de dientes. ¿No te parece raro? Estuve a punto de abrir el armario del dormitorio de la criada, pero no quise dar la impresión de sospechar algo.

—A lo mejor la criada utiliza uno de los otros cuartos de baño, que son mejores.

—Más bien creo que ese hombre no tiene ninguna muchacha fija interna. Para un tipo que vive solo desde hace seis meses y que no aparece por su casa más que para dormir, con una asistenta que limpie una vez por semana y se ocupe de su ropa le sobra, ¿no crees?

—Entonces, ¿por qué dice que la tiene?

—Porque es una coartada bastante razonable. Si la muchacha declara que no salió de su casa la noche del crimen, nadie puede culparlo de nada.

—Pudo haber encargado el crimen a un profesional.

—Ya, pero eso es mucho más difícil aún de demostrar. Mira, si quieres, te puedes volver al puesto; yo voy a quedarme por aquí y esperar a ver si aparece esa tal Katy. Desde esa terraza veo el portal. Llamaré cada media hora, hasta que consiga hablar con ella. Si a la hora de comer no ha venido nadie, ya veré lo que hago.

—Me quedo contigo. El capitán me ha dicho que te acompañe y no tengo ninguna otra cosa que hacer. O sea que nos sentamos ahí a tomar una caña y esperamos. ¿Vale?

Souto miró el reloj. Eran las doce y cuarto. Se sentaron en la terraza de la cafetería Manhattan, que ocupa el centro de la plaza, frente al piso de Marcelino García, y pidieron unas cervezas. A la una y cuarto vieron el coche de Marcelino García pararse delante de la puerta del edificio. Se bajó una mujer relativamente joven con una bolsa deportiva, le hizo un gesto de despedida con la mano y entró en el portal. Los dos guardias se miraron con cara de interrogación. El cabo Souto sacó su libreta y tomó nota.

—¿Has visto? —le preguntó a su compañero.

—¡La famosa muchacha a la que nunca ve durante el día ni sabe su teléfono! —respondió el otro.

—El tío, seguramente, ha ido a buscar a una chica de alguno de sus bares de alterne y quiere hacerla pasar por su muchacha. Vamos a divertirnos un poco.

Pagaron la cuenta, cruzaron la calzada y llamaron al piso. Una voz femenina preguntó por el vídeo portero quiénes eran. Souto dijo un escueto «Guardia Civil» y sonó el zumbido de apertura del portal. Subieron al primer piso y llamaron de nuevo. La mujer tardó medio

minuto en abrir. Los guardias se identificaron y ella los invitó a pasar.

Era una mujer de unos treinta y muchos años, bastante atractiva y con aspecto de cualquier cosa menos de empleada de hogar, a pesar de vestir discretamente, no estar maquillada y llevar zapatos de tacón bajo. Se la notaba algo nerviosa, pero el cabo Souto no le dio importancia a este hecho, ya que estaba acostumbrado a la actitud temerosa por parte de la mayoría de la gente cuando es interrogada por la policía.

—¿Es usted Katy? —preguntó Souto.

—Sí, señor. Me llamo Catalina Seoane. Pero me llaman Katy.

—¿Quiénes la llaman así? ¿Los clientes?

La mujer no pudo ocultar un gesto de sorpresa, más bien de miedo.

—¿Cómo dice?

—Bueno, quiero decir, la gente para la que trabaja, las señoras de las casas, ya me entiende.

—Pues, la verdad, nunca se me ocurrió llamar clientes a los señores. Yo, a don Marcelino, lo llamo jefe cuando hablo de él.

—Ya. Claro, el señor García es su jefe, supongo.

Souto le preguntó cuánto tiempo llevaba trabajando en casa de los García, de dónde era, qué familia tenía y dónde había trabajado antes. Katy se fue tranquilizando a medida que respondía a sus preguntas, que eran espaciadas porque Souto anotaba las respuestas en su libreta. En cuanto a sus anteriores trabajos, le pareció que la mujer traía preparada la respuesta, pues fue precisa y no dudó. Le dijo que había trabajado de camarera en un bar de copas de los señores y que don Marcelino le había propuesto trabajar en su casa.

—¿Cuándo fue eso?

—A primeros de junio. Yo le había comentado que estaba apurada de dinero porque me habían subido el alquiler del apartamento donde vivía y don Marcelino, que estaba contento conmigo, me ofreció la posibilidad de cambiar de trabajo y vivir interna en su casa, cuando se fue la muchacha que tenían antes. Doña Rosalía, que me conocía desde hacía tiempo, me contrató para atender a su marido. Ya sabe que ella se había ido a vivir al pueblo a cuidar de su madre. ¡Que desgracia! Pobres señoras.

Cuando la mujer terminó de dar todas las explicaciones, algunas no pedidas, Souto cambió de tema.

—¿Se acuerda usted de la noche en la que asesinaron a las señoras?

—Claro, ¡cómo no me voy a acordar!

—¿Por qué, pasó algo especial?

—No sé qué quiere decirme. ¿No le parece especial que asesinaran a la señora y a su madre?

—No es eso lo que le preguntaba. Le preguntaba si se acuerda de aquella noche porque hubiera ocurrido algo especial cuando usted se

acostó o se levantó por la mañana, antes de enterarse del asesinato.

—No, no pasó nada, pero me acuerdo de la noche porque fue justo antes de la mañana siguiente, cuando me enteré de lo que había pasado. El señor me llamó desde su oficina para decírmelo y para decirme que se iba a Corcubión. Yo estaba empezando a hacer su cama cuando llamó.

—¿Podemos ir un momento a su cuarto, Katy?

—¿Al cuarto de servicio?

—Sí. Es donde duerme usted, ¿no?

—Sí, sí. Duermo ahí. ¿Quieren verlo ahora?

—¿Si no le importa?

La chica los llevó a la zona de servicio pasando por la cocina. El cabo Souto y su compañero echaron un vistazo al pequeño baño, que ya habían visto por la mañana, así como a la habitación. Sobre la cama, estaba la bolsa deportiva que había traído Katy, aún sin abrir. Souto hizo como que no la veía y miró con displicencia a su alrededor, como si no le interesara demasiado lo que había allí. Entreabrió la puerta del armario y vio varias perchas colgadas de una barra. Solo dos contenían ropa: una bata y un uniforme negro. No había ropa de vestir. Tampoco mostró interés el cabo. Cerró el armario sin decir nada y miró a su compañero, que puso cara de póquer.

—Está bien, Katy, no la molestaremos más. Bueno, sí, quería preguntarle algo importante. ¿Duerme usted con la puerta de este cuarto cerrada?

—No. Suelo dejarla entreabierta por si suena el teléfono o llaman a la puerta.

—Y la puerta de la cocina, ¿permanece también siempre abierta?

—Casi siempre. La puerta de la cocina que da al recibidor suele estar cerrada. El timbre suena dentro de la cocina, como el teléfono.

—Si alguien entra o sale de casa por la noche, ¿cree que lo oiría?

—Sí, supongo que sí, salvo que estuviera profundamente dormida. Pero, normalmente, sí. La puerta principal es una puerta blindada y hace bastante ruido.

Souto no consideró necesario preguntarle nada sobre la hora de llegada de Marcelino García la noche del crimen ni cuándo se había ido por la mañana porque le pareció evidente que ella estaría perfectamente aleccionada sobre lo que tenía que decir. Tampoco quiso preguntarle si, en caso de que el señor hubiera salido en mitad de la noche, ella lo habría oído salir y entrar. Fuera cual fuera la respuesta, no dejaba de ser una suposición poco útil que, en cambio, levantaría la liebre de sus sospechas. Eso, quería evitarlo. Sin embargo, antes de despedirse y marcharse, le pidió su número de móvil y, cuando ella se lo dio, él aprovechó para preguntarle:

—¿Cómo la localizó esta mañana don Marcelino?, porque hemos

visto que ha venido en coche con él.

—Me encontró en el mercado —respondió sin dudar—. Cuando salí, vi que me estaba esperando en el coche. Me dijo que vendría la Guardia Civil a hablar conmigo y me trajo a casa.

Al cabo Souto, aquella respuesta preparada le sonó completamente falsa, pero no dijo nada. Se despidió, y ambos agentes se fueron dando una vuelta hasta donde habían dejado el coche.

—Supongo que te habrás dado cuenta —le dijo al compañero— de que todo este rollo de la muchacha suena a coña marinera. Marcelino García dice no tener el móvil de su empleada, pero la localiza en el mercado. Primera coña. ¿Has visto el aspecto de la mujer? ¿Te has fijado en sus manos? En el armario de su cuarto no hay ropa ni vestidos o abrigos, nada de nada. Y va a hacer la compra con una bolsa deportiva. ¿Qué te parece? No quise decir nada ni hacerle más preguntas para no levantar sospechas. Prefiero que García crea que soy tonto. Eso me permitirá ir reuniendo elementos suficientes para pillarlo en algún fallo más gordo.

—¿Crees que es el asesino?

—No llego tan lejos. Lo que no me creo es que esa chica sea su muchacha, ni siquiera que tenga una muchacha fija. Como mucho, tendrá una asistenta. Esa Katy tiene mucha más pinta de ser un ligue. No debe de ser fácil pedir esa clase de favores a una mujer, si no estás completamente seguro de su lealtad y consigues que se involucre. Aun así, es muy arriesgado porque, si rompes con ella y no has podido involucrarla en el crimen, te tiene cogido por los huevos. Cuando uno planea fríamente un asesinato como el que estamos investigando, no es normal que corra semejante tipo de riesgos.

—Bueno, entonces ¿qué? ¿Lo dejamos?

—Sí. Vamos a comer algo y luego informamos al capitán Corredoira. No quisiera volver demasiado tarde a Corcubión.

Capítulo VI

1

El capitán Corredoira y el cabo José Souto mantuvieron una larga conversación en la comandancia de A Coruña, de la que el cabo salió especialmente satisfecho. No solo por algunas informaciones sobre García Lameiro que le parecieron interesantes, sino porque el capitán, además de autorizarlo a continuar su investigación desplazándose a la capital tantas veces como hiciera falta, con la única obligación de mantenerlo informado, puso a su disposición al agente Quintela, el guardia que lo había acompañado durante la mañana.

—Quintela es de aquí —le comentó—, del barrio de la Torre, y conoce la ciudad como la palma de su mano. Le será muy útil.

El capitán Corredoira, un joven oficial de buena familia coruñesa, trataba al cabo Souto de usted, en contra de lo habitual en las relaciones entre superiores y subordinados del Cuerpo. Este trato especial se debía a la seriedad del jefe de Corcubión y al respeto, incluso admiración, que el capitán sentía hacia él, ambas cosas justificadas por los brillantes aciertos en las diversas investigaciones que habían llevado a cabo juntos desde que Corredoira era teniente.

José Souto volvió a Corcubión ya de noche y, antes de ir a su casa, pasó por el cuartel para anotar, por temor a olvidarlos, los diversos aspectos oscuros del comportamiento de Marcelino García, de la supuesta criada Katy o Catalina y sus observaciones sobre el piso de la Plaza de Pontevedra. Estaba recogiendo su mesa cuando le pasaron una llamada de Julio César Santos, que solía telefonearlo al cuartel, en vez de al móvil, si no se trataba de nada urgente.

—¿Por qué no pasas un rato por mi casa a tomar algo si ya has terminado?

El cabo, que había comido poco y mal a mediodía, aceptó de buena gana, ya que la cocinera de Santos solía preparar unos pinchos muy apetecibles. Cuando llegó a la finca, el detective tenía preparado un abundante aperitivo, servido en la galería contigua al salón, como si esperara a media docena de personas.

—¿Das una fiesta esta noche? —preguntó el cabo Souto sorprendido por la abundancia de tapas.

—No. Solamente os he invitado a ti y a Marimar, aunque no estoy seguro de que ella vaya a venir. Pero ya conoces a Aurora; le dices que

ponga un par de tapas y te monta una cena.

—Pues no sabes cómo me viene de bien. Estuve esta mañana en Coruña y solo comí un sándwich —dijo el cabo abalanzándose sobre una fuente con empanadillas de berberechos—. Ábreme una cerveza, por favor.

—¿Has estado en La Coruña? —preguntó el madrileño—. Yo también. Si me lo llegas a decir, habríamos podido ir juntos.

—¡Venga, César! Yo estaba en un desplazamiento de trabajo, no pensarás que iba a aparecer en la comandancia bajándome de un Porsche. ¿Y qué hacías tú allí?

—Fui a ver a una amiga.

—¿Esa detective a la que no le gustan los hombres?

—No se te escapa una.

—No tienes ningún otro ligue en Coruña, que yo sepa. Si es que se puede llamar ligue a esa excolega —añadió el cabo con sorna.

—Una visita de cortesía profesional.

—¿Te ha surgido algún nuevo caso?

—¿Por qué no pruebas las croquetas en vez de decir chorradas? Están deliciosas.

—Supongo que no te habrás puesto a investigar por tu cuenta en el caso de las señoras asesinadas; porque esta vez nadie se ha metido contigo ni hay razón alguna para que metas tu madrileña nariz en mi investigación.

—Por favor, Pepe, no empieces con tu susceptibilidad pueblerina. Soy detective y meto mis narices donde huelo algo extraño, tanto si la Benemérita anda en ello, como si no. No interfiero, simplemente husmeo.

El cabo José Souto iba a soltar una grosería cuando se abrió la puerta del salón y apreció Marimar Pérez seguida de Remigio, el guarda, que le había abierto y la acompañaba. Marimar se volvió a Remigio y le hizo un gesto dándole a entender que ella era de casa y no lo necesitaba. El exguardia comprendió y se dio la vuelta. Ella atravesó el salón derrochando hermosura como una princesa y saludó a sus dos amigos con un:

—¡Hostia! Menudo aperitivo. ¿Qué estáis celebrando? —Y les dio un par de besos a cada uno.

Cuando estaba Souto delante, no era tan efusiva con Santos como de costumbre y, en lugar de saltarle al cuello y darle un largo beso en la boca, se limitaba a besarlo en la mejilla poniéndose de puntillas. Marimar, que había tenido una aventura con José Souto cuando este era aún soltero y se acababan de conocer[3], lo apreciaba demasiado y lo respetaba lo suficiente como para evitar molestarlo con manifestaciones excesivas de afecto por su amigo madrileño. Marimar no era pudorosa, pero sí sensible y, aunque su lenguaje no permitiera

suponerlo, poseía un refinamiento instintivo o natural que es frecuente descubrir en personas de origen humilde y con poca formación. Lo de la formación, claro está, no era aplicable a la bella joven, licenciada en Derecho y procuradora de los tribunales. Marimar se sentía siempre desconcertada ante Julio César Santos. No sabría decir si era amor, atracción o deslumbramiento lo que sentía por el elegante detective. Seguramente era un poco de todo. Pero él, que no era en absoluto insensible a sus poderosos encantos, tenía miedo de caer en sus redes, y mantenía una frialdad educada en su relación con ella a pesar de sus esporádicos encuentros íntimos.

Los tres juntos en la galería de la magnífica casa de Santos, cuyos ventanales de poniente daban al cuidado parque que la rodeaba, formaban un grupo de compleja relación amistosa, afectiva y distante al mismo tiempo, en el que los deseos mutuos eran contenidos y, por lo tanto, las alegrías incompletas.

Cuando José Souto juzgó que era hora de irse, llamó a su mujer para avisarla de que salía para allá y se levantó. Santos y Marimar salieron a despedirlo al porche. Santos le preguntó a su amiga si le apetecía quedarse a cenar y ella no aceptó la invitación alegando que tenía que madrugar al día siguiente.

—Solo te estoy invitando a cenar.

—Como si no te conociera —se echó ella a reír—. Hoy cenarás «follo con fatatas».

Santos hizo una leve y casi imperceptible mueca de disgusto, no porque Marimar no quisiera quedarse, sino por la vulgaridad del viejo chiste. La acompañó hasta el coche, que estaba allí mismo y le abrió la puerta. En ese momento, ella, a la que aquel gesto habitual en él la fascinaba, se arrepintió de no quedarse a cenar y a dormir, pero su orgullo le impidió retractarse. Antes de cerrar la puerta del coche, Santos se agachó le dio un ligero beso en el borde de los labios y le dijo con una sonrisa:

—Yo también lo siento.

Marimar giró la llave de contacto y cuando el motor de arranque sonó, murmuró: «¡Serás cabrón!», y piso el acelerador. Santos permaneció inmóvil hasta que el coche traspasó la verja de entrada, que Rogelio fue a cerrar, y luego regresó a su confortable y lujosa soledad.

A la mañana siguiente, a las ocho en punto, el cabo primero José Souto entraba en su despacho de jefe del puesto de Corcubión y llamaba a sus colabores directos para contarles lo sucedido en la capital y repartir las tareas necesarias para hacer avanzar la investigación de acuerdo con un esquema previo.

A Aurelio Taboada, como veterano, le adjudicó el asunto principal:

el seguimiento del crimen en la casa de los Besteiro, la vigilancia de la finca, los contactos con el Área de Investigación de la comandancia, la búsqueda de indicios o testigos en torno a lo ocurrido en el chalé en las últimas semanas y la recopilación de datos sobre la familia entre los proveedores, vecinos, etcétera.

—Entonces, ¿dejo de investigar a Marcelino García en Coruña? —preguntó Taboada.

—Sí, déjalo. De lo de Coruña me ocuparé yo con Quintela —contestó el cabo, intentando que no se le notara que había olvidado el encargo anterior.

A Orjales le encargó el seguimiento y vigilancia de Manuela, la criada de los Besteiro, y de Jacinto Sotillo, su marido, así como de cuanto pudiera descubrir sobre la vida y milagros de ambos a partir de aquel momento.

La joven guardia Verónica Lago miró con aire interrogativo a su jefe esperando su turno. Souto la miró y se desconcentró durante un par de segundos distraído por la belleza de su colaboradora, cuyo atractivo era más espontáneo que calculado.

—Tú, Vero, te encargarás del decorador. ¿Cómo se llama…?

—Canido, Suso Canido.

—Eso. Tenle echado un ojo encima y, ya sabes, a partir de ahora, cuanto más sepamos de él, mejor.

—A la orden, cabo.

—¿Tomamos un café?

2

El equipo del cabo Souto se puso a trabajar, tras el café, como un hormiguero al salir el sol. Souto llamó a su colega Quintela de la comandancia y le preguntó si podría hacer un discreto seguimiento a la supuesta criada de Marcelino García Lameiro durante unos días y del propio Marcelino cuando estuviera con ella.

—¿Durante cuántos días? —le preguntó el guardia.

—Digamos una semana. Dentro de ocho días me acerco a la comandancia y charlamos.

—Muy bien, cabo. Me pongo a ello.

—Y haz el favor de informar al capitán Corredoira.

El cabo Souto cerró la puerta de su despacho para que no lo molestaran con asuntos de poca importancia y se dedicó de lleno a establecer un plan de acción coordinado de modo que los esfuerzos de todos fueran convergentes, pero le resultaba difícil, con lo poco que tenía, lograr que sus intenciones condujeran la investigación por un

camino metódico y seguro. Era demasiado pronto. Convencido de la inutilidad de su esfuerzo, decidió volver al principio, analizar de nuevo los hechos y hacer una lista de las incongruencias halladas y los puntos incompatibles con un robo convencional. Su idea era allanar el camino hacia la demostración de que el doble crimen no había sido un accidente sino un asesinato premeditado. Si los posibles culpables eran, en orden de menor a mayor probabilidad, primero: un ladrón desconocido; segundo: Jacinto Sotillo, el marido de Manuela; tercero: Suso Canido, el decorador y, tercero: Marcelino García Lameiro, la vía de la investigación se abría en dos y tenía que elegir una de ellas para seguir avanzando.

Ateniéndose a las dos primeras posibilidades, es decir, la vía del robo, ya no sería necesario buscar un móvil. Se trataría únicamente de encontrar a un misterioso e hipotético ladrón surgido de la nada, que tenía que haber aparecido casualmente por Corcubión, atracado el chalé y desaparecido acto seguido sin dejar rastro. Una hipótesis muy poco lógica por múltiples razones. Por ejemplo: ese tipo de robos suele ser cometido por ladrones profesionales organizados, bandas del Este o mafias que no pasarían inadvertidas en un sitio pequeño como Corcubión. El, o los ladrones, tenían que conocer el chalé, las costumbres de las víctimas, los escondites de las joyas, la ausencia de sistemas de alarma, etcétera. Por otra parte, su modus operandi no coincidía en absoluto con el de delincuentes profesionales en lo referente a la forma de entrar en la propiedad, los desperfectos causados, la abundancia de huellas y el crimen propiamente dicho. Al cabo José Souto, le resultaba difícil aceptar tal posibilidad, de modo que la aparcó sin dedicarle más tiempo.

Dentro de esa vía del robo, quedaba la otra posibilidad: que el crimen hubiera sido cometido por Jacinto Sotillo. El marinero en paro y con dificultades económicas que, gracias a la información obtenida de su mujer, la empleada de hogar Manuela Rubial, podía haber tomado a la desesperada la decisión de robar a las señoras. Sorprendido y nervioso, se habría visto obligado a matarlas. Su falta de profesionalidad sería la causa de los errores y chapuzas que rodeaban al acto criminal. La hipótesis no era descabellada en sí misma. Pero al cabo Souto no le convencía por múltiples razones. ¿Sería capaz Manuela, la hermana de un guardia civil del pueblo, de confabularse con su marido para robar en su lugar de trabajo? ¿Habría sido capaz aquella mujer de fingir el miedo y el horror que él vio en sus ojos, cuando la hallaron acurrucada y empapada a la puerta del chalé la mañana que siguió al crimen? ¿De dónde habría podido sacar Jacinto una pistola y por qué iba a llevarla encima para atracar el chalé donde solo vivían dos mujeres indefensas? ¿A santo de qué dedicarse a destrozar los salones y los cuartos en la casa, si sabía

dónde encontrar los objetos de valor, gracias a la información de su mujer? En ninguno de los dos aldeanos había podido el cabo Souto apreciar el menor atisbo de nerviosismo o temor durante los interrogatorios posteriores al crimen; el matrimonio solo mostraba su preocupación por quedarse sin trabajo. Souto tenía experiencia y, a su buen entender, el comportamiento de Manuela y de Jacinto no fue, en ningún momento el propio de alguien que acaba de cometer un terrible asesinato y es interrogado por la policía. Por lo tanto, también aparcó aquella segunda hipótesis, que hacía aguas por todas partes.

En la encrucijada, el investigador optó por tomar la segunda vía. La del asesinato premeditado. Tenía dos sospechosos y necesitaría, en primer lugar, determinar si existía la posibilidad real de que cualquiera de los dos hubiera podido cometer el crimen. Dicho de otro modo, que no dispusieran de coartadas irrefutables. En segundo lugar, encontrar el móvil en cada caso.

En lo referente a Suso Canido, él mismo reconocía no tener coartada. Pero ¿cuál sería el móvil para asesinar a su amante que, si no se puede afirmar que lo mantuviera, al menos sí que le daba mucho dinero a ganar? En el análisis de los hechos, las circunstancias y ciertos detalles, el cabo José Souto encontró algunos puntos difíciles de explicar, si Suso Canido hubiera sido el criminal. Para empezar, las huellas de las pisadas eran de un calzado superior, al menos, en un número al que calzaba Canido. Aunque este hecho no fuera excluyente, daba que pensar. Tampoco tenía lógica que Canido hubiera elegido para cometer su doble crimen la noche en la que había permanecido en el chalé hasta muy tarde, ya que el testimonio de la sirvienta, que se marchó antes que él, sería altamente comprometedor. Por otra parte, ¿por qué matar a la anciana que dormía y que, con toda probabilidad, ni lo habría visto ni, en su estado, lo hubiera reconocido? El cabo Souto se preguntaba también si tenía algún sentido que el decorador, que conocía y había decorado la mansión, se hubiera dedicado a destrozar muebles y objetos decorativos. Le pareció que aquel comportamiento no encajaba en absoluto con su personalidad, pues era un hombre meticuloso y de modales refinados. Por lo tanto, aunque era técnicamente posible que Suso Canido fuera el asesino, no parecía probable ateniéndose a los hechos. En cuanto al móvil, Souto no tenía las cosas claras. Las posibilidades de que se dieran circunstancias que él ignoraba le impedían sacar conclusiones. Necesitaba más información y debería esperar el resultado de las pesquisas de la agente Verónica Lago. No podía, por tanto, aparcar de momento al decorador.

Por último, quedaba el plato fuerte. El principal sospechoso: el marido de Rosalía Besteiro, ahora, su viudo. Su coartada era ajustada y dejaba un margen de posibilidad no desdeñable y, aunque solo fuera

a primera vista, existía un móvil económico razonable. Dicho de otro modo, su presunción de inocencia estaba bajo sospecha. Esa era la vía que él decidió seguir en primer lugar, con la ayuda del guardia Quintela. Lo único que hacía dudar al cabo Souto sobre la posible culpabilidad de Marcelino García era la evidencia. Demasiado fácil, demasiado evidente. Ciertamente, él era el primer beneficiado por el crimen e, igualmente, era quien habría tenido las mayores facilidades para cometerlo. Incluso así, a Souto no le parecía convincente centrar sus esfuerzos únicamente en «el mayordomo», por utilizar un tópico que todo el mundo puede entender. Y, además, Marcelino García no necesitaba, al menos en apariencia, arriesgarse a pasar el resto de sus días en la cárcel para tener cuanto pudiera desear. Era rico, vivía cómodamente, no tenía ningún tipo de problemas y su mujer no se metía en su vida. ¿Por qué cometer un crimen innecesario?

No obstante, el cabo José Souto seguía convencido de que debía investigar a aquellos dos personajes, aunque no pareciera lógico, aunque no hubiera un móvil conocido y aunque careciera de pruebas en su contra. La principal razón para ceñirse a tan reducido círculo de sospechosos era que no había otros. Y, aun suponiendo que los hubiera, no los había encontrado. Por otra parte, y en eso se basaba la esperanza del cabo, existía la posibilidad de que hubiera razones del todo desconocidas para la investigación, por las que tanto el decorador como el viudo desearan la muerte de Rosalía y de su madre. Razones quizá oscuras y originadas en hechos que todavía no hubieran salido a la luz. Intereses insospechados, odios o amores de los que nadie había hablado, chantajes o amenazas, venganzas o arreglos de cuentas. En el fondo, ¿qué sabía él de la vida íntima de aquellas personas? ¿Qué se sabe, en general, incluso de la gente que nos rodea?

3

Mientras el cabo primero José Souto y sus colaboradores trabajaban en el caso, el detective Julio César Santos, con su propósito inconfesable de combatir el aburrimiento investigando el crimen que había conmovido a la región, decidió volver a A Coruña para ver qué había podido descubrir la detective Elena Castrillón. Santos, se sentía atraído por aquella colega inteligente, deportista y con innegable encanto, a pesar de estar convencido de que era lesbiana, aunque ella no lo hubiera reconocido abiertamente en una ocasión en la que trató el tema con él. Aun así, su irremediable carácter donjuanesco, ayudado por la coquetería de su guapa colega coruñesa, hacía que no perdiera por completo la esperanza de acabar ligando con ella algún

día. La invitó a comer al restaurante Árbore da Veira, un establecimiento a la moda situado en un alto desde el que se dominaba una amplia panorámica de la ciudad.

Las intenciones lúdicas del detective no le impidieron profundizar en su búsqueda del lado oculto, convencido de que lo había, de las actividades de Marcelino García, gracias a los conocimientos de su compañera de mesa. Mordisqueando unas algas crujientes o saboreando un delicioso rape con pisto, Santos y Elena intercambiaban un variado menú de preguntas y respuestas. Ella le explicaba la gran dificultad que suponía tener la certeza, incluso simplemente la sospecha, de actividades poco ortodoxas en los negocios de García Lameiro, dado que el empresario coruñés parecía mantenerse alejado de su gestión directa, encomendada a gerentes que bien podrían ocultarle determinados aspectos de su funcionamiento.

—Pero tú crees que realmente ese señor ignora si la gestión de sus negocios incluye o no actividades ilícitas, como la explotación de mujeres sudamericanas o de países del este…

—Yo no creo nada, César. Solo te digo que sus bares de copas y discotecas, así como los dos grandes locales donde todo el mundo sabe que se ejerce la prostitución de lujo son, o eran, propiedad de su mujer y se gestionan por medio de contratas que funcionan con cierta independencia, de modo que es difícil saber hasta qué punto, si se descubriera algo irregular, los verdaderos propietarios podrían verse involucrados.

—Ya veo. Debe de ser algo así como lo que ocurre en los partidos políticos o el gobierno de ciertas comunidades autónomas, que los presidentes y los secretarios generales no tienen ni idea de cómo funciona la tesorería, ni de cómo se firman los contratos, etcétera.

—¡Exacto! Hay cosas que para el sentido común de la gente son obvias, pero que, ante la ley, necesitan ser probadas. Mientras no se le ocurra a nadie buscar pruebas o haya denuncias, nadie mueve un dedo.

—¿Podrías darme los nombres y direcciones de esos grandes locales de los que me hablas? Me gustaría tener algo como un mapa de los locales de ocio nocturno de la región, ya me entiendes, puticlubs, salas de fiestas y esas cosas.

—¿Vas a ponerte a investigar por tu cuenta?

—Investigar es mucho decir. Digamos que quizá me dé una vuelta para hacerme una idea general de cómo funcionan las cosas por aquí.

—Te advierto de que los grandes locales, sobre todo, son objeto de una vigilancia especial por parte de la Guardia Civil. En realidad, solo hay dos importantes.

—Ya, pero no me fío de los policías que vigilan por las noches los locales de alterne. Es muy fácil corromperlos con copas y mujeres.

¿Podrías ayudarme?

—No te ayudo, César. Esto es mi trabajo; ya lo sabes. Te pasaré factura por las horas trabajadas.

—¿También por esta conversación, aquí, en este restaurante tan agradable?

—Si hablamos de trabajo, por supuesto.

Julio César Santos cambió de conversación porque no podía disfrutar de la comida sabiendo que las monedas iban cayendo, una a una y minuto a minuto en la caja de la detective. Se lo dijo y ella estuvo de acuerdo en que era mejor tratar aquel asunto después de comer. A él le habría apetecido invitarla a su hotel con vistas a una tranquila y placentera siesta compartida. No obstante, se cuidó mucho tan siquiera de insinuárselo a Elena porque, incluso en mejor de los casos y suponiendo que a ella le apeteciera una aventura masculina, conmovida por la excelente comida a la que había sido invitada, no le parecía que las uvas estuvieran aún maduras. De modo que continuaron la conversación en la agencia Castrillón, donde ella le proporcionó abundante información sobre el tema que interesaba al detective madrileño.

—Mira, Cesar —le explicó mientras anotaba en una hoja ciertos nombres y direcciones de establecimientos—, para que no pierdas tiempo, sabiendo lo que buscas, te diré algunas cosas. La vida nocturna de La Coruña, me refiero a «la mala vida», se desarrolla en unos lugares muy concretos, como la zona de la plaza de San Pablo, que no está lejos de aquí y que es donde la empresa de García Lameiro, o de su mujer, tiene los dos mejores locales. Hay otras zonas, pero no vas a encontrar en ellas lo que buscas, me refiero, por ejemplo, a la calle Juan Canalejo y el Orzán. Si preguntas por ahí, te enviarán al Puente del Pasaje o a una discoteca en O Portazgo, pero no te recomiendo en absoluto que pierdas tiempo en esos antros. Aquí te apunto los nombres de sitios a evitar por su bajo nivel y por el riesgo de encontrarte con peleas, drogadictos y prostitución del peor nivel.

—Te lo agradezco. Ya sabes lo que me interesa, sobre todo: locales de García Lameiro o relacionados con sus negocios.

—Sí, sí. En eso estoy precisamente. Mira, aquí te doy las direcciones de los dos clubs más importantes que son, digamos, locales de referencia y de cierto nivel, dentro de lo que estamos hablando, claro. Todo el mundo los conoce. Están en la carretera de Madrid, en San Pedro de Nos y en Guísamo, ambos a menos de una docena de kilómetros. También te indico uno en la carretera de Santiago, cerca de Órdenes, y dos en los alrededores de Santiago. Uno de ellos es totalmente privado y no está abierto al público. Te subrayo los que pertenecen a García Lameiro. Eso es todo lo que hay en la provincia. Y

te recuerdo, César, la policía controla esos clubs.

—Ya. Intentaré pasar inadvertido.

Elena soltó una carcajada.

—¿Tú, inadvertido? ¡No me hagas reír!

Capítulo VII

1

Varios días después, el cabo primero José Souto había reunido una cantidad de información suficiente como para preocuparse. La principal razón de aquella preocupación era que, en lugar de dudar entre dos caminos a tomar para avanzar en su investigación, tenía cinco.

La agente Verónica Lago le había pasado un informe sobre el decorador Suso Canido. Lago obtuvo su información de varias fuentes. La primera era Manuela, la hermana del guardia Rubial y criada de los Besteiro. La segunda, una hermana de Canido, que era la dueña de una peluquería de señoras en Cee y estaba casada con el encargado de una tienda de muebles. Por último, dio con un carpintero que trabajaba para Canido en el montaje de arreglos decorativos en casas y locales comerciales. Cuando el cabo Souto leyó el informe, la llamó y le pidió que le comentara sus impresiones, al margen de lo que figuraba en el escrito.

Lago le comentó que a Manuela no le resultaba especialmente simpático el decorador y amante de su difunta jefa, Rosalía Besteiro, y que no tardó en hacérselo saber.

—Cuando le pregunté por qué Canido no le caía bien —explicó la agente a su jefe—, Manuela no se contuvo. A pesar de ser una mujer prudente y mostrar respeto por su señora, al hablar de él cambió el tono de voz y mostró en su rostro signos evidentes de malestar. «Ese hombre no es trigo limpio, me dijo, al menos, a mí, no me lo parece. Ahí donde lo ves, tan guapito y relamido, le tenía comido el coco a la señora. Doña Rosalía le consentía todos sus caprichos y le daba dinero». Entonces insistí y le pregunté si, además de pagarle como decorador, le daba dinero, digamos, extra.

«No sé si le pagaba como decorador o qué arreglos tenían con eso, me contestó, pero sí vi en alguna ocasión cómo le daba un montón de billetes y él se los guardaba rápidamente en el bolsillo. Eso no es lo normal para pagar a alguien que hace trabajos en casa. Conozco bien a la señora, que en paz esté, bueno, la conocía. Cuando venían obreros a casa, como pintores, un electricista o un fontanero, al terminar el trabajo, ella les pedía la factura y nunca vi que les pagara en metálico. Se iban y supongo que les pagaría por trasferencia o les mandaría un

cheque más tarde. Nunca pagaba en dinero. Ni a mí me pagaba así. A final de mes me trasfería la paga a mi cuenta. Por eso te digo que lo de Suso Canido era algo raro. Y, además, discutían mucho y él la hacía rabiar. Cuando trabajas en una casa todo el día, conoces bien a los señores y llega un momento en el que no se fijan en ti, no disimulan si estás delante cuando se enfadan. Es como si no existieras. Él la trataba algunas veces como un chulo; y la señora, que era bastante recia con todo el mundo, se ablandaba con él. Por eso te digo.»

—¿Crees que Canido sabía dónde guardaba la señora las joyas y el dinero?, le pregunté.

—¿Qué te contestó? —preguntó el cabo, que escuchaba a su colaboradora con mucho interés.

—Me contestó que eso no lo sabía, pero que estaba segura de que sí, pues él se comportaba como si fuera de la familia y tenía las llaves de la casa.

—Y cuando venía el marido de Rosalía, ¿qué hacía?

—Muy pocas veces los vi juntos, me dijo. Pero es que el señor venía muy poco últimamente por aquí. Ni siquiera una vez por semana. A lo mejor aparecía un sábado por la tarde, la señora y él hablaban de sus cosas y se volvía a marchar. Hace más de dos meses que no come en casa.

—¿Y dormir?

—Según Manuela, durmió allí un domingo, la semana anterior a la muerte de las señoras. Y unos quince días antes, también durmió otra noche. Cada vez menos.

—Entonces, ¿no solía coincidir con Canido?

—Pocas veces, que ella sepa.

—Le preguntaste si sabía el señor lo que había entre Canido y su mujer?

—Sí. Y me dijo que claro que lo sabía.

—¿Te dijo por qué lo sabía ella?

—Porque los oyó más de una vez discutir sobre eso.

—¿Te dijo si dormía la señora con su marido cuando él se quedaba en casa?

—Me dijo que hace tiempo que el marido dormía en la habitación del fondo.

Después de comentarle al cabo Souto sus impresiones sobre Suso Canido, Verónica Lago le explicó que había ido a ver a su hermana Chelo, la peluquera. No se llevaban demasiado bien los dos hermanos por asuntos de negocios con el marido de ella, que no podía ver a su cuñado. Habían estado charlando largo rato sobre el asesinato de las dos señoras y Chelo Canido le comentó a la agente que en la familia no veían con buenos ojos la relación de Suso con Rosalía Besteiro porque todo el pueblo sabía de qué iba el tema y era una vergüenza.

—Chelo me comentó —explicó Lago al cabo Souto— que su hermano no tenía muchas simpatías en Cee. Me dijo que Suso era una persona algo especial y que no se relacionaba con la gente del pueblo, ni siquiera con sus antiguos compañeros del instituto. Finalmente, me reconoció que tenía fama de homosexual, aunque ella me aseguró que no lo era, sino que lo criticaban porque es presumido y amanerado, viste a la última moda y dice muchas cosas en francés. Cuando empezó a correr el rumor de que estaba enrollado con Rosalía Besteiro, le faltó tiempo a la gente para tratarlo de gigoló, pues es bastante más joven que ella.

No había podido sacarle mucho más a su hermana y se veía que la mujer, a pesar de no llevarse bien con su hermano, le tenía cierto cariño. Verónica Lago le dijo al cabo Souto que iba a intentar hablar con el cuñado. En cuanto al carpintero que trabajaba para Suso Canido, lo escrito en el informe era exactamente lo que había podido obtener de su conversación con él. El hombre era de pocas palabras y fue muy preciso.

Esto es lo que la agente Lago había escrito:

«José López, carpintero, de cincuenta y seis años. Este señor me informa de que conoce al señor Canido desde hace tres años y que hace trabajos para él. Los trabajos consisten generalmente en desmontar viejas instalaciones en locales comerciales y domicilios particulares y en montar otras nuevas diseñadas por Canido. También lleva a cabo labores de decoración de interiores, colocación de cuadros, estanterías, lámparas, elementos decorativos y tareas similares. Preguntado sobre qué piensa del señor Canido como persona, el señor López dice no tener ninguna opinión al respecto y que su relación con él es estrictamente profesional. Tras una larga conversación y varios intentos de obtener alguna información personal sobre Canido, el señor López me dijo que le constaba que Jesús Canido tenía una relación especial con Rosalía Besteiro y que lo había comprobado por el modo en que la trataba cuando realizó diversos trabajos de carpintería en su chalé de Redonda (Cabo de Nasa). Dijo, textualmente, que el decorador trataba a la clienta con mucha confianza, como si fuera íntima amiga suya o familiar. Posteriormente, hablando de modo informal, admitió que el decorador tenía fama de ser un tipo raro y que no se relacionaba con nadie en el pueblo. No pude sacarle nada más. Se veía claramente que no quería hablar del señor Canido, ni bien ni mal. Por último, le pregunté si conocía un mueble antiguo, un escritorio, que había en el salón del chalé de los Besteiro. Me dijo que sí, pero que el señor Canido le había indicado, la primera vez que fue a trabajar al chalé, que no debía tocar aquel mueble porque era de la madre de la señora y ella no quería que nadie hurgara en él. Le pregunté si sabía que contenía un cajón secreto para

guardar dinero y joyas. Me dijo que no, pero que era algo muy corriente en ese tipo de muebles antiguos. Añadió que ese tipo de cajones supuestamente secretos no son difíciles de encontrar para un ladrón profesional o un carpintero porque un mueble pequeño no puede contener ningún cajón en el que quepa algo de tamaño normal y que no se pueda encontrar».

El cabo Souto se quedó mirando a su colaboradora durante unos segundos sin decir palabra. Es difícil para un hombre mirar a una mujer guapa sin pensar que lo es, como para una mujer, mirar a un hombre guapo sin pensar lo mismo. Pero ese tipo de pensamientos no eran los que, reglamentariamente, debería tener el cabo en aquel momento y, por eso, trató rápidamente de dejar de admirar el bello rostro de la agente y centrarse en el informe que le acababa de presentar.

—No tenemos nada contra Canido, Vero —dijo el cabo esbozando una de sus contadas sonrisas—. Pero quizá no sea tan mosquita muerta como nos pareció la primera vez. Ya te lo he dicho, procura no perderlo de vista, por si acaso.

Como Aurelio Taboada seguía trabajando para encontrar algún testigo de movimientos sospechosos en los alrededores de la finca de los Besteiro la noche del asesinato de las dos señoras, y estaba ordenando toda la información enviada por los del Área de Investigación, el cabo Souto no quiso meterle prisa y buscó a Orjales para ver qué había obtenido.

Orjales había ido a Santiago. Cuando regresó, a la hora de comer, y lo avisaron de que el jefe del puesto lo andaba buscando, se presentó en su despacho para informarle de sus pesquisas en torno a Manuela y su marido, Jacinto Sotillo.

—Debías dedicarte a Manuela y su marido, ¿no? ¿Qué tienes?

—De Manuela no me he ocupado aún, jefe, porque sigue trabajando en casa de los Besteiro y cuando quise hablar con ella, anteayer, estaba con Vero. Así que, para no atosigarla, la he dejado un poco en paz. Pero tengo algo interesante sobre Jacinto. O eso parece, porque no hay nada todavía seguro.

—Y, probablemente, tienes intención de contármelo, ¿no?

—Claro.

—Pues, ¿a qué coño esperas?

—A eso iba, precisamente.

—Soy todo oídos.

Orjales se arrellanó en la silla y sacó su cuaderno de notas, carraspeó y miró al cabo. Le encantaba ponerlo nervioso y hacerse de rogar, pero sabía que todo tenía su límite y no se arriesgó a ir demasiado lejos.

—Verás. Esta mañana, antes de que llegaras, me llamaron los

colegas de Santiago. Vas a flipar, Holmes.

—Ya estoy flipando. ¿Vas a soltarlo de una vez?

—¡Joder! Déjame darle un poco de emoción a la cosa. Me llamaron para decirme que, ayer por la tarde, un joyero de la Rúa do Villar había ido al cuartelillo para decir que se había presentado en su tienda un individuo y le había ofrecido unas joyas de bastante valor. Al joyero le pareció raro. Dijo que el individuo tenía mala pinta. Por lo visto explicó que eran joyas de su familia y necesitaba venderlas porque lo iban a desahuciar o una historia parecida. Pero resulta que, según el joyero, el hombre tenía aspecto de muerto de hambre y, en ningún caso, de alguien perteneciente a una familia que pudiera ser propietaria de ese tipo de joyas. ¿Me sigues?

—Coño, Orjales, no estás hablando en chino. Claro que te sigo.

—Vale. El joyero le pidió que le dejara las joyas para examinarlas en el taller y que esperara un minuto. Se las llevó, las fotografió con el móvil y se las devolvió diciéndole que el tasador no estaba y que volviera hoy por la mañana para hacer una tasación y eventualmente una oferta. Bueno, le pregunté a mi colega si tenían una descripción del individuo. Me dijo que, según el joyero, era un tipo con pinta de aldeano, delgado y, aunque llevaba gorra, le pareció que el pelo que salía por debajo era negro y rizado. ¿No te dice nada?

—¿Estás pensando en el marido de Manuela?

—¡Exacto!

—¡No me lo puedo creer!

—Bueno, como no estabas, salí zumbando para Santiago. Pregunté por el colega del cuartelillo que llamó. Fuimos juntos a la joyería. El joyero me dio todos los detalles que pudo sobre el aspecto del tipo que se había presentado ayer y me dio una copia de las fotos. Las tengo aquí. ¡Son las joyas de Rosalía Besteiro! Lo comprobamos en el puesto de Santiago. No quise quedarme en la tienda porque iba de uniforme y no quería espantar al tipo, si aparecía. Me dijo mi colega que ellos se encargaban de vigilar la joyería por si el hombre volvía. No había querido identificarse ante el de la tienda ni le había dejado su número de móvil. O sea que no hay más remedio que esperar a que se presente y trincarlo entonces. Llamé hace un cuarto de hora y no había noticias.

—¿No tienen cámaras de video vigilancia en la joyería?

—Sí. Pero el tipo llevaba una gorra de visera. Vi la cinta y es imposible identificarlo porque no se le ve la cara. Iba agachado, solo se ve la barbilla y muy poco. Podemos indagar y quizá comprobar por la ropa si es quien podría ser. Solo hace falta que se presente de nuevo.

El agente Orjales se quedó mirando al cabo Souto, sorprendido de que no reaccionara. Era una información sensacional. El individuo que

se presentó con las joyas en Santiago o bien era el asesino o, si no, tenía que saber quién era, puesto que tenía las joyas de la víctima. Pero el cabo no reaccionó. Permanecía pensativo y ni tan siquiera le pidió a Orjales que le enseñara las fotos.

—¿Qué pasa, jefe? ¿Hay algo que no pillo?

—No lo sé, Orjales. Es demasiado evidente. Demasiado fácil. Llama esta tarde a las ocho, cuando cierren las tiendas, y entérate de si el tipo volvió por la joyería, aunque no creo que lo haga. Ahora llama a Vero.

—Se ha ido a comer.

—Vale. Nos vemos aquí, en mi despacho, a las tres en punto.

2

Después de comer, el cabo Souto y sus colaboradores, Orjales y Lago (Taboada no estaba) se reunieron en el despacho principal. Souto le pidió a Orjales que volviera a contar lo de su desplazamiento a Santiago. Verónica Lago, que se estaba encargando de la mujer de Jacinto Sotillo abrió como platos sus bonitos ojos claros al escuchar a su colega. Cuando Orjales terminó, el cabo le preguntó:

—¿Qué te parece, Vero?

—¡Increíble! —exclamó ella, que no salía de su asombro.

—¿Verdad? —dijo muy serio el cabo—. Bien, pues vas ahora mismo a casa de los Besteiro y hablas con Manuela. Tienes que sacarle con discreción, pero con precisión, dónde estuvo ayer por la tarde su marido, qué hizo esta mañana y dónde está ahora. Inventa algo para que no parezca que es importante. Dile, por ejemplo, que la Guardia Civil ha visto pasar ayer un coche como el suyo muy deprisa por algún sitio y que no pudieron pararlo ni tomarle la matrícula, o algo por el estilo que se te ocurra. En ningún caso le preguntes si fue a Santiago, ¿de acuerdo?

—¿Ahora mismo?

—Sí. Ahora mismo. Mientras tanto, vamos a ver si lo localizamos a él, antes de que su mujer pueda llamarlo. Orjales, ¿tienes su teléfono?

—Tengo que ir a mi mesa a buscarlo.

—Pues vete, lo llamaremos desde aquí.

Verónica se despidió y salió, mientras Orjales iba a buscar el número de teléfono de Sotillo. Volvió en un minuto. El cabo Souto lo llamó. Sotillo respondió al primer timbrazo.

—¿Jacinto Sotillo?

—Sí. ¿Quién es?

—Buenas tardes, Jacinto, soy el cabo José Souto.

—Ah, buenas tardes, cabo. ¿Qué desea?

—Nada importante. ¿Anda por aquí cerca? Quería hablar un momento con usted.

—Sí, cabo, estoy en la lonja.

—¿Podría pasar un momento por el cuartelillo? Tendría que ser ahora mismo porque tengo que salir dentro de media hora y no puedo retrasarme.

—Sí, claro. Lo que tarde en llegar.

—Muy bien. Lo espero, no tarde, por favor. No le entretendré más de cinco minutos.

El hombre llegó unos diez minutos después. El cabo Souto lo recibió en su despacho, le pidió que se sentara y le preguntó si quería un café. Jacinto dijo que no y el cabo fue directamente al grano.

—Ayer fue usted a Santiago, ¿no? Quería…

—¿A Santiago? —lo cortó Sotillo bruscamente— ¿Yo? ¡No! Ayer no fui a ningún sitio, estuve pescando en la ría. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿No fue ayer a Santiago? Qué raro. Me dijo un colega que lo vio salir por Dumbría y que iba usted muy deprisa. Su coche es un Seat Ibiza de color rojo, ¿no?

—Sí, es un Ibiza, pero no puede ser, Cabo. Su colega se confundió, seguramente. Hace varios días que no lo cojo porque ando mal de dinero y está vacío de gasolina. —Se produjo un silencio que Sotillo rompió poniendo cara de extrañeza—: ¿A Santiago? ¿A qué iba a ir yo a Santiago?

—No sé. A comprar algo o… a venderlo.

—Ya me gustaría tener algo que vender.

Souto se quedó observando la expresión de Jacinto y no observó ningún gesto que delatara temor o inquietud. Había hablado con total naturalidad. O decía la verdad o era un cínico capaz de mentir sin inmutarse. Como el cabo no decía nada, añadió:

—¿Es por eso por lo que quería hablar conmigo?

—Sí, era por eso. Pero, si me asegura que no fue a Santiago, no hay nada más que decir. Siento que se haya molestado en venir. Gracias, hombre.

Jacinto Sotillo se levantó al mismo tiempo que Souto. Este lo acompañó hasta la puerta y, al despedirse, le preguntó:

—¿Qué tal su mujer? ¿Cómo lleva lo de las señoras?

—Mire, cabo, el crimen la afectó mucho, pero, créame, ese no es nuestro problema. El problema es que va a perder el empleo cualquier día y yo estoy en el paro. ¡Eso es lo que llevamos mal los dos!

—Comprendo. Bueno, qué le vamos a hacer. Espero que todo se arregle. No se desanime.

El hombre se fue cabizbajo y el cabo Souto lo siguió con la mirada hasta que desapareció al fondo del pasillo. En su rostro se reflejaba la

duda. Las apariencias estaban a favor del pescador en paro, pero él sabía que no podía fiarse de las apariencias en un caso tan grave como el que estaba investigando. Pensó que Sotillo podía estar engañándolo. Podía haber ido a Santiago en autobús o por otro medio. Aunque su comportamiento fuera perfectamente natural y en absoluto sospechoso, el temor a ser descubierto como autor del doble crimen, si lo hubiera cometido, y sus consecuencias, probablemente la prisión permanente, muy bien podrían ayudarlo a parecer un pobre diablo incapaz de matar una mosca ante la Guardia Civil. El miedo ayuda a veces a desarrollar la capacidad de fingimiento hasta un punto inimaginable.

Souto deseaba eliminar cuanto antes a Sotillo de la lista de sospechosos. Para ello le bastaba con comprobar dónde había estado por la mañana y, sobre todo, durante la tarde del día anterior. No tendría por qué resultar difícil. Si había ido a pescar, alguien tuvo que haberlo visto en el puerto. En cuanto a la agente Lago lo informara sobre el resultado de su visita a Manuela, la enviaría al puerto a hacer las indagaciones oportunas para estar seguro de no equivocarse con él. Tenía mucho interés en que la coartada de Sotillo fuera sólida e indiscutible, pues eso le permitiría reducir el número de sospechosos. Y no solo eso. Souto pensó que o bien era una casualidad que la persona que se presentó en la joyería de Santiago para vender las joyas se pareciera al pescador o bien alguien estaba intentando que el pescador pareciera sospechoso.

Algo, sin embargo, no encajaba en su lógica de investigador. Si el parecido no era más que una casualidad, podría ser que el criminal hubiera enviado a alguien a la joyería para que el joyero no pudiera identificarlo, en cuyo caso, ¿por qué no se presentó a la mañana siguiente a ver qué oferta le hacían? También existía la posibilidad de que el individuo que se presentó la víspera y que, según el joyero, tenía aspecto de un pobre aldeano, fuera el propio ladrón. Era posible, ciertamente, pero al cabo Souto no le parecía probable porque la descripción del personaje no coincidía con el patrón de alguien capaz de planear y ejecutar un crimen con tanta precisión. El robo y doble asesinato no podían ser obra de un aldeano desarrapado. En la ejecución del crimen había preparación, conocimiento del lugar y las costumbres de las víctimas, posesión de arma de fuego, precisión en los disparos y planificación de la huida. Demasiado para un pobre diablo que improvisa un robo.

Por último, cabía la posibilidad de que el propio criminal se hubiera disfrazado para parecer ese pobre diablo y hubiese sido él mismo quien se presentó en la joyería con las joyas. En ese caso, no habría aparecido a la mañana siguiente por la tienda porque el objetivo era hacer recaer las sospechas en Sotillo y, por lo tanto, no

había razón para arriesgarse a volver por allí. Eso sí encajaba. Porque un ladrón profesional, pensó el cabo, no habría intentado vender las joyas en una conocida joyería de Santiago, sino que se las habría pasado a un intermediario de los bajos fondos en Madrid o en Barcelona para desmontarlas y venderlas por piezas.

En conclusión, habría que averiguar dónde habían estado en la tarde anterior tanto el decorador como Marcelino García. Sobre todo, este último, cuya talla y corpulencia no eran muy diferentes de las del pescador.

El cabo José Souto, solo en su despacho y probablemente sin darse cuenta, se puso a hablar consigo mismo con el lenguaje imaginario y elaborado con el que las personas tratan a veces de reconstruir una conversación pasada o una respuesta dada que no les satisfizo o de rehacer una escena en la que uno hubiera deseado decir algo que no dijo o contestar de forma contundente y precisa a un comentario al que no supo responder cuando las cosas ocurrieron de verdad. ¿Estaba llevando la investigación con objetividad? Esa era su pregunta. ¿Deseaba sinceramente encontrar otros sospechosos, además de García Lameiro y por eso seguía investigando al decorador y al marinero, o eran estos dos un relleno necesario para que su investigación pareciera más objetiva? Le costaba reconocer en su fuero interno que, para él, el único sospechoso era García Lameiro porque deseaba que así fuera, porque estaba convencido por simple intuición o porque era lo más lógico, lo más fácil e incluso lo más obvio. Pero no tenía pruebas, ninguna prueba; no tenía tan siquiera indicios o, en el mejor de los casos, no más que para sospechar de Canido o de Sotillo. Estos dos, simplemente, no le interesaban, no le parecían dignos de acaparar sus esfuerzos. Quería que sus colaboradores se dedicaran a ellos para quitárselos de en medio. Y este pensamiento le incomodaba profundamente y le hacía preguntarse si estaba haciendo lo correcto. El camino que había elegido, centrarse en el viudo, ¿era consecuencia de un razonamiento lógico o, más bien, un criterio arbitrario? ¿Lo hacía porque le caía mal García Lameiro? Souto sabía que el empecinamiento injustificado era una de las causas más frecuentes del fracaso de cualquier investigación, sin embargo, no podía apartar al viudo de Rosalía Besteiro del punto de mira en la de aquel caso. Tenía que ser él. Aunque fuera poco ortodoxo partir de una idea fija y buscar después argumentos para demostrar su veracidad (como los teólogos escolásticos), no era capaz de adoptar una postura neutral, buscar primero hechos o pruebas, y después ver a dónde o hacia quién lo conducían. Por eso decidió que, a pesar de todo, iría a por Marcelino García Lameiro.

Capítulo VIII

1

Julio César Santos no permanecía inactivo. El hecho de que, en circunstancias normales, le gustara la zona donde se había construido su lujosa residencia, así como la gastronomía local y la compañía de sus amigos (en especial, la de Marimar Pérez), no eran razón suficiente para evitar aburrirse si no podía jugar al golf, salir a navegar en su pequeña lancha motora o investigar alguno de los asuntos de los que se ocupaba al cabo primero José Souto. Dado que el tiempo lluvioso lo alejaba del golf y de la ría y que no quería mostrarse demasiado interesado en su relación con Marimar, aunque lo estuviera, solo le quedaba la tercera posibilidad, para desesperación del cabo. Como, por otra parte, no se atrevía a hacer indagaciones por Cee o Corcubión, se propuso hurgar por su cuenta en la vida y milagros de Manuel García Lameiro desplazándose de nuevo a A Coruña y sus alrededores.

Repasó las notas sobre los locales nocturnos más conocidos de la zona que le había proporcionado su colega Elena Castrillón y decidió darse una vuelta por la capital para conocer su vida nocturna. Fue por la tarde. Reservó una habitación en el Meliá, frente a la playa del Orzán, guardó su Porsche en el garaje del hotel y contrató un taxi para toda la noche. El taxista, que conducía un Seat León ST, resultó ser un tipo parlanchín y, como suele ocurrir entre los miembros del gremio, buen conocedor de la vida nocturna de la ciudad. Santos le explicó que quería conocer los mejores sitios de diversión nocturna para adultos en el amplio sentido de la palabra.

—Nada de burdeles de mala muerte —especificó— ni bares de copas o puticlubs vulgares. Quiero conocer lo mejor de la noche coruñesa. Los locales donde están las chicas más caras, donde sirvan las mejores copas y donde las instalaciones sean elegantes y lujosas, si es que las hay. ¿Me explico? Aquí, en la ciudad o en los alrededores.

El taxista permaneció callado durante unos segundos y luego se volvió a mirar a Santos y le dijo:

—Sí, señor. Lo he comprendido perfectamente. Usted quiere lujo, ¿no es eso? Pues lo único que se me ocurre está a unos diez kilómetros de aquí por la antigua carretera de Madrid. Ya verá, seguro que le va a gustar. Es lo mejor de Galicia. Yo no entré nunca en ese sitio, pero sé

que es muy bueno porque me lo han dicho muchos clientes. Creo que tiene piscinas calientes, saunas, masajes, hotel con suites, sala de fiestas, de todo. Y creo que las chicas son la leche. No es solo una casa de putas de lujo; al menos eso dicen. Es como un centro para pasarlo bien, con señoras o sin ellas, ya me entiende. Ahí también se organizan despedidas de soltero o de divorciado, fiestas privadas y todo lo que usted quiera.

Julio César Santos dejaba hablar al taxista sin escucharlo con demasiada atención porque el hombre se enrollaba con facilidad y su tono era monótono. Estaba claro que hablaba de oídas.

—¿Es el único sitio que hay por aquí de ese estilo? —le preguntó por decir algo.

—Sí. Bueno, hay otros parecidos, pero creo que no son tan buenos.

—Y ese del que me habla, ¿quién lo montó? ¿Es de alguna sociedad o de alguna cadena?

—Es de una cadena de discotecas y sitios nocturnos. Al dueño, o uno de los dueños, lo conozco yo porque es también el dueño del concesionario Seat donde compré el taxi. Es un señor muy conocido en La Coruña.

—¿No será Marcelino García Lameiro?

—Sí, señor. El mismo. ¿Lo conoce usted?

—No, no lo conozco personalmente, pero he oído hablar de él.

—Ha salido mucho en los periódicos últimamente por culpa de una desgracia. Asesinaron hace poco a su mujer y a su suegra. Un crimen terrible. Aún no se sabe quién fue el asesino. Dicen que fueron unos ladrones que entraron en el chalé donde vivían las pobres señoras, que estaban durmiendo. Pero hay muchas opiniones.

—¿Y eso?

—Bueno, ya sabe cómo son esas cosas. Se trata de genta metida en muchos negocios. Si solo fuera lo de los coches, seguramente nadie diría nada. Pero, claro, con negocios de salas de fiestas, de locales nocturnos, discotecas y todo eso, pues la gente se pone a inventar que si drogas, que si comercio con mujeres del este o sudamericanas. ¿Me entiende? Ese señor tiene muchos negocios de esos por toda Galicia. ¡Vaya usted a saber! Cuando se trabaja el taxi de noche, como yo, se ven muchas cosas y la gente habla más de la cuenta. No le miento si le digo que la mitad de los clientes traen siempre unas copas de más y eso desata la lengua.

El taxi se detuvo delante del local. Parecía cualquier cosa menos un hotel, sala de fiestas o pub. Santos se quedó mirando el lugar antes de salir del coche, temiendo ser víctima de un engaño o de algún tipo de encerrona. Se trataba de un enorme edificio, bajo y alargado. Como una nave industrial. Constaba de planta baja y un piso, a lo largo del cual se extendía una serie de ventanas, como si fueran oficinas, todas

iguales y todas cerradas. Estaba algo retirado y en una zona poco transitada. Solo cuando el detective vio en lo alto de un lateral un letrero luminoso, no excesivamente vistoso, que ponía: «La Palmera» y estaba adornado con una, estilizada, se relajó. El taxista le preguntó si quería que lo esperara o prefería que se fuera y volviese a buscarlo a una hora determinada.

—¿Cómo se llama usted, amigo?

—Bernardo. Espere, que le doy una tarjeta.

—Déjelo, Bernardo, ya me la dará después. Aparque el coche y venga conmigo.

Santos salió del taxi. El taxista, que había permanecido un momento inmóvil y sorprendido sin saber qué hacer, movió el coche unos metros para aparcarlo en batería, pues había muchos sitios libres en la especie de corredor o callejón mal iluminado que había entre el edificio y la valla metálica que rodeaba el recinto. Se bajó, cerró con su mando a distancia y fue hacia Santos, que ya se dirigía a la puerta de entrada, vigilada por un tipo de dos metros de alto y aspecto de oso pardo y un portero de tamaño normal, que se apresuró a abrir la puerta a César Santos.

—Buenas noches, señor.

—El chófer viene conmigo —le dijo Santos al portero en voz baja antes de que Bernardo llegara a su altura—. Buenas noches.

El taxista y Santos entraron al local. Bernardo miraba a todas partes con asombro, pero el detective avanzó por el hall de recepción como si fuera allí todas las noches. Sin embargo, había motivos para asombrarse porque la entrada era espectacular y, en cualquier caso, no tenía nada que ver con el exterior del edificio. Era un enorme espacio ovalado, con suelos de mármol y paredes decoradas con columnas y estatuas que pretendían darle un aire clásico y elegante. De la bóveda colgaban varias arañas que, junto con los apliques situados por pares entre las columnas, iluminaban la sala como la entrada de un palacio. Una lujosa escalera giraba y ascendía hacia la planta superior y, frente a la puerta de entrada, un amplio e iluminado pasillo conducía hacia la zona de bares, restaurante y diversos salones.

—¡Joder con el puticlub! —exclamó Bernardo.— Esto es más elegante que el Hotel Finisterre.

Seguramente, el emblemático hotel coruñés era lo más elegante que el taxista había visto en su vida. Santos, por su parte, apenas se detuvo a contemplar la pretenciosa decoración del hall y no parecía en absoluto impresionado. El portero se acercó y, haciendo un gesto con el brazo extendido, le dijo que siguiera de frente hacia el bar, que enseguida lo atenderían, y lo siguió de cerca como para que no se perdiera. A medida que avanzaban, la luz se hacía más tenue y pretendidamente acogedora o sugerente. Julio César Santos notó

enseguida el deterioro estético de la decoración inicial, que se hacía patente a la entrada del bar, iluminado con luz azul violeta, y en un salón tipo pub que se hallaba enfrente, iluminado este con una espantosa luz verde y motivos tropicales en un alarde de mal gusto. Había varias mesas ocupadas y en la barra del bar media docena de clientes tomando copas con chicas tan mal y poco vestidas como Julia Roberts al comienzo de Pretty Woman.

Santos sacó su cartera, cogió un billete de cincuenta euros y se lo dio a Bernardo diciéndole:

—Toma. Esto no tiene nada que ver con lo acordado por el taxi. Es para que invites a una chica a una copa si quieres o te tomes un refresco. Espero no encontrarte borracho cuando me quiera ir. Estate por aquí. Yo voy a echar un vistazo.

Había visto aparecer a una mujer llamativa y con muy buen aspecto. Se dirigió hacia ella y dejó a Bernardo dubitativo frente al bar. Eran las once de la noche.

2

La actividad profesional del cabo Souto, al contrario de lo que ocurría con su amigo Santos, lo obligaba a moverse por terrenos y horarios más cercanos a los de la gente normal, seria y trabajadora. Aquel mismo día, le habían dado una información que consideró importante. Su colega coruñés, el agente Quintela, lo llamó por la tarde para decirle que se había permitido iniciar algunas averiguaciones por su cuenta sobre Marcelino García Lameiro, dado que no tenía otra cosa que hacer. Al cabo Souto le sorprendió el comentario y Quintela se lo explicó.

—Cuando el capitán Corredoira me dijo que me pusiera a tu disposición, me liberó de mis obligaciones corrientes. Por eso, si no me pides que haga algo en concreto, no tengo nada que hacer. Ya sabes cómo funcionan estas cosas.

El cabo Souto lo entendía porque conocía la forma habitual de acatar las órdenes en sentido estricto, sobre todo cuando a uno le convenía, pero no dejaba de chocarle que en la comandancia dispusieran de tantos agentes como para poder dedicar uno a algo que solo lo ocuparía ocasional y parcialmente, liberándolo de todo lo demás. Era un lujo que él no se podía permitir en su cuartel.

Lo que Quintela había descubierto no era nada significativo en sí mismo, pero al cabo le interesó porque le pareció que podría ser una pieza útil en el eventual rompecabezas que tarde o temprano tendría que empezar a montar. Como en anteriores ocasiones, cuando tenía

cierta cantidad de elementos dispersos, en apariencia inconexos entre sí, acababa por imaginar un rompecabezas con un tema en el que todos ellos pudieran encajar como un mismo paisaje.

Quintela le dijo que había husmeado en Tráfico, tanto de la Guardia Civil como de la Policía Municipal de A Coruña, donde trabajaba un hermano suyo, en busca, al azar, de multas de tráfico o de cualquier asunto extraño relacionado con el señor García Lameiro y había descubierto algo curioso.

—¿Cómo qué? —le preguntó Souto.

—Hace unas semanas su empresa denunció en la Comisaría de Cuatro Caminos el robo de un vehículo, un Volkswagen Golf de color rojo. Se trataba de un coche dejado como parte del pago por un cliente que había comprado otro coche nuevo. Por lo visto, según la denuncia, el señor García Lameiro lo sacó del concesionario, no sé si para probarlo o para dar una vuelta. El caso es que lo dejó por la tarde aparcado delante del taller de Volkswagen y se lo robaron.

—¿Solo lo usó unas horas durante el mismo día? —preguntó el cabo, al que se le había encendido una lucecita en la cabeza.

—Espera. No he terminado. El caso es que el coche apareció unos días después. Resulta que no había habido ningún robo. Ese señor lo había dejado guardado en un garaje particular de su propiedad, cerca de su casa y se había olvidado. Según dijo, es un garaje que no utiliza casi nunca.

—Bueno, ¿y qué pasó?

—A ver si me explico —dijo Quintela, que empezaba a hacerse un lío—. Él se llevó primero el coche, hizo lo que tuviera que hacer y volvió al concesionario, donde lo dejó aparcado fuera. Lo que pasa es que luego, según explicó al retirar la denuncia, lo volvió a usar aquella misma tarde y lo guardó en su garaje. Lo dejó allí y se olvidó de él. Cuando en el taller le preguntaron por el coche, como no recordaba habérselo llevado la segunda vez, dijo que lo había dejado aparcado allí delante y, por eso, dedujeron que lo habían robado. Eso fue lo que ocurrió. Después, no sé cómo ni por qué, se acordó o lo que fuera y retiró la denuncia. ¿Vale?

—Sí. Creo que lo he entendido. ¿Has anotado las fecha de la denuncia y de la anulación?

—¡Ahí está el asunto, cabo! Eso fue, precisamente, lo que me hizo pensar que podría interesarnos. Porque da la casualidad de que la denuncia del robo se puso el lunes anterior al asesinato de esas señoras en Corcubión, y la rectificación la hizo él en persona antes de ayer, o sea, una semana después del crimen. Seguramente no tiene nada que ver, pero yo te lo comento, por si acaso.

El cabo José Souto se quedó de piedra. Quintela, aparentemente, había pensado lo mismo que él. La lucecita de la cabeza se convirtió

en un incendio. ¿Y si sí tuviera que ver? Un coche pequeño, un coche distinto al suyo, un coche que no podría probarse dónde había estado la noche del crimen.

—Ese garaje donde estuvo el coche —preguntó Souto—, ¿se trata de una plaza privada en un aparcamiento, en una comunidad de vecinos o…?

—No, no. Es un garaje particular que está en los bajos de un edificio de pisos. He ido a verlo. No entré, claro, pero lo he visto. Debe de ser de una sola plaza y tiene una puerta de chapa que da a un callejón, está pegado a una especie de nave o almacén, cerca de la plaza de San Pablo, donde la Whiskería y el Don Jorge. No sé si los conoces, son bares de alterne, ya me entiendes, puticlubs. O sea que, en principio, no se sabe si el coche estaba allí o no la noche del crimen.

—Habrá que intentar averiguarlo.

—Va a ser difícil.

—Siempre es difícil, Quintela. Tienes que informar al capitán y pasarte hoy el resto de la tarde y la noche preguntando a todo hijo de vecino en esos bares y alrededores si alguien ha visto sacar o meter allí un coche de madrugada durante la semana pasada.

—¿Cómo se van a acordar de la fecha?

—No importa la fecha. Si alguien, un cliente, un vecino, un barrendero, un camarero, una fulana o la madre del cordero, quien sea, vio una de estas últimas noches meter o sacar un coche en ese garaje, ¿te das cuenta?, ¡sería una bomba! Y si consiguiéramos además una descripción del que lo hizo, ¡qué quieres que te diga! Cuento contigo, Quintela. Llámame mañana por la mañana sin falta. Y, por si acaso, habrá que intentar que los de Investigación examinen ese coche.

Sin esperar contestación, el cabo Souto colgó y se puso a tomar notas en su cuaderno cuadriculado. Todo estaba aún borroso, pero podía ser una pieza clave. Para la noche del crimen, García Lameiro no tenía una coartada demasiado firme, aunque podría ser admitida por un jurado. Pero si se lograba asociar a su persona el uso de un coche sin dueño, denunciado como robado (probablemente para evitar algún testimonio imprevisible), entrando o saliendo de madrugada de un garaje de su propiedad, ya tendría medio rompecabezas. ¿Se iba alguien a creer que García Lameiro se hubiera olvidado del coche durante una semana y, sin embargo, lo hubiese utilizado una noche durante ese tiempo? ¿La noche del crimen, quizá? Tanto si se probaba como si no, ¿cómo podría explicarlo?

Eran ya casi las nueve y media de la noche cuando José Souto llegó a Doña Carmen. Miró el reloj y pensó en llamar a su amigo Santos,

pero le dio pereza y pensó que era ya un poco tarde. Se cambió y bajó a la cocina a ver qué había de cenar. Lolita le dijo que tendría que esperar más o menos un cuarto de hora. Buscó un periódico y se puso a hojearlo distraídamente en el comedor privado, que estaba al lado de la cocina, mientras esperaba a su mujer tomando una cerveza. No se pudo concentrar lo suficiente como para asimilar las noticias del diario. Solo tenía una imagen clara en su mente. El garaje de Marcelino García en La Coruña. La noche del crimen. La puerta que se abría y el pequeño coche rojo oscuro que salía en dirección a Corcubión de madrugada. ¿Sería cierto? ¿Habría algún modo de probarlo, si lo fuera? No le quedaba más remedio que esperar al día siguiente para saber si su colega Quintela había conseguido averiguar algo.

Le daba vueltas a su idea una y otra vez: Marcelino García salía de su piso en la Plaza de Pontevedra a la una de la madrugada. Iba hasta su garaje particular, a unos trescientos metros de allí. Sacaba el Golf y conducía hasta Corcubión. Una hora: las dos de la mañana. Hacía el paripé de subir el muro, pero entraba por la cancela con su llave. Iba hasta la cocina. Entraba y subía al piso. Su mujer se despertaba con el ruido y las luces que encendía su marido. «¿Eres tú?», le preguntaba. Él se la encontraba junto a la puerta de la habitación y le pegaba un tiro en la frente, a bocajarro, con su revólver del veintidós. Sin decir palabra. Luego iba al cuarto de la suegra. Se acercaba a la cama y le pegaba otro tiro a la anciana moribunda. Desordenaba los dormitorios. Comprobaba que su mujer estuviera muerta. Bajaba al salón y lo ponía todo patas arriba. Cogía las joyas de su mujer y las de la suegra. Salía por la cocina y arrancaba la cerradura con una palanca. Se marchaba tranquilamente en el Volkswagen hasta A Coruña. Lo guardaba en su garaje. Miraba el reloj: las cuatro y cuarto de la madrugada. Volvía andando a su piso. A las cuatro y media estaba durmiendo en su cama. Durmiendo o pensando en lo que había hecho, todo como estaba previsto. Un crimen perfecto, como todos hasta que algo falla. Pero, ¿dónde podía estar el fallo en el de Marcelino García Lameiro?

La sopera humeante que su mujer dejó encima de la mesa empañó las imágenes del sueño del guardia civil. El primer fallo podía ser que él mismo estuviera completamente equivocado, que la película que acababa de montar no tuviera nada que ver con la realidad y que las cosas hubiesen ocurrido de un modo completamente distinto: mientras el bueno de Marcelino García dormía plácidamente la noche de aquel nefasto jueves, alguien asesinaba a su mujer y a su suegra. Ayudado por Lolita, que sabía cómo sacarlo de sus ensimismamientos, volvió a la realidad y le concedió al caldo de grelos la atención que merecía. Los muertos enterrados, los criminales y los policías cenando; el

mundo volvía a ser un lugar anodino y rutinario donde ocurrían cosas importantes para unos y no ocurría nada para otros. El cabo José Souto consiguió olvidarse por completo del asunto hasta la mañana siguiente.

A las ocho y cinco de la mañana esperaba ansioso en su despacho la llamada de su colega Quintela. Cuando sus colaboradores Lago, Orjales y Taboada pasaron por su despacho, les hizo poco caso, ya que ninguno parecía tener nada demasiado importante o urgente que contar. A las nueve menos cinco, cansado de esperar, llamó a la comandancia y preguntó por Quintela. Le dijeron que estaba con el capitán Corredoira. Pidió que le dieran el recado de que llamara a Corcubión en cuanto saliera de despachar con el capitán. Quintela no llamó hasta las nueve y cuarto. El cabo Souto estaba de mal humor y tuvo que hacer un esfuerzo para no echarle una bronca por no haberlo llamado a él antes de ir a ver al capitán. Pero comprendió que a Quintela le pareciera más lógico informar al jefe de ambos en primer lugar, aunque solo fuera por quedar bien.

Quintela se había pasado parte de la noche preguntando por el barrio si alguien había observado movimiento en el pequeño garaje en los últimos días.

—Empecé a preguntar —explicó Quintela— por la tarde, antes de que anocheciera. No encontré a nadie que hubiera visto nada durante las horas de luz. En cuanto abrieron los bares de copas empecé de nuevo…

—¿Puedo pedirte un favor? —lo cortó el cabo Souto.

—Sí, claro.

—No me cuentes lo que no conseguiste saber. Dime solo si has averiguado algo, ¿vale?

—Sí, sí, cabo. A eso iba. Verás: estuve hasta las tres de la madrugada preguntando a todo el mundo, hasta que, por fin, di con un camarero de La Whiskería que me contó algo muy interesante. Me dijo que, normalmente, resulta difícil aparcar de noche cerca del local porque es una zona de mucho jaleo, por eso él suele ir andando. Solo va a trabajar en coche cuando llueve mucho. En esos días, es aún más difícil aparcar y, entonces, deja el coche en el callejón, delante de la puerta del garaje de marras porque, según él, le habían dicho que nunca se utilizaba, aunque tiene la señal de vado permanente. Bueno, pues el caso es que, hace unos días, no se acuerda de qué día fue exactamente, estaba en la barra trabajando cuando entró un tipo muy cabreado preguntando si era de algún cliente un Renault blanco estacionado delante de la puerta de su garaje. El Renault era el suyo, claro. Se disculpó y salió corriendo a moverlo. El tipo, al parecer, lo amenazó y lo puso a parir, además de decirle que no volviera a dejar su coche allí. Según él, tenía que ir a trabajar y volvería más tarde

aquella misma noche. Le dijo que, si encontraba su coche allí, llamaría a la grúa sin avisarlo. ¿Qué te parece?

—¿No conseguiste que dijera cuándo fue exactamente?

—Espera. Te sigo contando. Le pregunté cómo era el hombre. Solo se acordaba de que era un tipo alto, pero no recordaba nada más. Estaba muy cabreado y el camarero tuvo miedo de que le atizara. Salió corriendo con las llaves y el otro iba detrás insultándolo. Se montó en el coche y se fue a toda velocidad a buscar sitio. El callejón estaba oscuro y ni se volvió para disculparse más. Me dijo que era un tipo alto, iba con abrigo y bufanda, no es capaz de recordar nada de su cara. De todas formas, tomé todos sus datos y lo podemos convocar cuando queramos a la comandancia o donde quieras.

—Vale y…

—Tranquilo, cabo. Me vas a preguntar cuándo fue eso, ¿no? Bien; insistí en que hiciera memoria. No estaba seguro, pero a fuerza de intentarlo, me dijo que no era fin de semana. De eso estaba seguro, pues no estaba el camarero que va de refuerzo los fines de semana y vísperas de festivos. Tampoco era lunes, porque los lunes libra. De modo que tuvo que ser martes, miércoles o jueves. Todos esos días llovió. Por mucho que le insistí, no conseguí que el tipo fuera más preciso. Me confesó, disculpándose, que suele tomar unas copas por la noche y le cuesta mucho recordar, a veces, ciertas cosas. Sí recuerda que era temprano o lo que es temprano para él, o sea a primera hora de la noche, no al final de la madrugada. Digamos que sobre de la una. Le insistí en que fuera más preciso sobre la hora. Hizo memoria y me confirmó que era muy cerca de la una porque a esa hora apagan la música y la acababa de apagar.

—Quintela, eres cojonudo. De verdad. Voy a hacer unas cosas y te vuelvo a llamar. A ver si puedo ir a Coruña esta misma mañana o esta tarde. Tenemos que volver a hablar con ese camarero cuando esté sereno. Venga, gracias. Adiós.

Llamó a sus colaboradores y les propuso tomar un café. Ya lo habían tomado todos, pero no se negaron porque les pareció que su jefe estaba contento y era una ocasión que no debían desperdiciar. Además, el cabo Souto añadió que invitaba él. Después de tomar el café, Souto hizo unas llamadas y decidió ir a A Coruña. Pasó por Doña Carmen para avisar a su mujer y cambiarse, pues pensaba ir de paisano.

Capítulo IX

1

El cabo Souto salió de Corcubión hacia A Coruña a las diez de la mañana. Había quedado con Quintela en la comandancia a las once treinta. Fue por Santiago porque era más rápido y más cómodo. Seguía estando de buen humor. El descubrimiento de su colega coruñés, aunque aún no tuviera todos los elementos para poder considerarse una pista clara y definitiva, abría una vía de investigación muy importante y, sobre todo, le daba a él la seguridad de que iba por el buen camino persiguiendo a Marcelino García Lameiro. Encontrar el coche del asesino era desde el principio un elemento clave y el cabo Souto estaba convencido de que había dado con él. Claro que una cosa era encontrar el coche y otra a su conductor.

En la comandancia, Souto no pudo ver al capitán Corredoira porque se acababa de ir a una reunión en la Dirección General, en Madrid. Quintela había quedado con el camarero de La Whiskería, Francisco Pardo, al que todo el mundo conocía como Paco, en que lo llamaría por la mañana para quedar en algún sitio cerca de su casa, pues la comandancia estaba en un lugar incómodo, alejado del centro y donde era imposible aparcar. Paco vivía en la avenida de Finisterre, a un kilómetro más o menos de la plaza de Pontevedra. El cabo Souto le dijo a Quintela que lo citara en la cafetería Manhattan, en la plaza de Pontevedra, donde habían estado ellos dos unos días antes, ya que había un aparcamiento debajo.

Mientras lo esperaban, Souto llamó a su amigo Julio César Santos para saber por dónde andaba.

—Estoy en La Coruña —le dijo Santos— y me has despertado. No sé por qué tienes esa manía de no dejarme dormir tranquilamente.

—¡Pero si son más de las doce!

—¿Y qué? ¿No se te ha ocurrido pensar que uno puede acostarse tarde? Anoche me acosté a las cuatro de la madrugada, no me parece que dormir ocho horas sea nada extraordinario.

—Vale, tío, perdona. No se me ocurrió pensar que te aburrieras tanto en Corcubión que tuvieras que venir a Coruña a divertirte por la noche.

—¿Quién te ha dicho que estuve divirtiéndome? Estuve trabajando.

—Souto soltó una carcajada—. Sí, no te rías. Y quizá te interese saber algunas de las cosas que descubrí.

—No empieces, Santos. Escucha. Tengo que hacer algo ahora, pero terminaré antes de comer. ¿Por qué no nos vemos? ¿En qué hotel estás, en el Finisterre?

—No. Estoy en el Meliá María Pita.

—Perfecto. Yo estoy ahora con un colega en la Plaza de Pontevedra, que no está lejos. Cuando termine te llamo y nos vemos. Reserva en algún sitio fino, si pagas tú. Si no, te invito a la cantina de la comandancia. —Quintela lo miró asombrado.

El cabo Souto había decidido que, puesto que no podía ver al capitán Corredoira, sí podía tomarse la libertad de comer con su amigo y luego volver tranquilamente a Corcubión, sin atenerse a un horario estricto. Le explicó a Quintela quién era Santos mientras esperaban la llegada de Paco, el camarero. Este apareció a la una menos veinte. Souto lo invitó a una caña y cuando la terminó, propuso dar un paseo por la playa del Orzán para poder hablar tranquilamente, pues la cafetería estaba demasiado concurrida. Bordearon el Instituto da Guarda y cruzaron el paseo marítimo para sentarse en un banco del rompeolas conocido como La Coraza, restos de una antigua fortaleza que separa las playas de Riazor y del Orzán. El ruido de las olas estrellándose contra las rocas y la muralla, impedían a cualquiera que no estuviera a su lado oír de qué hablaban.

El cabo Souto intentó transmitir a Paco la importancia de todo lo que recordara sobre lo ocurrido aquella noche en la que tuvo que salir corriendo del bar para quitar su coche de delante de la puerta del garaje de Marcelino García Lameiro. Le dijo que se había cometido un delito con aquel vehículo y que, por eso, era extremadamente importante que recordara con exactitud qué día había sido y cómo era la persona que lo había obligado a mover su coche.

Paco había tenido tiempo de pensarlo antes de acudir a la cita con los guardias. Se reafirmó en que tuvo que haber sido, o la noche del miércoles, o la del jueves. De eso estaba tan seguro como de que no podría afirmar cuál de las dos. Porque solo había ido en coche al trabajo esas dos noches, según le confirmó su mujer. Recordaba perfectamente que llovía bastante, que el tipo era alto e iba vestido de oscuro y con sombrero o con gorro. No recordaba en absoluto su cara, aunque sí su voz, autoritaria y grave. Y el enorme cabreo que tenía. Por un momento, insistió, cuando iban hacia su coche, había tenido miedo de que le partiera la cara, pues estaba echando chispas.

—Pero, en cuando arranqué el coche, el tipo dejó de protestar —dijo Paco—, y ya no me volví a mirar. Salí todo lo deprisa que pude y me fui a buscar otro sitio.

—Supongo que está usted dispuesto a declarar lo que acaba de

decir ante un juez, si se diera el caso —le preguntó el cabo.

—Sí, claro. No veo por qué no —contestó Paco—. ¿Es muy grave ese delito que me ha dicho que se cometió?

—Sí. Atropellaron a alguien —contestó secamente el cabo, que no quiso decirle bruscamente que no era asunto suyo, ya que el hombre había colaborado.

Cuando el camarero se fue, el cabo Souto le pidió a Quintela que intentara averiguar en el concesionario dónde estaba actualmente el Golf rojo para que los del Área de Investigación pudiesen echarle un vistazo.

—Pide ver el coche y comprueba la matrícula. No digas para qué ni por qué estamos interesados. No hay que levantar sospechas. Invéntate algo. Di, por ejemplo, que se trata de una investigación sobre una infracción de tráfico del mes pasado o lo que se te ocurra. Lo que no quiero en modo alguno es que García Lameiro se entere de que sabemos que sacó el coche de su garaje una noche de la semana pasada ni tampoco que sospeche que estamos investigándolo, ¿de acuerdo? Y otra cosa. Pide que te dejen ver la ficha de entrega del coche. Quiero que veas si figura el kilometraje y lo anotes. Anota también el nombre del anterior propietario, que figurará en la ficha. Luego, sin que se note demasiado, mira los kilómetros que marca el cuentakilómetros.

—Entendido, cabo. ¿Quieres que me ocupe de algo más?

—¡Coño, se me olvidaba! ¿Qué has averiguado con respecto a la criada de García Lameiro?

—Poca cosa. Pensaba dedicarle más tiempo el fin de semana. Lo que he anotado es que sale del piso todos los días sobre la una del mediodía. Va al mercado y vuelve con algo de compra. No sale por la tarde hasta las ocho.

—¿A dónde va?

—No lo sé, Souto, lo siento. No puedo aparcar cerca de su piso, es imposible en la plaza, a menos que lo haga con un coche patrulla. Vigilo paseando o desde la cafetería. Estos últimos tres días se ha ido en un taxi que la viene a buscar sobre las ocho. No sale a buscarlo ella, lo debe pedir por teléfono y baja en cuanto llega. Va muy arreglada. Ningún día la he visto volver y eso que me quedo por allí hasta las doce. Anteayer, vi llegar al señor García a las once. Pero ella no estaba y no vi luz en el piso hasta que la encendió el hombre al subir.

—Ya —dijo resignado el cabo—. Haz una cosa. Estate cerca del portal esta noche y las próximas un poco antes de las ocho y anota la matrícula o el número del taxi. Comprobaremos más tarde a dónde fue y sabremos si es siempre el mismo taxi o no. ¿Vale?

El cabo Souto se despidió de Quintela y fue dando un paseo en

busca de Santos. El Hotel Meliá se veía desde donde estaba, a menos de quinientos metros. Al llegar, pidió que avisaran a Santos, que apareció a los cinco minutos.

2

Los viejos amigos se saludaron afectuosamente, se intercambiaron algunas bromas y reproches, como tenían por costumbre, y Santos, después de quejarse por «el madrugón», le dijo a Souto que le habían reservado desde el hotel una mesa para comer en el restaurante Comarea Marina, que estaba cerca del castillo de San Antón, por donde arranca el dique de abrigo.

—No lo conozco, Pepe —le dijo el madrileño—, pero me han asegurado que es un sitio agradable y tiene unas vista excelentes sobre el mar. Eso, para ti, no tiene ninguna importancia, pero para un estepario como yo, sí la tiene. O sea que te invito. Podemos ir dando un paseo para abrir el apetito, pues no he desayunado más que un zumo y un café, para tener hambre.

—¿El Castillo de San Antón? —preguntó Souto—. Pero eso está al lado contrario de donde estamos, César.

—Como se ve que eres de aldea, Pepe. Ahí, te gano. La Coruña es una ciudad muy pequeña. Todo está cerca, aunque a los de Corcubión no os lo parezca. He mirado en un mapa. Solo tenemos que ir en dirección sureste; hay menos de dos kilómetros. Un paseo de media hora.

—¿Y tú tienes idea de por dónde queda el sureste?

—Claro que no. Pero sé por dónde queda el Castillo de San Antón: a la entrada de la bahía. No creo que vayamos a perdernos si buscamos el mar por el otro lado. La ciudad es una península, Pepe. Por un lado, el puerto, y por el otro, las playas de Riazor y el Orzán. No soy subnormal.

—Seguro que has estado estudiando durante una hora el mapa que te han dado en el hotel.

—¡Exactamente!

—Venga, vamos. Tampoco nos vamos a morir por preguntar.

No se perdieron. Llegaron antes de lo que pensaban y, aprovechando que no llovía, se sentaron a tomar un aperitivo en la terraza del restaurante, que ofrecía magníficas vistas sobre el dique de abrigo, los pantalanes del Náutico y el Castillo de San Antón. En frente, al otro lado de la gran bahía coruñesa, se veían las playas de Santa Cruz y Mera y, hacia la izquierda, la entrada al puerto de Ferrol. Un panorama espectacular. Pidieron una ración de pulpo á feira de

aperitivo y Santos pensó que, probablemente, aquel delicioso animal habría sido pescado no lejos de allí, lo que quizá fuera cierto, y tal posibilidad, así como el entorno, hicieron que lo encontrara especialmente sabroso. Por su parte, el cabo José Souto, que no era muy dado a ese tipo de pensamientos románticos en lo referente al pulpo de su tierra, estaba más interesado en saber qué diablos hacía su amigo detective en A Coruña que en admirar el panorama. De modo que se lo preguntó sin más rodeos.

—Pues verás, César, he venido porque quería hablar con mi amiga, tu excolega Elena Castrillón, a la que le había pedido que me hiciera ciertas averiguaciones.

—Supongo que esas averiguaciones no tendrán nada que ver con los asesinatos de Corcubión o con García Lameiro —preguntó inquieto el cabo Souto.

—Supones mal.

—¡No me jodas, César! ¿Vamos a empezar otra vez con lo mismo?

—Pepe, ¿por qué no te acostumbras de una vez a que investigue por mi cuenta asuntos de los que, casualmente, también te ocupas tú? Hay miles de científicos que se dedican a investigar sobre el cáncer en todo el mundo. ¿Qué pasa? ¿Es que solo tú puedes investigar sobre algo? —El guardia civil sonrió ante la perogrullada por no llorar—. Lo hago por mi cuenta. No me meto donde no me llaman, no obstaculizo, no te causo ningún problema. Cualquier persona tiene derecho a investigar lo que le dé la gana, siempre que respete el derecho a la intimidad de las personas y no interfiera en actuaciones oficiales. ¿Qué es lo que te molesta? ¿No te han sido útiles en muchas ocasiones las cosas que he descubierto? ¿Alguna vez he echado a perder o perjudicado tu trabajo o el de tus colegas?

—Mira, César, a ti te pasa con mis asuntos como a algunos tipos con las mujeres de sus amigos.

—¿Qué? No sé a qué te refieres.

—Me refiero a que, si uno quiere ligar y puesto que hay millones de mujeres en el mundo, por qué tiene que hacerlo precisamente con la mujer de su amigo. ¿Me explico? Si quieres investigar crímenes, César, ¿por qué tienen que ser precisamente los que estoy investigando yo? Coge el periódico y busca asesinatos, desapariciones, atracos, o lo que quieras, que tengan lugar en cualquier parte de España, pero no en Corcubión, ¡joder! Porque de lo que ocurre en Corcubión ya me ocupo yo. No sé si me explico.

—¿De verdad quieres que sigamos discutiendo sobre eso? Te lo he explicado mil veces, Pepe. No me gusta trabajar y, como no lo necesito, raramente lo hago. Pero cuando vengo a Galicia y veo que estás ocupado con algún caso interesante, me apetece ayudarte, o intentarlo por lo menos. Me distrae, me lo paso bien.

—Pero… —El cabo Souto se desesperaba—, no sé cómo decírtelo. Es que no soy yo, César. ¡Es la Guardia Civil!

—Yo no intento ayudar a la Guardia Civil; ya sé que no lo necesita. Yo ayudo a un amigo, le comento lo que me parece interesante, le sugiero, le doy ideas, le informo de cosas de las que me entero. Nada más. No veo por qué te lo tomas a la tremenda. ¿No te interesa saber, por ejemplo, lo que he descubierto ayer por la noche en uno de esos lujosos locales de Marcelino García Lameiro en las afueras de La Coruña?

—Mira, César, vamos a comer y espero que no me estropees la comida hablándome de trabajo. De modo que, como me vas a invitar, después de comer te invitaré yo a una copa y, entonces, si quieres, me cuentas tus descubrimientos. Ahora terminamos este pulpito, que está muy bueno, y disfrutamos de la vista. Mira allí enfrente; ¿ves aquella peña que tiene como una mancha blanca?

—Sí, ¿qué es?

—Es un lugar muy conocido por aquí. Se llama Seijo Blanco. Seijo o Seixo, en gallego, quiere decir piedra o canto. Frente a esa peña y hasta la entrada a la bahía de Ferrol hay una tramo de mar muy peligroso que se conoce como La Marola. Dicen que «quien pasó la marola, pasó la mar toda». Esas rocas que hay al principio del dique de abrigo eran antes un lugar peligroso donde naufragaron muchos barcos. La gente las conoce como Peña de las Ánimas.

—Con ese nombre, no me extraña.

—A lo mejor es porque está enfrente del cementerio. De todas formas, a los que vivimos cerca del cabo Finisterre, esas cosas nos suenan un poco a cuentos infantiles.

—No presumas de naufragios, César —comentó Souto, que se había relajado al ver que a su amigo se le pasaba el enfado—. Ya sé que te criaste en la Costa de la Muerte.

3

Después de comer, volvieron a sentarse en la terraza para tomar una copa. Aunque no quisiera reconocerlo, el cabo Souto se moría de ganas por saber qué habría podido descubrir su amigo Santos, pues sabía que, con sus métodos poco ortodoxos y quizá también con un poco de suerte, en más una ocasión había conseguido descubrir elementos útiles o, incluso, importantes para su investigación. Santos no tenía ninguna prisa en complacerlo y se hacía de rogar sabiendo que la impaciencia del guardia civil, que siempre se tomaba todo en serio, era una ventaja para él.

—Bueno, ¿qué?, ¿tengo que suplicarte o me vas a contar eso tan importante que has descubierto trabajando toda la noche? —Así rompió el fuego José Souto.

—Yo no he dicho que fuera nada importante, Pepe. Eso te lo acabas de inventar.

—Bueno, sea lo que sea, ¿me lo cuentas o no?

Julio César Santos se echó hacia atrás en su silla y se hizo el interesante.

—Está bien. Te lo contaré. Verás, yo tenía ciertas informaciones que me dio mi colega Elena Castrillón sobre los locales de diversión en La Coruña y, en especial, de los que pertenecían a Marcelino García y su mujer. Es un mundillo algo sórdido en general y, desde luego, poco atractivo. Esto no es París ni Nueva York, ¿comprendes? El sitio más carismático, por llamarlo de alguna manera, está a las afueras. Se trata de un curioso lugar llamado La Palmera, que por fuera parece una fábrica o un almacén de cualquier cosa y por dentro aspira a ser un sitio elegante. Te puedes imaginar la elegancia de un antro que pretende cubrir toda la gama de posibilidades de cierto tipo de diversión: saunas, masajes, fiestas, despedidas de soltero, de casado, prostitución pura y dura y no sé si bodas, primeras comuniones y bautizos. Para empezar, los dueños no han tenido en cuenta que un prostíbulo, incluso disimulado bajo la denominación de club nocturno o lugar de ocio, no consigue fama de elegante a base de fuentes cursis, decoraciones horteras, luces exóticas y mármoles, así como un hotel no es de lujo por tener instalaciones ostentosas. Lo primero que necesita ese tipo de locales, si quiere presumir de elegancia, es disponer de un personal elegante, igual que un hotel necesita ofrecer un servicio impecable. Y es muy difícil conseguir eso en una ciudad de provincias, donde seguramente no hay suficiente clientela dispuesta a pagar cierta clase de lujos.

El cabo Souto sonrió, pero no dijo nada. Aquello tenía pinta de introducción y dejó seguir a su amigo, que parecía disfrutar dispuesto a contar su aventura nocturna. Santos continuó:

—El caso es que, por recomendación de un taxista, me di una vuelta por La Palmera. Como te digo, al principio creía que el taxista me la iba a jugar. Pero, tras la apariencia de una nave industrial, se escondía el famoso local de diversión nocturna, abanderado de los establecimientos del señor García. Entré muy digno con el taxista, como si fuera mi chófer, pues lo había contratado para la noche, y me dediqué a echar un vistazo a las instalaciones. ¡Qué quieres que te diga! Es probable que los aldeanos de la zona encuentren fantástico un lugar así, incluso al taxista le pareció todo muy lujoso, pero, si te digo la verdad, yo lo encontré deprimente. Luces de colorines espantosas, paredes decoradas con paisajes exóticos, mobiliario de mal gusto,

estatuas romanas al lado de sirenas caribeñas. Bueno, para qué te voy a contar.

—¿Y el personal?, como lo llamas tú.

—Mira, Pepe, aunque no te lo creas, siempre he tenido cierta consideración por las mujeres que se dedican a ese trabajo. Sabes muy bien que no frecuento esa clase de locales, pero creo que, a pesar de las apariencias, en la mayoría de los casos, detrás de cada una de ellas se esconde un problema personal o familiar. En fin, no es de eso de lo que estamos hablando. Me preguntas por el personal, o sea, por las chicas. No puedo hablar más que de la apariencia de las mujeres que pululaban por las instalaciones. No hablé con ninguna de ellas…

—¿Me vas a decir —lo cortó el cabo Souto—que no hablaste con ninguna?, ¿que no invitaste a ninguna a una copa ni te enrollaste? Venga, hombre.

—Si me permites continuar…

—Vale, vale. Perdona.

—Como te decía, la apariencia de las mujeres era aún más deprimente que la decoración. Me molesta hablar de personas como si fueran cosas, Pepe, pero no veo la forma de hacerlo de otra manera. Un nivel muy mediocre. Y de la vestimenta, mejor no digo nada. En resumen, una decepción.

—Me vas a hacer llorar. Resulta que el mejor sitio de diversión nocturna de Coruña es un lugar deprimente y hortera, las chicas no valen nada y… ¿Y has estado allí hasta las cuatro de la madrugada?

—Pues sí. Y hay una explicación.

—¡No es lo que parece! ¡Ah! Me muero por conocerla.

—¿Puedo?

—Adelante.

—Cuando entré, un portero muy servicial con pinta de paleto, pero vestido como el del Hotel Ritz, me invitó a pasar y me condujo hacia el bar principal. Era temprano, según me dijo el portero, la gente no empezó a llegar hasta un poco más tarde, en aquel momento no había casi nadie. Según avanzaba desde el hall, vi venir de frente a una mujer elegante —Souto hizo un gesto interrogativo—, sí, esa era elegante. Una mujer guapa, de unos treinta cinco o cuarenta años; andaba con seguridad y cierta altivez y vestía una ropa provocativa pero digna. No como una chica de alterne. El portero me tocó un brazo y me dijo: «Es la encargada». Y se dio la vuelta.

Souto pensó inmediatamente en Katy, la supuesta criada de Marcelino García.

—¡Puedes describirla con algo más de precisión, César?

—Claro. Buen tipo. Morena, pelo corto, pero bien peinado. Cara redondeada y nariz recta. Mirada inteligente, ojos marrones… No sé qué más podría decirte.

—¿No se llamaría Katy, por casualidad?

—¡Coño, Pepe! ¿No me irás a decir que tú también vas de vez en cuando por La Palmera? Jamás lo habría pensado de ti.

—¡No seas gilipollas, César!

—Me dejas de piedra, de verdad.

—A veces, te crees tan listo que olvidas, cuando hablas conmigo, que estás hablando con la Guardia Civil. Los dos estamos en Coruña por alguna razón, César. Puede, incluso, que sea por la misma razón. No sé lo que me ibas a contar, pero puede que yo sepa muchas más cosas que tú de esa señorita. Claro que cosas muy distintas, probablemente, porque yo no la conocí en un club de alterne. A ver, cuéntame.

El cabo Souto se marcó el farol encantado y, al comprobar la sorpresa de su amigo, se regodeó en la ventaja que le sacaba, aunque no estuviera seguro de que fuera mucha, porque Santos aún no había reaccionado. En realidad, la información que Santos, sin querer, le había proporcionado era en cierto modo valiosa para él y empezaba a poner las cosas en su sitio en lo referente a Marcelino García y la criada que le servía de coartada.

—La verdad es que no sé si contarte nada, Pepe; tu actitud me desanima por completo, sobre todo, cuando apelas a la prepotencia de la Guardia Civil.

—Déjate de chorradas, César, y cuenta, si es que tienes algo que contarme. Si lo que me dices es importante, te prometo darte alguna información interesante.

—La verdad es que no sé mucho, pero algo, sí.

—Pues suéltalo de una vez.

Capítulo X

1

—Bueno, no te hagas muchas ilusiones —empezó Santos en un tono displicente, como si lo que fuera a contar no tuviera ninguna importancia y, de hecho, no la tenía para él—, la verdad es que me habían hablado tanto de ese famoso lugar de diversión de Marcelino García Lameiro, que me esperaba en otra cosa. «La Palmera» tiene una entrada que parece prometedora, pero es solo la entrada. Después, todo es lamentable, como te he dicho. No es que sea pobre o cutre, es que es hortera y pretencioso.

—Me queda claro. Pero lo que pasa es que tú eres muy finolis, César. Me pregunto si, fuera del barrio de Salamanca o de Montecarlo, hay algún sitio elegante para ti.

—No digas chorradas, Pepe. No se trata de elegancia, sino de buen gusto. Un salón bar iluminado de verde o de morado no puede ser ni elegante ni de buen gusto. Eso es lo que parece que nadie le ha explicado a quien lo haya decorado. Por pintar una palmera en la pared de tu cuarto de baño, no te crees que estás en el Caribe, a no ser que seas idiota. No sé si me explico. Lo que trato de comentarte es que el local de marras me pareció pretencioso y deprimente.

—Vale, César, que sí, que el sitio es una mierda, pero ¿me vas a contar algo interesante? ¿Conociste a alguna modelo de esas que caen desfallecidas a tus pies? ¿Descubriste una trama internacional de trata de blancas? Ya sabes, alguna de esas cosas que solo tú eres capaz de descubrir en un periquete, cuando la Guardia Civil lleva meses investigando.

—No, Pepe, no sigas por ese camino. Si quieres que hablemos en serio, hablamos. Si quieres que estemos de coña, pues lo estamos; pero tendremos que ponernos de acuerdo. —El cabo Souto no contestó; hizo un gesto de resignación y bebió un sorbo de su copa. Santos se quedó mirándolo y continuó—. Estaba tratando de situarte en el contexto, a modo de introducción, para que comprendas mejor lo que sigue. Uno tiene que colocar el decorado antes de poner a los actores, ¿no crees? Vale. Paso de los detalles. No tengo experiencia en prostíbulos y no sé si las chicas que brujulean por allí sonrientes en busca de invitación, o de lo que sea, son voluntarias o son víctimas de extorsión. Desde luego, las que vi por allí no me parecieron distintas

de las que se pueden encontrar en cualquier otro sitio y observé que algunas tenían un marcado acento gallego, no las traen con malas artes de países del este o de América latina. Pero como no me lie con ninguna, solo puede hablarte de la primera mujer y la única con la que charlé un buen rato y tomé unas copas: la encargada.

—¡Katy! —al cabo Souto se le escapó aquella pequeña exclamación porque llevaba un rato dándole vueltas al hecho de que la supuesta criada de Marcelino García fuera la jefa del gran complejo de diversión de las afueras de La Coruña.

—En realidad, como seguramente sabrás, se llama Katy, de Catalina, que no parece un nombre muy adecuado para una «madame».

—Catalina Seoane, para ser exactos.

—Vale, Pepe. Ya sé que la Guardia Civil lo sabe todo.

—Pues no, César. No sé, por ejemplo, de qué hablasteis o si te la llevaste al catre.

—Nada de catres, tío. Suites con yacusi, espejos en el techo y demás refinamientos.

—O sea que te la llevaste al catre.

—No. Pero visité las instalaciones.

—¿Con qué motivo?

—Gentileza de la directora. Tu amiga Katy —ironizó Santos— es una persona muy agradable y muy lista. La tanteé en varias ocasiones sobre el negocio, le pregunté por el origen de las chicas que trabajaban allí, le comenté mis impresiones más bien indiferentes sobre ciertos aspectos de su establecimiento, le pregunté por la sociedad propietaria del negocio e incluso le hice proposiciones, esas en las que estás pensando, y me quedé asombrado de su aplomo y su inteligencia. Me dijo en un momento dado que, si no fuera por mi aspecto y maneras, pensaría que era policía.

El cabo José Souto soltó una carcajada forzada.

—¡No hace falta ser muy listo para darse cuenta, César!

—Naturalmente. Lo contrario me ofendería —contestó Santos haciendo alarde de chulería.

—Bueno, ¿y qué? —preguntó Souto algo molesto.

—Le dije que yo era muy curioso y que estaba un poco decepcionado porque no veía a ninguna chica con la que me apeteciera enrollarme. En seguida me corregí, pues era, evidentemente, una descortesía hacia ella y, mirándola fijamente, añadí que la jefa no contaba, por supuesto. La jefa, me dijo sonriendo y haciendo un movimiento muy provocativo que realzó lo que exhibía su exagerado escote, solo se deja invitar a champán en un reservado, si le apetece y el que invita es un caballero, pero no se va con nadie. Como puedes imaginar, nos fuimos a un reservado y pedimos

champán…, a cien euros la botella.

—¿Y…?

—Y reanudamos la conversación, pero más cerca. En cuanto al origen de las chicas, me dijo con toda naturalidad que las seleccionaban entre las muchas que se presentaban voluntarias. Nada de explotación. Las chicas cobraban una comisión por consumición y un tanto por el uso de las habitaciones, que, como te dije antes, imitan suites de cierto lujo, más su tarifa. Cuando cierran, se va cada una a su casa. Fue muy tajante, pero no la creí.

—¿Por qué no la creíste?

—Pero, hombre, Pepe, ¿cómo vas a creer a una persona que regenta un prostíbulo? Eso es como si crees lo que prometen los políticos. No me hagas reír. A continuación, me dijo otra cosa. Me dijo que, si no me gustaban las chicas de La Palmera, tenía algo mejor que ofrecerme, aunque más caro. La miré con cara de curiosidad y añadió: bastante más caro. Me mostré interesado y, después de darle unas cuantas vueltas, me dijo que la empresa tenía un servicio especial para clientes especiales.

—¿La empresa? —le pregunté—. El taxista que me trajo me dijo que esto era de un tal Marcelino García no sé qué más. Ella hizo un gesto apenas perceptible de disgusto, pero casi no se le notó, pues había una luz roja tamizada en el reservado. Se separó un poco, pues estábamos muy cerca, y me dijo que Marcelino García era el director general o el presidente, no recuerdo qué término empleó, de la sociedad propietaria del grupo de empresas al que pertenecía La Palmera. Y que era precisamente él quien se encargaba de seleccionar la clientela del club. ¿El club?, volví a preguntarle. Me acerqué a ella un poco más (estábamos sentados en un sofá) para recuperar la distancia perdida y ella se dejó besar en el cuello sin espavientos durante unos segundos. Cuando terminamos, sin preguntarme nada, llamó a un timbre. Vino una chica y Katy le dijo que trajera otra botella de champán.

—¡Carallo para el beso! —exclamó el cabo Souto.

César Santos siguió como si tal cosa, sin hacer caso del comentario de su amigo.

—El club, me explicó, es un círculo muy selecto de clientes. Para ellos, disponen de señoritas de compañía y modelos del más alto nivel. Se conciertan citas con antelación y las modelos vienen generalmente de Madrid, si no están en Coruña en ese momento. La selección, la hace el cliente por catálogo, excepto que ya conozca a la persona con la que se quiere encontrar.

El cabo Souto se quedó pensando, pues lo que le contaba su amigo detective le recordó uno de los más importantes casos de su carrera profesional[4].

—Le pregunté dónde estaba el club y me dijo que en una finca particular de Marcelino García. Solo él, añadió, da el visto bueno para entrar en el club. Si realmente te interesa, te lo puedo presentar. ¿Vienes mucho a Galicia?, me preguntó. Le respondí que bastante, sin entrar en detalles. También le dije que, si ese club funcionaba con suficiente discreción, quizá pudiera interesarme. ¿Estás casado?, quiso saber. Me eché a reír. ¡Qué conversación!, pensé. Si la buena de Katy supiera que estaba allí por simple curiosidad acerca de los negocios de su jefe… No quiero ni pensarlo. El caso es que cuando terminamos la segunda botella, y a pesar del arte que tienen las profesionales para tirar más de lo que beben, yo estaba empezando animarme, de modo que le propuse algo más que un beso. Ella se dejó acariciar un poco, pero enseguida se echó hacia atrás y me dijo que el tema podía discutirse, pero no allí ni aquel día. Entonces fue cuando se ofreció a enseñarme las instalaciones de La Palmera: sauna, gimnasio, salas de masajes, mini suites, piscinas, salones privados para fiestas, etcétera. Después pasamos por caja y me dio una tarjeta personal. «Llámame cuando quieras y podremos concertar una cita con el gran jefe, me dijo pasándome la mano por la cara amorosamente». ¡Voilà!

—Muy interesante —dijo Souto sin el menor asomo de sonrisa.

—Ahora, supongo que me contarás algo tú —insinuó Santos optimista.

—Vámonos —soltó el cabo levantándose—, es un poco tarde. Solo te diré una cosa, César, has estado intentando ligar con la criada de Marcelino García.

—¿Por qué eres tan desagradable, Pepe?

—Te lo digo completamente en serio, César. Según García, Katy es su criada. La estamos siguiendo hace días y «trabaja» en su casa, plaza de Pontevedra, durante el día, le hace la comida, la compra y la cama. Es la coartada de García para la noche del crimen de las señoras de Corcubión. ¿Quieres saber más?

—Sí, claro.

—En Santiago, bueno, cerca de Santiago, tienen un prostíbulo clandestino con mujeres traídas de países del este, que debe de ser ese club del que te habló. Las tienen encerradas, secuestradas es la palabra exacta. Coaccionadas por amenazas, tanto directas como a sus familias, hasta que no paguen los gastos de su viaje a España, su estancia y unas cuantas cosas más. Supongo que habrás oído hablar del tema. Es muy difícil actuar contra esa gente si no hay ninguna denuncia por parte de las chicas que explotan. Las chicas tienen papeles provisionales y contratos de servicios, como azafatas de congresos y cosas parecidas, con empresas fantasma de sus países de origen que son difíciles de desmontar.

—Dime dónde es, e intentaré contactar con alguna.

—No es un lugar abierto al público, César. Es un antiguo pazo restaurado en una propiedad privada. Pertenece a Marcelino García. No puede ir cualquiera. Pero estoy seguro de que «tu amiga» Katy te puede conseguir el acceso.

2

El guardia Quintela se presentó en el concesionario de Volkswagen para hacer las indagaciones que le había pedido el cabo Souto. Tuvo que identificarse como guardia civil (iba de paisano) para que le facilitaran los datos que pedía. En la recepción, lo enviaron al despacho del responsable de atención al cliente, que era un comercial. Su despacho estaba al lado del de Marcelino García Lameiro y ambos tenían las puertas abiertas. El comercial escuchó al guardia civil y se sorprendió de su petición porque las explicaciones de Quintela no le parecieron convincentes. Le dijo que iba a buscar la ficha de entrega del Volkswagen Golf y le rogó que esperara un momento. Salió del despacho, cerró la puerta y fue a ver a su jefe. García Lameiro le dijo que él se encargaba de atenderlo.

—Tráemelo aquí —le pidió—, vamos a ver qué diablos quiere ese guardia.

El comercial le pidió a Quintela que lo acompañara y lo llevó al despacho de García, que saludó al guardia con mucha simpatía, se presentó y le pidió que le explicara de qué iba el asunto disculpándose por hacerle repetir lo que le había contado a su colaborador a pesar de que había oído la conversación desde su despacho. Quintela se lo explicó de nuevo:

—Necesitamos comprobar algunos datos referentes a ese vehículo, por si estuviera involucrado en un accidente que estamos investigando. Comprenda que no pueda darle más explicaciones, señor García, es un asunto que no tiene nada que ver con usted, por supuesto, y no estoy autorizado a decirle más.

Las palabras del guardia y, sobre todo, la forma de decirlas le parecieron a García extrañas y, con la mosca detrás de la oreja, dudó un momento sobre lo que debía hacer.

—¿Podría usted precisarme qué es lo que quiere saber exactamente, agente? Intento complacerle, pero necesito saberlo para facilitarle la información más completa.

—Ya se lo he dicho, quisiera echar un vistazo a la ficha de entrega del vehículo. Supongo que cuando les entregan un coche como parte del pago de otro, rellenarán alguna ficha o documento con los datos del vehículo, ¿no?

—Sí, claro.

—Pues eso, solo quiero que me enseñen la ficha y, si puede ser, también quisiera ver el vehículo.

—Muy bien —le respondió sonriente García—. Si tiene la bondad

de esperar un momento, voy a preguntarle al jefe de taller dónde está el coche.

—¿Puedo acompañarlo?

—No, agente, se lo ruego. No me pida eso. Somos muy estrictos con las visitas al taller y no permitimos que entre nadie mientras nuestros mecánicos trabajan. Es una cuestión de seguridad o, si lo prefiere, de principios. Me comprende, ¿verdad? ¿Quiere que le traigan un café o agua?

—No, muchas gracias —contestó Quintela resignado.

García se fue y tardó unos diez minutos en volver. Le pidió mil disculpas al guardia Quintela por haberlo hecho esperar tanto y le entregó una fotocopia de la ficha de entrada del Volkswagen.

—Aquí tiene —le dijo al dársela conservando su sonrisa—. Es una copia, puede llevársela.

—Muchas gracias. Hay algo que necesito ver en el coche. ¿No podrían sacarlo un momento al aparcamiento, ya que no quiere que entre yo al taller?

—Me pone usted en un aprieto, agente. ¿No puede decirme qué es lo que quiere ver?

—Es solo para comprobar el cuentakilómetros —se le escapó a Quintela, que no debía darle esa información.

—Mire, agente, tengo que explicarle algo. No sé si el coche está disponible para moverlo, pero no importa. Estoy dispuesto a hacer una excepción con usted y dejarle entrar un momento al taller, aunque me temo que no le sería de mucha utilidad.

—¿Por qué?

—Me fastidia tener que decírselo, pero el caso es que me acaba de decir el jefe de taller que tienen desmontado el salpicadero. Es algo que no se hace casi nunca, pero cuando el coche que tenemos que revender tiene demasiados kilómetros… Bueno, ya sabe. Hacemos un ajuste con el contador.

—Pero eso es completamente ilegal, es un fraude.

—Bueno, permítame que le diga que no del todo. Hemos consultado con nuestros abogados y parece ser que no es un delito. De hecho, el coche se revisa completamente, se cambian todas las piezas deterioradas o simplemente viejas, se cambian los aceites y demás líquidos y hasta los neumáticos; en fin, que el coche queda realmente como si tuviera muchos kilómetros menos. No es un fraude; digamos que es una triquiñuela y, además, los compradores saben que se hace eso.

—Bueno, no quiero discutir. Supongo que me está diciendo que, casualmente, al Golf se lo han hecho.

—Desgraciadamente, sí. Se le han quitado veinte mil kilómetros. Tampoco es tanto; se hizo para que no pasara de los doscientos mil. Es

más que nada sicológico, ¿comprende?, porque, a efectos mecánicos, es prácticamente lo mismo ciento noventa que doscientos diez, pero no a efectos comerciales.

Esta vez, el que se fue con la mosca detrás de la oreja, fue el agente Quintela. Al llegar al cuartel, hizo un pequeño informe y llamó al cabo Souto para comentárselo. Ni había podido ver el coche ni había comprobado el cuentakilómetros; solo tenía una ficha que podía haber sido rellenada con lo que les hubiera dado la gana. El cabo le preguntó si tenía la impresión de que el señor García Lameiro sospechaba algo. Quintela le dijo que sí, porque había puesto una cara extraña cuando le explicó el porqué de sus indagaciones.

—No creo que se haya creído lo de que investigamos un accidente, cabo. Me trató con mucha amabilidad y sonrisas, pero me pareció que me estaba tomando el pelo. Es solo una sensación, ¿me comprendes?

3

En el cuartel de Corcubión todos andaban algo desorientados. Al cabo Souto le preocupaba el comentario de su colaborador coruñés, el agente Quintela. Si realmente Marcelino García Lameiro sospechaba que la Guardia Civil andaba detrás del Volkswagen rojo, las cosas se complicaban. Seguramente se encargaría de hacerlo desaparecer de un modo u otro. Pero, ¿por qué desconfiar o sospechar si no tuviera nada que ver con el asesinato? Difícil de explicar.

Por otra parte, la coartada de Sotillo, el marido de Manuela fue comprobada. No había podido ser él quien estuvo por la tarde en la joyería de Santiago, pues la agente Verónica Lago había hablado con dos pescadores, que confirmaron haberlo visto pescando en su lancha y que no había dejado de salir ningún día de la semana. En la lonja de contratación del pescado constaba que había llevado pescado para subastar todos los días de aquella semana. Y, como quienquiera que fuese el individuo que fue a la joyería, no había vuelto a aparecer, Souto se hacía un montón de preguntas. Era cierto que, según el joyero, la descripción del personaje coincidía con la de Jacinto Sotillo; pero también habría podido coincidir con la de García Lameiro. Incluso con la de Canido, que era bastante alto, no tanto como los otros, pero podía ser definido como un tipo alto. Solo necesitaba vestirse como un aldeano, no afeitarse aquel día, mancharse un poco las uñas y ponerse una gorra vieja, ya que ambos eran de similar estatura y corpulencia. La similitud de aspecto entre el tipo que trató de vender las joyas y García Lameiro, ¿sería mera coincidencia? Souto comprobó que García conocía a Sotillo personalmente, ya que el pescador iba con frecuencia al chalé de su suegra a llevar pescado y habían coincidido. ¿Aprovecharía García aquella circunstancia para hacerse pasar por el pobre marinero y dirigir hacia él las sospechas de la Guardia Civil? No era más que una posibilidad, pero perfectamente

lógica y verosímil.

En cualquier caso, el cabo Souto decidió eliminar a Sotillo de la lista de sospechosos y encargó a Verónica Lago que se lo hiciera saber de manera oficiosa a Manuela para que no estuviera intranquila. Uno menos.

Lo siguiente que decidió fue acelerar las gestiones para poder eliminar también al decorador y centrarse en investigar únicamente al empresario coruñés. La verdad es que tenía poco contra Suso Canido, aparte de haber estado con la víctima hasta muy poco antes de su muerte y no tener más coartada que su palabra. Pero, sobre todo, lo que más le hacía pensar en su inocencia era la falta de móvil. Si el decorador no solo era el amante de Rosalía Besteiro, sino que, además, esta era una magnífica cliente que, por otra parte y según ciertos indicios, le hacía generosos regalos, ¿por qué cometer aquel horrible doble asesinato? ¿Qué beneficio podría obtener de su crimen?

El cabo Souto encargó a Orjales que permaneciera atento a la actividad de Canido y, muy especialmente, a algún posible contacto del decorador con Marcelino García Lameiro. Mientras no obtuviera ninguna nueva información que aportara indicios de culpabilidad, el cabo no seguiría investigando a Canido. Así pues, les dijo a sus colaboradores él que se iba a dedicar exclusivamente a indagar al viudo y yerno de las víctimas mientras no apareciera ningún nuevo dato que abriera otras vías de investigación. A continuación, informó al capitán Corredoira y se encerró en su despacho para establecer un «plan de ataque». Abrió su libreta y se puso a escribir frases cortas relativas a los hechos conocidos y probados, a circunstancias y coincidencias extrañas y a subrayar lo más sorprendente o raro. Se detenía con frecuencia a reflexionar y volvía a lo mismo una y otra vez.

Finalmente, decidió seguir la pista del coche, el Golf rojo, el garaje y el camarero Paco Pardo, por un lado, y Katy, la supuesta criada, y los movimientos de García Lameiro, dentro y fuera de su negocio de concesionario, por otro. Souto decidió también prescindir del disimulo y no tener en cuenta las eventuales sospechas del viudo. Quizá si se sintiera acosado, removería las aguas a su alrededor, de momento demasiado tranquilas, y provocara la aparición de algún nuevo elemento esclarecedor o, como se suele decir, cometiera algún error.

Lo llamó por teléfono y le pidió una cita inmediata para comentar algunos asuntos relativos a la muerte de su mujer y de su suegra. Marcelino García no le puso ningún inconveniente y quedaron en verse el día siguiente a las diez de la mañana en el concesionario Volkswagen de A Coruña. El cabo Souto le pidió al capitán Corredoira que le cediese, para acompañarlo, a un técnico de Atestados e Informes del parque móvil de la Guardia Civil.

Cuando el cabo Souto, de uniforme, acompañado de Quintela y el técnico, se presentaron a las diez en punto en el concesionario y fueron llevados al despacho de García Lameiro, este no pudo ocultar su sorpresa ante lo abultado de la comitiva. Souto se justificó:

—Como el otro día —empezó explicando—, al agente Quintela le pusieron ciertas pegas para ver personalmente el vehículo que estamos investigando, quisiera rogarle que, esta vez, le permita acceder al vehículo, a él y a su compañero, el agente Barro, especialista del parque móvil —voluntariamente omitió especificar en qué lo era—. Mientras usted y yo charlamos del tema principal, le insisto en que permita a ambos ver el coche y hacer ciertas comprobaciones, para evitar tener que pedirle al juez una orden. Estoy seguro de que no le importará.

—Por supuesto —contestó sonriente García.

Se levantó, salió al hall de exposición y le pidió a la recepcionista que llamara al jefe de taller. Cuando este apareció, le presentó a los agentes y le dijo que los acompañara al taller y les permitiera hacer todas las comprobaciones que quisieran.

—El coche ya no está en el taller, don Marcelino —aclaró el jefe de taller—. Está en el aparcamiento de vehículos de ocasión.

—Muy bien, pues llévalos allí.

Los tres hombres se fueron y García Lameiro se sentó de nuevo.

—Muy bien, cabo Souto. Usted dirá.

—No me andaré con rodeos, señor García. Pensamos que el Volkswagen rojo en cuestión podría ser el coche que empleó el asesino de su señora y de su suegra.

—¿Me está hablando en serio? —contestó García asombrado tras unos instantes de silencio.

—Absolutamente, señor. No se me ocurriría bromear sobre un asunto tan grave.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó García—. ¿Podría decirme en qué se basa para semejante suposición?

—Pues verá, tenemos un testigo —se inventó el cabo— que asegura haber visto de madrugada un coche del mismo tipo que se desviaba hacia la pista que va al chalé de los Besteiro. Como es natural, dada la oscuridad de la noche y la fuerte lluvia, ni vio la matrícula ni pudo distinguir el color. Solo vio un coche del mismo tamaño y de color oscuro.

—Pero, cabo, hay miles de coches de ese tamaño y color en España.

—Por supuesto, no creerá que soy tan tonto. Pero ¿sabe una cosa? Si esa descripción tan elemental no pudiera aplicarse al vehículo que usted utilizó aquellos días y que creyó que le habían robado, pero que, en realidad, había guardado en el garaje de su propiedad situado en el callejón que está al lado de La Whiskería; si alguien, casualmente de

una estatura similar a la suya, no hubiera sacado el coche del garaje la misma noche en la que se cometió el crimen, y lo hubiera vuelto a guardar allí unas horas más tarde; si no le hubieran negado ayer a mi colega, el agente Quintela, el permiso para hacer una sencilla comprobación en el coche; si nada de eso hubiera ocurrido, entonces, seguramente no estaría yo aquí, ahora, ni sospecharía que ese vehículo podría haber sido utilizado para cometer el crimen.

—Pero, cabo —protestó García Lameiro—, ¿no se estará usted montando una teoría a base de elementos sueltos sin relación alguna entre sí?

—No lo creo,

—Vamos a ver, según usted, y permítame dudarlo, alguien vio de madrugada un coche pequeño y oscuro entrar en la pista que va al chalé. ¿Pretende que me crea que, en una noche de tormenta, usted mismo me lo ha dicho, alguien que circula bajo la intensa lluvia se dedica a tomar nota de los coches que se desvían por alguno de los muchos caminos y pistas que cruzan esa carretera entre Corcubión y Finisterre? Y, además, es capaz describir su tamaño y su color.

El cabo Souto, que, en su fuero íntimo, reconocía haberse pasado al inventar aquel supuesto testigo, puso cara de póquer.

—Por otra parte —continuó García—, supongo que tendrá algún testigo más fiable en cuanto a que alguien sacó el vehículo en cuestión de mi garaje aquella noche. Yo no uso casi nunca ese garaje, pero suelo dejárselo a algún amigo que me lo pide. No veo por qué deduce que era el Golf rojo el que vieron salir. ¿O acaso también ese testigo lo identificó? Me sorprende que la gente que sale de los bares de copas de madrugada sea tan observadora y precisa. La mayoría, a esas horas, va hasta arriba de whisky. Y en cuanto a que ayer no se le permitió ver el coche a su colega, le diré que no es cierto. Yo, personalmente, me limité a rogarle que no insistiera y le expliqué por qué. El agente no insistió. Eso no es impedir nada a nadie, cabo.

—Señor García, no voy a negarle que en dos de los tres puntos de los que hemos hablado pueda llevar usted algo de razón. Pero debe tener en cuenta que una investigación policial se apoya en muchos elementos, unos más seguros que otros. A veces, algo ocurre por casualidad y puede aparentar no serlo. Pero la acumulación de casualidades en el mismo sentido levanta sospechas razonables en un investigador, ¿no le parece? Quizá la persona que vio a alguien sacar el coche del garaje no hubiera bebido. Concretamente, en ese caso, estoy seguro de ello. No era un cliente de ningún bar de copas. Hay gente que trabaja de noche. Aparte de eso, me da la impresión de que no ha pensado demasiado en lo que ha dicho. Aunque usted, según sus palabras, no suela utilizar ese garaje, aquella noche ningún amigo suyo podía haberlo utilizado porque, según su propio testimonio,

cuando retiró la denuncia por lo que creía que había sido un robo, declaró que había dejado el Volkswagen en su garaje y se había olvidado. Tengo entendido que el garaje es de una sola plaza.

Marcelino García Lameiro tuvo un sobresalto y vaciló durante un par de segundos. Cuando se dio cuenta de su error, se echó a reír y le dijo al cabo:

—¡Ahí me ha pillado usted! Tiene razón, claro que no podía habérselo dejado a ningún amigo. Ya ve, eso demuestra que nunca uso ese garaje, ¡se me había olvidado por completo! En mi piso de la Plaza de Pontevedra, que está muy cerca, tengo dos plazas. No sé qué decirle. ¿De verdad alguien vio salir el Volkswagen aquella noche? Me cuesta trabajo creerlo.

Souto no quiso insistir porque, la verdad era que Paco, el camarero, no lo había visto salir y, por lo tanto, no podría afirmarlo en un juicio, solo había visto que alguien le obligó a despejar la entrada para poder sacar su coche y se había marchado sin esperar a ver si lo hacía. No obstante, el cabo constató el sobresalto y la turbación de García cuando le dijo lo que le dijo. Eso era muy importante.

Souto cambió de conversación; sacó su libreta del bolsillo, la hojeó y se detuvo en una página, cómo buscando algo importante. Entonces, levantó la vista y miró a García.

—Disculpe, tengo que hacerle una pregunta rutinaria. ¡Casi se me olvida! Me acabo de acordar al ver ahí su agenda. ¿Podría decirme dónde estuvo usted la tarde del día…?— Volvió a su consultar su libreta y le dio la fecha en la que alguien había intentado venderle unas joyas al joyero de Santiago—. Quizá pueda mirarlo en su agenda, ¿no?

—Claro —le contestó García buscando la fecha—. Veamos… Aquí está. Ese día fui a Santiago por la tarde, después de comer.

La sorpresa del cabo José Souto fue mayúscula y no pudo disimularla. García Lameiro se dio cuenta y sonrió.

—¿Puede decirme a qué fue o dónde estuvo?

—Sí. Fui a un establecimiento de mi propiedad, para arreglar unos asuntos.

—¿Fue solo?

—No, fui con Katy. Ya sabe usted quién es.

—Sí, claro, Katy, su criada.

—Bueno, sí, cierto. Pero Katy hace además otras cosas.

—¡Ah! No me había dicho usted nada —comentó el cabo.

—Nunca me lo preguntó, que yo recuerde.

—Ya. Y lo vieron otras personas en Santiago, además de Katy.

—Sí, claro. Varias personas. Entre ellas los empleados que trabajan allí.

—Supongo que, si fuera necesario, esos empleados y Katy podrán

confirmarlo.

—¡Pues claro!

—¿A qué hora fue a Santiago y cuándo regresó? Si me hace el favor.

—Nos fuimos después de comer. No sé, serían las cuatro o cuatro y media. Regresamos sobre las diez de la noche.

—Muy bien, muchas gracias, señor García.

Souto no le hizo más preguntas porque en ese momento volvían los guardias, a los que preguntó si habían podido comprobar lo que necesitaban. Quintela, con un gesto significativo que el cabo comprendió, le dio a entender que sí. Entonces, se dirigió a García Lameiro y le dijo:

—Volveremos a hablar del tema. Gracias por su amabilidad.

García contestó con gesto sonriente, se quedó mirando cómo se iban los tres guardias y maldijo su despiste con lo del garaje. Estaba claro que había hecho un comentario desafortunado y que el cabo de la Guardia Civil se iba a agarrar a aquello para tratar de imputarlo, aunque no pudiera probar que hubiera sido él quien había sacado el coche del garaje ni, incluso, que el coche hubiese salido. Podía ser una tontería, pero aun así, era un incordio porque el cabo seguiría dándole la lata.

Capítulo XI

1

En cuanto se alejaron unos metros del edificio del concesionario, el cabo Souto preguntó a sus colegas si habían descubierto algo interesante en el Golf. Quintela le confirmó que habían manipulado el cuentakilómetros, que marcaba ahora 110.385 kilómetros, en vez de los 210.155 que figuraban en la ficha de entrega. Por su parte, el agente Barro le comentó al cabo que habían lavado el coche por dentro y por fuera, incluidos los bajos.

—Se trata de un lavado especial, el que suelen aplicar a un coche cuando lo van a vender. Yo esperaba encontrar tierra en las llantas o en el interior de las aletas, pero estaban todo muy limpio. Aun así, abrimos el capó y pude recoger algunas muestras de tierra adheridas al radiador y a otras partes del motor. Eso nos servirá para comprobar si coincide con la tierra de la pista de la casa donde se cometió el crimen, pero es una constatación poco útil, ya que esa tierra no creo que sea muy diferente de la que se encuentra en muchas otras partes de la región y, normalmente, debería de estar mezclada con tierra salpicada durante sus desplazamientos bajo la lluvia en sus últimos recorridos.

El cabo Souto le agradeció su esfuerzo. Quizá su colega tuviera razón, pero la coincidencia de la tierra aportaría su granito de arena al conjunto de coincidencias que se iban acumulando en la investigación y, por otra parte, aumentaría el nerviosismo de García Lameiro si realmente aquel coche había estado aquella noche en el lugar del crimen. Estaba seguro de que el jefe del taller informaría al director de lo que habían hecho los agentes.

—En cuanto a los kilómetros —le dijo al cabo Souto el especialista de la Guardia Civil—, tengo que decirle algo. La diferencia de lo que indicaba la ficha con lo que marca el cuentakilómetros quiere decir, en mi opinión, dos cosas.

—Que son…— dijo Souto.

—Una, que le han quitado cien mil kilómetros y no veinte mil, como dicen ellos y, otra, que desde que se entregó el coche y rellenaron la ficha, hasta hoy, el coche ha rodado dos cientos treinta y ocho kilómetros.

—¿Cómo lo sabe?

—Verá, cabo, cambiar el cuentakilómetros no es nada fácil. Tienen que mover los numeritos con la punta de un destornillador o algo parecido y es fácil rayar el esmalte, lo que sería muy sospechoso para el comprador. Parece ser que los fabricantes procuran que sea imposible desmontar el contador sin romperlo. Por eso, en los garajes, tratan, si es posible, de mover solo un número, las decenas o las centenas de millar. En este caso, es evidente que movieron el «dos» y lo cambiaron por un «uno». Eso es más fácil porque solo hay que forzar la ruedita un lugar. De los doscientos mil se pasa a los cien mil y listo. Entonces, ¿por qué mover los números finales? No tiene ninguna lógica. De ahí, deduzco que la diferencia de doscientos treinta kilómetros indicados en la ficha, aparte de los cien mil, y lo que marca ahora se debe, casi con toda seguridad, a que estos son los kilómetros que el vehículo recorrió desde que fue entregado por el cliente.

—¡Excelente deducción, Barro! —exclamó el cabo—. Muchas gracias. Eso es muy interesante, ya que encaja «casualmente» con la distancia entre Corcubión y Coruña, ida y vuelta. ¿No es «otra» casualidad?

En el rostro del cabo Souto se dibujó una de sus raras sonrisas cuando se subió al coche y soltó un enérgico:

—¡Vámonos! —luego, dirigiéndose al agente Barro, le dijo—: Envíeme su informe cuando pueda, con todo lo que me acaba de decir.

—A la orden, cabo —respondió muy marcial y satisfecho el técnico especialista.

2

De vuelta en Corcubión, el cabo primero José Souto, sentado a su mesa de despacho, reflexionó sobre la declaración de Marcelino García y su estancia en Santiago. Si salió sobre las cuatro o cuatro y media de A Coruña, según dijo, y había ido a su local en Santiago, algo que sin duda confirmarían Katy y los empleados, iba a ser muy difícil probar que había tenido tiempo de estar en la joyería. De A Coruña a Santiago por la autopista se puede tardar entre media hora y tres cuartos de hora, lo que, en principio, dejaba un margen para pasar por la joyería y llegar al local de su negocio dentro de un espacio de tiempo que hiciera creíble la declaración de sus empleados como coartada. Pero no había tiempo muerto suficiente para asegurar nada. Podía haber tenido tiempo de pasar por la joyería o no. De todas formas, Katy diría que fueron directamente al local, pues estaba involucrada en sus negocios lo suficiente como para hacerlo, y si los empleados afirmaban que había llegado entre cinco y cinco y media,

por ejemplo, no se le podría exigir que justificara el empleo de su tiempo durante las cinco y cinco y cuarto, pues era un tiempo muerto muy corto y le bastaría con decir que había ido despacio o que se pararon a tomar un café.

García Lameiro había sido muy inteligente, pensó el cabo, al contar que estuvo en Santiago aquella tarde, pues le evitaba inventarse una coartada. Para ver qué decía Katy, Souto le pidió a Quintela que fuera a verla y le preguntara a qué hora habían salido, a qué hora habían llegado a Santiago y si habían hecho alguna parada.

—Tienes que observar —insistió Souto—cómo reacciona y no dejes de apuntar sus respuestas con detalle para ver si hay alguna contradicción en lo que te cuente. Pregúntale también dónde está ese establecimiento o local de García, cuánta gente trabaja allí y todo lo que se te ocurra. Es importante, Quintela; cuento contigo.

Al final de la tarde, Quintela llamó al cabo.

—¿Qué has averiguado? —le preguntó Souto antes de darle tiempo más que a saludar.

—Bueno, pues verás. O es verdad lo que me contó esa señora o lo tenía muy bien ensayado. Me contestó a todas las preguntas con total seguridad y sin dudar lo más mínimo. Me dijo que Marcelino García había comido en su casa: caldo gallego, lenguado rebozado y queso de Arzúa con membrillo. Había tomado café y después de hacer unas llamadas, salieron los dos a las cuatro y veinte. Tardaron un poco en llegar a la autopista porque había un atasco en la avenida de Alfonso Molina. Llegaron a Santiago sobre las cinco y cuarto; bueno, no exactamente a Santiago, porque el establecimiento al que iban está cerca del aeropuerto, o sea que, si vienes de Coruña, tienes que dejar la autopista en la salida de Sigüeiro, unos diez kilómetros antes de Santiago. Muchas explicaciones, como ves.

—Ya. ¿Le preguntaste qué tipo de negocio tiene en ese local o lo que sea? Porque ya sabemos que García Lameiro tiene un prostíbulo, digamos clandestino, cerca de Santiago. ¿Se trata del mismo sitio?

—Sí, cabo. No es ningún local. Me dijo que era una finca bastante grande con un antiguo pazo restaurado, que no se ve desde la carretera porque está rodeado de pinos. En la zona, por lo visto, la gente lo conoce como Pazo de Frades, pero no tiene ninguna señalización.

—¿Y te dijo a qué se dedicaba?

—Ahí está lo interesante. La señora Katy se anduvo con muchos rodeos para explicármelo. Me dijo que era un «club privado, selecto y de alto nivel». Esas fueron sus palabras, que tengo aquí apuntadas. Le pedí que me explicara qué era eso. Y, también con muchas vueltas, me explicó que se trataba de un club para gente importante, donde los socios que venían a relajarse y estar tranquilos eran atendidos por

señoritas súper finas, como las geishas. O sea, hablando en plata, un burdel de lujo. Eso es lo que hay, cabo. Si quieres, me doy una vuelta por allí, pero no sé si me dejarán entrar.

—Déjalo, Quintela. A mí también me gustaría.

—¡Ah! Otra cosa. Me han dicho aquí unos compañeros de la comandancia que ese sitio está bajo vigilancia porque hay sospechas de que las «señoritas súper finas» puedan estar en situación irregular y quizá trabajen en condiciones abusivas. Ya me entiendes. Pero que lo llevan con tanta discreción, que es difícil actuar y no ha habido hasta ahora ninguna denuncia.

—Si, ya nos lo habían dicho. Gracias, Quintela. ¿Le preguntaste cuánta gente trabaja en ese pazo?

—Sí. Me dijo que había un jardinero, una cocinera y dos tipos de seguridad. Tienen una limusina para ir a buscar a la gente al aeropuerto. También me dijo que ella se encarga personalmente de dirigir el negocio, aunque hay un encargado en Santiago, que se ocupa de las compras, los pagos y, son sus palabras, «el secretariado».

—¿Y chicas?

—Cuatro fijas. Ocasionalmente y, según deduje, por encargo, vienen chicas de Madrid. Te aseguro, Souto, que tuve que sacarle la información con sacacorchos. Ni que fuera un convento de monjas de clausura en lugar de una casa de putas.

—Ya, comprendo. Cuanto más turbio es un asunto, menos le conviene la luz.

3

En Corcubión, los colaboradores del cabo Souto habían hecho su trabajo. Especialmente el agente Orjales. Verónica Lago y Aurelio Taboada no habían conseguido descubrir nada nuevo, pero Orjales, que se había centrado en Jesús Canido, el decorador, tenía algo interesante, según se apresuró a decirle a su jefe. El cabo José Souto, conociendo a Orjales, le dijo:

—Espero que no tardes una hora en empezar a contarme lo que sabes, como de costumbre. O sea que déjate de preámbulos y vete al grano; ya sé que te costó mucho descubrirlo, que tienes mucho mérito y, sobre todo, que te encanta darle emoción al asunto, pero a mí no.

—Para una vez que pensaba no enrollarme… Bueno, pues se trata de Suso Canido. Resulta que fui a ver a una amiga mía que tiene una tienda de moda en Cee, vestidos de señora y esas cosas. Cuando llegué a la tienda, mi amiga estaba precisamente con el tal Canido, que es un tipo presumido y con pinta de chulo, como sabes. Mi amiga está

haciendo cambios y él la asesora en lo de la decoración. Me quedé esperando dentro de la tienda mientras ellos salían a hablar del escaparate. Canido se había dejado el móvil encima del mostrador y, de pronto, sonó. Eché un vistazo a la pantalla y miré quién llamaba. En la pantalla ponía: M. G. L. ¿Te dicen algo esas iniciales?

Souto hizo un gesto de sorpresa y no dijo nada. Orjales continuó:

—Salí a la puerta y le dije a Canido que su móvil estaba sonando. Entró, cogió el teléfono y soltó: «¡Hola, Lino!», luego se disculpó y salió a la calle para hablar. Las iniciales me hicieron pensar en Marcelino García Lameiro. Ya sé que es una suposición y que podría ser Miguel González López, por ejemplo, o cualquier otro, pero tú me has enseñado a no creer en las casualidades. Como yo no sabía que el amante de Rosalía y el marido cornudo fueran amigos, levanté las orejas. Parece ser, si se trata de quien pensamos, que lo son, pues ese «¡hola, Lino!» que soltó Canido no es la forma de contestar a un extraño. Y hay otra cosa, Holmes: en la pantalla del teléfono no figuraba el número del que llamaba. Eso quiere decir que M. G. L. está en la lista de contactos de Suso Canido. ¿Qué te parece?

Souto se quedó pensando un buen rato, antes de decirle:

—Buen trabajo, Orjales, gracias. La próxima vez te perdonaré si te enrollas un poco.

Orjales se dio la vuelta para marcharse y murmuró:

—¡Qué ilusión!

Souto lo llamó:

—Espera, no tengas tanta prisa. ¿A dónde vas?

—A emborracharme para celebrarlo.

—Déjate de coñas. Escucha. Tú y Aurelio o Vero, quien esté menos liado de los dos, vais a seguir a Suso Canido de cerca. De muy cerca. Necesitamos saber si permanece en contacto con García Lameiro, si va a verlo o si García viene a verlo a él. Voy a pedir permiso a la jueza para comprobar sus llamadas, hechas y recibidas, porque si esos dos están en contacto, la cosa cambia radicalmente, ¿comprendes? Avisa a Taboada.

—Claro, Holmes, por eso me olí algo con la llamada a Canido. No me encajaba en el esquema. El pobre enamorado, desesperado porque le matan a su amada y el cabrón del marido, primer sospechoso. Ya me dirás.

—Bueno, quizá los términos sean inapropiados, tío —contestó Holmes, que estaba acostumbrado al toque macarra de Orjales—, pero, en esencia, ¡esa es la cuestión! ¿Nos habrá tomado el pelo el decorador con sus lágrimas de cocodrilo?

—Eso me temo.

—Pues está en tu mano descubrirlo, macho. Dile a Verónica que vuelva a hablar con Manuela. Que consiga sacarle algo más respecto a

las relaciones de su señora con Canido. A ver si recuerda con más precisión discusiones, peleas o cualquier cosa que nos permita desenmascararlo. O, casi mejor, pídele que la traiga aquí y hablamos con ella, pero que sea Vero la que la traiga. Manuela confía en ella.

Por la tarde, al salir de su trabajo, ya que Manuela continuaba trabajando en el chalé, la agente Verónica Lago la fue a buscar, la llevó al despacho del cabo Souto y se sentaron con él en torno a la mesa redonda. Souto le pidió a Orjales que viniera. Después de preguntarle qué tal estaba y hacer un par de comentarios formales, el cabo Souto fue directamente a lo que le importaba.

—Escuche, Manuela, la he llamado porque estamos avanzando en la investigación para encontrar a los asesinos de doña Rosalía y de su madre y, para eso, necesitamos conocer ciertos detalles sobres las relaciones de la señora con Jesús Canido. Ya nos contó la otra vez que estuvimos hablando sobre él lo que sabía, pero me parece que, como es usted una persona prudente y leal, no quiso criticar demasiado al amigo de su jefa. —Manuela miraba fijamente al cabo Souto sin decir nada—. Bueno, pues ahora necesitamos entrar en los detalles. No debe tener miedo de decir todo lo que sabe, lo que recuerda y lo que piensa sobre el señor Canido. Tampoco debe tener reparos en ser indiscreta en lo referente a la vida privada de doña Rosalía, que en paz descanse, porque de lo que se trata es de descubrir a su asesino, ¿comprende? Si por discreción o respeto no nos dice algunas cosas que sabe y que son importantes para la investigación, estaría usted haciendo un grave daño a la memoria de su señora, ya que dificultaría la investigación para descubrir a su asesino. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí señor. Dígame lo que quiere saber.

—Quiero que responda a algunas preguntas y trate de recordar, sin miedo, pensándolo bien y sin preocuparse de si lo que nos diga le parece importante o no, todo lo que recuerde sobre Jesús Canido. La última vez, nos dijo que su señora y el decorador discutían a veces, que él no siempre la trataba bien y que se peleaban. También nos comentó que vio en alguna ocasión cómo le daba dinero. Bueno, pues quisiera que, ahora, nos vuelva a contar todo eso más despacio. No se preocupe, esto no es un interrogatorio en un juzgado, no está bajo juramento y nadie más que nosotros va a saber lo que nos diga. Si, más adelante, necesitáramos una declaración oficial, se lo diríamos. ¿Vale? Ahora díganos lo que verdaderamente piensa de ese hombre. Por ejemplo, ¿cree que su señora estaba enamorada de él y él de ella? ¿Qué se querían de verdad?

Manuela estaba nerviosa, se movía en la silla y no sabía qué hacer con las manos; sin embargo, su expresión demostraba interés en lo que le preguntaba el cabo y, al mismo tiempo, cierto temor a decir lo que,

en el fondo, estaba deseando decir.

—¿Enamorados? Pues, no sé. Yo no lo llamaría así.

—¿Cómo lo llamaría?

—Qué quiere que le diga. A la señora le gustaba tener un hombre en la cama, disculpando. Eso me lo dijo ella un día. Pero eso de «enamorados»… Mire, últimamente discutían mucho. Yo no escucho, pero oigo.

—Vamos, Manuela, ¿no puede ser más concreta? ¿Qué es lo que oyó?

—Cosas sueltas. Ya le digo que no escucho porque estoy a lo mío y, por eso, no me fijo. Pero los enamorados no se insultan ni se dicen cosas feas. El último día tuvieron una bronca muy gorda y la señora le gritó que se fuera, que le devolviera las llaves y que no volviera nunca más. Claro que no debía de decirlo en serio porque, al cabo de un rato, subieron a su habitación y cerraron la puerta. La discusión se acabó. Eso era justo cuando yo me iba a marchar.

—¿A qué hora se marchó usted?

—A las nueve en punto. Dejé la mesa puesta y la cena preparada, como siempre, y me fui. No me atreví a despedirme de la señora porque, como estaba encerrada en su cuarto con el otro, no quise molestar. Me despedí de la madre de la señora, que estaba medio dormida, la pobre… ¡Quién iba a decir que se moriría tan pronto! Eran las nueve cuando salí. El coche del señor Canido estaba delante del porche. Siempre lo deja allí, nunca lo deja fuera. ¡Pobre señora! —Manuela hizo un puchero.

—Dígame una cosa, Manuela, ¿piensa que Jesús Canido pudo haber matado a doña Rosalía? Es solo una suposición, pero ¿cree que pudo haber sido él?

—Por poder, claro que pudo.

—No me refiero a eso, no le pregunto si es posible, sino si usted cree que tenía motivos para matarla.

—Ay, eso ya no lo sé. Desde luego, después de la pelea que tuvieron y de que ella lo echara de casa, no me habría extrañado. Pero, claro, luego, en la cama… ¡Vaya usted a saber!

—Y antes de esas peleas, ¿piensa que él estaba o había estado de verdad enamorado de la señora?

—Mire, cabo Souto, yo eso no lo puedo saber. Pero le digo una cosa: cuando yo era novia de mi marido, si me llega a decir las cosas que el señor Canido le decía a la señora, puede estar seguro de que lo hubiera mandado a paseo. ¡Y cómo la trataba a veces! Parecía un chulo de esos que salen en las películas. No sé cómo lo aguantaba la señora y, aun encima, le daba dinero. No me haga hablar, cabo, no me haga hablar. Que Dios me perdone, pobre señora, no sé qué le daba ese hombre. ¡Enamorado! ¿Cómo se le ocurre preguntarme eso?

El cabo Souto miró a Orjales y a Verónica haciendo un gesto significativo y volvió a dirigirse a Manuela.

—Creo que ya se lo preguntó mi compañera, la agente Lago, pero dígame, ¿sabe si Jesús Canido y el señor García Lameiro se trataban?

—No lo sé —contestó Manuela después de dudarlo un poco—. Cuando Verónica me lo preguntó, ya le dije que coincidían pocas veces en el chalé. Pero lo que sí puedo decirle es que no discutían ni se hablaban en mal tono. Los vi algunas veces charlando en el salón, pero como gente normal. Ya sabe que la gente rica es muy rara, aunque se odien unos a otros, se tratan con mucha educación y, luego, se dan puñaladas por la espalda. Eso me dice siempre mi marido.

Souto sonrió por aquella manera tan sencilla de expresar lo que la buena mujer pensaba de la gente rica. Le dio las gracias y levantó la reunión. Después de que Manuela se hubiera ido, el cabo comentó con Orjales y Lago:

—No podemos eliminar en absoluto a Canido como sospechoso, todo lo contrario. Quizá hemos estado demasiado centrados en García Lameiro y hayamos descuidado a este pájaro. Incluso puede ser que haya entre ellos alguna relación inconfesable.

—¿Usted cree, cabo? —preguntó intrigada Verónica Lago.

—No creo nada, Vero. Pero sospecho o huelo. De modo que, como ya te he dicho, Orjales, no le quites ojo, y tú, échale una mano.

Cuando el cabo Souto se quedó solo, su cerebro echaba humo. De pronto, las apariencias cambiaban de aspecto y las sospechas de sentido. ¿Cómo era posible que una simple declaración de la criada que, en el fondo, no había dicho nada nuevo, pudiera producir un efecto tan curioso y un cambio tan brusco? A los ojos del cabo Souto, Suso Canido se convertía, por unas simples palabras, en un personaje de dudosa conducta y poca credibilidad. Recordaba su primer encuentro; entonces le había dado pena aquel tipo más bien tímido y refinado que lloraba la pérdida de su amada, cruelmente asesinada. ¿Era posible tal fingimiento? Ahora, resultaba que mantenía buenas relaciones con el marido engañado, explotaba a su supuesta amante, la trataba de mala manera y se comportaba como un chulo de película, según la criada. ¡Cómo es posible, se preguntaba Souto, que alguien pudiera ser tan cínico! Y cómo, también, unas simples palabras en boca de una sirvienta podían causar tal efecto en su idea sobre una determinada persona. No sabía si pensar en la fragilidad de sus pensamientos o en la fuerza de la crítica. Pero, en cualquier caso, aquellas palabras le habían hecho cambiar de opinión. No sobre la inocencia de Marcelino García y la culpabilidad de Jesús Canido, sino sobre la inconsistencia de sus convicciones, por no decir incluso de sus sospechas. Comprendió la absoluta necesidad de disponer de una prueba, solo una prueba, pero sólida, en vez de tantas pequeñas

pruebas circunstanciales, incapaces de sostener el castillo de naipes de su argumentación. No la tenía, aunque sí tenía la sensación de que no andaba lejos de hallarla, a fuerza de buscarla.

Mientras no diera con ella, estaba obligado a arrastrarse por el terreno inconsistente de las coartadas débiles, las coincidencias sospechosas, las declaraciones incompletas de testigos, las mentiras y los indicios insuficientes.

Sumido en la confusión, se acordó de su amigo Julio César Santos, que se divertía investigando por su cuenta sin la menor preocupación.

Capítulo XII

1

Julio César Santos estaba hablando por teléfono con Catalina Seoane, Katy, sobre las posibilidades o condiciones para hacerse socio del misterioso club que Marcelino García Lameiro tenía en el Pazo de Frades. Sentado en un cómodo sofá del salón de su casa de Vilarriba, contemplando la lluvia que caía suavemente sobre el parque y tomándose una copa larga, coqueteaba con la colaboradora del empresario con la tranquilidad y la calma de quien no tiene otra cosa que hacer.

—Estoy deseando ser socio de ese club, Katy —le decía con voz melosa—, aunque no quieras decirme si allí podré disfrutar de tu compañía.

—¿Qué estás haciendo ahora? —le preguntó Katy.

—Aparte de hablar contigo, me estoy tomando una copa, ¿por qué?

—Porque, cuando veas a alguna de las jóvenes que te servirán las copas en el club, estoy segura de que dejarás de desear mi compañía.

—Eso es imposible o, digamos, muy poco probable. ¿Lo dices porque son más jóvenes o más guapas?

—Por ambas cosas.

—No te creo. Más guapas, me extrañaría, y tampoco pueden ser mucho más jóvenes.

—Gracias.

—¿Sabes? No soy un vicioso, soy un experto —Katy se echó a reír—. Prefiero las mujeres hechas y derechas a las jovencitas.

—Tampoco te vayas a creer que son niñas. Son mayores de veinte años. Tú espera. Cuando conozcas el club, ya me dirás si me prefieres a mí. Entonces, hablaremos porque todo es negociable.

—Hablando de negocios, dame una idea de cómo funciona el club. Me refiero a qué hace falta para ser socio.

—No te lo diré por teléfono, César. Si quieres conocer los detalles, tendrás que venir a verme.

—¿No querrás que vaya otra vez a ese horrible lugar donde te conocí?

—¡Ese horrible lugar! ¿Qué quieres decir?

—Mujer, ya me entiendes. Es un sitio para la gente corriente. Parece mentira que no te hayas dado cuenta de que yo no lo soy.

Tengo demasiado buen gusto.

—Y eres especialmente modesto, ya veo. ¿De verdad que no te gusta La Palmera?

—Pues no. Lo encuentro entre pretencioso y deprimente. Aunque estoy seguro de que a mi chófer le encantó.

Katy guardó silencio durante unos segundos que a Santos le parecieron largos. No le preocupaba que la mujer se sintiera ofendida, simplemente quería dejarle claro que él no era un tipo como los demás. Consideraba importante marcar las diferencias y, por otra parte, suponía que su chulería madrileña causaría una impresión favorable y le daría más información sobre el club de Santiago. Por fin ella habló:

—Mira, César, entiendo que La Palmera no te parezca un sitio para marqueses, pero no me digas que es deprimente, por favor. Allí la gente va a divertirse y se divierte, ¿o es que tú lo pasaste mal el otro día?

—No lo pasé mal contigo, Katy, aunque me hubiera gustado pasarlo mejor. Lo que te digo es que, a mí, ese lugar me parece deprimente, aunque solo sea por la decoración. Pero ¿merece la pena discutir esa tontería? Supongo que tu famoso club será otra cosa, ¿no?

—No tiene nada que ver —contestó ella algo enfadada.

—Fantástico. Pues dime cuándo puedo verte y dónde. ¿Te puedo invitar a almorzar un día de estos?

—Sí, podríamos arreglarlo esta semana —le dijo Katy después de pensarlo un momento.

—¿Cuándo?, ¿mañana, por ejemplo? Reserva tú misma, por favor, en el sitio que más te guste.

—Sí, mañana. De acuerdo, yo me encargo.

Quedaron en verse a las dos en la misma cafetería Manhattan de la plaza de Pontevedra, en La Coruña, donde solía quedar Souto con Quintela, porque era un sitio fácil de encontrar y tenía aparcamiento. Santos tuvo que esperar cerca de un cuarto de hora antes de verla atravesar la calle desde el portal del piso de García Lameiro. Venía bien vestida, con un traje sastre elegante y discreto; nada parecido a lo que llevaba en La Palmera. Fueron andando hasta un restaurante que estaba cerca y donde Katy había reservado. La decoración era moderna, algo fría, y el sitio no muy acogedor, pero la carta le pareció a César Santos muy original: una selección de platos gallegos con un toque de gastronomía japonesa.

Allí, Katy le contó al detective que ya le había hablado a su jefe de él y de su interés por conocer el club del Pazo de Frades.

—El próximo sábado —le comentó—, Marcelino García da una fiesta en su finca de San Pedro de Nos, cerca, por la carretera de Madrid. Me ha dicho que te invite, quiere conocerte.

—¡Qué interesante! Muchas gracias. ¿Qué tipo de fiesta?

—Más que una fiesta, es una reunión de empresarios, políticos y gente importante, donde se sirven unas copas, hay música y vienen alguna chicas a animar el ambiente. Es algo que él organiza con cierta frecuencia para, cómo te diría, mantener sus relaciones sociales. En cuanto a lo de las chicas, no pienses mal. Nada de camas, están solo para servir las copas, dar conversación y alegrar a los invitados. Imagínate una discoteca para señores mayores, tranquila, sin luces parpadeantes ni nada de eso, música suave, cómodos butacones, buenas bebidas, etcétera.

—Más interesante todavía. Por lo que me dices es solo para hombres.

—No necesariamente, pero no suelen venir las señoras.

—Muy bien, allí estaré. ¿Hay que ir de etiqueta?

—¡No, hombre! Pero ya te habrás dado cuenta de que, en La Coruña, la gente suele ir bien vestida. Luego te doy la dirección. Los invitados van después de cenar, sobre las once de la noche. La finca es grande y se puede entrar con el coche. Aunque es mejor que vayas en taxi, si piensas beber.

—Supongo que estarás tú.

—Claro: tendré que presentarte, aunque luego me iré. Marcelino García te hablará del club.

—¿Y si no lo hace?

—Eso querrá decir que no le caes bien, pero me sorprendería.

—Supongo que, en algún momento, habrá que hablar de dinero.

—Eso te lo explico yo ahora.

—Soy todo oídos.

—Para acceder al club la primera vez es necesario que abones una cuota de entrada de tres mil euros. —Katy se quedó mirando a Santos para observar su reacción, pero él no parpadeó y puso la misma cara que si le hubiera dicho que le pasara la sal—. En cuanto se reciba la transferencia, serás dado de alta como socio. La cuota anual es de mil doscientos euros y cada vez que vas y quieras pasar la noche con una de las chicas, tendrás que pagar mil quinientos. Pero no es obligatorio acostarse con ellas, puedes ir a tomar solo unas copas, hay socios que lo hacen. Como las consumiciones son gratis, si no te acuestas con la chica, lo normal es que le dejes una buena propina, porque es de lo que viven. Si te das de baja, o sea, si dejas de pagar la cuota anual, y más adelante quieres volver, tendrás que pagar de nuevo la cuota de entrada. Allí hay actualmente cuatro chicas fijas. Pero el club dispone de un catálogo de modelos de Madrid y de Barcelona, que se pueden contratar por encargo. En el catálogo figuran el precio y los gastos de viaje. Hay ocho habitaciones para los socios, como las de un hotel de cinco estrellas. Es necesario avisar al club cuando quieres quedarte a

dormir. Basta con avisar el mismo día. Esto es para asegurarnos de que todo esté a punto. Conocerás a las chicas el sábado porque son las que servirán las copas en la fiesta de San Pedro de Nos. Creo que no se me olvida nada. ¿Qué te parece?

—Bueno, me parece bien. Todo depende de cómo sean las chicas. ¿Son españolas?

—No. ¿Es importante?

—En absoluto. Supongo que estarán en regla y tendréis controlada la seguridad y la legalidad del tema.

—Las chicas tienen todas su permiso de residencia y están contratadas como azafatas de congresos. Trabajamos con una Gestoría de Santiago, que lleva la contabilidad y los temas de Seguridad Social, y con una asesoría jurídica y fiscal de La Coruña. No debes preocuparte de nada en ese sentido. No hemos tenido hasta ahora ningún problema con la Administración ni con la Policía y estamos registrados como club privado, igual que el Club Náutico de La Coruña o el Aero Club de Santiago.

—¿Cuántos socios tenéis?

—Ciento y pico.

—Muy bien. En principio, me interesa. Iré a la fiesta el sábado y supongo que ese señor tendrá a bien admitirme en su club. Pero quiero que, antes, le digas algo. Como supongo que indagaréis acerca de quién es quién, cuando se trata de alguien de fuera, como yo, tengo interés en que sepa que soy abogado de carrera, aunque no ejerzo, y que soy dueño de una agencia de detectives de Madrid. —Katy abrió los ojos muy sorprendida—. Ya sé que suena sospechoso. Por eso, quiero que le digas que la agencia es un capricho, que hace años que no me ocupo de ningún caso y que soy su dueño y único empleado. Uso mi despacho, que está en un edificio de mi propiedad, para reunirme con mis amigos y jugar al mus. Puede hacer todas las comprobaciones que quiera y verá que no ejerzo. Tengo una finca en Vilarriba, al lado de Corcubión, que los paisanos de por allí llaman pazo, adonde voy con frecuencia y donde tendría mucho gusto en invitarlo.

—¿Al lado de Corcubión? —preguntó ella sorprendida.

—Sí, ¿por qué?

—Porque Marcelino García tiene una casa allí.

—Pues te daré la dirección para que se acerque cuando quiera. Díselo, por favor.

—Sí, claro. Oye, César, si ni ejerces de abogado ni trabajas como detective, ¿te importaría decirme de qué vives?

—Soy rico, querida Katy. Ese es mi oficio.

Katy se quedó callada.

2

El cabo primero José Souto no dejaba de dar vueltas en su cabeza a la posibilidad de que Jesús Canido y Marcelino García Lameiro mantuvieran algún tipo de relación personal o profesional que tuviera que ver con el asesinato de Rosalía Besteiro. Es decir, que, por alguna razón, su muerte los beneficiara a ambos, ya que sin un móvil no se justificaba el crimen. En cuanto a García Lameiro, no era necesario ir a buscarlo muy lejos: se convertía en único dueño de todos los negocios comunes del matrimonio y de las propiedades y fortuna de su suegra y su mujer. Sin duda algo tentador, especialmente teniendo en cuenta que no constaba una relación afectiva entre ambos ni hacían vida de matrimonio, más que en apariencia. El problema era Canido. Existía la posibilidad de que hubiera colaborado de una u otra forma en el doble crimen. Incluso de que hubiera sido el autor material. Podría haber permanecido en el chalé, no hasta las once y media, como afirmó en su primera declaración, sino hasta las dos de la madrugada. Podría haber matado entonces a las dos mujeres y roto, después, la cerradura de la cocina, haberse cambiado de calzado y salido al camino, para volver a entrar y dejar unas huellas de barro visibles, causar algunos destrozos, robar las joyas y el dinero, cuyo escondite conocía, y haberse marchado tranquilamente a su casa. ¿Por qué? Si su relación con Rosalía ya no era buena, si ella lo había amenazado seriamente con romper, si se le iba a acabar su negocio y su fuente de ingresos ocultos, si empezaba a verle las orejas al lobo, ¿por qué no tomar medidas antes de que Rosalía lo echara, como robar su dinero, el de la vieja y las joyas? Quizá Canido conociera la existencia de alguna importante cantidad de dinero negro oculto en el cajón supuestamente secreto de la cómoda de su amante, quizá la hubiera visto ir a buscarlo en alguna de las ocasiones en las que se lo había dado. Muy bien pudo calmarla aquella última noche llevándola a la cama, pues sabía que era ardiente y necesitaba algo que su marido no le daba, para matarla después. No era descabellado pensarlo.

¿Sería entonces inocente Marcelino García? Claro que estaba el curioso caso del Volkswagen Golf rojo. Los kilómetros que coincidían con la distancia de ida y vuelta entre A Coruña y Corcubión, la curiosa denuncia por un robo que resultó no serlo y el incidente de la noche del miércoles al jueves en la puerta del garaje particular obstaculizada por el coche del camarero de La Whiskería. Si aquella noche, Marcelino García había salido de su casa de madrugada y había ido a buscar el Golf, ¿Por qué o para qué lo había hecho?

Había, además, otra cosa que le fastidiaba. Si el camarero de La Whiskería estaba seguro de que el incidente había tenido lugar poco

después de la una de la madrugada y la autopsia situaba la hora de las muertes en torno a las dos, Marcelino habría tenido el tiempo demasiado justo. Desde que el hombre de oscuro, suponiendo que fuera él, entró en el bar, preguntó de quién era el coche que obstruía la puerta del garaje, el camarero salía, discutían, retiraba el coche, él abría el garaje, sacaba el coche, cerraba la puerta y atravesaba la ciudad, no habría podido llegar a la autopista antes de la una y media. Llovía, de modo que tampoco podría ir demasiado deprisa. Tenía que llegar a Cee, atravesar el pueblo y pasar Corcubión, para tomar la carretera de Fisterra y desviarse por la pista del Cabo de Nasa hasta el chalé de los Besteiro. Por el camino más corto, eran más de cien kilómetros, de los cuales solo unos treinta de autopista. Difícilmente habría podido llegar antes de las tres de la madrugada. ¿Entonces qué había hecho? ¿Habría ido para ayudar a Jesús Canido o a comprobar si había hecho el trabajo correctamente? Claro que «en torno a las dos» podrían ser las dos y media, por ejemplo.

El sonido del móvil lo sacó de sus divagaciones. Taboada, a quien el cabo, tras obtener la autorización de la jueza, había encargado verificar las llamadas entre Canido y García, lo informó de que, en la última semana, Jesús Canido había llamado a García ocho veces y que este último lo había llamado cuatro. ¡Doce llamadas en una semana! El cabo, sin dudarlo, llamó a la agente Lago, que pasaba por delante de su puerta.

—Vero —le dijo—, quiero interrogar a Jesús Canido otra vez. Localízalo y dile que venga cuanto antes. Asústalo un poco y no le des ninguna explicación.

Tres cuartos de hora después, Canido entraba por la puerta del despacho de Souto, acompañado de Orjales, que lo había ido a buscar a la puerta del cuartelillo cuando lo avisaron de que había llegado.

—¿Qué pasa, cabo? —preguntó poniendo una cara de inocente tan exagerada que no convenció a nadie.

—Siéntese, por favor.

Canido se sentó y Orjales abrió un cuaderno para tomar nota. El cabo estaba serio.

—Señor Canido —empezó diciendo en tono formal—, quisiera que contestara a algunas preguntas. Cuando le interrogué la primera vez sobre si Marcelino García Lameiro estaba al corriente de las relaciones que mantenían usted y doña Rosalía Besteiro, me dijo que quizá sospechara algo, pero que no estaba seguro. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Sigue usted pensando que el señor García desconocía esas relaciones o, digamos, solamente sospechaba algo?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Creo que algo sospechaba porque me lo insinuó Rosalía en cierta ocasión, pero yo no lo sé con seguridad.

Quizá no le importase, como ya le dije, porque no hacían vida de matrimonio.

—Es difícil creer eso, Canido. Un hombre casado, aunque se lleve mal con su mujer o esté a punto de separarse, no suele asumir con indiferencia que un empleado, un conocido o el repartidor del butano se acueste con ella, ¿no le parece?

—¡Qué quiere que le diga! No sé con certeza si lo sabía o no. Eso es lo que usted me pregunta y es lo único que puedo contestar.

—Ya. —El cabo Souto se quedó mirándolo un rato y eso puso nervioso a Suso Canido. Por fin, sin dejar de mirarlo, le dijo—: ¿Se encontraron alguna vez en el chalé de los Besteiro, coincidieron?

—Sí, una vez coincidimos en el chalé. Yo estaba trabajando con Rosalía en la decoración de una galería que acababan de remodelar.

—Una vez… —repitió pensativo el cabo—. ¿Hablaron? ¿Se saludaron?

—Sí. Lo normal. Nos saludamos, pero no recuerdo si hablamos de algo en particular. Creo recordar que Rosalía le dijo que nos dejara trabajar y García se fue.

—O sea que no mantenían ninguna relación, usted y él.

—No. Comprenda que la situación no ayudaba mucho, por lo menos a mí. Si debo decirle la verdad, yo trataba de evitar encontrarme con él en la medida de lo posible y siempre le preguntaba a Rosalía si iba a estar su marido en casa o no. Por suerte, él casi nunca aparecía por allí.

—Y después de la muerte de las señoras, ¿ha hablado con él, se han visto alguna vez?

—Sí. Nos vimos en el entierro. Fue muy desagradable. Le di el pésame, mezclado con la gente que pasaba delante de él, y desaparecí en cuanto pude.

—Supongo que no ha vuelto a verlo o a hablar con él.

—No. No lo he vuelto a ver desde entonces. No tengo nada de qué hablar con él.

—¿No hay facturas pendientes de sus trabajos de decoración o algo así?

—No. Rosalía Besteiro me pagaba religiosamente siempre al acabar los trabajos. No me debía nada y, si hubiera quedado algún trabajo por pagar, le aseguro que no se me habría ocurrido ir a reclamárselo a Marcelino García.

—¿Por qué no? No veo qué tiene que ver pagar un trabajo con la muerte del cliente.

—No comprendo cómo puede decir eso. ¿Se imagina la reacción del señor García si le voy a ver con una factura pendiente, después de la trágica muerte de su mujer? Aunque estuviera completamente seguro de que no sospechaba nada, jamás lo habría hecho.

—Ya. Seguramente se deba a su particular sentido de la decencia, señor Canido.

—Eso que acaba de decir, cabo, es muy desagradable y no viene a cuento. No tengo por qué aguantarlo.

—Y yo no tengo por qué aguantar que me mienta descaradamente en mi propias narices, Canido. —El decorador se sobresaltó, pero el cabo no lo dejó hablar—. Y usted me está mintiendo, como me mintió la vez anterior, cuando soltó unas cuantas lágrimas de cocodrilo, desconsolado por la muerte de su amada Rosalía y doña Consuelo Pino.

—¡Oiga!

—Cállese, Canido. ¿Me va a decir que trataba usted como un enamorado a doña Rosalía? ¿Se atreve a afirmar que no le sacaba dinero al margen de sus supuestos trabajos de decorador? ¿Me va a negar que tuvieron una discusión violenta el miércoles por la tarde, unas horas antes de su asesinato, y que ella le pidió que se fuera y le devolviera las llaves?

—Tuvimos una discusión de enamorados. Sí, es cierto. Que acabó en la cama haciendo el amor. ¿Dónde está la mentira?

—¿Quiere saberlo? ¿De verdad? Pues se lo diré. En esta última semana, ha hablado usted por teléfono doce veces con Marcelino García Lameiro. O quizá debería decir Lino, que es como usted llama a un señor al que, según me acaba de decir, solo vio ocasionalmente una vez en el chalé y al que apenas saludó en el entierro de su mujer.

Jesús Canido se puso lívido y no fue capaz de articular ni una palabra.

—No soporto que me mientan, Canido. Y al que me miente una vez, no vuelvo a creerlo nunca más. Tiene usted a Marcelino García Lameiro entre sus contactos, en su móvil, con las iniciales. ¿Me quiere decir de qué hablaron doce veces, solo esta semana?

—No tengo por qué —contestó con la voz quebrada—. Si han pinchado mi teléfono, ya lo sabrá. Y si ha sido pinchado ilegalmente, lo denunciaré.

—No sea ingenuo. No tenemos pinchado su teléfono, pero tenemos autorización del juzgado de Corcubión para controlar a quién llama y quién lo llama. Y le voy a decir otra cosa, Canido: lo considero a usted el primer sospechoso del asesinato de las señoras Besteiro y Pino. Y no le voy a decir por qué ni le diré de qué pruebas dispongo. No tiene usted coartada y acaba de mentir descaradamente a la Guardia Civil. En cuanto salga de aquí, solicitaré a la jueza de Corcubión que sea usted imputado por el supuesto delito de doble asesinato, con premeditación y alevosía. Ahora váyase de aquí y permanezca a disposición, pero sepa que está siendo vigilado las veinticuatro horas del día.

Cuando Canido salió, Orjales y Verónica Lago miraron al cabo con gesto de sorpresa. Orjales se atrevió a decir:

—¡Coño, jefe! Menuda le has soltado al Suso Canido. Se ha ido con las piernas temblando.

—Ya sabes que me fastidia enormemente que me cuenten patrañas. Este tío es un cínico. Llegó a darme pena cuando me echó la lloradita por la muerte de su gran amor. Es un cabrón y un impresentable. No sé si habrá tenido algo que ver con el asesinato de las señoras, pero no me fío ni un pelo de él. Miente, se entiende con el viudo y estoy seguro de que sabe un montón cosas que no nos dice. No querrás que lo trate con delicadeza.

—¿Qué hacemos?

—No quitarle ojo. Ahora voy a informar y, luego, llamaré a García Lameiro a ver de qué van las llamadas telefónicas. Seguro que Canido lo avisará y lo llamará desde otro teléfono. Pero no importa. El tipo se ha ido con la mosca detrás de la oreja y asustado. Así es más fácil cometer errores.

Capítulo XIII

1

La finca de Marcelino García Lameiro era una propiedad de cerca de una hectárea al borde de la vieja carretera de Madrid, en la localidad de San Pedro de Nos, a unos cinco o seis kilómetros de la ciudad. Un alto muro corría a lo largo de la cuneta y, en el centro, una verja de hierro forjado al viejo estilo dejaba ver, al fondo de la alameda, el palacete de principios del siglo veinte, de estilo afrancesado.

Julio César Santos llegó a las once y diez en el taxi de Bernardo, el mismo que lo había llevado a La Palmera, y al que dio instrucciones para que pasara a recogerlo sobre la una de la madrugada y lo esperara lo que hiciera falta. Nada más entrar en el gran recibidor, vio a Katy, que estaba junto a la camarera que recogía los abrigos. Ella también lo vio y fue hacia él. Se dieron un par de besos y Santos se deshizo del abrigo y el pañuelo de seda, que era más un adorno que una bufanda.

—Acompáñame —le dijo Katy cogiéndolo del brazo—, te voy a presentar a Marcelino. Está en la biblioteca.

Se dirigieron a una de las salas que daban al recibidor. La denominada biblioteca era, en realidad, un gran salón con las paredes cubiertas de estanterías de madera oscura repletas de libros antiguos, que seguramente nadie había abierto en muchos años, y con una docena de sillones de cuero y varios veladores. De pie, al fondo del salón, Santos vio a un grupo de cuatro hombres de cierta edad charlando animadamente con unas copas en la mano. Uno de ellos era Marcelino García, que, al ver entrar a Katy con Santos, abandonó el grupo y se dirigió a la pareja. Katy hizo las presentaciones y los dejó solos, volviendo al recibidor para atender a los que iban llegando.

Marcelino García, un hombre alto, aunque no tanto como Santos, vestía con elegancia y sabía ser simpático y expresivo, como buen comerciante. Sus muchos años vendiendo coches le otorgaban cierta experiencia en el trato con gente de todo tipo y reconocía enseguida a alguien con clase y, sobre todo, con buena posición. Como César Santos solía caer bien a todo el mundo por sus buenas maneras y su simpatía, ambos congeniaron inmediatamente. García llevó a Santos al salón comedor, donde tres camareras con aspecto de bailarinas del

Lido servían las bebidas en un simple pero elegante bufete. A Santos le llamaron la atención aquellas chicas, todas jóvenes, guapas, con buen tipo y vestidas con ropa ligera pero razonablemente seria. No tenían aspecto de fulanas. Recordó lo que le había dicho Katy y dedujo que eran las mismas del club de Santiago. Aquello no tenía nada que ver con La Palmera.

—Me ha dicho Katy que tienes una finca en Corcubión —le dijo en tono de pregunta Marcelino García a Santos, que ya se había fijado en una de las camareras, especialmente atractiva— ¿Dónde exactamente?

—En Vilarriba, frente a la playa de Arnela. Le compré el terreno hace unos años al coronel Fontán, no sé si lo conoces.

—¡Claro que lo conozco! Ya sé dónde es. Una casa de piedra muy bonita, tipo pazo, ¿no?

—Bueno, ya me gustaría que fuera un pazo, pero no encontré ninguno para comprar —contestó Santos riéndose—. Le pedí al arquitecto que me hiciera algo en el estilo tradicional gallego.

—Sí, hombre, es una casa preciosa, de verdad.

—Pues estás invitado a tomar una copa o a cenar cuando quieras. Tengo una cocinera excelente. Me dijo Katy que tú también tienes una casa por allí cerca.

—Cierto, a cinco minutos de la tuya. ¿Vienes mucho por aquí?

—¿Por La Coruña? No, poco. Pero a Vilarriba voy dos o tres veces al año y me quedo un par de semanas, por lo general. No suelo quedarme mucho más porque, aunque el sitio me encanta, me aburro un poco si hace mal tiempo.

—Hombre, Cee y Corcubión no son famosos por su ambiente nocturno, precisamente. ¿Qué te gusta hacer?

—Básicamente jugar al golf, de día, claro.

—Ya me habló algo Katy de lo que te gusta hacer de noche —comentó García sonriendo maliciosamente.

—Según creo, en ese aspecto tienes algo que decir.

Marcelino García soltó una carcajada.

—Algo puedo decir, en efecto. Creo que sé lo que quieres, César. Ahora tómate una copa y, para tu conocimiento, te diré que, en mis reuniones, no está mal visto hablar o bailar con las camareras, para eso están. Te dejo un momento, pero no te preocupes, esto se irá animando poco a poco y vendrán otras chicas más tarde, ya te presentaré a la gente. Antes de irte, te daré un sobre con todo lo que necesitas para hacerte socio de nuestro club del Pazo de Frades. Será un placer contar contigo.

Marcelino volvió a la biblioteca y Santos se dirigió a la camarera a la que no había dejado de mirar desde que entró. Era una chica de piel muy blanca, más atractiva que guapa en sentido estricto y que parecía no haber tomado el sol en su vida. Su encanto no se debía tanto a la

perfección de sus facciones, como al equilibrio de su conjunto y, sobre todo, a unos ojos oscuros muy vivos y una sonrisa que daban a su rostro un toque de pillería. Tenía el pelo recogido en una larga cola de caballo. La joven sonrió al detective con malicia, seguramente para ocultar su admiración porque Santos solía deslumbrar a las mujeres, además de por guapo, por su altura, su elegancia, sus modales y su pelo plateado.

—Podría decir —empezó Santos en un tono digno y, a la vez amable— póngame un gin-tonic, señorita. Pero me gustaría mucho más llamarte por tu nombre y decirte, ¿me pones un gin-tonic…? Y ahí está el problema: que no sé cómo te llamas.

La joven se rio, cruzó los brazos detrás de la espalda y respondió:

—Beata. —Al observar el gesto de sorpresa de Santos, repitió—: Beata, ese es mi nombre, caballero. ¿Qué desea tomar?

—Precioso nombre, Beata. No sé si refiere a que eres feliz o santa. Espero que se refiera a lo primero, que es lo que quiere decir el nombre. Podrías hacerme el favor de tratarme de tú. Me llamo César. —Le extendió la mano, que Beata estrechó y retuvo unos instantes sonriente—. Supongo que habrás notado que no dejé de mirarte desde que entré, es porque que no he visto a nadie más interesante en este caserón. Me sienta fatal que me trates como a esos vejestorios que están tomando copas en la biblioteca.

—¡Que no te oiga el jefe! Entonces, ¿qué quieres tomar, César? ¿Mejor así?

Santos captó el acento extranjero en la alegre voz de Beata. Típico de país del este europeo.

—Perfecto. Un gin-tonic, Beata, por favor. No me has contestado, ¿Beata de felicidad?

—Tendría que preguntárselo a mis padres: ellos me pusieron el nombre.

—¿Eso quiere decir que no eres feliz?

—Tengo que parecerlo. Debería ser suficiente para ti.

—Lo siento, si te he molestado. Solo trataba de charlar contigo amablemente.

—Por favor, no lo tomes a mal. Es un comentario que me salió sin pensarlo. Supongo que comprenderás lo que quería decir, a veces no me salen las cosas en español como me gustaría. No lo domino.

—Lo hablas muy bien, no te preocupes. Me pareció que había algo de amargura en tu comentario, pero comprendo que la pregunta es indiscreta y que tú estás trabajando y yo no. Me han invitado a venir para hablarme del club del Pazo de Frades —siguió Santos bajando la voz—, pero no conozco a nadie aquí. Cuando te vi, me gustaste mucho y por eso me acerqué a hablar contigo. Me dijeron que trabajabais en ese club, tú y tus compañeras. Pienso hacerme socio. ¿Podré verte allí?

—Sí, trabajo allí. ¿De qué conoces al jefe?

—Me lo acaba de presentar Katy, supongo que sabes quién es —Beata asintió—. A ella la conocí por casualidad; fue la que me habló del club. Creo que es un lugar muy elegante.

—Sí, es un sitio elegante.

Santos notó que Beata lo decía sin ningún convencimiento, como si no le quedara más remedio que decirlo. Dudó si insistir en hablar del club o dejarlo para más adelante, según se presentara la velada. Hizo un último intento.

—Comprendo que no te entusiasme hablar de tu lugar de trabajo.

—Me refería a que el sitio es elegante, pero no todos los que van allí lo son. Me entiendes, ¿no? No es un pub corriente donde entra cualquiera, solo va gente con mucho dinero y eso no quiere decir que sea siempre gente con buena educación. Ya lo sabrás, supongo. No siempre es agradable y no debería hablar contigo de esto —se quedó un rato mirándolo y añadió—: pero me caes bien. Espero que no seas una mala persona y se lo cuentes al jefe.

—Por supuesto que no, Beata. Ya te he dicho que me gustas, no voy a hacerte ninguna faena. Al contrario, si pudiera ayudarte en algo, me encantaría.

—¿De verdad vas a hacerte socio del club?

—Eso pensaba, pero si me confirmas que estarás allí cuando vaya, me haré mañana mismo e iré lo antes posible, esta misma semana. Allí podremos hablar tranquilamente, supongo.

—Sí. Toda la noche, si quieres. ¿Te vas a quedar aquí mucho rato?

—No pensaba.

—Dentro de un rato, sobre las doce, pondremos música y podemos bailar, si te apetece.

—Me encantaría. Seguramente me entretendrán presentándome a unos y a otros, pero intentare volver en cuanto pueda, o sea que apúntame en la primera página de tu carné.

—Qué gracioso. No me traído el carné, pero tengo buena memoria.

—¿Hasta qué hora dura la fiesta?

—En realidad, hasta que se va el último invitado. Pero a partir de las cuatro de la mañana ya empezamos a intentar que la gente se vaya. Como casi todos son señores mayores, suelen cansarse a esas horas.

Santos y Beata siguieron charlando durante un rato. Katy se acercó para despedirse y se llevó a Santos consigo hasta el recibidor. Le dio un sobre con los documentos que debía rellenar para lo del club. Santos le dijo que estaba decidido y que daría la orden de transferencia por la mañana. Cuando se volvía al salón, Marcelino García le cortó el paso y lo llevó a la biblioteca para presentarle a sus invitados. Había, en total, diecisiete personas. La mayoría,

empresarios, aparte de un concejal, dos médicos y un general retirado. Estuvo un rato charlando con unos y otros y, en cuanto pudo, nada más empezar la música, volvió al salón comedor y le pidió a Beata que bailara con él.

A la una y diez le pasaron recado de que tenía un taxi fuera esperándolo. Lo hizo esperar unos tres cuartos de hora más porque le costaba separarse de Beata, cuyo cuerpo ligero y elástico se adaptaba al suyo con sensualidad placentera. Sobre las dos, se despidió de ella, después de haberla tenido abrazada casi todo el tiempo en un simulacro de baile, con las pausas estrictamente necesarias para tomar un par de copas, que ella misma le sirvió. Santos la dejó pensando volver a verla muy pronto. Antes de irse, le pidió el número de su móvil. Beata le dijo que no podía. Su móvil estaba retenido en el club y no le permitían dar su número a ningún cliente. Santos comprendió de qué se trataba. Era algo que ya había imaginado. La besó con delicadeza, le dejó su tarjeta y le prometió ir a verla en cuanto pudiera.

—Ya hablaremos de eso, Beata —le dijo refiriéndose a lo del teléfono.

Pasó por la biblioteca para despedirse. El ambiente ya era bastante relajado y, al salir, la camarera del guardarropa le preguntó si no se quedaba hasta la llegada de las otras chicas. Él sonrió y le dejó veinte euros de propina, sin contestar.

Bernardo, el taxista, se había quedado dormido en el coche.

2

El lunes por la mañana, el cabo Souto llamó a Marcelino García. Suponía que Jesús Canido le habría contado su último interrogatorio, por lo que fue directamente al grano sin andarse con rodeos sobre sus relaciones con el decorador. En seguida comprobó que su suposición era acertada, ya que García no mostró ninguna sorpresa. Debería haberlo llamado nada más terminar con Canido, pero ya era tarde.

La conversación fue interesante. Marcelino García hizo reflexionar al cabo sobre la creciente probabilidad de que Jesús Canido fuera el autor material de los asesinatos. A la pregunta de Souto sobre sus llamadas telefónica, Marcelino García contestó:

—Si, lo he llamado varias veces la semana pasada porque quiero que termine algunos trabajos de decoración en dos locales, es algo que ya había empezado por encargo de mi mujer.

—Me sorprende, señor García, que siga en relación con ese señor, sabiendo lo que sabe, porque doy por hecho que sabe de qué le estoy

hablado.

—Por supuesto, claro que lo sé. Pero es un asunto personal del que prefiero no hablar. Le agradecería que no me preguntara sobre ese tema, porque uno tiene su amor propio, ¿comprende? —Souto hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Si alguien me pregunta ¿cómo es que…?, etcétera, puede estar seguro de que le parto la cara. Pero, claro, a un guardia civil no puedo. Por eso le ruego que no me hable de ese tema, como le digo, es algo muy personal y no veo qué relación pueda tener con nada. De todas formas, quisiera decirle algo. Ese Suso Canido es un tipo que me desagrada profundamente y podía mandarlo a la mierda sin contemplaciones. Pero no lo hago por una razón. Por esa misma razón lo he llamado y le pedido que termine los trabajos de los que se estaba ocupando. Incluso le he dicho que quería que se encargara otros nuevos. ¿Sabe por qué?

—No, pero supongo que me lo va a decir usted ahora, ¿no?

—Quiero tener cerca a ese tipo, quiero saber lo que hace, con quién sale, a dónde va y en qué se gasta el dinero.

—¿Me puede explicar por qué? —preguntó intrigado el cabo.

—Porque estoy absolutamente convencido de que fue él quien mató a mi mujer y a mi suegra.

El cabo Souto no pudo evitar un pequeño sobresalto al oír aquellas palabras.

—¿Podría decirme en qué se basa?

—Me baso en muchas cosas. Sé que mi mujer estaba empezando a hartarse de él y que tenían constantes discusiones; sé que le sacaba dinero, mucho dinero, y no me refiero a que le cobrara más de la cuenta por sus trabajos, no. Le sacaba dinero como un chulo o un gigoló. Era dinero de mi mujer y yo no podía decir nada, pero me sentaba como un tiro y, además, sé que ella no estaba contenta. Canido se aprovechaba de que Rosalía y yo teníamos una relación, digamos, distante y de que ella era una mujer… Bueno, no sé cómo decirlo, pero ya me entiende. Ese desgraciado entraba y salía en la casa de mi suegra como Perico por su casa. Tenía llaves de todo, y no me cabe la menor duda de que conocía perfectamente los lugares donde mi mujer y mi suegra guardaban sus joyas. Encontré una libreta de mi suegra. Como se imagina, he buscado los documentos de mi mujer y su madre para arreglar el tema de la declaración de herederos, ver qué había en sus cuentas personales y todas las gestiones normales que hay que hacer cuando alguien se muere. Por eso le digo lo de la libreta de mi suegra. Según sus cuentas, tenía escondidos en el chalés unos setenta mil euros en metálico. No los he podido encontrar por mucho que he buscado y supongo que los tendría en su escritorio, en el cajón camuflado entre otros dos, que cualquiera con un poco de tiempo podía descubrir. Pero ni ahí, ni en

ninguna parte, han aparecido. Y le aseguro, cabo, que he buscado a fondo. Mi mujer debía de tener en la cómoda entre quince y veinte mil euros, según sus notas. Tampoco hay nada. ¿No le parece sospechoso? Un ladrón que hubiera entrado en el chalé no pudo haber encontrado en media hora o en una hora lo que yo llevo buscando durante días, a no ser que supiera dónde estaba. Tuvo que ser él y, si no lo descubren ustedes, yo lo exprimiré como un limón hasta que lo confiese.

—Espero que no se le ocurra hacer nada ilegal.

—Descuide, cabo Souto, no soy un mafioso.

—Yo le garantizo que, si ha sido él, lo descubriremos. Es una cuestión de tiempo y de paciencia. Puede estar seguro de que haremos nuestro trabajo.

—¡Ah! ¿O sea que ya lo consideraba usted sospechoso?

—Naturalmente. Igual que a usted.

Marcelino García soltó una carcajada.

—Claro, me había olvidado. El marido, como el mayordomo, es siempre el primer sospechoso.

—¡Elemental, querido Watson! —se le escapó al cabo, que no solía hacer bromas con el apodo con el que lo trataban a veces sus amigos y colaboradores.

José Souto, después de colgar, se quedó mirando la pared que tenía en frente, inexpresivo, concentrado en una imagen: la de Jesús Canido disparando a Rosalía Besteiro en medio del dormitorio y robando dinero de los cajones secretos. ¿Sería verdad lo que le acababa de contar García sobre el dinero? Cien mil euros, más una considerable cantidad de joyas caras podrían ser un móvil suficiente para un gigoló que está a punto de perder su fuente principal de ingresos. Quizá Marcelino García tuviera razón o quizá estuviera tratando de salir del círculo de sospechosos.

3

Las inquietudes y dudas de Julio César Santos eran otras. Le iba a resultar un poco caro indagar en el tenebroso mundo de los negocios de Marcelino García Lameiro, pero el camino parecía estar sembrado de rosas. Beata lo había fascinado y le había abierto una puerta, o eso creía, que quizá le permitiera adentrarse en los pasillos oscuros de las empresas del coruñés.

Lo primero que hizo el domingo por la mañana en cuanto se levantó fue abrir el sobre que le había entregado Katty la noche del sábado. Dentro estaban los datos bancarios del club para hacer las transferencias de entrada y el pago de las cuotas anuales. Una carta de

bienvenida del Presidente del club, Marcelino García Lameiro, como era de esperar, un breve resumen de lo que podría considerarse como el reglamento de régimen interno del club y un plano. Poco más de lo que ya le había explicado Katy. Santos guardó los documentos y ordenó desde su móvil la transferencia de tres mil euros de la cuota de entrada. Extrajo el justificante y lo envió a la dirección de correo electrónico del club. Miró el reloj: eran las doce y cuarto. Llamó a Marcelino García.

Cogió el teléfono Katy y Santos reconoció su voz.

—¡Hola, Katy! Soy Julio César Santos. Quería hablar con tu jefe.

—Buenos días, César. Marcelino no está en casa, ha ido a jugar al golf. ¿Puedo ayudarte?

—Bueno, no es nada importante. Solo quería agradecerle la invitación a la fiesta de anoche y decirle que lo pasé muy bien. No me entretuve en la despedida porque lo vi muy ocupado con sus amigos.

—No te preocupes, ya se lo diré yo cuando lo vea. Seguramente comeré con él. O sea que lo pasaste bien; ya vi que estabas con Beata, es una chica muy agradable.

—Sí. Bueno, también quería agradecerle que me ofreciera hacerme socio del club del Pazo de…

—Frades.

—Eso, el Pazo de Frades. Bien acabo de hacer la transferencia y os he enviado el justificante a la dirección que figura en los papeles que me diste. Supongo que todo está en orden. Te lo digo porque no voy a quedarme muchos días más en Corcubión y quisiera hacer una visita esta semana al club. Quizá mañana o pasado, y me gustaría saber si hay algún problema.

—Por supuesto que no. Solo necesitarás tu tarjeta de crédito. Me alegra que hayas decidido hacerte socio. Confírmame por la mañana el día que vas y me acercaré a presentarte a la gente para que no te sientas incómodo el primer día, como un desconocido.

—Si quieres te llevo.

—No, gracias, César. Tendré que volver a Coruña.

—Como veo que el tiempo no mejora, ¿podría ser mañana?

—¡Vaya! —se le escapó a Katy, seguramente sorprendida por las prisas del detective—. Sí, mañana puede ser.

—Pues no se hable más. ¿Qué hora es buena para ir?

—Cuando tú quieras, César. Las ocho, por ejemplo, ¿te parece?

—Sí, muy bien. Allí estaré.

—Te estaré esperando. Así te enseño el pazo y tendrás tiempo de instalarte y cenar. Tenemos un bonito comedor y una cocinera excelente. No suele haber mucha gente los lunes, quizá uno dos socios, o sea que podrás escoger la camarera que más te guste. No sé si te dije que los socios tenéis a vuestra disposición unos armarios individuales

para guardar vuestras cosas, por ejemplo, pijamas, mudas, cepillos de dientes, etcétera. Eso os evita tener que ir siempre con una bolsa o un maletín si queréis quedaros a dormir.

—No sabes cuánto te lo agradezco. Odio llevar bolsas y no digamos maletas.

—Por eso. Allí te lo guardamos y la ropa que uses, la tendrás siempre lavada y limpia cuando vuelvas.

Se despidieron y Santos bajó a la cafetería. Se tomó un café y fue a buscar su coche al aparcamiento. Quería llegar a su casa de Vilarriba antes de comer, para darse una buena ducha y cambiarse, pues había ido el sábado a A Coruña con las manos en los bolsillos, como de costumbre, y había tenido que vestirse por la mañana con la misma ropa de la víspera. A mitad de camino, hizo una parada para repostar y aprovechó para llamar a su amigo José Souto. Lo encontró en la casa de turismo y lo invitó a una merienda cena en su casa, con Lolita, claro, ya que era domingo y sabía que les gustaba salir. Cuando Souto le confirmó que irían, llamó a Aurora, su cocinera, para decirle que estaba llegando y que esperaba invitados por la tarde. Tras dudarlo durante unos instantes, también llamó a Marimar para invitarla. Su bella amiga aceptó, no sin antes dedicarle algunos insultos por no haberla llamado desde hacía varios días.

Capítulo XIV

1

Las meriendas, como los aperitivos o las cenas, en la finca de Julio César Santos eran algo que llamaba la atención. No solo porque el lugar, el parque y la casa por sí solos harían cualquier reunión agradable, sino también y sobre todo porque la cocinera, Aurora, tenía un arte especial para hacerlo todo apetitoso. Su cocina no era ni creativa ni moderna, era tradicional, pero tenía ese toque mágico que algunas personas dan a las cosas sencillas para que rocen la perfección. Santos no ponía límite a sus gastos cuando tenía invitados, incluso la dejaba contratar a una sobrina de la aldea para servir mientras ella preparaba los platos. La chica no era nada profesional y el traje negro de doncella que se ponía le sentaba fatal, pero servía con una sonrisa muy dulce y buena voluntad. Por otra parte, César Santos había traído de Madrid a su casa de la aldea una vajilla antigua muy bonita, además de una cubertería de plata fina y una cristalería delicada. Conjuntar tantos factores en un decorado elegante y confortable hacía que sus amigos íntimos, como el cabo Souto, su mujer y Marimar, así como otros conocidos de la zona, aceptaran siempre encantados sus invitaciones.

El domingo por la tarde, a las siete en punto, todo estaba listo. Los primeros en llegar fueron Lolita y José Souto. Se sentaron en la galería antes de pasar al comedor, mientras esperaban la llegada de Marimar.

—¿Qué has estado haciendo durante estos días, César? —le preguntó Lolita—. Me ha dicho Pepe que estuviste en Coruña.

—Si, bueno, ya sabes que Pepe y yo nos vimos allí el otro día. Ayer volví porque me invitaron a una fiesta.

—¡Vaya! —se sorprendió el cabo Souto—. Eso es nuevo. ¿Quién te invitó, tu amiga detective?

—Te equivocas, Holmes. No te vas a creer quién me invitó.

—Es cierto que no suelo creerme lo que me cuentas, César. Pero haré un esfuerzo. ¿Quién fue?

—Marcelino García Lameiro.

Souto se quedó de una pieza. Se puso serio, se levantó y dio una vuelta al sillón y, finalmente se echó a reír.

—No me irás a decir que fuiste a una de las famosas fiestas de Marcelino García en su finca de San Pedro de Nos.

—¿Qué fiestas son esas? —preguntó Lolita.

—Según tengo entendido —siguió Souto en un tono irónico—, son unas famosas fiestas para gente importante de Coruña, que García suele organizar de vez en cuando y que se aderezan de madrugada con la llegada de «distinguidas señoritas» procedentes de los locales de ocio propiedad de ese señor. ¿Coincide la descripción, César?

—No puedo contestarte a todo, Pepe. Más que fiestas, son reuniones de gente importante; empresarios, políticos, militares y no sé si dignatarios eclesiásticos —se rio Santos—. Gente de avanzada edad, en su mayoría. El lugar es muy elegante y nos sirvieron copas y pinchos de buena calidad unas camareras de excelente nivel. No sé cómo funciona lo de las «señoritas» que, según dices, llegan de madrugada de los locales de ocio, porque me retiré discretamente a una hora prudente, antes de que el ambiente se degradase, si es que eso ocurre.

—¡Oh!, usted perdone, excelencia. —Souto se volvió hacia su mujer y le dijo—: me apabulla tanto refinamiento; nosotros, los aldeanos, nunca lo comprenderemos.

Lolita se echó a reír y dijo:

—Parecéis niños pequeños. ¿Cómo conociste a Marcelino García, César?

—Yendo tras él discretamente, a través de una colaboradora suya.

—De su criada —soltó Souto.

—No le hagas caso, Lolita. Es un envidioso. Y lo será más cuando le diga que me he hecho socio del club Pazo de Frades, en las afueras de Santiago.

—¿Estás de coña? —casi gritó Souto.

—En absoluto.

—Tenemos que hablar, César. Ahora vamos a dejarlo, ¿vale? Mañana por la mañana, en cuanto te levantes, llámame.

—A sus órdenes, mi comandante.

—Bueno, ¿nos vas a tener toda la tarde sin ofrecernos algo de beber?

—Claro que no; perdonad, esperaba a ver si venía Marimar. ¿Qué os apetece?

Marimar tardó aún unos diez minutos en aparecer. Lo hizo como siempre, radiante y soltando alguna que otra palabrota sobre el tiempo, pues no había dejado de llover durante todo el fin de semana. Después de los saludos, pasaron al comedor y se sentaron en torno a una mesa llena de tapas frías. El vino blanco se enfriaba en dos cubiteras y las botellas de tinto estaban ya abiertas. Poco después, empezaron a llegar las tapas calientes, precedidas por el pulpo á feira. La llamada merienda cena, era una cena en toda regla, salvo por el hecho de que los platos no necesitaban tenedor y cuchillo como en

una comida formal.

La velada fue corta porque, excepto el anfitrión, todos tenían que madrugar al día siguiente. A las once y media se levantaron de la mesa y se inició la retirada general. Cuando Marimar se acercó a darle un beso a Santos, le susurró al oído:

—Me debes dos. La próxima, no seas cabrón y organiza la cena un viernes o un sábado.

Él sonrió, le devolvió el beso y salió con ella al porche para despedirse de Lolita y Souto, que le dijo un poco serio a su amigo:

—No te olvides, llámame mañana por la mañana. No al medio día. Si a las diez no me has llamado, te llamaré yo.

2

Julio César Santos hizo un gran esfuerzo y se levantó a las nueve y media. A las diez menos cuarto llamó a José Souto. Quedaron en verse a las diez y media en el cuartelillo. Un minuto antes de la hora convenida, el Porsche del detective atravesaba la verja y aparcaba a un lado de la entrada, donde el guardia de la puerta sabía que podía dejarlo por indicación del jefe del puesto. A Santos lo conocían todos en el cuartel de la Guardia Civil.

Souto invitó a su amigo a un café en la cantina, pero Santos no aceptó la invitación y le explicó que acababa de desayunar y prefería no mezclar el sabor de su desayuno, que aún conservaba en el paladar, con el café de la cantina.

—¿Me estás insinuando que el café de la cantina es una mierda?

—Eres muy perspicaz, Pepe. Yo no emplearía esas palabras, pero creo que se ajustan bastante a la realidad. Gracias, de todos modos.

—De nada. Ahora quisiera que me contaras en serio lo relativo a la fiesta de ayer y a eso de que te has hecho socio del club de Santiago.

César Santos le describió detalladamente su experiencia de la víspera en la finca de García; refirió sus conversaciones con el anfitrión, le habló del ambiente, de los invitados, de las camareras (omitió contarle su largo, lento y apretado baile con Beata) y le comentó la prevista llegada de las animadoras, que voluntariamente había preferido perderse.

—No sé si más tarde se organizarán orgías, aunque lo dudo.

—¿Por qué?

—Pues porque me pareció que los invitados eran algo mayorcitos para esas cosas. Claro que nunca se sabe. Me dijeron que la reunión o la fiesta, si quieres, se suele acabar hacia las cuatro de la madrugada o quizá algo más tarde. Puede que los tipos se desmadren un poco con

las fulanas que llegan de los locales, pero no me pega que la fiesta se convierta en una orgía a la romana. Los muebles y las alfombras son demasiado buenos para que su dueño permita las borracheras y sus consecuencias. Tuve una larga conversación con una de las camareras y no me dio a entender que ocurriera nada de eso.

—Y de lo de Santiago, ¿qué me cuentas?

—Eso es algo completamente distinto. Es poco lo que sé aún porque no he estado allí, pero voy a ir esta tarde y, a la vuelta, podré contarte de qué va el asunto.

—Ya, pero si te has hecho socio, habrás tenido que hablar con García, habrás firmado algo, pagado, no sé, esas cosas. Te habrán explicado cómo funciona. No me digas que no sabes nada.

—Sí, sé algo. Como suponía que me lo ibas a preguntar, te he traído el reglamento del club, o sea, el documento que entregan a los socios. Haz una copia y devuélvemelo. No he encontrado nada irregular. Según me ha explicado tu amiga Katy, ya sabes, la criada de García —siguió Santos con retranca—, el club está montado como un pequeño hotel de lujo. Te dan de cenar, te lavan la ropa, etcétera. Pero no es necesario quedarse a dormir allí. Hay socios que van solo a tomar una copa. Lo que pasa es que la copa sale bastante cara, aunque tengas derecho a que la camarera te la sirva sentada en tus rodillas.

—¿Me puedes decir cuánto te ha costado hacerte socio?

—Sabes que me molesta hablar de dinero, Pepe.

—Pues moléstate, por favor.

—La cuota de entrada para ser socio es de tres mil euros.

—¡Hostia, César!

—¡Qué pasa! No creo que sea más cara que la del Náutico de La Coruña o la del club de golf de A Zapateira. En Madrid hay clubes que cobran más.

—Y eso, ¿a qué da derecho? —preguntó intrigado el cabo que, evidentemente, no estaba al corriente de lo que costaba entrar en clubes de cierto nivel.

—A ser socio.

—¿A nada más?

—Holmes, deberías sacar tu nariz de Corcubión de vez en cuando.

—O sea, si lo he entendido bien, que has pagado tres mil euros por hacerte socio de un club de Santiago, que viene siendo como un burdel de lujo, solo para husmear en el asunto del asesinato de las pobres señoras de Corcubión.

—No te aclaras, Pepe. Tu idea fija de que me gusta meterme en los asuntos de la Guardia Civil te ciega por completo. El club cuenta con más de cien socios y no creo que todos ellos se hayan dado de alta para meterse en tus asuntos. Me he hecho socio, básicamente, porque me interesa. Y, además, porque estoy convencido de que descubriré

cosas que te servirán en tu investigación y que ningún guardia civil podría descubrir mirando por encima de la valla. ¿Comprendes?

—No. No comprendo. No comprendo que alguien se gaste tres mil euros en hacerse de un club que no da derecho a nada. ¿Tienen golf, pistas de tenis, casino de juego, piscina climatizada, masajes o algo que justifique ese desembolso?

—Sigues sin entender, Pepe. Además de la cuota de entrada y de la cuota anual, de la que no te he hablado, esas cosas en las que estás pensando, se pagan aparte. ¿Qué más da cómo las pagues? Si tienes que pagar un millón por un diamante, ¿qué te más te da pagar medio millón por entrar en la joyería y otro medio por la pieza? Al final, vas a pagar lo mismo por lo que quieres y que solo encuentras allí. Eso es lo que trato de explicarte.

—¿Hay un diamante que te interese en ese club?

—Quizá. Uno no solo paga por tener algo especial, sino por la posibilidad de tenerlo. Igual que yo tengo mi casa de Vilarriba o mi chalé en Miraflores y no los uso habitualmente. Como tú tienes un coche que puede ir a doscientos, pero nunca pasas de ciento treinta, por ejemplo. Eso es lo que pagas al ser miembro de un club de lujo: el lujo de ser socio. Y, además, en este caso, te aseguro que hay algunas otras cosas tangibles que valen la pena. Piensa que, normalmente, los socios solo van de noche, que no es una hora pagar jugar al golf ni al tenis ni para nadar.

En ese momento, sonaron unos golpecitos en la puerta, esta se entreabrió y asomó la cabeza rubia de la agente Lago.

—Perdone, cabo, ¿molesto?

—No, pasa, Vero, ¿qué quieres?

—¿Tiene un segundo? —Miró a César— ¡Buenos días, señor Santos!

—¡Hola, agente! —contestó él con sonrisa meliflua—. ¿Quieren que salga un momento?

—No, no hace falta. De qué se trata, Vero. ¿Es algo que no pueda oír mi amigo?

—Solo quería decirle que el señor Canido ha ido a Coruña. Orjales lo está siguiendo y me pidió que se lo dijera a usted.

—Muy bien, gracias. Luego hablamos, ya estamos terminando. Espera, dile a Orjales que pida a Quintela que le eche una mano en Coruña.

Cuando terminaron, Santos le dijo a Souto que lo llamaría al día siguiente, al volver de Santiago.

Julio César Santos metió una muda y un neceser con las cosas del cuarto de baño en una pequeña bolsa de Loewe, la echó en la parte de atrás del Porsche y salió hacia Santiago después de decirle a Aurora y Remigio que no vendría a dormir aquella noche. Llegó a la entrada del Pazo de Frades tres cuartos de hora después. Dio un par de toques de claxon porque llovía y no tenía ganas de mojarse. Medio minuto después, el portón se abrió y apareció un vigilante. Santos se identificó y el hombre le indicó el paseo de grava flanqueado por viejos olmos que llevaba a la entrada del pazo.

Al aparcar ante la fachada principal del bello edificio del siglo dieciocho, vio a Katy, que lo esperaba en la puerta con una sonrisa de bienvenida. Salió del coche y dio unos rápidos pasos hacia ella. Entraron deprisa a un gran recibidor que parecía el de un castillo medieval. Suelo y paredes de piedra de sillería. Una escalera de granito que se perdía en la semi oscuridad del piso superior y, en el descansillo, una armadura bien conservada, que parecía un mayordomo de hierro vigilando la entrada. Katy lo acompañó por una puerta lateral al gran salón de la planta baja. Santos echó un vistazo a su alrededor y quedó impresionado por las dimensiones de la enorme sala, en la que había tres ambientes bien diferenciados dentro de la unidad de una decoración muy cuidada. Un gran rincón con cómodos butacones frente a una enorme lareira, una chimenea con columnas y hogar central, una zona intermedia, también con grandes butacones, sofás de cuero y una mesa de billar y, en el lado contrario, una sólida mesa de comedor para una docena de personas, con sus sillas a juego y trofeos de caza en las paredes. El techo estaba cruzado por viejas vigas de roble y el suelo cubierto de mullidas alfombras persas. Todas las lámparas y apliques eran de hierro forjado. Santos no fue capaz de descubrir ningún detalle de mal gusto.

—¿Qué te parece?

—Impresionante.

—Yo lo encuentro demasiado serio, un poco triste, ¿no crees?

—No. No me lo parece. Me encanta. Es una decoración acorde con el edificio. Quizá comprendas ahora por qué no me gusta la decoración de La Palmera. ¿Quién lo ha decorado? ¿El amigo de Rosalía Besteiro?

—No. Marcelino García encargó la restauración y la decoración del pazo a unos señores de Madrid que trabajan para Paradores Nacionales.

—Se nota.

—Me alegro de que te guste. ¿Has traído algo de equipaje?

—No, solo una bolsa. Está en la parte de atrás del coche, pide a alguien que me la suba a la habitación, por favor.

Katy llevó a Santos a un pequeño despacho, en el que le pidió que

firmara unos papeles y terminaron ciertas formalidades. Después le enseñó la planta superior, donde había otro salón, algo más pequeño, pero no menos elegante, una sala de juego y una biblioteca. De allí se accedía por una arco de piedra vista y una puerta de cristal al ala de las habitaciones, con un ancho corredor, antigua galería, que daba por un lado al patio abierto al parque, y a las habitaciones por el otro. El corredor recordaba a los de los más lujosos paradores de turismo.

—¿Quieres descansar o hacer algo antes de bajar al salón para que te presente a las chicas?

—¿Descansar? Pero si he hecho un viaje de cuarenta y cinco minutos. No, no necesito hacer nada. Solo pide que me guarden el coche y dejen la bolsa en mi habitación. Me apetece tomarme una copa —miró el reloj—, es la hora.

Echó un rápido vistazo a la habitación, decorada en estilo clásico, espaciosa y cómoda, y ni siquiera se molestó en mirar el cuarto de baño porque supuso que estaría al mismo nivel. Y lo estaba. Era de dos piezas, con paredes de mármol gris, bañera y ducha independientes y sanitarios de última generación. Santos estaba interesado en algo, o en alguien más importante que un cuarto de baño.

Cuando volvió al salón principal de la planta baja, vio a cuatro jóvenes de pie charlando junto a la mesa de billar, que se volvieron sonrientes hacia él en cuanto entró. Era cuatro chicas muy guapas, las cuatro de tez clara y pelo castaño, vestidas exactamente igual, con un vestido negro de falda corta, talle ceñido, escote generoso y tacones altos. No parecían reales en aquel sobrio decorado de castillo señorial.

Santos reconoció a tres de ellas, incluida Beata, que eran las que estaban en la fiesta del sábado en casa de García Lameiro. Saludos, presentaciones, besos y algunas frases hechas sobre la lluvia y el mal tiempo. Katy volvió a llevarse a Santos aparte y le preguntó:

—Te gusta alguna de ellas en particular.

—Sí, me gusta Beata. Deseo estar con ella en algún lugar tranquilo antes de cenar y luego, quedarme con ella esta noche. ¿Quieres que arreglemos cuentas ahora o mañana por la mañana?

—Tranquilo, César. Yo me voy ahora y te dejo con tu Bea. Ella sabe lo que hay que hacer y, por la mañana, está el contable de la gestoría en la oficina. No te preocupes y pásalo bien, es lo que pretendemos. Ya me llamarás otro día, si quieres. ¿De acuerdo?

Antes de irse, Katy llamó a Beata y habló con ella unos segundos. La chica se volvió hacia Santos y le preguntó que quería tomar. Abrió uno de los grandes muebles antiguos, a modo de arcones superpuestos, que decoraban las paredes de piedra del salón y apareció en su interior un bar con gran variedad de botellas y cristalería, además de una pequeña nevera incrustada entre los espejos del interior. Santos

echó un vistazo y eligió lo que le apetecía.

—¿Quieres tomarlo aquí o prefieres que subamos a la biblioteca?

En ese momento entraron en el salón dos señores de cierta edad, bien vestidos, con aspecto de notarios o banqueros, fumando sendos puros y hablando en alto. Dos chicas se acercaron a ellos y los llamaron por sus nombres. Santos dejó de mirarlos y se dirigió a Beata:

—Seguramente estaremos más tranquilos arriba.

Siguió a la chica, que llevaba la bandeja con la bebida y unas cosas para picar. La biblioteca no era muy grande. Era antigua, seguramente la original del pazo. Había una mesa de despacho y dos tresillos chéster de cuero verde con sus mesitas de centro de madera oscura y mármol. El detective se sentó y Beata le sirvió la copa y se sentó a su lado.

—¿No tomas nada? —le preguntó Santos.

—Ahora no, quizá más tarde. Veo que tenías prisa por conocer el club, ¿te gusta?

—No tenía ninguna prisa por conocer el club. La tenía por volver a verte, Beata. ¿O Bea? Oí a Katy llamarte así.

—Me puedes llamar como quieras. —Se acercó mucho a él y le dijo al oído—: Hay micrófonos en toda la casa, pero solo funcionan si se habla en voz alta. Te aviso.

—¿También hay cámaras?

—No, que yo sepa, excepto en una de las habitaciones, pero no en la tuya.

—Gracias por avisarme.

—De nada. O sea que tenías prisa por verme, ¡qué amable! ¿Por qué?

—¿Me lo preguntas porque quieres oír una respuesta halagadora o es que de verdad quieres saberlo?

—Te lo pregunto por decir algo. ¿De qué quieres hablar?

—De ti, claro. ¿De qué va a ser?

—¿Por qué de mí?

—Porque eres tú quien despierta mi interés. Yo estoy en mi sitio, pero es evidente que tú no estás en el tuyo. No eres de aquí, este club es un sitio especial y tú eres parte de lo que lo hace especial. Por eso.

—¿Quieres que te diga por qué estoy aquí? ¿No lo adivinas? Es mi trabajo. Vine a España porque en mi país no tenía ninguna posibilidad y estoy aquí ganándome la vida. No sé qué más quieres que te diga. —Se quedó mirando a César Santos con un gesto serio y añadió—: ¿No vas a preguntarme si me gusta lo que hago, si estoy contenta o algo parecido? Es lo que suelen preguntarme. Siempre respondo lo mismo: me gustaría más trabajar como artista de cine o casarme con un millonario. Es una pregunta bastante tonta.

—Lo es, por eso no se me ha ocurrido hacértela. Lo que me sorprende, aunque ya sé que este mundo está lleno de casualidades, es cómo has dado con este lugar precisamente.

—Alguien me ofreció un trabajo en España, me pareció interesante y acepté. Era aquí, como podía haber sido en cualquier otra parte. Supongo que no haré esto toda mi vida porque tengo estudios de contabilidad y espero encontrar algún día algo que me interese. De momento esto es lo que tengo. Lo único que pido es no dar con gente desagradable.

—Supongo que no lo dirás por mí.

—Eso tendrás que demostrarlo —dijo acercándose y dándole un suave beso en la boca.

Julio César Santos deseaba hacerle un montón de preguntas, pero no le pareció oportuno empezar a hacérselas en aquel momento. Disponía de tiempo. A las diez, bajó a cenar. Beata le dijo que le serviría la cena pero que no se sentaría con él porque había algunos otros socios en el salón y no era la costumbre. Esa fue la razón por la que la cena fue breve y Santos no quiso tomar ni postre ni café. Le pidió a Beata que subiera hielo, una botella de ron añejo y Coca-Cola a la habitación y no perdió tiempo en hablar con los socios que se habían mostrado interesados en saludarlo y charlar con él.

Una vez instalado en su cuarto, en el que había un cómodo tresillo frente a la chimenea, se quitó la chaqueta y la corbata y se puso cómodo. Beata había subido con él, había abierto la cama y le había servido la primera copa. Se quedó delante de él y le preguntó si quería que se desnudara. Él se hizo el duro, sonrió y le pidió que se sentara a su lado.

—Supongo que no tendrás ninguna prisa, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—Como no quiero que te enfríes, podemos charlar un rato, bailar y tomar unas copas antes de desnudarnos y meternos en la cama. ¿Puedes poner música?

—Claro.

Beata encendió el hilo musical, y una melodía suave y anodina inundó el ambiente. Santos le hizo un gestó con la mano para que elevara un poco el volumen. Ella lo hizo, volvió junto a él, se sentó en sus rodillas y lo abrazó. Así estuvieron un rato hasta que decidieron bailar al son casi arrítmico de aquella música indefinible, similar a la que se oye en los ascensores y pasillos de los grandes hoteles. Ella se quitó el vestido y se quedó con el sujetador y una mínima braguita. Eso hizo que el baile durara poco y dado que aún era muy pronto para dormir, se dedicaron a la otra actividad para la que están concebidas las camas.

Media hora después se levantaron y se sirvieron unas copas.

Entonces, a Santos le pareció que había llegado el momento de charlar un rato con su preciosa amiga, cuya desnudez resaltaba la blancura ligeramente rosada de su piel. Parecía una delicada pieza de porcelana. Él se puso un albornoz y se sentó en uno de los sofás, pero ella permaneció desnuda, acurrucada entre sus brazos. Con la música alta y estando tan juntos, no consideró que fuera un problema la existencia de micrófonos.

Capítulo XV

1

Orjales llamó aquella misma noche al cabo Souto.

—Cabo, estoy aquí, en Coruña, con el colega Quintela.

—¿Qué estáis haciendo? —le preguntó Souto.

—Estamos enfrente del hotel donde se aloja Suso Canido. Es un hotelito en la calle de San Andrés, muy cerca de la Plaza de Pontevedra.

—¡Vaya, qué casualidad!

—Sí, y algo más. Llegó esta tarde al hotel y esperé a ver qué hacía. Media hora después, salió y fue a una casa en la plaza. Llamé a Quintela, que vino al cabo de un rato. Me explicó que era el piso de García Lameiro. Está claro que ha venido a verlo, seguramente porque teme que su teléfono esté pinchado. Hemos estado un rato esperando a ver qué pasaba. Hace diez minutos salieron los dos juntos, García y Canido. García se fue andando por Juana de Vega y Canido ha vuelto al hotel. ¿Qué hacemos?

—Esperad un rato a ver si sale. Supongo que tendrá que ir a algún lado a cenar. Dile a Quintela que lo siga, no tiene otra cosa que hacer. Tú puedes volverte ya, no vais a estar siguiéndolo los dos. Pásame con Quintela.

Souto le pidió al agente coruñés que, si Canido salía a cenar, anotara dónde y, después, lo siguiera solo hasta las doce.

—Solo me interesa saber —añadió el cabo— si sale solo o si vuelve a reunirse con García Lameiro. Date una vuelta por el hotel mañana por la mañana, supongo que no madrugará, de modo que, si estás allí sobre las ocho, podrás controlar sus movimientos durante el día. Llámame a la hora de comer. Gracias.

El cabo Souto seguía intrigado sobre la extraña relación entre Jesús Canido y Marcelino García Lameiro. ¿Qué podría haber entre esos dos? Quizá, pensó, García tratara de ganarse la confianza de Canido para hacerle alguna faena o quizá estuvieran ambos compinchados en relación con el doble crimen y el supuesto robo. Marcelino García, por su talante de empresario, su estatus y su arrogancia, no parecía un hombre dispuesto a llegar a arreglos con un fulanillo presumido de pueblo que, además de acostarse con su mujer, le sacaba dinero. Sin embargo, tenía que haber algo entre ellos, algo turbio, sin duda. Souto

estaba llegando al convencimiento de que el asesino tenía que ser necesariamente uno de los dos. Si fuera Canido, podría ser él mismo el autor material del crimen, pues había estado en la casa de las víctimas hasta tarde y no tenía coartada. Si hubiera sido Marcelino García, era más probable que se hubiese valido de un intermediario para llevarlo a cabo. Al margen de su negocio de concesionario de marcas de automóviles, García controlaba un gran número de locales nocturnos en los que no debería ser difícil encontrar a alguien dispuesto a matar por encargo.

El cabo José Souto estaba a punto de sentarse para cenar. Miró el reloj y decidió llamar a Marcelino García Lameiro.

—¿Señor García?

—Sí, ¿quién es?

—Soy el cabo primero Souto, de Corcubión, espero no molestarlo, sé que es un poco tarde. ¿Tiene un minuto? —Souto oía ruido de voces.

—Espere un momento, estoy en un restaurante cenando con unos amigos y salgo a la puerta. —Pasaron unos segundos—. Dígame.

—¿Podría decirme, si no le importa, a qué ha ido Jesús Canido a verlo a usted hace cosa de una hora?

—¡Vaya! No sabía que me tuvieran controlado.

—No es a usted, señor García. Es a Canido.

Se produjo un largo silencio y, finalmente, García respondió a la pregunta del cabo:

—Le pedí que me diera todas las llaves que tenía del chalé de Corcubión. Se lo exigí con urgencia, para ser más exacto. Aparte de que cambié la cerradura de entrada, sé que tenía otras que le dio mi mujer. Si le digo la verdad, lo amenacé para que se asustara y le exigí que viniera a Coruña a traérmelas. No me fio en absoluto de ese gilipollas. Ya le dije que sospecho seriamente de él.

—Muy bien, muchas gracias. Buenas noches.

A Souto le irritaba profundamente la facilidad con la que García Lameiro tenía siempre una respuesta para todo. Estaba convencido de que, en aquella ocasión, la tenía preparada y había tardado en contestar para provocarlo. Era una sensación que, si lo consideraba formalmente, no podría justificar. Souto temía que la constante dificultad para hallar pruebas que confirmaran sus sospechas y suposiciones le impidiera mantener el rigor y conformarse con la realidad obligándolo a suponer más de lo que debía, en pura lógica. En múltiples ocasiones había criticado la actitud de los policías que (con frecuencia en las películas americanas) se obsesionan con la atribución de culpabilidad a alguien, sin pruebas, hasta el punto de inventarlas o falsearles. Consideraba ese comportamiento como la antítesis de su idea sobre lo que debía ser un agente de la Ley. No

podía caer él en semejante perversión, ya que incluso la certeza, lo sabía muy bien, no tiene por qué coincidir con la verdad. La certeza por convencimiento está sujeta a error impredecible, no así la evidencia por pruebas irrefutables, donde la posibilidad de error es muy remota, si no imposible. Estas consideraciones rondaban su mente cuando Lolita le sirvió la sopa y le sugirió que dejara de pensar en su trabajo mientras cenaba.

2

A esa misma hora, su amigo el detective madrileño César Santos disfrutaba de algo más que de la simple compañía de la bella Beata. Era una de las ventajas de ser socio de aquel club, que el cabo Souto no había pensado que justificaran una cuota de entrada tan elevada. según él.

En uno de los descansos entre caricias y abrazos, Beata y Santos, siempre en voz baja y con la música sonando, entablaron una conversación que él había preparado con antelación para conseguir que la chica le contara las condiciones de su trabajo. Beata no pareció tener reparos en hacerlo y Santos pensó que seguramente ella cargaba las tintas en las dificultades y sinsabores para darle lástima y provocar algún tipo de generosidad adicional.

Le contó ciertos detalles sobre su situación familiar en Rumanía, su país de origen, y la dureza del contrato que la ataba a su trabajo en el club y del que no veía forma de liberarse mientras no pagara la enorme deuda contraída con sus jefes. Santos, interesado en descubrir si se trataba de uno de los casos de explotación de los que había oído hablar, se esforzó por indagar en aquella dirección. Mostrándose no solo interesado, sino comprensivo y, sobre todo, afectuoso y algo ingenuo, le preguntó en qué consistía aquella deuda tan grande.

—¿Pediste algún crédito importante para ayudar a tu familia o comprar un piso?

—No, no, qué va. La deuda consiste en el viaje a España, la ropa, la manutención, las gestiones administrativas para obtener los papeles, la estancia aquí y todo eso.

—Pero eso —comentó Santo mostrándose indignado— no puede suponer una deuda tan enorme como para que no puedas haberla pagado en más de un año que llevas aquí, ¿no me has dicho que viniste en el verano del año pasado?

—Sí.

—¿Con cuánto te quedas de lo que pagan los socios?

—Con tres cientos euros, más las propinas.

—¡¿Solo?! Pero eso es un abuso. ¿Sabes cuánto cobran a los socios por pasar la noche con una de vosotras?

—Sí. Mil quinientos euros. Pero eso comprende la habitación y la cena.

—Aun así, me parece que os están explotando de mala manera. En un año, tendrías que haber pagado el billete de avión, la ropa y los permisos, en total no pueden suponer más de dos o tres mil euros.

—El problema no es ese, César. Tenemos que pagar la estancia y la manutención aquí, en el pazo, y nos ponen multas si hacemos algo que no les parece bien. O sea que, aunque trabajes mucho, aunque vayas a la cama con un socio todos los días, la deuda aumenta más deprisa que los ingresos. Nos pueden retener aquí varios años, hasta que consideren que ya no estamos al nivel que exigen y, entonces, te dejan marchar y te buscan trabajo en uno de sus locales para que puedas terminar de pagar lo que les debes. Nos tienen sujetas, no podemos hacer nada. Ellos tienen nuestros pasaportes, nuestros papeles, saben dónde vivimos en nuestro país, saben dónde viven nuestras familias y, aunque no nos amenacen directamente, nosotras sabemos que, si no cumplimos o nos escapamos, nuestras familias lo pagarán.

—¿Y si presentas una denuncia ante la policía, aquí, en Santiago?

—Eso es muy difícil. Tendríamos que presentarla todas juntas y eso no es posible. No tenemos libertad para ir a dónde queramos y no podemos salir nunca juntas. Siempre que salimos, vamos acompañadas por alguno de ellos. Además, ¿estás seguro de que la policía, aquí, no está comprada?

—Puede haber algún policía comprado, pero la mayoría, no. Y te aseguro que la Guardia Civil no lo está. Conozco a varios y me consta que les encantaría descubrir lo que está pasando aquí. Te puedo ayudar, ¿sabes?

—No, no, no es posible. Aquí, quizá puedas, pero en mi país, ¿qué vas a hacer? Ellos podrían hacer daño a mi familia.

—Piénsalo bien. Si quieres que te saque de aquí, lo puedo arreglar. No es necesario que pongas ninguna denuncia. Solo tienes que estar dispuesta a declarar lo que está ocurriendo cuando te interroguen; explicar que no eres libre, que tienen tus documentos y que te amenazan con hacerte daño a ti y a tu familia. Te voy a dar mi teléfono: apréndetelo de memoria, es fácil de recordar, cuando quieras algo, me llamas. Supongo que alguna vez podrás hacerlo, ¿no?

—Sí, a veces me dejan hacer alguna llamada o cuando voy a Santiago, mi acompañante, no sabe a quién llamo. Pero, aunque me ayudes a salir de aquí, ¿qué voy a hacer? ¿A dónde voy a ir?

—Eso ya lo veríamos.

—¿Y también puedes arreglar lo de mis compañeras? No eres el primero que quiere ayudarme y te lo agradezco, ¿sabes? Pero no creo

que puedas.

—Mira, Bea, sé de qué estoy hablando. Conozco gente y tengo influencias. Créeme. Si estás dispuesta a denunciar tu situación, te vuelvo a asegurar que puedo sacarte de aquí. Si cierran este club, descubrirán otras cosas en el conjunto del negocio de tus jefes y acabarán en la cárcel. Solo tienes que decirme que sí. Te insisto: piénsalo bien. Si quieres, vuelvo dentro de unos días y hablamos de nuevo. Luego tendré que irme a Madrid y tardaré en volver. Posiblemente no lo haga hasta fin de año. Podemos resolverlo antes, tengo amigos en la Guardia Civil y me consta que sospechan lo que está pasando, pero no pueden hacer nada si no hay denuncias, ¿comprendes?

Ella soltó una especie de puchero y abrazó a Santos, que no pudo seguir hablando porque el contacto del cuerpo de la chica con el suyo prendió de nuevo en él la llama del deseo sexual. Era muy difícil resistir a la tentación, ya que ambos estaban desnudos en la cama y no había ninguna razón para hacerlo. La chica no solo era demasiado atractiva para que Santos se mostrara insensible a sus encantos, sino que sabía cómo complacer a un hombre y, por otra parte, él no tenía la menor intención de desperdiciar la ocasión de disfrutar de uno de los placeres más emocionantes que ofrece la Naturaleza. Dejó de hablar, entre otras razones, porque tenía en la boca uno de los delicados pechos de la joven y porque, en aquel momento, se olvidó por completo de los problemas inherentes a la explotación de mujeres como la que tenía entre sus brazos. Se olvidó de todo lo demás y su cerebro cedió a los impulsos de partes menos refinadas de su cuerpo.

3

A las cuatro de la madrugada, Santos y su acompañante dormían plácidamente. También dormían el cabo Souto y Quintela, que había dejado de seguir a Jesús Canido después de verlo entrar en el modesto hotel de la calle de san Andrés a las doce y media. Marcelino García Lameiro dormía en su finca de San Pedro de Nos con Katy, que había llegado de La Palmera media hora antes. Pero en el hotel de Jesús Canido alguien estaba despierto. En la misma planta donde dormía el decorador, se abrió muy despacio la puerta de otra habitación. Un individuo vestido de oscuro asomó la cabeza y salió al pasillo. Se acercó a la puerta del cuarto de Canido y manipuló la cerradura hasta conseguir abrirla. Primero solo un poquito; después, lo justo para colarse dentro y volver a cerrarla sin hacer ruido. El hombre se acercó a la cama de Canido, guiado por el tenue resplandor de una linterna

que llevaba encendida dentro del bolsillo del pantalón. Se veía lo justo para no tropezar con los muebles. Se detuvo un instante. Canido dormía plácidamente, pero sus suaves ronquidos se habían interrumpido a causa del leve chasquido de una articulación del tobillo del intruso. Unos segundos después, se reanudaron los ronquidos con su ritmo pausado y ligeramente entrecortado. El intruso, invisible en la oscuridad, puso una mano enguantada en la boca de Canido y, al mismo tiempo, le clavó un largo y afilado cuchillo en la garganta seccionando la vena yugular. Esperó unos instantes, retiró el cuchillo de la garganta y se lo clavó de nuevo en el pecho, a la altura del corazón. Volvió a esperar. El hombre, en la cama, no se movía. No había podido emitir ni un quejido. Estaba muerto.

El intruso sacó la linterna del bolsillo, entró en el cuarto de baño y encendió la luz. La sangre apenas lo había salpicado en el brazo derecho porque tuvo la precaución de protegerse con la colcha. Limpió el cuchillo en el lavabo y lo guardó. Apagó la luz y salió del cuarto de baño. Con la linterna encendida, abrió el armario de la habitación. Había una bolsa de viaje pequeña, como la que lleva alguien para una sola noche. Sacó del bolsillo un envoltorio y lo metió en el fondo de la bolsa del muerto. Apagó la linterna y entreabrió la puerta. Asomó la cabeza y comprobó que no había nadie. Silencio absoluto. Salió al pasillo y regresó a su habitación.

A las ocho de la mañana, el agente Quintela estaba frente a la puerta del hotel. A las ocho y cinco, cruzó la calle, entró y le preguntó al recepcionista si el señor Canido se había ido ya. El empleado le contestó que no, que aún no había bajado a desayunar. Quintela volvió a cruzar la calle y esperó. A las once, fastidiado por la espera, volvió a preguntar. La chica de recepción que había remplazado al recepcionista de noche le dijo que seguía en la habitación.

—No creo que tarde en bajar —le dijo—, pues reservó solo para una noche y los clientes saben que tienen que dejar el cuarto libre antes de las doce.

A las doce y cuarto seguía sin bajar. La recepcionista le preguntó si quería que lo llamara. Quintela le dijo que no, que esperaría en el saloncito de la entrada leyendo el periódico. Como a la una del mediodía Jesús Canido seguía sin bajar, la recepcionista pidió a una camarera que llamara a su puerta para ver qué pasaba.

—A veces, la gente sale de noche y pierde la noción del tiempo —le dijo a Quintela—.Tenemos que despertarlos.

—Este señor no trasnochó. Vino conmigo poco después de las doce —contestó el guardia.

—Pues se quedaría mirando la tele o el ordenador hasta las tantas.

Ahora lo despertará la camarera.

La camarera bajó a decir que había llamado con insistencia y el señor no contestaba. Quintela, que iba de paisano, se identificó como guardia civil y subieron a la habitación. Al abrir la puerta, vieron a Canido en la cama, como dormido, en medio de una gran mancha de sangre.

Quintela llamó al cabo Souto y le dijo, tras comprobarlo, que Canido estaba muerto.

—Que nadie toque nada, Quintela —le ordenó Souto—, y que no entre nadie en la habitación. Ahora mismo salgo para ahí, llegaré en menos de una hora. Avisa al capitán Corredoira y pídele que, por favor, no envíe a la tropa hasta las dos y cuarto. Me gustaría llegar antes de que lo pongan todo patas arriba. Díselo, hazme el favor. Y a los del hotel diles que mantengan la boca cerrada y que no se les ocurra hablar con nadie hasta que lleguemos nosotros.

Quintela hizo lo que el cabo le pedía y se quedó en la puerta de la habitación esperando a que llegara Souto o alguien de la comandancia. Souto llamó a Orjales, que era muy buen conductor, cogieron el coche más rápido que había en el cuartelillo y salieron a toque de sirena, a toda velocidad. Tres cuartos de hora después aparcaban encima de la acera, a la puerta del hotel. Había un coche patrulla de la Guardia Civil y otro de la Policía Nacional. La zona estaba acordonada y Quintela le dijo que solo había entrado en la habitación un forense para comprobar que Canido estaba muerto. El cabo Souto suspiró aliviado. El capitán Corredoira, que acababa de llegar en ese momento, estaba en la calle charlando por teléfono con la comisaría de policía para explicar lo que habían descubierto sus agentes. Saludó con la mano al cabo Souto; este lo saludó a su vez y, sin entretenerse, subió con Orjales a la habitación.

El cabo Souto se puso unos guantes de látex e inspeccionó detenidamente el escenario del crimen; buscó en los bolsillos de la ropa de Jesús Canido por si encontraba algo interesante. No encontró nada. Miró en la bolsa que estaba en el armario y encontró un paquete pequeño envuelto en una bolsa de plástico de las que suelen utilizar las farmacias para meter las cajas de medicamentos. Cuando lo abrió, se quedó perplejo. Era un montón de joyas de aspecto valioso. Aunque solo fuera por el peso, se notaba que no se trataba de bisutería. Las extendió sobre la mesa y reconoció un colgante muy llamativo que había visto en las fotografías aportadas por Marcelino García. Tomó varias fotos con el móvil. Luego volvió a meter las joyas en la bolsa de plástico y esta, a su vez, en la bolsa de viaje. Vio una agenda encima de la mesa y la hojeó. Jesús Canido había anotado en la hoja del lunes: Coruña, y en la del martes: 12 h - Katy. Tenía suficiente. Bajó al hall y llamó a la recepcionista.

—¿Tiene un momento, por favor?

—Sí, claro.

—¿Cuántos clientes hay actualmente alojados en el hotel?

La chica buscó en el ordenador y le dijo:

—En este momento hay siete habitaciones ocupadas. Hoy han salido seis clientes. El señor Canido, de la 102, debía irse hoy también.

—Puede darme la lista de los clientes que han salido esta mañana y la hora a la que se han ido.

—Sí, un momento. —Tecleó durante un rato e imprimió una lista—. Aquí tiene. Las salidas y la hora en la que liquidaron la cuenta; puede haber una ligera variación entre el momento de abonar la cuenta y el momento de irse, aunque suele coincidir. Mire, cuando yo llegué, ya habían salido tres. Uno de ellos no desayunó, el de la 104, y abonó la factura al llegar. A los demás, los vi salir yo.

—¿Notó algo raro en los clientes que vio salir? Algo que le llamara la atención.

—No, nada. A tres los conozco porque son clientes habituales. Los otros eran gente corriente, dos parejas jóvenes y un señor mayor que llevaba aquí tres días.

—¿A qué hora llegó usted al hotel, señorita…? —Aunque la joven llevaba una chapita en la solapa de su chaquetilla, Souto no había podido leer el nombre.

—Marisa.

—Señorita Marisa.

—Llegué a las ocho y veinte.

—¿Quién estaba en la recepción?

—Mi compañero, Javier.

Souto se quedó mirándola.

—Javier Martínez. Supongo que se ha ido a dormir. No volverá hasta la ocho de la noche.

—¿Podría darme su teléfono personal? ¿Lo tiene? Necesito hablar con él antes.

Marisa buscó en una agenda y le dio el teléfono al cabo.

—Gracias. ¿Me deja ver la ficha del señor de la habitación 104, ese que se fue sin desayunar esta mañana?

—Bueno, usted ya sabe que, en principio, no podemos dar esa información…

—Mire, Marisa, hay un hombre asesinado ahí arriba. El cliente de la 104 se fue temprano esta mañana sin desayunar y eso me resulta sospechoso. Como comprenderá, es muy importante. La policía le pedirá luego las fichas de todos los clientes, pero yo necesito ver esa ahora. Por favor, no me haga perder tiempo.

La recepcionista imprimió una hoja de papel y se la entregó al cabo. Este le echó un vistazo, se la dio a Orjales y le dijo que se pusiera en

marcha con Quintela para averiguar lo que pudiera. Luego llamó al recepcionista de noche, Javier Martínez. Se puso al teléfono su mujer y le dijo que estaba durmiendo. Souto le explicó que había habido un asesinato en el hotel aquella noche y que necesitaba hablar con él urgentemente.

—Dígale, por favor, si puede venir ahora al hotel. Y, si tiene algún problema, voy a verlo yo ahora mismo a su casa.

—Espere, espere. ¿Un asesinato dice? ¡Jesús! No cuelgue. —Souto oyó las voces de la mujer llamando a su marido. Un minuto después, Javier Martínez se puso al teléfono y preguntó con voz ronca:

—¿Qué ha pasado?

Souto le explicó lo ocurrido y el hombre le dijo que iba enseguida. Souto le dio las gracias y lo esperó. La declaración del recepcionista de noche era fundamental para saber si el asesino se había alojado en el hotel o había entrado y salido de noche. Según Marisa, a las doce, se cerraba la puerta de entrada, de modo que quien llegara después de esa hora tenía que llamar, por lo tanto, parecía más lógico pensar que el asesino sabía que Canido se alojaría en el hotel y habría reservado una habitación. Javier Martínez llegó unos veinte minutos después y Souto lo cogió por un brazo y se lo llevó a un rincón del salón. Le pidió que le dijera, en primer lugar, si había entrado o salido alguien de madrugada, alguien que no estuviera alojado en el hotel. Martínez le contestó que no. Nadie había venido después de la una y nadie había salido hasta las siete de la mañana. Souto le preguntó por el cliente de la 104. El recepcionista le dijo que se trataba de un hombre más bien bajo, de complexión fuerte y aspecto serio. No vestía de traje, sino que llevaba vaqueros, un jersey de cuello alto y cazadora de cuero. Llegó a las nueve y media y preguntó si había habitación. En esta época y entre semana, siempre hay habitaciones libres, y la gente no reserva. Cuando firmó la ficha, dijo que quería pagar porque tenía que irse temprano y no pensaba desayunar. Se fue a las siete o siete y cinco.

—¿Llevaba equipaje?

—Solo una bolsa de deporte.

—¿Le enseñó su carné de identidad o un pasaporte?

—Sí, me dejó el DNI. Le hice una fotocopia. Sus datos están en la ficha.

—Se lo dejó toda la noche y lo recogió por la mañana o…

—No —lo cortó Martínez—. Me lo dejó, tomé los datos, hice la fotocopia y se lo devolví. Ya le dije que pagó al llegar. Pero tengo que decirle algo, agente: no era el DNI original, era una fotocopia. Me dijo que había perdido la cartera hacía unos días y que afortunadamente tenía una fotocopia en el ordenador. Según él, estaba en Coruña precisamente para solicitar uno nuevo.

—¡Vaya hombre! ¿Tenía algún acento en particular? Gallego, castellano, extranjero.

—No noté nada. La verdad es que habló muy poco. Según el carné de identidad, es de Santiago.

—¿Comprobó, al menos, si su cara coincidía con la foto del DNI?

—Sí, sí. Eso lo hago siempre.

El cabo tenía que darse prisa. Sabía que un asesinato en la ciudad era competencia de la Policía Nacional y, por tanto, en cualquier momento se vería obligado a ceder la iniciativa. Le hizo una cuantas preguntas más al recepcionista y, cuando pensó que tenía lo que necesitaba, fue en busca del capitán Corredoira. En ese momento lo llamó Orjales.

—Cabo, el DNI del tipo de la 104 es falso. Corresponde a un tal Antonio Seoane López, que murió hace dos años.

—Me lo temía —contestó lacónico Souto—. ¿Dónde estás?

—Aquí, en la puerta.

—Bien. Espérame ahí. Voy a buscar al capitán y nos volvemos a casa.

El capitán Corredoira estaba hablando con un inspector de la Policía Nacional, en el pasillo del primer piso. El cabo Souto le dijo que se volvía a Corcubión y que le enviaría un informe con todo lo que tenía hasta ese momento. Corredoira lo autorizó a marcharse con un:

—Lo llamaré esta tarde.

Durante el recorrido de vuelta, esta vez respetando los límites de velocidad y sin sirena, el cabo Souto, según su costumbre, se puso a reflexionar en voz alta. Orjales, que conducía relajado, escuchaba sin decir nada porque sabía muy bien que, en realidad, Souto no hablaba con él, sino consigo mismo.

—Ahora, solo nos queda un sospechoso: Marcelino García. En cambio, tenemos que buscar algo nuevo. ¿Quién mató a Jesús Canido? Todo indica que García encargó el asesinato a alguien. Estoy seguro de que, esta vez, tiene una coartada perfecta. Las razones para que se cargara al decorador no pueden ser muchas. Una, Canido le hacía chantaje porque sabía algo, por ejemplo, que fue él quien mató a su mujer y a su suegra. Otra: Marcelino García sabía que había sido Canido quien lo había hecho, además de robar a las víctimas. Harto del personaje que, además le ponía los cuernos, decidió tomarse la justicia por su cuenta.

El cabo se quedó callado un buen rato, mirando el paisaje.

—Y, luego —continuó de pronto, como si se acordara de algo—, está la coña de las joyas en la bolsa de Canido.

—¿Qué dices, Holmes? —preguntó Orjales sin apartar la vista de la carretera.

—Que lo de las joyas me suena a coña. No me creo que Canido hubiera ido a Coruña a ver a Marcelino García llevando en su bolsa de viaje las joyas que supuestamente había robado. ¿Por qué iba a hacerlo? No me lo creo, Orjales. Las joyas estarían vendidas o escondidas. Lo que sí me creería es que García le hubiera dado las joyas al asesino para que las dejara en la habitación. Así, ya no habría duda de que el decorador era quien había matado a su mujer y su suegra y, además, les había robado. El muerto no podría defenderse y la prueba era difícilmente refutable. Él recuperaba las joyas y quedaba libre de toda sospecha. Demasiado evidente, demasiado fácil, ¿no te parece? Ciertamente, las sospechas recaerán sobre Jesús Canido, pero Marcelino García no se queda libre de ellas. Porque, ¿qué fue a hacer realmente Canido al domicilio de García en la tarde del día anterior? Devolverle las llaves del chalé, dijo García. ¿Es necesario ir a Coruña para eso? ¿Reservar una habitación en un hotel y pasar la noche en una ciudad que está a menos de una hora en coche? Canido no había ido allí para divertirse por la noche, ya que volvió al hotel después de cenar. Según su agenda, tenía cita con Katy a las doce de hoy. ¡Qué raro! Habrá que preguntarle a ella, aunque supongo que tendrá preparada una respuesta de antemano. Quizá supiera también que Canido no iba a acudir a la cita.

Capítulo XVI

1

El cabo José Souto y Orjales comieron juntos en la cantina del cuartelillo. Inmediatamente después, el cabo llamó a la jueza de Corcubión para informarla del asesinato de Jesús Canido y pedirle una orden para registrar su piso. A continuación, convocó una reunión en su despacho con Orjales, Taboada y Verónica Lago.

—Esta es la situación —empezó el cabo muy serio—: tenemos un sospechoso, y solo uno, del asesinato de Jesús Canido. Ya imagináis de quién estoy hablando. Marcelino García Lameiro es, de momento, la única persona que podría estar interesada en la muerte del decorador. La policía de Coruña lo interrogará y ya veremos cuál es su coartada, porque estoy seguro de que la tiene. Tú, Vero, te vas a encargar de ponerte en contacto con el agente Quintela de Coruña, que se encargará de pasarnos la información que obtenga de la comisaría central. Él te pasará los informes de la policía científica, de la autopsia y de los avances de la Policía Nacional. Este asunto no lo podemos llevar nosotros, pero eso no nos impide investigar por nuestra cuenta, pues está relacionado con el crimen del chalé de Redonda. De todas formas, ya sabéis que yo pienso que Marcelino García también es sospechoso de ese crimen; por lo tanto, nos vamos a centrar en él.

—¿Y lo de las joyas, en qué va a quedar? —preguntó la agente Lago, que ya sabía que las habían encontrado.

—Las joyas que encontramos refuerzan mi tesis de que el asesino de las señoras es Marcelino García. No me encaja en absoluto que Jesús Canido se anduviera paseando de un lado a otro con algo tan peligroso, si se encontraba en su posesión. Lo normal sería que se hubiera deshecho de ellas lo antes posible o las hubiese escondido bajo tierra, es un decir. En cambio, sí me encaja que García hubiera hecho que las metieran en su bolsa de viaje en el hotel para que su culpabilidad fuera evidente. Tenía lo robado y estaba muerto, de modo que no podía dar explicaciones, ¿qué más se puede pedir? Estoy seguro de que la fiscalía de Coruña estará de acuerdo conmigo, si logramos que procesen a García.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Aurelio Taboada.

—Lo primero será registrar el piso de Canido. A ver si encontramos papeles, correos electrónicos, dinero o extractos de sus cuentas,

etcétera. Aurelio, haz el favor de llamar al juzgado y pregúntale a Manuel Veiga, el oficial, si ya tiene la orden de la Jueza. Llama ahora y dile que es urgente. —Taboada se levantó y salió del despacho—. Lo segundo, ya que tenemos una fotocopia del DNI que llevaba el sospechoso del hotel, es ampliar su fotografía, hacer copias y empezar a preguntar aquí, de momento, a ver si alguien lo conoce o lo ha visto. Enseñádsela a Manuela, por si el tipo hubiera estado en el chalé de los Besteiro alguna vez, y a la hermana de Canido. Pediré que hagan lo mismo en los locales de García Lameiro de Coruña y provincia. El DNI es falso, pero la foto debe de coincidir porque el recepcionista me aseguró que lo había comprobado. No sé si os dije que era una fotocopia. Eso quiere decir que el tipo no tuvo más que pegar su foto encima del original y fotocopiarlo. Es una pequeña pista, pero por algo hay que empezar.

En ese momento le pasaron al cabo una llamada del capitán Corredoira. Souto le explicó lo que pensaba y lo que estaba haciendo. Durante un buen rato, Souto escuchó en silencio, mientras Vero y Orjales no le quitaban ojo. Cuando terminó, Taboada había vuelto y dijo que la jueza ya había firmado la orden.

—Vamos los cuatro ahora mismo a buscarla. Hay que registrar el piso de arriba abajo, antes de que alguien se nos adelante.

El piso de Jesús Canido estaba en el centro de Cee. Los guardias no necesitaron llamar a un cerrajero porque la puerta no estaba cerrada con vuelta de llave. Eso le extrañó a Souto, pues si se había ido de viaje a A Coruña, lo normal es que cerrara bien la puerta. Cuando Orjales estaba introduciendo un trozo de plástico entre la puerta y el marco para forzar el resbalón, se abrió la puerta de enfrente del rellano y se asomó una señora que parecía asustada.

Al ver los uniformes de los guardias civiles, le cambió la cara y exclamó:

—¡Ah, esta vez es la guardia Civil! ¡Qué susto me habían dado!

—¿Por qué dice eso, señora? —le preguntó el cabo Holmes.

—Porque ayer por la tarde vino otro señor y, después de llamar varias veces, como no contestaban, abrió la puerta y entró. Lo vi por la mirilla.

—¿No era el señor Canido?

—No señor. A Suso lo conozco muy bien y, además, ayer se fue a Coruña. Me lo dijo por la mañana.

—Y dice que abrió la puerta, ¿tenía la llave?

—Pues sí, debía de tenerla, no le vi forzar la cerradura.

—¿No le pareció raro que un extraño entrara en el piso de su vecino?

—Bueno, no sé. A lo mejor era un amigo suyo. A su piso viene

bastante gente, ¿sabe? Amigos, supongo, o clientes. Es decorador.

—Cuando no está él, ¿también vienen?

—Qué quiere que le diga. Una cosa es que yo vea quién viene y otra que me meta en su vida. ¡Yo qué sé quiénes son! Ayer miré por la mirilla porque el señor llevaba llamando un rato y lo oí.

—¿Vio cómo era ese señor?

—Claro que lo vi. La primera vez, abrí la puerta para decirle que Suso estaba fuera; se volvió, me echó una mirada como si estuviera enfadado y no me hizo caso. Era un hombre más bien bajo, feo y mal encarado. Llevaba una cazadora de cuero negra. Me dio un poco de miedo y cerré la puerta, pero seguí mirando por la mirilla.

—¿Qué hora era?

—Las seis de la tarde. Estaba viendo mi serie en la televisión.

—¿Sabe si estuvo mucho rato?

—Estuvo poco tiempo. Ni cinco minutos. Salió dando un portazo muy fuerte. Me asomé a la ventana y lo vi marcharse. Se subió a una camioneta de color verde.

—¿Una camioneta verde? No vería usted la matrícula, claro.

—Pues no, señor, ni me fijé. ¿Cree que pudo ser un ladrón?

—Seguro, señora. Seguro.

—Y en tan poco tiempo, ¿cómo podría robar algo?

—Los profesionales van a tiro fijo, saben dónde guarda la gente el dinero y las joyas. ¿A que usted las guarda en una cajita en su dormitorio?

—Pues sí —contestó la mujer poniendo cara de sorpresa.

—Ya lo ve. Oiga, ¿recuerda algo que le llamara la atención en esa camioneta verde en la que se fue el hombre?

—Pues, no. Solo que era grande y verde. No me fijé en nada más.

Souto le dio las gracias a la buena mujer y entró en el piso de Canido diciéndole a la agente Lago, que estaba junto a él:

—Menos mal que hay gente cotilla. No te olvides de enseñarle la foto del sospechoso.

El piso de Jesús Canido era nuevo, de unos noventa metros cuadrados. Salón con balcón, dos dormitorios, dos pequeños cuartos de baño, cocina y tendedero. Estaba muy limpio y arreglado. No había nada fuera de su sitio. La cama estaba hecha y la cocina recogida. La decoración era amanerada y recargada, pero no era eso lo que interesaba a los guardias. Se pusieron guantes de látex y registraron el piso minuciosamente. Encontraron en el cajón congelador de la nevera un envoltorio de papel de aluminio con unas cuantas joyas. Estaba colocado encima de unas bolsas de croquetas y había sido guardado recientemente, ya que el papel de aluminio aún conservaba el aspecto liso de nuevo y no el arrugado del que lleva tiempo congelado. En cuanto a los documentos, para no entretenerse demasiado

analizándolos en el piso, se llevaron todas las carpetas que había en uno de los cajones de un aparador, en el salón. Como el ordenador de sobremesa se abría con un pin, decidieron llevárselo también para que un experto lo abriera en el cuartelillo. Dejaron todo bastante revuelto, pero no consideraron que fuera un inconveniente, dado que el propietario del piso estaba muerto.

Una vez fuera, llamaron a la puerta de la vecina. La señora abrió al instante, como si estuviera aún con un ojo en la mirilla. Santos le preguntó:

—¿Sabe usted si Jesús Canido tiene una muchacha o una asistenta?

—Sí señor. Tiene una asistenta que viene dos veces por semana para limpiar y para planchar. Es la misma que viene a mi casa. Se llama Juani.

—Muy bien. ¿Me haría usted el favor de darle un recado?

—Claro, dígame.

—Primero, que no se asuste si ve todo un poco revuelto en el piso, hemos tenido que registrar, ¿comprende? —La mujer escuchaba con la boca abierta—. Y segundo, que haga el favor de pasar, cuando pueda, por el cuartel de la Guardia Civil y que pregunte por mí. Soy el cabo José Souto.

—Sí, señor. Ya sé quién es usted. Lo conozco. ¿Le ha pasado algo a Suso?

—El señor Canido ha fallecido la noche pasada.

—¡Virgen santa! —exclamó con un suspiro la mujer santiguándose —. ¿Qué le ha pasado? ¿Ha tenido algún accidente?

—Algo así. No se olvide, dígale a Juani que venga a verme. Muchas gracias. Usted se llama…

—Asunción, para servirlo.

—Muchas gracias, Asunción, es usted muy simpática. Buenas tardes.

2

El detective Julio César Santos, que había regresado a su finca de Vilarriba a mediodía, durmió una larga siesta aquella tarde para recuperar el sueño perdido tras una noche en la que su agradable compañía no le había permitido dormir cuanto hubiera deseado ni levantarse tan tarde como solía. Se despidió de la bella Beata prometiéndole volver a verla en cuanto pudiera. Al fin y al cabo, al millonario detective le parecía que el precio pagado por una buena cena y una noche en aquel elegante pazo gallego, acompañado por una preciosidad como su nueva amiga, no era demasiado alto. Si

además conseguía liberarla de aquella situación tan humillante y abusiva y proporcionar a su amigo José Souto información sobre la más que dudosa legalidad del club de Marcelino García, habría conseguido compaginar lo útil con lo agradable, el placer con el trabajo. Lo de «el trabajo» lo pensó en plan de justificación.

Sobre las ocho de la noche, llamó al cabo José Souto, que se disponía a cerrar sus carpetas y marcharse a su casa, tras una jornada especialmente agitada.

—Oye, Holmes, ¿por qué no te pasas por mi casa a tomar un vino antes de irte a la tuya? Tengo algo que contarte que te puede interesar.

—Muy bien. Estaré ahí en diez minutos, estoy saliendo del cuartel.

Cuando el cabo Souto llegó a la finca de su amigo, este ya tenía preparado un ligero aperitivo en la galería. Vino frío, cerveza helada y unas croquetas de queso que sobraron del mediodía.

—¿Qué me tienes que contar? —le preguntó el cabo.

—Estuve en el Pazo de Frades, ya sabes, en Santiago.

—El famoso club.

—Exacto. El sitio no está nada mal. Lujo, tranquilidad, buen gusto y buena organización.

—Y tías buenas —añadió Souto sabiendo que a Santos le iba a molestar.

—A eso iba, Pepe —siguió Santos, como si no lo hubiera oído—. Chicas de países del este, extraordinarias, pero…

—¡Siempre hay un pero!

—Pero, explotadas. Es decir: contratadas en unas condiciones realmente leoninas. Ya conoces el sistema, supongo. Les pagan el viaje, les compran cuatro trapos, les consiguen papeles y, después, las tienen prácticamente encerradas. No pueden salir solas, les retienen el pasaporte, les cobran la estancia, la manutención, etcétera, etcétera. Por mucho que ganen en teoría acostándose con los socios, nunca consiguen saldar la deuda. Los gastos, los intereses y las penalizaciones son superiores a los ingresos. El arma de la organización es la amenaza contra sus familias en los países de origen.

—Y todo eso te lo contó la primera chica con la que te acostaste, ¿no?

—No es tan simple, Pepe y, por favor, no seas destructivo. Escucha, las habitaciones del pazo tienen micrófonos y, algunas, cámaras. ¿Te parece normal en un club social? Estuve con una chica que, en principio, estaría dispuesta a declarar ante un juez. Pero tiene miedo. No quiere presentar denuncia por temor a represalias contra su familia en Rumanía. Me quedan algunos cabos por atar, pero lo conseguiré. Va en serio, Pepe. Puedo aportaros pruebas de lo que estáis buscando. He entrado en el tinglado y quizá siga descubriendo cosas. Esa chica

confía en mí.

—Y tú, ¿confías en ella?

—¿A qué te refieres?

—A lo mejor te has olvidado ya de las veces en las que confiaste en mujeres maravillosas y casi te dejas el pellejo. ¿Cómo sabes que esa chica no le va a ir con el cuento a sus jefes y te vas a meter en otro lío?

—¿Qué te pasa, Pepe? ¿Estás de mal humor? ¿Has tenido un mal día? Te estoy poniendo en bandeja la posibilidad de desmantelar un negocio de trata de blancas, ¿y eso es todo lo que me contestas? Me dijiste que la Guardia Civil estaba investigando la actividad del pazo. «Yo» he estado allí y he visto lo que pasa; te estoy diciendo que una de las chicas estaría dispuesta a aceptar mi ayuda y declarar, ¿qué más quieres?

—Mira, César, hoy ha sido un día horrible y estoy cansado. Han asesinado esta noche en Coruña a Jesús Canido. — A Santos le cambió la cara—. Sí, el amante de la mujer de García Lameiro. Fuiste tú quien me dijo que la señora tenía un amante y que había estado con ella la noche del crimen, ¿te acuerdas? Pues se lo han cargado. ¿Por qué no tomamos este vino tranquilamente y mañana, si quieres, hablamos de tu club, de la trata de blancas y de lo que quieras?

—¡Coño, Pepe!, me dejas de piedra. O sea que se han cargado a ese tipo. Era uno de los principales sospechosos del doble crimen, ¿no? ¿Qué vas a hacer ahora?

—Descansar, César. Tenía dos sospechosos y ahora solo tengo uno. Pues eso es un cincuenta por ciento menos de trabajo. Venga, sírveme otro vino.

—Déjate de coñas. —Le sirvió otra copa—. El asunto es más serio de lo que parecía al principio.

—¿No te parecía serio que alguien se hubiera cargado a las dos pobres señoras?

—Ya me entiendes.

José Souto se rindió. Sabía que, cuando Santos empezaba a tirar del hilo, no lo soltaba fácilmente y, además, necesitaba desahogarse. De modo que le contó lo que había pasado, el hallazgo de las joyas en A Coruña y en el piso de Canido, sus sospechas, sus dudas y todo cuanto se le ocurrió a medida que iba pensando en lo sucedido. Santos lo escuchó sin interrumpirlo y le dejó hablar. Si no fuera por el cansancio del cabo y el efecto relajante del albariño (del que ya habían terminado la primera botella), seguramente no habría obtenido toda aquella jugosa información.

Cuando Souto le habló de la visita al piso de Jesús Canido y de los comentarios de la vecina, Santos reaccionó.

—¡Espera! El tipo que fue a casa de Canido, ¿se marchó en una

camioneta verde?

—Sí, ¿qué pasa?

—Seguramente es una casualidad, pero cuando salí esta mañana del Pazo de Frades, había una camioneta verde aparcada junto a la verja.

—¿Seguro?

—Completamente. Una furgoneta verde bastante grande. En la puerta del conductor había un dibujo, no recuerdo muy bien si era un crucero o algo así y ponía «Pazo de Frades». Lo vi perfectamente mientras me abrían.

—Me encantan las casualidades —dijo para sí el cabo. Saco el móvil y apuntó algo. Luego miró el reloj y dijo—: me tengo que ir. Gracias por el vino. Llámame mañana por la mañana. Charlaremos de tu chica y del club. ¿Vale? Por cierto, si vuelves a ver esa camioneta verde, ¿te importaría anotar la matrícula?

—¡No me lo puedo creer, me estás pidiendo que te ayude!

—Sí. Igual que la vecina cotilla de Canido. Te he ascendido a la categoría de testigo. No te quejes.

3

Al día siguiente, por la mañana, Santos fue al cuartel de la Guardia Civil a las once y media. Estuvo charlando durante media hora con el cabo Souto, que estaba ya más relajado, y le contó con más detalle lo que no había podido contarle la víspera sobre el club del Pazo de Frades. Souto escuchó pacientemente, sin interrumpirlo, y tomó algunas notas.

—¿Piensas volver? —le preguntó.

—Sí. Dado que no para de llover y no sé qué hacer, pensaba hacer hoy una visita turística a Santiago y después darme una vuelta por el club. Aún no he decidido si quedarme a dormir o no. Depende.

—No te emociones, te voy a pedir otro favor. —Sacó una copia de la foto del sospechoso y se la dio—. Si ves a alguien parecido a este individuo por el Pazo de Frades, dímelo. Es un tipo bajo y fuerte.

—La foto es malísima, tío. No sé yo…

—Está sacada de un carné de identidad, es todo lo que tenemos.

—Vale, me fijaré en la gente que hay por allí, aunque he visto pocos hombres.

—Gracias.

César Santos se fue porque Souto le dijo que estaba hasta arriba de trabajo y sus colaboradores lo esperaban impacientes en el pasillo.

Desde el coche, llamó al club para avisar de que iría por la tarde.

De Corcubión, salió directamente hacia Santiago con la idea de visitar algunos monumentos, para lo que se había provisto de una Guía Verde Michelin. En Santiago, compró un móvil de prepago para dárselo a Beata.

Sobre las siete de la tarde llegó al club. Le abrió el portón el mismo vigilante de la vez anterior. A Santos le sonó su cara y se fijó. Para poder verlo durante más tiempo le hizo un comentario sobre la lluvia y le dio veinte euros, pero el hombre no estaba para charlas con la que estaba cayendo y no se entretuvo. Le dio las gracias, mantuvo el portón abierto, saludó amablemente a pesar de su mala cara y, cuando Santos arrancó, lo volvió a cerrar. Cuando llegó a la entrada principal, se detuvo un momento para mirar la foto que le había dado Souto y le pareció que podría ser la misma persona, pues además de cierto parecido, era un tipo fuerte y tirando a bajo. Decidió fijarse mejor cuando se fuera.

Al entrar, salió a ayudarlo a quitarse el abrigo una chica que no era Beata y enseguida apareció Katy, que lo saludó muy sonriente y lo invitó a pasar un momento a su pequeño despacho-oficina,

—¿Me he dejado algún papel sin firmar? —preguntó Santos.

—No, no. Todo está bien. Solo quería comentarte alguna cosilla. Verás, el otro día apenas te lo mencioné, pero tenemos un catálogo de modelos de Madrid y de Barcelona que puedes hojear cuando quieras. Hay algunas modelos excepcionales, un verdadero lujo. Si te interesa alguna, no tienes más que decirlo. Pueden tardar un par de días en venir, pero valen la pena. Tú no tienes que arreglar nada con ellas, nosotros nos encargamos de todo.

—Mujer, no pensarás que vengo a Santiago para hacer venir a una chica de Madrid. Vivo allí y te puedo asegurar que no tengo ningún problema para contactar con mujeres de mi gusto.

—Ya, hombre, ya me imagino. Pero, créeme, estas modelos son fantásticas y te sorprendería saber quién ha contratado a alguna más de una vez, aquí, en Santiago.

—Gracias, Katy, de verdad. No es mi estilo contratar mujeres por catálogo. Ni mujeres ni nada. Cuando quiero estar con una mujer, me gusta elegirla personalmente, conocerla y tratarla, antes de ir más adelante. Cada uno tiene su manera de ser.

—Vale, vale. Te comprendo. Solo te lo decía por si acaso. ¿Quieres estar otra vez con Beata o prefieres alguna de las otras chicas?

—Sí, quisiera estar con Beata, me ha gustado mucho esa chica. Supongo que estará libre, por eso he venido temprano.

—Sí, está libre. Aún no ha venido ningún socio, es un poco pronto. Ahora la llamo.

Beata apareció poco después vestida de negro, como las demás chicas del club, y saludó a Santos. Katy se fue y ellos se quedaron en

un rincón del salón principal, donde Beata le sirvió a Santos una copa. Estaba preocupada y el detective lo notó.

—¿Qué te pasa?

—Katy me echó una bronca.

—¿Por qué?

Beata se sentó junto a él y le explicó en voz baja.

—Me dijo que había puesto la música muy fuerte y que hablábamos muy bajo. «¿Para qué te crees que nos gastamos el dinero en micrófonos en las habitaciones?», me preguntó. Estaba muy enfadada y me puso una multa. No sé si sospechará algo de lo que estuvimos hablando. A eso le tienen mucho miedo, a que algún policía se haga pasar por socio y los descubra. Nos amenazan constantemente para que no nos vayamos de la lengua. Ya te dije que era muy difícil que pudieras ayudarme. Si se enteran de lo que hablamos, estoy perdida. Harán daño a mi familia y me quedaré sin papeles, ilegal, y me mandarán a casa.

Santos la abrazó e intentó tranquilizarla.

—No debes preocuparte, Beata. Si me dices que estás dispuesta a declarar sobre tu situación, yo me encargaré de que haya una inspección de la Guardia Civil y os llamen a todas a declarar. No serás más sospechosa que ninguna de tus compañeras. Si os llaman a declarar, estás obligada a hacerlo y no podrán impedírtelo. Este club lo van a cerrar tarde o temprano, no te quepa duda. Yo te ayudaré y te buscaré algo por aquí o en Madrid, si prefieres. Solo tienes que decirme que estás dispuesta a declarar cuanto te cite el juez, lo mismo que me has dicho a mí: la verdad de lo que pasa aquí.

César Santos le pidió subir a la habitación. Quería estar a solas con ella, pero no pasar toda la noche. Beata le dijo que le iba a costar igual, pero a él no le importó y subieron al cuarto hasta la hora de cenar. Hablaron de cosas intrascendentes e hicieron el amor sin apasionamiento, como suele hacerse cuando media un precio, aunque con placer. Mientras se vestían, Santos le dio el teléfono que había comprado para ella.

—Toma. Escóndelo bien y úsalo para llamarme o para lo que quieras. Tienes cien euros de llamadas en la tarjeta.

Ella se quedó mirándolo un momento, sonrió y le dio las gracias con un largo beso en los labios. Santos se consideró suficientemente pagado por el detalle. Después, le preguntó en voz baja y al oído si sabía cómo se llamaba el vigilante que estaba a la entrada de la finca.

—Me gusta saludar a la gente por su nombre en los sitios a los que voy regularmente—añadió como explicación.

—Se llama Salgueiro —dijo ella—. Así lo llaman todos aquí, no sé el nombre de pila. Lo que sí sé es que estuvo hasta hace poco en la cárcel, pero no me preguntes por qué.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo la cocinera. Mira, César, aquí pasamos mucho tiempo sin hacer nada. Cuando terminamos de limpiar y arreglar las habitaciones, si hay que arreglar alguna, no tenemos nada más que hacer que esperar y charlamos unos con otros, nos contamos historias y nos enteramos de cosas.

—¿Hay más vigilantes en el club?

—Sí, hay otro, Pablo. Un chico joven más simpático que Salgueiro, que es muy seco y nunca habla con nadie más que con la jefa.

Santos cenó y, antes de irse, le dio a Beata quinientos euros diciéndole que eran para ella. Luego pasó por la oficina, donde aún estaba Katy y liquidó su cuenta. Katy le preguntó:

—¿Vas a volver alguna vez por La Palmera, César?

—Ya ni me acordaba de La Palmera —respondió él displicente.

—Allí suelo estar yo por las noches.

—Me diste calabazas cuando me insinué la otra vez, Katy. ¿Ya no te acuerdas?

—No me interpretes mal. Te dije que no era el día o algo así. Pero te dejé una puerta abierta. Pensaba que te acordarías.

—Si quieres que te diga la verdad, me gusta más este club que aquel… Bueno, no lo calificaré para no molestarte. Pensé que te habrías dado cuenta.

—Claro, por eso te propuse el club. Aquí también podemos estar algún rato juntos, César. No siempre, pero si un día te apetece y me llamas, te diré cuándo puedo.

—¿A la misma tarifa que las chicas? —preguntó Santos en tono cínico, consciente de su impertinencia, casi grosería.

A Katy le molestó la pregunta y no le contestó. Solo dijo:

—¿Te vas?

—Sí. Prefiero dormir en mi casa. Tengo cosas que hacer por la mañana.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo en Galicia?

—No, seguramente me marcharé la semana que viene y ya no volveré hasta fin de año. Suelo pasarlo aquí con unos amigos.

—El treinta y uno de diciembre hacemos aquí una gran fiesta. Si te animas, ya sabes, no tienes más que darme un telefonazo.

—Gracias, pero no cuentes conmigo. Yo también doy una fiesta en mi casa de Corcubión en Noche Vieja.

Al salir, César Santos vio la camioneta verde aparcada allí cerca. Era de noche y no podía ver la matrícula ni acercarse porque Salgueiro ya le estaba abriendo el portón. Santos le dio las gracias llamándolo por su nombre. Él respondió y lo llamó señor Santos. Miró el reloj, eran las once y cinco de la noche. Pensó: a las doce en casa, metió primera y aceleró.

Capítulo XVII

1

A las once de la mañana del día siguiente, César Santos llamó al cabo Souto para decirle que no había podido tomar la matrícula de la camioneta verde del Pazo de Frades porque, aunque la vio, era de noche, estaba un poco apartada y no pudo bajarse a mirar, ya que el vigilante estaba allí. En cuanto al vigilante, le confirmó que podría muy bien ser el tipo de la foto, se parecía bastante y su complexión coincidía. También le dijo que se llamaba Salgueiro y que había estado en prisión hasta no hacía mucho.

—Con esos datos —le dijo Santos a su amigo—, a la Guardia Civil no le será difícil dar con él. En cuanto a la camioneta, debe de entrar y salir del pazo con frecuencia, o sea que alguno de los agentes que vigilan el club, podrá tomar la matrícula. Así podéis verificar si pasó por los peajes de la autopista en la tarde del lunes y, también, si estuvo en Cee.

—Macho, te has pasado. Estoy por contratarte —le comentó el cabo a Santos—. El problema es cómo le explico yo al capitán Corredoira que he averiguado todo eso desde aquí.

—Ese es tu problema, Holmes. En cuanto a la chica del club, te confirmo que está dispuesta a declarar si la citan, pero no se atreve a denunciar. La tienen vigilada de cerca y ya le han echado una bronca por hablar en voz baja conmigo en la habitación y no facilitar que se grabaran nuestras conversaciones. Le he comprado un teléfono de prepago para que pueda llamarme, pero tenemos que andarnos con mucho ojo.

—Tú eres el que debe andarse con ojo, César. Si esa gente se huele algo, te la juegas, tú el primero. ¿Vas a volver por allí?

—No lo sé, depende de lo que hagáis vosotros y de si la chica me llama o no. No sé si merece la pena jugarse el tipo por una quijotada, pero te aseguro que, si la conocieras, te daría pena y harías lo mismo que intento hacer yo.

—Vale, tío, espera un momento que me seque las lágrimas. Ahora escucha, César —le dijo muy serio el cabo—, si vuelves a ese club, llámame todos los días a media tarde, por la noche y a primera hora de la mañana. No dejes de hacerlo bajo ningún concepto. Si no recibo esas llamadas tomaré medidas antisecuestro. No quiero que te pase lo

de otras veces. Prométeme que te lo tomarás en serio.

—De acuerdo, Pepe. Lo haré.

—Muy bien. Hoy voy a estar todo el día muy liado, hablamos mañana.

Santos miró el cielo y como, milagrosamente, estaba casi del todo despejado, decidió dar un paseo por la ría en su lancha y llamar a Marimar para comer.

El cabo Souto, empezó a redactar un informe para el capitán Corredoira de la comandancia; al mismo tiempo, preparó unas notas para informar a la jueza de Corcubión sobre la evolución de la investigación en curso. Como el asesinato de Canido tuvo lugar en A Coruña, Souto ya no podía actuar en tanto que policía judicial, como en Cee y Corcubión, por lo que sus pesquisas en cuanto a las actividades de Marcelino García Lameiro no eran objeto de informe oficial, aunque sí pensaba comentar con la jueza lo que estaba investigando y sus resultados.

La agente Lago le había dicho que Asunción, la vecina del rellano de la escalera de Canido, había reconocido al tipo que estuvo en el piso del decorador en la tarde del lunes, por la foto que le enseñó. Las cosas empezaban a encajar.

Aurelio Taboada le trajo a Juani, la asistenta de Jesús Canido. El cabo dejó lo que estaba haciendo y la recibió en su despacho con mucha amabilidad.

—Juani —empezó diciendo el cabo—, siento mucho lo que le pasó a Suso Canido. Verá, estamos tratando de dar con la persona que lo mató y, para eso, necesitamos su ayuda. Parece ser que alguien entró en su casa el lunes por la tarde, cuando no había nadie. Era alguien que tenía llaves del piso. ¿Sabe quién, a parte de usted, las tiene?

—Tenía llaves doña Rosalía, que venía a veces a verlo. También las tiene Chelo, la hermana del señorito. Aunque ella no viene casi nunca; sé que las tiene porque un día, hace ya tiempo, apareció de repente cuando yo estaba planchando y me asusté. Bueno, claro, y yo, que las llevo aquí en el bolso. Ahora no sé qué hacer con ellas.

El cabo Souto cayó en la cuenta. Si Rosalía Besteiro tenía las llaves del piso de Canido, eso quería decir que ahora las tenía Marcelino García Lameiro. Por lo tanto, podía haber enviado a alguien al piso y dejar allí pruebas incriminatorias, como las joyas que aparecieron en el congelador.

Aquella misma tarde, el cabo recibió varios informes sobre la muerte de Jesús Canido que le llegaron de la comandancia a través de Quintela. En cuanto a la autopsia, no había nada que pudiera interesarle. La muerte se había producido entre las tres y las cinco de la madrugada por dos heridas casi simultáneas: la sección de la

yugular y la cuchillada en el corazón. Dos golpes precisos e irremediablemente mortales asestados por alguien que sabía muy bien lo que hacía. No se habían encontrado huellas esclarecedoras, ni el arma homicida ni signos de lucha, pero habían encontrado algunos pelos, que estaban analizando. La víctima debía de estar dormida y murió en el acto. El asesino se esfumó. Parecía evidente que estaba alojado en el hotel, ya que nadie había entrado ni salido después de la una de la madrugada. Las sospechas recaían sobre el cliente de la habitación 104, que se registró con un DNI falso y se fue a las siete de la mañana sin dejar rastro.

La policía también informó de que, ni en el envoltorio de las joyas halladas en la bolsa de la víctima ni en la joyas mismas, habían aparecido huellas de Jesús Canido. Tampoco las había en las joyas encontradas en su piso.

El cabo sacó su libreta con hojas de papel cuadriculado y anotó:

CANIDO -Última persona que vio a la víctima viva. Posible, pero dudoso

GARCÍA LAMIRO

Dejó la libreta en medio de la mesa, releyó lo escrito y se puso a pensar. Sabía que, con aquellos datos, incluso explicándoselos bien, la jueza no iba a hacer detener, ni siquiera imputar, a Marcelino García. Además, el asesinato de Canido había sido perpetrado fuera de su jurisdicción, de modo que no lo tenía fácil tampoco por ese lado. Aun así, fue a verla al día siguiente y le explicó sus dudas; insistió en lo extraño del comportamiento de García; en que la camioneta en la que el sospechoso del asesinato del decorador pertenecía a uno de sus negocios; en que no se habían encontrado huellas de Canido en ninguna de las joyas; en que las del congelador de su piso habían sido colocadas con toda seguridad el mismo día de su muerte por alguien que tenía las llaves del piso, mientras él estaba en A Coruña, precisamente para ver a Marcelino García; en que no tenía ningún sentido que Canido tuviera unas joyas escondidas en su casa y viajara a la capital con otras en su bolsa. También le recordó que las huellas de las pisadas en el chalé coincidían con el número que calzaba García, así como la altura del personaje que intentó supuestamente vender unas joyas en Santiago y del que quería sacar su coche del garaje por la noche. Quizá no fueran pruebas suficientes, consideradas una a una, pero lo eran para iniciar una investigación, considerándolas todas juntas.

La jueza de Corcubión lo escuchó pacientemente, pero no consideró que todos aquellos indicios y conjeturas fueran, en efecto, suficientes para imputar al empresario. En cambio, sí le pareció muy sospechoso lo de la camioneta verde y le dijo que sería conveniente interrogar al tal Salgueiro para saber qué había ido a hacer al piso de Jesús Canido, si es que había sido él realmente, lo que no estaba totalmente demostrado.

El cabo Souto le dijo que pensaba hacerlo, pero que estaba esperando cierta información sobre aquel hombre por parte de la comandancia, para no levantar la liebre antes o darle tiempo a preparar explicaciones de acuerdo con su jefe.

—Está bien, Souto —le dijo la jueza—, haga lo que crea conveniente. Pero no olvide que las pruebas para imputar a una persona y, sobre todo, para privarla de libertad han de ser sólidas. Usted ha estudiado derecho y debería saberlo.

—Lo sé, señoría —contestó refunfuñando el cabo, que no estaba dispuesto a oír por enésima vez los discursitos de la jueza sobre la importancia de la libertad.

Volvió al cuartelillo de mal humor. Sabía de sobra que la libertad es un derecho fundamental y que las pruebas contra Marcelino García no eran demasiado consistentes, pero no podía evitar revelarse contra la injusta diferencia entre el trabajo de la jueza y el suyo; entre la

dificultad que entrañaba descubrir al criminal, frente a la facilidad de filosofar sobre los derechos humanos. Él, persiguiendo al criminal, trabajaba el doble de horas, a veces noches enteras y con riesgo para su integridad física o, incluso, su vida, pasando frío o empapándose bajo la lluvia, y todo eso por la cuarta parte del salario. Pero su señoría, que llegaba al juzgado a las diez, que no trabaja por las tardes más que un par de días a la semana y nunca los sábados y domingo o festivos, se permitía sermonearlo sobre la importancia de esto y lo otro, como si él no lo supiera. En el fondo, reconocía que la jueza tenía razón y, además, la mujer le caía bien, pero no tenía la cabeza en aquel momento para clases de derecho.

El informe que envió al capitán Corredoira, aunque redactado en el acartonado y funcional lenguaje castrense, era completo y dejaba clara la convicción del cabo Souto de que Marcelino García Lameiro era algo más que sospechoso del asesinato de Jesús Canido, y no solo porque le ponía los cuernos (un argumento de más valor para un oficial del ejército, para quien el sentido del honor es algo importante, que para una jueza, que posiblemente, como muchas mujeres y quizá con razón, lo consideraría una majadería). Souto sabía que su jefe era tajante. Ante sus propuestas, decía sí o no y punto. Ni discursitos ni sermones, ¿para qué? Los galones evitan la necesidad de explicaciones.

El informe contenía un párrafo final relativo al exclusivo club de lujo instalado en el Pazo de Frades, propiedad de García Lameiro. Souto indicaba al capitán que, según información de última hora, había una chica rumana encerrada allí y obligada a prostituirse, que estaba dispuesta a informar y declarar ante el juez sobre lo que ocurría en el club, siempre que se garantizara su anonimato y se la protegiera de eventuales represalias.

En cuanto Corredoira recibió el informe, llamó por teléfono al cabo y le hizo la pregunta que este temía:

—¿De dónde ha sacado su información, Souto?

El cabo sabía muy bien que, en su caso, no valía la disculpa de los periodistas sobre la inviolabilidad de las fuentes. Si se le ocurría decirle eso al capitán, oiría la carcajada sin necesidad de teléfono. Tuvo que decírselo.

—De Julio César Santos, mi capitán. Resulta que es socio de ese club.

—¿Que Santos es socio de ese prostíbulo? No me lo puedo creer.

—Sí, mi capitán. Me dijo que se había hecho socio para enterarse de lo que pasaba allí. Y eso que cuesta una millonada.

Corredoira guardó unos segundos de silencio.

—¿Está el señor Santos en Corcubión?

—Creo que sí, mi capitán. Sé que pensaba irse uno de estos días,

pero no se ha despedido, o sea que tiene que estar. Lo que pasa es que hace un par de días que no lo veo.

—Muy bien, Souto. Llamaré a su amigo y, mañana por la mañana iré a verlos a los dos.

—¿Quiere que lo avise?

—No hace falta. Tengo su número. Estaré ahí a las diez de la mañana.

—A la orden.

José Souto llamó inmediatamente a Santos para avisarle de la llamada de su jefe.

—Invéntate algo, César, pero no me dejes con el culo al aire. En cuanto hables con él, llámame y dime qué le has contado. Por favor, que no sepa que te has enterado de la existencia del club por mí.

—No me enteré por ti, Pepe, no sufras. Me enteré por Katy.

—¿Y cómo sabías que existía esa tía, gilipollas?

—Tranquilo, Pepe. No te excites, ya se me ocurrirá algo.

2

En el Pazo de Frades, en el lujoso club de Santiago, había ocurrido algo que supondría un serio inconveniente para los planes de César Santos con respecto a su bella protegida, Beata. La noche anterior, Beata y su compañera de habitación charlaban antes de irse a dormir. Cuando Beata se desnudó, se le cayó el suelo el teléfono móvil que César Santos le había regalado y que llevaba sujeto a la parte delantera de su braguita negra. La compañera, Sofía, se dio cuenta y le preguntó muy sorprendida:

—¿De dónde has sacado ese teléfono?

—Me lo regaló un cliente. Por favor, no le digas nada a Katy; te lo dejaré cuando quieras llamar a alguien, pero no me delates.

—¿Quién fue? ¿Ese tío tan guapo con el que has estado ayer?

—Sí. Te lo pido por lo que más quieras, Sofía, no se lo digas a nadie.

Pero Sofía se fue de la lengua y se lo comentó a otra de las chicas al día siguiente, y esta, que quería congraciarse con la jefa y ganar puntos, se lo dijo a Katy en cuanto llegó. Era el tipo de problemas que Katy no deseaba tener. Un teléfono en manos de una de las chicas era demasiado peligroso para permitirlo. Su reacción fue inmediata.

Se presentó de improviso en el cuarto de Beata acompañada por Salgueiro. La hicieron desnudarse completamente y apareció el teléfono. La obligó a decirle de dónde lo había sacado y no tuvo más remedio que confesarlo. Ordenó a Salgueiro que la llevara al cuarto

trastero y la dejara encerrada allí, después de darle una paliza. Ni heridas ni huesos rotos, le dijo al vigilante, solo unos cuantos moratones para que no pueda aparecer en público en un par de semanas. Después, registró la habitación a fondo en busca de cualquier otra pista de contactos con el exterior y encontró los quinientos euros que le había dado Santos escondidos en el fondo de un cajón. Llamó a Marcelino García y le contó lo sucedido. García le pidió que la interrogara con calma para saber si el madrileño le había hecho alguna promesa o si ella le había pedido algún tipo de ayuda.

—Esta tarde me acerco por Santiago y hablamos.

Katy no esperó a la llegada de Marcelino García. A la hora de comer, fue al cuarto donde estaba encerrada Beata, tumbada en el suelo, cubierta de lágrimas, temblando, con la cara hinchada y un ojo completamente morado. Le echó una gran bronca, le reprochó el incumplimiento de las normas, le dijo que eso le iba a costar seis meses de multa y, cuando terminó con los reproches, empezó a hacerle preguntas sobre lo que había hablado con Santos. Beata se defendió como pudo y solo le dijo que él le había pedido el teléfono para llamarla y que, al explicarle que no se podía contactar con las chicas, le regaló un teléfono de prepago. No encontró una explicación convincente para justificar los quinientos euros y le dijo a su jefa que era una propina de Santos. Katy no se quedó convencida y, cuando llegó Marcelino García, ambos se encerraron en el despacho para tratar el asunto.

La primera decisión que tomaron fue sacar a Beata de allí. Marcelino García estaba asociado con un centro de ocio de Albacete que se nutría de mujeres de América del Sur y de países del este europeo, con un sistema similar al del club, aunque no tan caro. Harían desaparecer cualquier rastro de la chica en el Pazo de Frades y exigirían a sus antiguas compañeras discreción sobre el tema. Tendrían que decir que Beata se había ido por su propia voluntad y que no sabían dónde.

—He hecho —le dijo Marcelino García a Katy— ciertas averiguaciones sobre ese Julio César Santos. En Vilarriba, donde tiene su finca, lo conocen como el detective madrileño. Parece ser que es un tipo muy rico y que, esto es lo que más me preocupa, es muy amigo del jefe del puesto de la Guardia Civil de Corcubión. Hay que tener cuidado con él. Mientras venía hacia aquí, he pensado en hacerle una faena que le sirva de advertencia.

Marcelino García Lameiro, aunque aún no lo tenía perfectamente definido, le contó a Katy lo que había pensado para darle un susto al madrileño y hacer que se le quitaran las ganas de meterse en sus asuntos.

Esa misma noche, Marcelino llamó a Santos para invitarlo el jueves

por la tarde a una merienda en su casa de Redonda. Una reunión amistosa informal, le dijo, con unos amigos y algunas chicas de adorno.

—Si quieres que venga esa amiga tuya que te gustó, haré que la traigan —le dijo para animarlo—. Pero es solo una merienda informal y pensamos terminar sobre las diez. Luego, cada uno a su casita. Comprenderás que no estaría bien hacer una fiesta en el chalé después de lo ocurrido hace poco. De todas formas, si te apetece llevarte a esa chica a tu finca, no hay problema, siempre que te comprometas a devolvérmela por la mañana, claro. Mi casa está a cinco minutos de la tuya. No tienes disculpa para no darte una vuelta. O sea que, cuento contigo.

Santos aceptó la invitación encantado pensando que tendría ocasión de hablar con Beata sin tener que gastarse mil euros.

Al día siguiente, Beata salía con destino a Albacete, acompañada por un empleado de García, con lo puesto y una pequeña bolsa de viaje con sus cosas de aseo y algo de ropa. En cuanto se fue, Katy le puso un SMS a Julio César Santos desde el teléfono de prepago que le había regalado a Beata. Decía:

Tengo una posibilidad de escaparme. El viernes próximo iré a Santiago a acompañar a una de las chicas del club al médico. Tenemos cita a las doce. No habrá vigilancia. Vamos y volvemos en taxi. Mientras ella está en la consulta, me iré. Tengo el dinero que me diste. Te llamaré para decirte dónde estoy. Cuento con tu ayuda.

B.

César Santos dedujo que aún no le habían dicho nada a Beata de la merienda en casa de Marcelino García.

3

Santos llamó a su amigo José Souto para ponerlo al corriente de las novedades. Souto le dijo que se acercara a la casa rural a tomar una copa y charlar.

Cuando César Santos le contó al cabo Souto lo de la invitación a la merienda y le enseñó el SMS de Beata, este se lo quedó mirando un buen rato y, luego, le preguntó:

—¿A ti no te suena raro todo esto, César?

—¿A qué te refieres?

—¿No te acuerdas de aquella famosa invitación a una cena en O Grove, hace unos años, que casi te cuesta la vida?[5]

—No me fastidies, Pepe.

—César, no consigo hacerte comprender que no sabes dónde te metes. Marcelino García Lameiro sabe que lo estamos acorralando. Sabe que la Guardia Civil y la Policía Nacional investigan su club de Santiago y algunos otros negocios. Sabe que es el sospechoso número uno del crimen cometido hace poco en ese chalé al que te invita y debe de suponer que sospechamos que fue él quien, directa o indirectamente, se cargó a Suso Canido. También estoy seguro de que sabe, porque esto es un pueblo pequeño, que eres amigo mío. ¿Te parece normal que, teniendo en cuenta estas circunstancias, organice una merienda en su chalé y te invite a ti, a quien apenas conoce?

—No veo nada raro. Me invitó a su fiesta de San Pedro de Nos, la semana pasada. Me hice socio de su selecto club del Pazo de Frades. Y, al decir selecto, me refiero al precio. He ido allí un par de veces y, por lo tanto, habrá pensado que soy un cliente interesante para su negocio. Hasta ha tenido el detalle de ofrecerme una compañía agradable.

—¡Esa es otra, César! García dispone de las mujeres que trabajan para él como si fueran mercancía. «Te dejo a la chica, pero me la tienes que devolver», te dice. ¡Cómo si se tratara de un coche!

—Eso no es así, Pepe. Sus chicas trabajan en un prostíbulo de lujo. Todos sabemos lo que eso significa. Otra cosa es que las explote o las tenga retenidas contra su voluntad. Y, en cuanto a eso, te diré que llevo gastados unos miles de euros, precisamente para poder aportar pruebas contra él.

—Sí, ya sé que eres Don Quijote. Pero tu generosa aportación a la Justicia para mejorar el mundo, no te impide acostarte con esa mujer, supuestamente explotada.

—Eso que acabas de decir, Pepe, es una gilipollez. Te puedo asegurar que si «esa mujer», que se llama Beata, me hubiera dado a entender en algún momento que no deseaba estar conmigo, no le habría tocado ni un dedo. También hay mujeres a las que les molesta tener que trabajar de camareras o de criadas, pero no creo que a ninguna de ellas les moleste que les den propinas de cien euros.

—¿Le has dado a Beata una propina de cien euros?

—No. Se la he dado de quinientos, sin contar su tarifa, el móvil que le regalé, más cien euros para llamadas. Le he ofrecido mi ayuda, me he comprometido a buscarle algún trabajo si se libra del contrato que la tiene atada a esos cabrones y la he tratado con toda consideración. No tienes derecho a criticarme, Pepe, y sabes de sobra que no necesito gastarme un montón de dinero para estar con una mujer. Es muy

desagradable enfocar este problema bajo ese punto de vista.

—Vale. No quería ofenderte. Pero sí quiero que sepas que, a mí, esto me huele mal. Y como no tengo ganas de correr otra vez toda la noche como puta por rastrojo para salvarte la vida, sin contar con la preocupación de ver a un amigo en peligro, te aconsejo que desconfíes. Ya llevas tiempo viniendo por aquí. Podías haber aprendido algo de los gallegos, coño. Esa invitación me huele a trampa. El SMS de Beata me huele, más aún, a trampa. ¿No me has dicho que esa chica es rumana? ¿No te llama la atención que te haya enviado un SMS sin una sola falta de ortografía? —Santos arqueó las cejas sorprendido—.Todo lo que organiza Marcelino García Lameiro me huele a chamusquina. Es el primer y único sospechoso de tres asesinatos, César. Y tú, tranquilamente, aceptas la invitación a una merienda en su casa, ¡en el escenario del crimen!

—Desbarras, Pepe.

—Esta bien. Desbarro. Vete a la merienda. Pero quiero que sepas que el chalé de Marcelino García va a estar vigilado discretamente por mis hombres. Si a las diez y media de la noche no me has llamado al móvil o no contestas a mi llamada, actuaremos. Pero te pasaré la factura. Si me equivoco, reconoceré que soy un histérico. Pero, si te sacamos de un apuro, tendrás que invitarnos, a mí y a mis colaboradores, a una mariscada.

—Trato hecho.

—Por cierto, ¿te ha llamado el capitán Corredoira?

—¡Ah, sí! Se me había olvidado. Lo invité a comer, pero no aceptó. Me dijo que no podía quedarse y que me debía una. Llámame cuando llegue y subiré al cuartel.

Capítulo XVIII

1

La visita del capitán Corredoira fue rápida. El jefe del cabo Souto quería saber cómo se había introducido el detective Julio César Santos en el mundo de Marcelino García Lameiro. Como Corredoira y Santos se conocían y mantenían una buena relación, aunque superficial, el encuentro en el despacho del cabo Souto fue cordial. Santos que, por otra parte, era muy habilidoso a la hora de suavizar situaciones tensas con su sentido del humor y su simpatía, trató por todos los medios de apartar al cabo Souto del asunto, como si este no hubiera tenido nada que ver, a pesar de que el capitán Corredoira mostraba cierto escepticismo al respecto, por no decir que no concedía a César Santos demasiada credibilidad. No solo porque sabía que él y el cabo eran muy amigos, sino porque no era la primera ni la segunda vez que Santos metía las narices en asuntos de los que se ocupaba la Guardia Civil. Pero como, en varias ocasiones también, Santos había sido muy útil y proporcionado información interesante, el oficial, un joven de buena familia coruñesa que congeniaba con el detective madrileño, se mostró tolerante. Aun así, le pidió a Santos unas cuantas explicaciones y Santos le ofreció una versión cuidadosamente maquillada de la realidad.

—Te lo explicaré, Rafael. —Santos sabía que a Souto le fastidiaba la confianza con la que se trataban el capitán y él—. Me enteré por el periódico de que había habido un crimen en Corcubión, muy cerca de donde tengo mi finca y vine a dar una vuelta. Sé muy bien que al cabo Souto, a pesar de nuestra amistad y de que le he hecho algunos favores, no le gusta en absoluto que le pregunte sobre nada que tenga que ver con la Guardia Civil, pero, como es lógico, le pregunté qué había pasado. Te aseguro que me enteré de muchas más cosas preguntando a mi cocinera que por las cuatro chorradas que me contó él. También me enteré por Marimar Pérez, ya sabes quién es, ¿no? —el capitán asintió—, de algo muy importante que él aún no sabía. Se enteró gracias a mí, pero ni por esas quiso decirme nada más. Comprendo que tengáis que ser discretos, pero hombre, eso no quiere decir que no se pueda ni comentar con un amigo un tema del que habla todo el pueblo. Total, que, preguntando a unos y a otros, me enteré de que Marcelino García Lameiro tenía una serie de locales de

ocio en la provincia, los mejores, según me dijeron. Entonces me fui a La Coruña y contraté a un taxista para que me llevara por la noche a conocer alguno. El tipo me llevó a lo que, según él, era el top, se llama «La Palmera», supongo que te suena, es un antro pretencioso y hortera, en el que conocí a Katty, la «directora», que también resultó ser la ayudante y la criada de García. Esta mujer, a la que invité a una botella de champán, me propuso asistir a una fiesta en una propiedad de Marcelino García y hacerme socio de un club de lujo cerca de Santiago. Así llegué hasta la chica de la hemos hablado antes: Beata Cuzine. Esta mujer me contó todo sobre sus condiciones de trabajo y demás. Yo se lo conté a Pepe, perdón, al cabo Souto, y por eso, supongo que estamos aquí. Fin de la historia.

El capitán Corredoira sonrió y tardó un rato en contestar al detective. Por fin, echándose atrás en la silla, dijo.

—Bueno, no voy a entrar en lo que os contáis o dejáis de contaros porque ya sé de qué va el tema. Tampoco penséis que me chupo el dedo, ¿de acuerdo? Vayamos a lo importante. El asunto de Marcelino García Lameiro viene de lejos. No me refiero al asesinato, claro, de eso ya hablaré luego con el cabo Souto. Me refiero a lo de sus locales. García forma parte de una asociación oficiosa de dueños de clubs nocturnos que se extiende por parte el territorio nacional. Todos ellos trabajan con una organización mafiosa que se dedica a buscar mujeres en países del tercer mundo, también en países del este, y ofrecerlas a los clubs nocturnos y locales de ocio de la asociación. Hemos conseguido detener a algún policía corrupto y rescatar a algunas mujeres que se atrevieron a denunciar, pero han sido muy pocos casos porque las víctimas tienen miedo, los mafiosos amenazan a sus familias en los países de origen y, sin denuncias, no podemos hacer nada. Esa es, muy por encima, la situación. Si tú, César, nos aseguras que esa chica, Beata, estaría dispuesta a declarar ante un juez lo que le sucede, podríamos actuar inicialmente alegando detención ilegal, antes de pasar a acusar a García de extorsión y proxenetismo. Para ello, Beata tiene que salir de ahí, quiero decir, escaparse y pedirnos ayuda. Por lo que veo, te ha enviado un mensaje en el que dice que puede escaparse el viernes. Eso es mañana —Corredoira se dirigió a Souto—. ¿Qué le parece, cabo?

—En primer lugar, creo que habrá que esperar a que esa chica llamé a César para decirle si ha logrado escaparse o no y dónde está. Cuando lo haga, él podría ir a buscarla y nosotros cubrirlo discretamente, por si fuera una trampa.

—Ya ves, César —le dijo riéndose el capitán a Santos—, los gallegos somos desconfiados.

—Ya, por eso —siguió Souto— le comenté a César, cuando me enseñó el SMS que le envió Beata, si no le parecía extraño que una

chica rumana fuera capaz de escribir un mensaje como ese sin una sola falta de ortografía. No creo que se atreviera a pedirle a nadie que lo escribiera. Por eso no me fío.

—Es cierto, cabo. Tiene usted mucha razón. ¿Qué dices a eso, Cesar?

—Bueno, es verdad que resulta raro lo de la ortografía, tengo que reconocerlo. Pero esta tarde iré a la merienda a la que me ha invitado Marcelino García, que ha dicho que traería a Beata y que yo podía estar con ella hasta mañana. Ahí se aclararán todas las dudas.

—No creo que la traiga, César —intervino el cabo Souto.

—Mira que eres desconfiado.

—Ya has oído al capitán. Los gallegos… ya se sabe.

Se levantó la reunión y el capitán Corredoira, ante la insistencia de César Santos, volvió a disculparse por no aceptar su invitación a comer en su casa. Tenía que tratar algunos temas aún con el cabo y luego volverse rápidamente a A Coruña, donde lo esperaban problemas urgentes. Santos se despidió y dejó solos a los guardias civiles, capitán y cabo primero. Se fue a su casa a comer pensando en echarse después una buena siesta, por si la noche era animada.

2

A las seis de la tarde, Julio César Santos se levantó tras su larga siesta y se preparó para ir al chalé de los Besteiro, ahora de Marcelino García Lameiro. A la siete, salió de la finca en su Porsche negro y recorrió los, aproximadamente, tres kilómetros que había desde Vilarriba al desvío hacia el cabo La Nave. Atardecía y caía una fina lluvia, casi imperceptible. Santos rodaba lentamente para admirar la belleza del paisaje, a pesar de conocerlo muy bien. La playa de Sardiñeiro, bordeada de elegantes pinos, la mole granítica del Cabo de Finisterre, cuya negrura se hundía en las oscuras y rizadas aguas de la ría de Cee y Corcubión, la tenue claridad que señalaba una puesta de sol oculta por nubes que parecían de plomo y los bosques que cubrían la abrupta costa, como una inmensa alfombra.

Tras otro kilómetro por la sombría pista que atravesaba un gran pinar, llegó a la finca, cuya entrada estaba abierta. Un guarda, al que reconoció, pues era Salgueiro, el mismo del Pazo de Frades, le indicó que siguiera hacia el chalé y dejase el coche delante de la puerta para no mojarse. Santos le dio las gracias, continuó y aparcó junto a otros cuatro coches que había delante de la casa. Ya era de noche. Subió la escalinata y entró en el recibidor. Salió a recibirlo Katy, que a Santos le empezaba a parecer omnipresente, vestida de rojo, con un escote

exagerado y una sonrisa forzada. Le dio un par de besos y lo invitó a entrar.

El salón del chalé medía unos sesenta metros y estaba iluminado con profusión, a pesar de que todas las luces eran indirectas. La decoración no le pareció del mejor gusto al detective, aunque aceptable para la casa de un rico de pueblo. Miró a su alrededor y no encontró ningún mueble, cuadro u objeto que él hubiera puesto en ninguna de sus casas. Había dos corros de invitados, todos hombres, que charlaban animadamente con copas en la mano. Una camarera con minifalda pasaba una bandeja con canapés. Santos también la reconoció. Era una de las chicas del pazo de Frades.

Marcelino García Lameiro, vestido con un traje oscuro, bien cortado y elegante, se separó del grupo con el que charlaba y se acercó a César Santos con una educada sonrisa. Le estrechó la mano y lo fue presentando a sus invitados. Santos se sentía incómodo porque no conocía a nadie, aquellos individuos no tenían ningún interés para él y no veía por ningún lado a Beata, que era la única persona a la que deseaba ver. La camarera se le acercó, lo saludó como si lo conociera y le preguntó qué quería tomar. Él le pidió vino tinto y se volvió hacia uno de los grupos de invitados, que discutían acaloradamente sobre la desastrosa situación del Deportivo de A Coruña, que había descendido a segunda división B. El tema se discutía con cierto acaloramiento y uno de los presentes se lamentaba con desesperación, como si aquello fuera una desgracia nacional. Afortunadamente, el vino que la chica le sirvió era excelente, lo que mejoró el humor del detective, a quien el Deportivo de A Coruña le interesaba tanto como la selección nacional afgana, si es que existe.

—¿No te interesa el fútbol? —le preguntó un tipo que, según dijo, se dedicaba a la construcción.

—Pues no, francamente —contestó Santos.

—Entonces, seguramente te gustará la ópera —replicó el hombre riéndose y mirando a los demás, como para comprobar si habían captado lo ingenioso de su deducción.

Santos soltó una carcajada exageradamente fuerte, le dio unas palmaditas al constructor en la espalda y dijo en voz alta:

—Enseguida me di cuenta de que eras una persona refinada. Pues sí, me gusta la ópera; claro que no sé si tanto como a ti.

—¿Tanto como a mí? —respondió el otro sorprendido—. ¡Pero si a mí no me gusta! Jamás he ido a la ópera.

—Entonces, ¿cómo sabes que no te gusta?

El otro se quedó perplejo mirando a César Santos, que añadió:

—Cualquier día me acerco a ver un partido de fútbol. Quién sabe, a lo mejor me gusta. Uno no debe opinar de lo que no conoce.

Santos dejó el grupo y fue hacia Katy, que estaba hablando con la

camarera junto al mostrador improvisado, sobre el que había una gran variedad de aperitivos y tapas.

—¿Sabes, Katy? Me encuentro un poco fuera de lugar. He venido por no desairar a Marcelino, que ha sido muy amable invitándome, pero no conozco a ninguno de esos caballeros, que seguramente tienen mucho en común entre ellos. Espero que no le parezca mal a tu jefe si me marcho pronto.

—Pero, hombre, si acabas de llegar. Ten un poco de paciencia. ¿Quieres un poco más de vino?

—Sí, gracias. Es excelente, por cierto.

—Marcelino es un experto y tiene una gran bodega.

—¿Va a venirse a vivir aquí? Me encanta este lugar. Bueno, ya sabes que me hice una casa a tres kilómetros, hace unos años. Estoy enamorado de esta parte de Galicia.

—Te comprendo, sí, es muy bonita. Pero no creo que Marcelino piense vivir aquí permanentemente. Sus principales negocios están en Coruña. Quizá cuando se jubile. Tampoco tú vives aquí todo el año, ¿no?

—No. Vengo con relativa frecuencia, pero creo que me aburriría aquí todo el año. Soy de Madrid y mis amigos están allí. También mi familia, claro.

—¿No me dijiste que vivías solo?

—Vivo solo en un piso, con una vieja criada que lleva conmigo toda la vida. Pero tengo familia, una hermana, tías, primos y sobrinos.

—También tienes amigos aquí, supongo. Creo que tu casa es muy bonita, eso me dijo Marcelino.

—¿Por qué no vienes un día a verme y lo compruebas?

—¿Debo tomarlo como una invitación?

—Claro.

Katy se quedó mirándolo y se echó a reír. No sabía si estaba tomándole el pelo o lo decía en serio.

—Un hombre como tú, guapo, soltero y rico, debe de tener muchas amigas a las que invitar a su casa; seguro que van encantadas.

—Tú también eres guapa y soltera. Supongo que tendrás muchos pretendientes.

—No te burles. Sabes perfectamente a qué me dedico y con quién estoy.

—¿Vamos a ponernos serios?

César Santos estaba molesto porque había pasado media hora y Beata no aparecía por ningún lado, pero no tenía intención de preguntar por ella, pues consideraba que sería de mala educación preguntar por una camarera, por decirlo de algún modo, en una reunión social, como si hubiera ido allí por ella. Esperaba que Marcelino García, que fue quien le había propuesto traerla, le diera

alguna explicación sin que él se la pidiera. También le fastidiaba que su amigo Pepe Souto hubiera acertado al pronosticar su ausencia.

Los invitados ya se habían sentado y las bandejas con pinchos llenaban las mesitas de centro de los tresillos. La camarera iba de un lado a otro sirviendo las bebidas y paseando su minifalda a la altura de los ojos de los invitados repantigados en los butacones. Santos no había intervenido en ninguna conversación porque no le interesaban, estaba incómodo y tenía cada vez más ganas de marcharse. Sobre las ocho y media, se decidió a decirle a Marcelino García que se iba. El anfitrión no le hizo ninguna pregunta y le ofreció tomarse otra copa con él, disculpándose por no poder dedicarle toda su atención. Santos aceptó y le agradeció la invitación. Entonces, García le dijo:

—Por cierto, no pude traer a esa chica que te gusta. Echaron a suertes entre ellas para decidir quién venía y le tocó a esta. —La señaló con un gesto vago de la mano—. Tampoco está nada mal, como habrás visto.

—No tiene ninguna importancia, Marcelino —tratando de aparentar total indiferencia—. Ni me acordaba de ella. Cada cosa tiene su momento y su lugar.

—Claro. Bueno, César, espero verte de vez en cuando por el club. Me ha dicho Katy que te vuelves a Madrid un día de estos.

—Sí, me voy, pero volveré a pasar el fin de año. Suelo organizar algo en mi casa con la gente que conozco aquí. Si te apetece…

—Me gustaría, gracias, pero tengo demasiados compromisos en Coruña.

Marcelino García le hizo un gesto a Katy para indicarle que Santos se iba, se despidió y salió del salón con cierta prisa, como si tuviera que hacer algo urgente. Katy se acercó a Santos, lo cogió del brazo y se mostró especialmente atenta con él. Le sirvió otra copa, que Santos no rechazó para no parecer brusco a pesar de que no le apetecía porque se había tomado casi toda la botella él solo. Ella lo entretuvo unos minutos y luego lo acompañó a la salida. Se dieron un par de besos y él se dirigió al coche.

3

Antes de arrancar, César Santos llamó al cabo Souto para decirle que ya estaba sentado en su coche y se disponía a salir.

—No parece que nadie tenga intención de secuestrarme, Pepe. Veo la cancela abierta y me han despedido amablemente. ¿Estás tranquilo?

—Ya lo estaba antes de que llamaras, César. Pero, gracias por avisar. Por cierto, ¿estaba la chica que te gusta?

—No, Pepe. Apúntate una.

—Está bien. Conduce con cuidado, seguro que has tomado más de una copa.

—Solo vino.

—El vino también da positivo. Vale, hablamos mañana.

El cabo Souto llamó a los dos agentes que vigilaban la salida de la pista de tierra que va desde el chalé hasta la carretera, ocultos en un coche camuflado en el bosque a unos cincuenta metros, para que, en cuanto pasara el Porsche del señor Santos, salieran de su escondite, lo siguieran hasta su casa y, luego, volvieran al cuartel.

Entre tanto, Marcelino García Lameiro había avisado a Salgueiro de que el detective madrileño se disponía a salir. Salgueiro estaba sentado al volante de un todo terreno Suzuki estacionado a unos diez metros del mismo cruce, con las luces apagadas. Los guardias ya lo habían visto y supusieron que pertenecía a la vigilancia de la finca, pues había salido del chalé un poco antes y, después de dar la vuelta, vieron que se quedaba junto al cruce con las luces apagadas. No quisieron bajarse a comprobarlo, para no delatar su propia presencia entre los pinos.

César Santos se puso el cinturón, encendió las luces y arrancó. No había nadie en la entrada, pero el portón estaba abierto de par en par. Salió de la propiedad y avanzó despacio por la pista de tierra encharcada porque no quería salpicar todo el coche de barro. Al llegar al cruce, marcó el stop y puso el intermitente. Giró a la derecha y en el preciso instante en el que el morro del Porsche entraba en la carretera, el Suzuki arrancó con un gran acelerón y lo embistió. El impacto fue tan violento que el coche de Santos estuvo a punto de volcar y se desplazó de lado casi tres metros. Saltaron los airbags, se rompieron los cristales del lado izquierdo, el guardabarros se dobló contra la rueda delantera, la puerta se hundió, completamente abollada, y Santos quedó conmocionado. No tuvo tiempo de ver nada, solamente sintió el tremendo impacto.

El Suzuki encendió las luces y Salgueiro se bajó. Su enorme todo terreno no tenía ningún daño aparente porque había embestido de frente y llevaba una sólida barra de hierro delante del radiador y los faros. Se acercó al coche de Santos a ver cómo estaba. Santos aún no se encontraba en condiciones de hablar y sufría un dolor agudo en el costado izquierdo. Salgueiro sacó un móvil, hizo una llamada de socorro y pidió una ambulancia.

Los dos agentes de la Guardia Civil que vigilaban escondidos en el pinar y habían arrancado el motor de su vehículo al aparecer las luces del Porsche, encendieron las suyas, salieron de su escondite y avanzaron hasta el lugar del accidente. Lo habían visto todo perfectamente. Abrieron con mucha dificultad la puerta del coche.

Uno de ellos le habló y el otro llamó al cuartelillo.

—Ya he pedido una ambulancia —dijo Salgueiro, que estaba muy sorprendido porque no vio de dónde habían salido aquellos dos guardias civiles uniformados—. ¿Han visto? Salió de la pista sin pararse a mirar, justo cuando yo pasaba por delante.

—Quédese junto a su coche y no se mueva —le ordenó un agente en tono desabrido—. Luego nos ocuparemos de usted.

Por fin Santos abrió los ojos, miró a los guardias y preguntó:

—¿Qué ha pasado? ¿Está el cabo Souto?

—Tranquilo, señor Santos. Ya lo hemos llamado y vendrá enseguida. ¿Cómo se encuentra? ¿Está herido? Intente mover las piernas.

—Sí, ya. Sí, las puedo mover. No creo que esté herido, solo me duele el costado. ¿Quién me ha dado? —Se pasó una mano por la cara y vio que estaba manchada de sangre—. Estoy sangrando, tengo alguna herida en la cabeza.

—No, señor —le contestó uno de los agentes—, son pequeños arañazos de los trozos de cristal rotos. Será mejor que no se mueva, por si acaso, la ambulancia tardará poco en llegar.

El sonido de la ambulancia empezó a oírse al cabo de un par de minutos y la luz anaranjada apareció poco después; detrás, venía un coche de la Agrupación de Tráfico con sus luces azules enviando destellos al bosque y, pisándole los talones, otro coche, conducido por Orjales que traía al cabo José Souto. Entre varios, sacaron a Santos del coche y, aunque él intentó ponerse de pie, los sanitarios no se lo permitieron y lo obligaron a tumbarse en una camilla. Lo introdujeron en la ambulancia, que arrancó a toda velocidad con la sirena puesta, como si estuviera muriéndose, hacia el hospital de Cee, que no estaba a más de cuatro kilómetros de allí. Entonces se formó una pequeña trifulca en el lugar del accidente. Los dos guardias de vigilancia hablaron aparte con el cabo Souto, que después habló con el sargento de Tráfico mientras Orjales llamaba a una grúa. Pero Salgueiro no dejaba de dar voces y aseguraba que el señor del Porsche se había saltado un stop y ni siquiera le habían hecho soplar, aun sabiendo que venía de una fiesta. Los guardias lo mandaron callar. A pesar de haberle dicho que habían visto lo ocurrido y que él estaba parado con las luces apagadas y arrancó cuando el otro coche se puso en marcha, después de hacer el stop, el tipo lo negaba y seguía protestando a voces aunque tenía muy pocas posibilidades de que le dieran la razón, pues estaba solo frente a siete guardias civiles que lo miraban con mala cara.

Finalmente, dada su actitud, el cabo Souto ordenó que lo esposaran y lo llevaran detenido al cuartelillo. No le permitieron telefonear.

—Encerradlo y esperadme —les dijo a los guardias que habían

estado escondidos vigilando—. Voy un momento al hospital a ver cómo está el señor Santos y vuelvo enseguida. Buen trabajo, chicos, Gracias.

Se despidió de los de Tráfico y se marchó con Orjales.

Capítulo XIX

1

Las lesiones de Julio César Santos eran leves. Dos costillas fisuradas y unos arañazos en la cara producidos por trocitos del cristal roto de la ventanilla. Como medida de precaución, el médico de urgencias decidió dejarlo ingresado en observación hasta el día siguiente. Por la mañana, el cabo José Souto fue a verlo a primera hora. El cabo estaba relativamente contento. Sabía que su amigo no iba a escarmentar, pero se alegraba del susto que le habían dado y de haberlo advertido de la posible trampa que le iban a tender con aquella injustificada invitación. En cuanto el médico le dijo que Santos estaba perfectamente, que lo de las costillas era más molesto que grave y que le daría el alta a mediodía, decidió gastarle una broma.

Entró muy serio en la habitación y le comentó que había hablado con el médico y que le darían el alta antes de comer. Después, con gesto sombrío, le dijo:

—César, te has metido en un buen lío.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? Pues porque Marcelino García Lameiro llamó a Tráfico anoche y se presentaron en el lugar del accidente con un equipo de atestados e informes. Resulta que te saltaste un stop y causaste un accidente con heridos y graves daños. En urgencias, te sacaron sangre y has dado positivo en la tasa de alcoholemia.

—¡No me salté ningún stop! Me paré, miré y no venía nadie. Era de noche. Pepe, habría visto las luces de un coche. Luego arranqué y ¡zas! No sé de dónde pudo salir quien me golpeó.

—Parece ser que las cosas no ocurrieron así, César. Hay testigos. Era un coche con tres personas dentro que iban a la reunión de Marcelino García. Dicen que saliste a toda leche del camino a la carretera y no les diste tiempo ni a frenar. Uno de los heridos del otro coche está grave. Esto te va a costar caro, de verdad. Lo siento mucho, pero tendrás que presentarte en el cuartelillo y esperar allí a lo que diga la jueza.

—No puede ser, Pepe. Eso no puede ser. Esa gente miente. Tú me conoces y sabes muy bien que yo no salgo de un camino a la carretera sin pararme a mirar. Además, iba muy despacio porque el camino estaba lleno de charcos y de barro. Aquí pasa algo raro. ¿Y dices que

hay heridos? Pero ¿cómo va a haber heridos, si salí a dos por hora? Por cierto, qué han hecho con mi coche.

—Tu coche se lo llevó la grúa y está en el depósito de la Guardia Civil. Está hecho un asco y me temo que te va a costar un riñón, aunque ya sé que eso a ti no te importa, porque es evidente que el seguro no va a pagar. Saltarse un stop y conducir borracho, ya te imaginas.

—¿Estás de coña? ¿Conducir borracho? Pero si solo bebí media botella de vino. ¿Por qué diablos ha tenido el médico de urgencias que analizar la sangre?

—Se lo exigieron los de Tráfico.

—Yo no recuerdo que me hayan sacado sangre. ¿Estás seguro?

—Claro, me lo ha dicho esta mañana el sargento de Tráfico. Vino a decirme que lo sentía, pero que tenía que hacerlo constar en el informe.

—No me irás a decir que no puedes parar ese informe…

—César, la Agrupación de Tráfico no depende del puesto de la Guardia Civil. Ni tengo autoridad ni podría hacerlo, aunque la tuviera. Además, está la denuncia de los del otro coche, es el testimonio de tres personas que no habían bebido. No sé qué decirte, pero esto es muy grave y te va a salir muy caro.

Santos no contestó. Sabía perfectamente que era cierto lo que le decía José Souto en cuanto a la gravedad de los hechos y sus consecuencias. Se dio cuenta del desastre que supondrían un juicio y una condena por un delito de lesiones, conducir bajo los efectos del alcohol y saltarse un stop. Pérdida de carné, multa, indemnización por daños y seguramente algunos días de cárcel, hasta que la jueza concediera la fianza. Se le venía el mundo abajo y no sabía qué hacer ni qué pensar. Se encontraba en esa situación desesperada que produce lo inevitable, lo absurdo, lo irremediable, cuando parece que todo se vuelve contra uno sin posibilidad de librarse de la fatalidad.

—¿No crees que sería posible llegar a un acuerdo con los del otro coche? Un acuerdo económico para que no haya denuncia, no sé, algo así.

A José Souto le dio pena la angustia de su amigo y fue incapaz de seguir con aquella broma macabra. Se sentó al borde de su cama, sonrió y le dijo dándole palmaditas en una pierna:

—Mira, César. He exagerado un poco las cosas; tranquilo, no es para tanto.

—¿Qué?

—Escucha. Así como tú eres imprudente y confiado, lo que te convierte en candidato a sufrir situaciones como esta y las que ya has sufrido anteriormente, yo soy desconfiado y prudente, lo que me permite sacarte de ellas, como ya he hecho también anteriormente. Y,

una vez más, te voy a sacar del charco.

A César Santos le empezó a cambiar la cara.

—Puse dos agentes de vigilancia cerca de la salida del camino del chalé porque, como te dije, y tenía razón, temía que la invitación de Marcelino García acabara mal. Mis hombres estaban escondidos entre los pinos y, afortunadamente, vieron lo que pasó. Salgueiro, que conducía el todoterreno y está ahora en un calabozo del cuartelillo, te esperaba con las luces apagadas a la salida de la pista. Cuando llegaste al cruce y asomaste el morro, te embistió. No hay heridos, César, era una coña. Pero tuviste mucha suerte porque tu coche casi vuelca y habrías podido hacerte mucho daño.

Santos se quedó mirando fijamente a su amigo sin decir nada. De pronto, levantó los brazos, se dio una palmada en la frente y le gritó:

—¿Te das cuenta del susto que me he llevado? Eres un gran cabronazo, Pepe. Parece mentira. Estoy jodido con dos costillas rotas en un hospital, ¿y eres capaz de venir a cachondearte de mí? ¿No tienes sentimientos?

El cabo Souto se puso de pie.

—César, deja de hacer el gilipollas. No me vas a impresionar con tu teatro. Te he dado un susto a propósito, a ver si, de una maldita vez, te enteras y me haces caso cuando te aviso del peligro que corres con tu inconsciencia. O sea que no tengo sentimientos, ¿eh? Si no llega a ser por mis sentimientos, la situación que te he expuesto antes sería real. Porque si yo no fuera tu amigo y no temiera por tu seguridad, no habría puesto dos agentes a vigilar y comprobar que salías del chalé de García Lameiro sano y salvo. Por tu culpa, esos dos chavales se tiraron varias horas escondidos en el bosque y no llegaron a sus casas hasta las once de la noche. O sea que no me grites. Si fueras un poco más responsable y dejaras de pensar con la bragueta, no te habrías metido en este lío y, si no fuera por mí, estarías seguramente ahora en el calabozo en el que está Salgueiro, esperando la decisión de la jueza de instrucción.

—Vale, vale, Pepe. No sigas. Ya estoy bastante jodido así, como para que me jodas aún más.

—¿Qué pasó con tu Beata? ¿Estaba en la fiesta? Creí que te la ibas a llevar a casa.

—No apareció.

—Te lo dije, César. La invitación era una trampa para hacerte lo que te hicieron. Y lo más grave es que, si te tendieron la trampa, será porque descubrieron lo que estabais tramando tú y esa pobre chica. ¿Qué vas a hacer ahora? ¿Piensas que va a llamarte para decirte dónde está y que la vayas a rescatar?

—Puede que tengas razón.

—Puede que la tenga y puede que a esa chica le cueste caro tu

quijotismo. La gente que se mueve en el negocio de la prostitución, forzada o no, es despiadada.

—¿Qué vais a hacer ahora? —preguntó Santos, que había cambiado por completo su tono.

—Haremos nuestro trabajo, como siempre, y ni se me pasa por la imaginación contártelo. Pero te diré lo que vas a hacer tú, César: te vas a marchar a Madrid y vas a dejar de meterte en mis asuntos. Y, si no quieres marcharte de una vez, te vas a pescar en tu lancha o a pasear con Marimar; cualquier cosa menos volver a fastidiarme, ponerme en evidencia ante mi jefe y hacer perder el tiempo a mis hombres. Supongo que lo habrás entendido esta vez, ¿verdad?

—Coño, Pepe, nunca te había visto tan cabreado. Lo siento, de verdad. Tenías razón, lo reconozco. No siempre salen las cosas como uno cree. Por cierto, lo de que me sacaron sangre, ¿es verdad? Te juro que no me enteré.

El cabo Souto no pudo evitar echarse a reír. Santos hizo lo mismo, pero su risa era producto del nerviosismo y del mal rato que su amigo le había hecho pasar. En ese momento, entró una enfermera y le dijo a Santos que se fuera vistiendo porque el médico había dicho que pasaría en cinco minutos y le daría el alta.

—¿Me llevas a casa?

—¿Por qué no llamas a un taxi? —le contestó bromeando el cabo Souto.

—Porque un amigo nunca te deja colgado.

2

Lo primero que hizo Julio César Santos al llegar a su casa de Vilarriba fue llamar al seguro, dar parte del accidente y pedir que se ocuparan de su coche. El concesionario Porsche de Oleiros (La Coruña) le confirmó poco después que pasarían a recoger el coche accidentado y le proporcionarían otro mientras se efectuaba la reparación del suyo. Después llamó al cabo Souto para preguntarle si debía presentar una denuncia contra Salgueiro. Su amigo le dijo que sí, que debía hacerlo, pero que lo llamaría más tarde porque estaba ocupado. Y aprovechó para informarlo de que el Suzuki era propiedad de una empresa de Marcelino Salgueiro.

Resuelto aquel pequeño inconveniente, Cesar Santos llamó a Marimar Pérez para invitarla a comer. Hacía unos días que no la llamaba y pensó que, sin duda y con razón, estaría molesta. Como era viernes, supuso que podría librarse por la tarde y tendría posibilidades de disfrutar de su compañía durante el resto del día. Marimar aceptó

la invitación después de haberle soltado unos cuantos insultos malsonantes para no perder la costumbre.

—¿Me vienes a recoger a las dos? —le preguntó ella.

—No puedo, estoy sin coche, ¿puedes venir a casa? Si quieres comemos aquí o si prefieres, salimos. Pero será en tu coche.

—¿Se te ha jodido el cochazo?

—Algo así, luego te cuento. Supongo que esta tarde me traerán otro, pero de momento dependo de ti.

—¡Qué ilusión! Dile a Aurora que prepare algo rico y me quedo en tu casa.

Cuando César Santos vio entrar a Marimar en el salón donde la esperaba, le pareció más guapa que de costumbre. Aún tenía muy presentes los encantos de Beata, pero Marimar la superaba con creces. Su belleza tenía algo de salvaje, de exultante y provocador que seguía impresionándolo cada vez que la veía. En aquel momento, cuando ella se acercó y lo besó en los labios como solía, comprendió que había algo más que el simple atractivo físico en su relación con ella. Pensó en Beata. Le había gustado mucho aquella mujer desde el primer encuentro; su cuerpo era delicado y sensual, su rostro malicioso y ciertamente hermoso, tenía todo lo necesario para cautivar a un hombre, pero él no había sentido en ningún momento, estando con Beata, el estremecimiento que le produjo ver de nuevo a Marimar, a pesar de conocerla desde hacía ya unos cuantos años. Su belleza era profunda y emocionante como la de una «piedad» de Miguel Ángel y despertaba sentimientos más íntimos y elevados que los que puede inspirar un cuerpo de proporciones perfectas, solamente por razones estéticas o sexuales. Así como una rosa roja puede ser mucho más que una flor, Marimar era para César Santos la síntesis de sus deseos, más que una mujer. Y esa sensación desconcertante se debía a la contradicción entre su egoísmo y su pasión, a su lucha por controlar la fuerza que lo arrastraba hacia ella y a la heroica resistencia de la, hasta entonces, inexpugnable plaza fuerte de su soltería. Temía cansarse un día de ella, ver cómo se deshacía el hechizo y hacerle daño. No estaba seguro de quererla por algo más que por la belleza de su cuerpo, o eso se decía a sí mismo para adornar sus dudas con un pretexto supuestamente moral. Solía decirse a sí mismo que una mujer era como un libro, en primer lugar atraen el título y la portada, pero lo interesante, lo que se ama y se recuerda, está en su interior. El problema surge cuando nadie abre un libro poco atractivo por fuera o cuando alguien compra uno bonito para adornar su biblioteca, pero no se molesta en leerlo.

Marimar se quedó toda la tarde con su amigo César y, por la noche, fueron a visitar a José Souto y a Loli a la casa rural, donde se

quedaron a cenar. Ya pasaba de la media noche cuando volvieron a Vilarriba. Marimar había decidido quedarse a dormir con Santos. Mientras tomaban la última copa, Santos la puso al corriente de su reciente aventura, aunque eliminó de sus explicaciones todos los detalles relativos a Beata, pues quería tener la noche en paz. Y la tuvo.

A la mañana siguiente, después de desayunar y cuando Marimar ya se había marchado, César Santos, que seguía preocupado por lo que pudiera haberle sucedido a Beata, le puso un SMS para confirmarle que seguía dispuesto a ayudarla y que podía contar con él. Con un «Avísame en cuanto puedas y te iré a buscar donde estés», terminaba su mensaje. Naturalmente, no sabía que el teléfono móvil que le había regalado a Beata estaba en manos de Katy, que contestó:

Esto es peligroso y no sé si puedo fiarme de ti. Gracias, pero es mejor que me olvides.

Me las arreglaré sola. Tengo unas amigas en Andalucía y me han invitado a su casa.

No me contestes, por favor, porque yo tampoco lo haré.

B.

César Santos se quedó muy sorprendido. Aquel mensaje no concordaba con el anterior, pero coincidía en una cosa (recordando un comentario de Souto), no contenía ni una falta de ortografía, no le faltaba ni un acento y las últimas palabras no eran propias de alguien que no domina el idioma. Algo sorprendente en una chica que hablaba con bastante acento extranjero y cometía faltas al hacerlo en castellano.

Llamó a Souto y se lo comentó. El cabo le dijo que estaba interrogando a Salgueiro y haciendo algunas averiguaciones.

—No te quepa duda, César —le dijo finalmente—, de que han descubierto a la chica y le han quitado el teléfono. Ese mensaje no lo ha escrito ella, es evidente. Lo siento, pero mucho me temo que le va a costar caro y, en cualquier caso, no creo que la vuelvas a ver nunca más porque la habrán enviado a cualquier parte, lejos de Santiago. Haremos lo que podamos para encontrarla, si está en España, pero no será fácil. Yo, en tu lugar, me olvidaría de ella.

Santos guardó silencio y el cabo Souto aprovechó para preguntarle:

—Comprendo lo que sientes, César. Dime una cosa, esa chica, Beata, ¿es más guapa que Marimar, te gusta más?

—Ni lo uno ni lo otro —contestó el detective—. Pero me da pena.

—Ya.

3

El cabo Souto, que estaba efectivamente sometiendo a un duro interrogatorio a Salgueiro, tenía muy claro cuál sería el destino de Beata y estaba convencido de que la habrían enviado a cualquier otro club-burdel, surtido con chicas obligadas a prostituirse y sometidas a un severo régimen de vigilancia, amenazas y castigos. Aun así, pensó hacer una visita al club del Pazo de Frades para comprobar si seguía allí, provisto si fuera necesario de una orden de la jueza y con la ayuda de la Policía Nacional, con el pretexto de verificar algún supuesto problema sobre su permiso de residencia o cualquier otro que se le ocurriera. Por supuesto, sin informar a César Santos.

En cuanto a Salgueiro, Taboada y Orjales habían hecho algunas averiguaciones. Descubrieron que, el día que apareció muerto Jesús Canido, la furgoneta verde (cuya matrícula ya había sido comprobada por la Guardia Civil) había dejado la autopista AP-9 por el puesto de peaje del km 55, dirección Aeropuerto, a las siete y treinta y ocho de la mañana. Lo que coincidía con su salida a las siete del hotel donde se habría alojado bajo el nombre de Antonio Seoane, con un DNI falso. También se le incautó el teléfono, en el que comprobaron las llamadas entre su teléfono y los de Katy y Marcelino García. La última coincidía con el momento de la salida de César Santos del chalé de los Besteiro. Tenía toda la pinta de ser el aviso.

Como Salgueiro se había negado a contestar a la mayoría de las preguntas mientras no estuviera presente su abogado, los interrogatorios continuaron en el juzgado cuando Marcelino García le envió uno de los suyos. En cuanto al asesinato de Canido en A Coruña, la estrategia del letrado fue la negación de los hechos. Alegó que Salgueiro había estado en la ciudad por asuntos de su trabajo, pero que no se había alojado en aquel hotel y que la cara de la foto que aparecía en el DNI no era la de su cliente. En cuanto al testimonio del recepcionista, que fue llamado a declarar, este confirmó que Salgueiro era el cliente que se había alojado en la habitación 104. Interrogado sobre dónde se había alojado en A Coruña la noche del asesinato, contestó que había dormido en el piso de Marcelino García de la plaza de Pontevedra, con su permiso, claro, pues el jefe estaba aquella noche en su finca de San Pedro de Nos. También dijo que, como el hotel estaba casi esquina a la plaza de Pontevedra, había tomado un café en la cafetería y quizá por eso el recepcionista recordaba su cara y se confundió con el cliente que se había alojado en la 104. Era su declaración contra la del recepcionista.

Algo parecido ocurrió con el testimonio de Asunción, la vecina de Jesús Canido. En cuanto a la camioneta verde que Asunción había visto, como no tenía el número de matrícula ni ningún otro detalle, el abogado arguyó que no era ninguna prueba y aportó, para reforzar su argumento, que existían varios cientos de camionetas verdes en Galicia, por lo que tampoco se podía considerar una prueba válida.

Lo único que admitió Salgueiro, de acuerdo con su abogado, fue que el choque con Santos había sido, en cierto modo, intencionado. Según él, le había llamado el jefe desde el chalé para decirle que salía alguien y él, entendió que salía indebidamente, dado que la fiesta no había hecho más que empezar. Como estaba de vigilancia en el cruce de la pista, intentó interceptarlo y cruzarse en su camino, pero no calculó bien y chocó con él. Se disculpaba y estaba dispuesto a asumir lo que se decidiera en concepto de daños y perjuicios.

La jueza no encontró motivos para retenerlo en prisión, fijó una fianza elevada para asegurar el pago de los daños causados al coche de Santos, sus gastos posteriores y la atención médica, y lo dejó marchar con la obligación de presentarse semanalmente en el juzgado hasta nueva orden. Estaba segura, conociendo la constancia y perspicacia del cabo Souto, de que este acabaría por encontrar lo que andaba buscando, tanto en aquel caso concreto, como en los crímenes que investigaba.

El cabo José Souto obtuvo de la jueza la orden que deseaba para registrar, si era necesario, el Pazo de Frades y, sin pérdida de tiempo, se presentó allí acompañado por un policía nacional de la Comisaría de Santiago, Sección Extranjería, y por su adjunto, Aurelio Taboada, que era quien solía ocuparse de los asuntos administrativos y de papeleo. Llegaron sobre las seis de la tarde y el vigilante de la entrada, que no era Salgueiro, llamó a Katy Seoane, que salió a recibirlos a la puerta. Souto, que la conocía, presentó a sus colegas y le dijo que querían hacer una comprobación de las personas que trabajaban en el pazo, concretamente de las extranjeras, por lo que debían presentarse con sus pasaportes y permisos de residencia. Katy se mostró sorprendida y no ocultó su desagrado.

—¿Tendrían la amabilidad de explicarme la razón de esta comprobación?, porque…

—Disculpe que la interrumpa —la cortó el Cabo Souto en tono atento aunque enérgico—, pero no tenemos por qué darle ninguna explicación. Se lo he pedido amablemente, a pesar de que disponemos de una orden judicial que nos autoriza a registrar todo el pazo, lo que nos llevaría un par de horas como mínimo. Supongo que preferirán facilitarnos el trabajo para acabar cuanto antes y no molestar a los socios del club que pudieran llegar.

—Sí, claro, por supuesto. Dígame lo que desean. —Recogió velas

inmediatamente Katy.

—Pues necesitamos ver a todas las chicas extranjeras que trabajan en el club, con sus papeles, y hacerles unas preguntas. También nos gustaría echar un vistazo por encima a sus instalaciones. ¿Quiere ver la orden judicial?

—No, no es necesario. Pasen y esperen un momento en el salón, por favor, voy a dar unas órdenes y enseguida vuelvo.

—Escuche, señorita Seoane —le dijo Souto—, no nos compliquemos la vida. Limítese a pedir a las chicas que trabajan aquí que vengan con su documentación.

—Es que la documentación la guardamos en la oficina.

—Pues vamos a la oficina y que vayan ellas allí, ¿le parece?

—Lo que usted diga.

Cuando se dirigían a la oficina, que estaba al lado del gran salón, el cabo se inclinó hacia Katy y le dijo en voz baja:

—Parece que ha ascendido usted desde la última vez que hablamos. Entonces no era más que la criada de Marcelino García Salgueiro, pero aquí, parece la jefa.

—Vamos, cabo Souto —le contestó ella con una sonrisa y cierta seguridad—, no se haga el inocente. Como si no supiera usted quién soy y lo que hago.

Souto sonrió y no contestó. Ella cogió el teléfono, pulsó un botón y dijo: Venid todas a la oficina. Acto seguido, se dirigió a una caja fuerte, la abrió y sacó un sobre con documentos.

—Aquí tienen —dijo—. En este momento hay tres chicas. Estos son sus pasaportes y sus permisos. Souto cogió los pasaportes y el policía los permisos, los miraron detenidamente y los volvieron a dejar sobre la mesa.

—Hace unos días había cuatro chicas. ¿Dónde está la que falta? —preguntó Souto.

—Esa chica se marchó. Se llama Beata Cuzine. Nos dejó plantados sin avisar.

—Y, naturalmente, no sabe dónde está.

—No tenemos ni la menor idea. Se llevó sus cosas y sus papeles.

—¿Los sacó de la caja fuerte?

—No suele estar cerrada con llave, no guardamos dinero normalmente, solo documentos. Además, si las chicas nos los piden, tenemos que dárselos, claro. Lo hacen cuando salen o van a visitar a alguien fuera de Santiago. En ese momento entraron las tres chicas, que venían juntas y vestidas exactamente igual, con un vestido negro muy escotado y falda corta. Se presentaron y el policía nacional comprobó los permisos de residencia, los nombres y las fotos. Souto les preguntó:

—¿Ninguna de ustedes sabe dónde pudo haberse ido su compañera

Beata? —Todas hicieron gestos negativos con la cabeza—. ¿Tampoco les dijo nada a ninguna de ustedes sobre su intención de marcharse? —Idéntica respuesta. Souto se quedó callado un momento y preguntó de nuevo—: ¿Pueden salir de aquí cuando quieren e ir donde les parece?

Una de ellas, contestó seria:

—Sí, podemos. Pero no en las horas de trabajo, y tenemos que avisar antes.

Souto no quiso seguir preguntando porque estaba seguro de que las chicas sabían lo que tenían que decir y no correrían el riesgo de tener problemas o de que los tuvieran sus familias. De modo que les dio las gracias y le dijo a Catalina Seoane que podían irse. Cuando salieron, se dirigió de nuevo a ella:

—Esa chica, Beata, ¿se dejó su teléfono aquí?

—Pues no lo sé —contestó sorprendida Katy, que seguramente no se esperaba la pregunta—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque alguien que usted conoce perfectamente ha recibido un par de SMS desde el teléfono que le regaló recientemente a Beata, pero ella no pudo haberlos escrito.

—¡Ah!, ¿no? ¿Por qué? —preguntó Katy.

—Porque lo hizo usted, Katy. Por eso.

La mujer se quedó de una pieza y tardó en reaccionar.

—No sé de qué me habla, cabo.

—Sí que lo sabe. Pero no tiene importancia. Todo a su tiempo. Mire, Katy, no vamos a registrar nada, pero me gustaría que nos enseñara el pazo superficialmente, por dentro y por fuera. ¿Le importa? Será cosa de un cuarto de hora, no la molestaremos más por hoy.

Katy guio a los visitantes por las instalaciones del edificio principal. Después, salieron por detrás y Souto le preguntó qué era un ala añadida al pazo que, aunque estaba revestida de piedra, se notaba que era reciente.

—Es lo que llamamos «La cuadra». Hasta hace poco, eran las cuadras. Como no tenemos animales, se tiró el viejo galpón y se construyó esa ala.

—¿Podemos verla por dentro?

—Sí, claro. Verán, ahora es un edificio para el servicio. El personal de cocina, los de mantenimiento y los vigilantes. Tienen unos dormitorios arriba para cuando tienen que quedarse a dormir y una sala de estar, con televisión y algunos juegos, y un taller. Se han montado un pequeño negocio en la sala de estar y se dedican a vender cosas, recuerdos del pazo, objetos de artesanía y cosas por el estilo. El beneficio es para ellos.

Entraron en la sala de estar, que era enorme. Había muebles de

oficina, tipo archivadores, en las paredes, y una gran mesa llena de teléfonos móviles, carpetas de documentos y varios ordenadores. El cabo Souto se llevó a una ventana a Katy y la distrajo con algunas preguntas, después de hacer un gesto a Taboada para que husmeara sobre lo que había por allí encima, pues le llamó la atención que no hubiera ninguna de esas cosas u objetos de los que le hablaba Katy Seoane. Luego dieron una vuelta por el taller, que parecía más un almacén, y el cabo preguntó:

—¿Por qué no hay nadie aquí?

—Ahora están todos trabajando porque pronto empezarán a llegar los primeros socios. Aquí solo están por las mañanas o después de cenar.

El cabo Souto y sus colegas se despidieron de Katy y se marcharon. Antes de irse, Souto le dijo:

—Los guardias civiles tenemos un sexto sentido, amiga mía. Ándese con ojo.

Ella no contestó.

Capítulo XX

1

Cuando llegaron al cuartelillo, Aurelio Taboada, que no había querido hablar delante del agente de la Policía Nacional, le comentó al cabo Souto que lo que había podido ver sobre la gran mesa de la sala de estar, no era nada referido a recuerdos y artesanía, sino a ventas de todo tipo de objetos, no había facturas, sino notas de pagos, algunos de considerable importancia.

—No pude ver las carpetas ni mirar en los ordenadores como me hubiera gustado, pero te aseguro, Holmes, que ahí venden de todo: joyas, relojes, moda, coches y cosas por el estilo. Podíamos haber registrado más a fondo, aprovechando la orden, porque tiene pinta de tratarse de objetos robados o de contrabando.

—No era eso lo que estábamos buscando, Aurelio. No podemos abarcar todo ni entra en nuestra jurisdicción.

—Lo que tú digas, pero a mí me dio la impresión de que ahí hay algo gordo y raro.

—Bueno, si quieres, habla con la Policía Nacional de Santiago, pero nosotros nos tenemos que centrar en lo nuestro.

La agente Verónica Lago llamó a la puerta del despacho del cabo.

—Pasa. ¿Alguna novedad?

—Sí, cabo —contestó la agente con una sonrisa de satisfacción—. Llamaron del Área de Investigación de la comandancia. Han encontrado en la habitación 104 del hotel donde asesinaron a Jesús Canido unos pelos que podrían ser del asesino. Dos, en la almohada y, uno, en el lavabo. Son de la misma persona que otro hallado en la 102, junto al cadáver. Me han preguntado si podemos obtener ADN del sospechoso.

—¡Buena noticia!, sí señor. Eso era lo que yo estaba deseando. Es muy difícil que alguien pase varias horas en una habitación, probablemente tumbado en la cama, y no se le caiga ni un solo pelo.

—Pero, ¿cómo vamos a obtener ADN de Salgueiro, jefe? ¿Podemos exigirlo?

—No será necesario, Vero. Me he preocupado de que no se toque nada del calabozo donde estuvo encerrado estos días. Voy a llamar a la comandancia para que venga un técnico a revisar la celda. Tiene que haber muchos restos, pelos, pañuelos de papel, restos de saliva,

etcétera. Ellos lo encontrarán. Si coinciden con los del hotel, hemos ganado. Caerá ese impresentable y hará tambalearse a Marcelino García Lameiro, que es quien le da las órdenes. Porque, ¿qué razón podría tener Salgueiro para asesinar a Canido y para ir a esconder en su piso joyas robadas de casa de los Besteiro? Solo Marcelino García pudo ordenárselo. ¿De dónde sacó Salgueiro la llave del piso de Canido, si solo la tenía García? Acabará confesando, puedes estar segura. ¡Esto empieza a ponerse interesante! —añadió con evidentes muestras de alegría.

Una alegría perfectamente justificada. El cabo José Souto estaba convencido de que, si el ADN coincidía, los jueces no dudarían en procesar y encerrar a Salgueiro. Eso era esencial porque, mientras estuviera libre, Marcelino podía hacer que desapareciera. Podría enviarlo lejos o, incluso, hacer que lo asesinaran para evitar el riesgo de una confesión forzada o involuntaria. Aquel individuo no parecía demasiado listo y, si lo ponían entre la espada y la pared, podría irse de la lengua o caer en alguna contradicción.

Otro objetivo del cabo Souto era tantear a Katy Seoane. Pensaba que, si ella viera a Marcelino García en serio peligro de ser procesado y condenado, quizá su lealtad se debilitaría. Aquella mujer, estaba seguro, debía de saber muchas cosas y no le cabía la menor duda de que estaba al corriente de los negocios del empresario. Si dirigía el centro de ocio La Palmera y el club del Pazo de Frades, no podía ser ajena a la explotación y extorsión de las chicas extranjeras. Tampoco tenía dudas sobre el hecho de que Katy fuera su amante. La primera declaración de García para presentar una coartada para la noche en la que su mujer y su suegra fueron asesinadas, al declarar que no se acostaba con su criada, no se sostenía. Cuando Canido fue asesinado, Marcelino García declaró que él y Katy habían pasado la noche en la finca de San Pedro de Nos. No tenía sentido que el hombre se llevara a su asistenta por la noche a una finca que está a diez minutos de su casa y en la que hay personal fijo de servicio. ¿Sería capaz Katy de seguir defendiendo a García a toda costa pudiéndole caer una condena por el asesinato de Canido y, sobre todo, por el de su mujer y su suegra, delitos por los que cualquier jurado lo condenaría a cadena perpetua revisable? Era algo que debía tratar con ella, aunque quizá no en aquel momento.

2

Ocurrieron varias cosas en los días siguientes que permitieron a Santos avanzar en sus investigaciones. La primera y más importante

fue que los técnicos del Área de Investigación de la comandancia de A Coruña confirmaron, sin lugar a duda, que los cabellos encontrados en la habitación 104 y en la 102 del hotel donde asesinaron a Jesús Canido coincidían con los hallados en el calabozo de Corcubión, en el que Salgueiro había permanecido detenido setenta y dos horas. La orden de arresto fue inmediata y Salgueiro pasó a disposición judicial en la capital gallega, con gran disgusto de José Souto, que habría preferido tenerlo en Corcubión. Souto solicitó poder participar en los interrogatorios debido a la repercusión de los hechos en las investigaciones paralelas llevadas a cabo en su jurisdicción. La Policía Nacional y el juzgado de A Coruña no tuvieron inconveniente.

Salgueiro fue formalmente acusado del asesinato de Jesús Canido y no se le concedió la libertad condicional a causa de sus antecedentes, la gravedad del delito y el riesgo de fuga.

Una vez encerrado Salgueiro, el cabo Souto pidió autorización al capitán Corredoira para desplazarse a la capital y someter a Katy Seoane a un interrogatorio informal. Corredoira accedió. Souto llamó a Katy y concertaron una cita para la semana siguiente en el hall del Hotel María Pita. El cabo puso como condición que fuera sola. Ella aceptó.

Entre tanto, Santos esperaba que le entregaran su coche reparado en el concesionario de Oleiros. El detective estaba deseando tenerlo porque empezaba a aburrirse seriamente y echaba de menos su vida en Madrid. Ya no podía meter las narices en los asuntos de Souto, hacía mal tiempo y ni podía jugar al golf ni salir con su motora por la ría. Tampoco quería invitar todos los días a su amiga Marimar, por una elemental cuestión de moderación y prudencia. No sabía qué hacer. Fue entonces cuando recibió una llamada telefónica que encendió todas las luces de su cerebro. Estaba tranquilamente leyendo en su casa y sonó su móvil.

—Diga.

—¿Es usted César Santos?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Escuche con atención, por favor. Soy un médico de Albacete. He tratado a una joven que ha sufrido varias lesiones traumáticas, no demasiado graves, pero que necesitan cuidados médicos. La joven, que se llama Beata Cuzine y creo que está sometida a un régimen de vigilancia en un burdel, me entregó, mientras la atendía, una nota arrugada que traía escondida en la mano. No me dijo nada porque venía acompañada por alguien ante quien es evidente que no quería o no podía hablar. La nota, que contiene múltiples faltas de ortografía porque la chica es extranjera, dice: «Por favor, socorro. Llame a César Santos (pone este número al que le estoy llamando) y dígale que estoy

en Albacete. Club Llanos Verdes. Por favor, necesito su ayuda».

—¿Por qué no ha llamado usted a la policía?

—Escuche, no le voy a contar mi vida. Bastante estoy haciendo ya. A esa chica le han dado una paliza y me ha dado pena; por eso lo llamo a usted. No pienso hacer nada más, usted sabrá lo que hace. Le llamo desde una cabina y le ruego, por el interés de la chica, que no diga a nadie que le ha llamado un médico. Diga que no me identifiqué ni di explicaciones y que solo le leí la nota. Adiós.

—¡Espere! ¡Por favor, no cuelgue! ¿Podría hacer una foto a la nota y enviármela por correo ordinario, fax, SMS o como quiera? Le juro que borraré su número de teléfono para que nadie pueda saber quién es usted. Pero necesito ese papel para poner en marcha una operación de salvamento de la chica. ¿Quiere mi dirección?

—Se la enviaré por SMS a su teléfono. Espero que cumpla su palabra y borre el origen, aunque se la enviaré desde un teléfono que no es mío.

—Se lo juro.

El hombre colgó y César Santos se quedó perplejo. Tardó un rato en reaccionar y, de pronto, le pareció ver claro. A Beata, después de darle una paliza, la habían enviado a un burdel de Albacete. Probablemente fuera cierto que, el médico, aunque le pagaran los mafiosos, sintió lástima y decidió hacer la llamada de socorro. Era una suposición lógica. Llamó al cabo Souto y le contó lo sucedido. El cabo le dijo que, cuando recibiera la foto de la nota, lo volviera a llamar.

—Discúlpame —añadió—, pero estoy en una reunión. No puedo seguir hablando.

Aquella misma tarde, ya cerca de la hora de cenar, César Santos llamó de nuevo al cabo Souto para decirle que acababa de recibir una foto de la nota de Beata. Era un papel arrugado y ponía textualmente:

Por favor, socorro. Llama este teléfono Cesar santos. Dile estoy en club llanos Verdes en Albacete. necesito ayuda.

Souto le dijo que fuera a cenar a Doña Carmen y hablarían. Después de cenar, cuando se quedaron solos tomando una copa, César Santos sacó su móvil y le enseñó al cabo Souto la nota que le había enviado el médico de Albacete. Souto le pidió a su amigo que le repitiera palabra por palabra lo que había dicho el supuesto médico, luego estuvo observando la nota y, finalmente, dijo:

—Bueno, esta vez parece que va en serio. Ya habíamos pensado en ese club de Albacete como posible lugar para buscar a la chica porque sabemos que está relacionado con los negocios de García Lameiro. Puede que, efectivamente, esté allí. Veré qué podemos hacer;

tendremos que hablar con la comisaría de Albacete, no creas que es tan simple.

—¡Coño, Pepe! Esa chavala ha enviado un S.O.S., le han pegado una paliza y está acojonada, ¿qué quieres decir con «veremos qué se puede hacer»?

—No empieces con tus neuras, César. No te voy a decir lo que pienso hacer, aunque me lo pidas de rodillas. Yo trabajo, no me divierto con las chicas de los clubs de lujo. Y, aparte de eso, quiero preguntarte algo. Supón que se organiza una redada para encontrar a tu Beata. Supón que la encuentran en ese club de Albacete. ¿Qué vas a hacer con ella? ¿Te la vas a llevar a tu casa? Eres su salvador, su héroe, y ella estará esperándote para echarse en tus brazos. Y tú, ¿qué harás entonces? ¿Le decimos a la policía que te la entregue porque te haces cargo de ella?

—Pues claro.

—¿Estás de coña? ¿Lo dices en serio? En ese caso, supongo que estarás dispuesto a ofrecerle un contrato de trabajo para que le puedan renovar su permiso de residencia, ¿no? Quizá la piensas contratar como empleada de hogar en tu casa de Madrid.

—No tengo ni idea de lo que voy a hacer, Pepe. Pero la sacaré de allí. La contrataré si hace falta como secretaria en mi oficina de la calle de Fuencarral, aunque no tenga nada que hacer, o le buscaré un trabajo. Haré algo para que salga adelante, puedes estar seguro. Pero no la voy a dejar colgada. Me comprometí y cumpliré.

—Espero que no te comprometas —comentó Souto en tono socarrón— con todas las fulanillas que conozcas en esos clubs de lujo que frecuentas.

—No seas cínico, Pepe. ¿Qué harías tú? La dejarías tirada en Albacete, sin dinero y sin trabajo.

—No, César. No la dejaría porque no la habría conocido ni me habría enrollado con ella. Yo no voy de putas desde que acabé la mili. Siento tener que hablarte claro y grosero, César, pero no me queda otro remedio. De todas formas, puedes estar seguro de que sacaremos a tu chica de ese antro. ¿Vale? Luego, allá tú. Pero, en este momento, estoy hasta aquí de problemas mucho más graves y no te voy a decir nada más. Me tienes harto, o sea que ni se te ocurra intentar sacarme nada de nada. ¿Por qué no te vas a Madrid de una vez? Te informaré en cuanto haya alguna novedad sobre lo de Albacete, puedes estar tranquilo.

—Sí. Me iré en cuanto me den el coche. No creo que tarden ya más de dos o tres días.

Julio César Santos se fue a Madrid unos días después. El cabo Souto no se alegró particularmente, ya que le gustaba estar con él, pero se sintió en cierto modo aliviado porque temía constantemente alguna metedura de pata por parte de su amigo. De hecho, no se enteró de algo que lo hubiera fastidiado profundamente.

El detective madrileño, antes de irse, había decidido hacer una última gestión que le permitiera obtener más información sobre Beata y no se le ocurrió otra cosa que buscar a Katy. Se presentó una noche en La Palmera con el taxista Bernardo, que estaba encantado de llevarlo y esperarlo allí el tiempo que hiciera falta, pues las propinas de Santos y la comodidad del servicio eran tentadoras. Katy se mostró muy sorprendida al verlo.

—¿No me irás a decir que te gusta más esto que el Pazo de Frades? —le preguntó maliciosamente.

—No sé qué decirte —contestó él con cierta sorna.

—¡Por favor, César! Me dejas de piedra.

—¿Por qué?

—Tú mismo me has dicho que este lugar es vulgar, que no te gustan las chicas y que la decoración es hortera.

—Sí, tienes razón. Eso es lo que pienso, pero en el Pazo de Frades hay algo que me gusta menos aún. ¿Podemos sentarnos en un reservado? Pide que te traigan una botella de cava, si quieres, y un gin-tonic para mí, y charlamos tranquilamente.

Katy dudó unos segundos, sorprendida una vez más por aquel extraño comentario. Llamó a una camarera y le dio la orden, cogió de un brazo a Santos y lo llevó a uno de los reservados. Santos se sentó en una pequeña butaca, lo que le dio a entender claramente a Katy que no traía más intención que la de hablar.

—A ver, explícame qué es lo que no te gusta del Pazo.

—Katy, lo sabes de sobra. Ese lugar es sórdido. Tenéis a las chicas prácticamente secuestradas y explotadas bajo un chantaje indecente. Micrófonos ocultos, cámaras. ¿Qué clase de antro es ese?

Katy palideció y su gesto se contrajo en una mueca de contrariedad imposible de disimular. Esperaba quizá otro tipo de comentarios por parte de Santos. Probablemente alguna queja contra Marcelino García por lo ocurrido días atrás a la salida del chalé o algún comentario sobre los precios abusivos de los servicios. Cualquier cosa, menos aquello.

—Escucha, César, no sé lo que te habrá contado esa chica con la que has estado un par de veces, pero…

—¡Por favor, Katy! —la interrumpió él—, vamos a dejarnos de tonterías. No me trates como si fuera imbécil. Mantén la calma y escúchame porque tengo muchas cosas que decirte, y otras muchas

que no puedo decirte y me callaré, dejando a tu inteligencia el descubrir la gravedad de los hechos y, disculpa la grosería pero no veo cómo decirlo de otro modo, la mierda en la que estás metida.

Katy se revolvió en su butaca, se estiró la falda y dijo:

—Esto es muy desagradable, César. No sé a qué viene.

Se detuvo cuando entró la camarera con las bebidas y permaneció en silencio hasta que se fue. Continuó:

—Eres un hombre de mundo, César. Sabes perfectamente que es un club privado para hombres de negocios y gente especialmente rica, en el que sirven chicas jóvenes y guapas, cuyas tarifas aceptaste sin pestañear cuando te las dimos. ¿A qué viene lo que acabas de decir?

—¿Qué habéis hecho con Beata? —le preguntó Santos casi gritando.

—¡Ah! ¿Es eso? —Se echó hacia atrás Katy sonriente, como si acabara de descubrir la razón del enfado de César Santos—. Beata. Esa chica, gracias al dinero y el teléfono que le diste, se fue. Ni siquiera esperó por la liquidación. Debía de tener algún amigo vete a saber dónde, cogió sus cosas y se largó sin despedirse. No tengo ni idea de dónde está. No pensarás que estaba enamorada de ti. Lo siento, César. Pero esa chica tenía a alguien que la esperaba. Creo que te utilizó. Eso es todo.

—Katy, he visto en mi vida muchas muestras de cinismo, pero tú superas con creces todo lo anterior. Te lo vuelvo a preguntar: ¿qué habéis hecho con esa chica?

Katy se quedó callada. César Santos la miraba fijamente y ella no sabía cómo reaccionar. Entonces, Santos le dijo:

—Escucha, Katy. Yo no soy policía, soy un investigador privado. Tengo medios para investigar y denunciar muchas cosas que he visto hasta ahora en vuestros negocios, de Marcelino y tuyos, pero no me interesa nada de eso. Solo me interesa saber qué es lo que habéis hecho con Beata. La Guardia Civil se encargará de mandaros a la cárcel a los dos. Sabes de sobra por qué y la Guardia Civil también. No me meto en tu vida, no me importa si estás liada con García, si eres su cómplice, su coartada o su encubridora. La Guardia Civil hará su trabajo y caeréis los dos. Yo solo quiero saber una cosa. Dime dónde está Beata y te prometo que hablaré con el cabo José Souto y haré todo lo posible por que te aparten de la investigación principal sobre García Lameiro. Con suerte, si tomas una decisión inteligente, te librarás de un montón de años de cárcel. Porque os tienen acorralados, Katy, y no estoy hablando por hablar.

—¿Qué quieres decir con una decisión inteligente?

—Analiza tu situación y tus opciones. ¿Has asesinado a alguien? ¿Eres la responsable de lo que está pasando en el club de Santiago? ¿O solo eres la querida de un mafioso? Colócate donde te parezca que

tienes menos posibilidades de pasarte veinte años en prisión y perder todo el dinero que hayas podido ganar durante todo este tiempo. Estoy seguro de que, con lo que sabes, podrías llegar a un acuerdo con la fiscalía, y librarte de acusaciones muy graves. Pero eso es asunto tuyo, Katy. Ya sabes lo que quiero y te concedo un par de días para que te lo pienses con calma. Ta llamaré desde Madrid y espero que hayas tomado una decisión inteligente. En cuanto a Beata, también espero que me digas la verdad y estemos a tiempo de evitar males mayores. Piensa en ti y en tu futuro.

Katy no respondió. Santos se tomó su copa de ginebra con tónica y ella ni siquiera acabó su primera copa de cava. Él, finalmente, se levantó y le dijo que pidiera la cuenta, lo suyo y lo que hubiera tomado el taxista que lo esperaba en la barra. Pagó y se fue.

Coincidió que al día siguiente tenía lugar la cita de Katy con el cabo Souto. Ella había pasado mala noche reflexionando sobre los comentarios de César Santos y, por otra parte, el cabo primero, que se presentó en el hotel María Pita acompañado del agente Quintela, venía con intención de presionarla hasta lograr su objetivo: que se distanciara de Marcelino García Lameiro y colaborase con la Guardia Civil.

Llegaron casi al mismo tiempo y eligieron un lugar apartado en el gran hall del hotel, donde se sentaron en unos grandes butacones ante una cristalera que daba a las playas del Orzán y Riazor. No había nadie a su alrededor.

El cabo primero José Souto inició la conversación yendo directamente al grano.

—Katy, hemos llegado a un punto en la investigación de los casos que tenemos entre manos que la van a obligar a tomar una decisión muy importante.

—¿A mí? —preguntó con cara de inocente.

—Sí, a usted.

—¿Me podría explicar…?

—Claro. Mire, la he citado aquí, de modo extraoficial, porque me gustaría escuchar lo que me quiera decir antes de solicitar su imputación y acusarla de varios delitos relativos a los crímenes de Corcubión, al asesinato de Jesús Canido y a actividades sospechosas de proxenetismo y secuestro de personas entre otros.

—¿Me está hablando en serio o pretende asustarme, cabo?

—Le estoy hablando completamente en serio y le ruego que no me tome por tonto. Si le parece, empezaremos por el principio: el crimen, los dos asesinatos de Corcubión, la esposa y la suegra de Marcelino García Lameiro. Usted mintió a la Guardia Civil. Primero, se hizo pasar por una empleada de hogar de ese señor, lo que es una mentira

como la copa de un pino. Segundo le proporcionó una coartada que no se sostiene porque tenemos un testigo que vio al señor García Lameiro sacar un coche de un garaje de su propiedad no muy lejos de su domicilio, la misma noche del crimen. Coche que había denunciado como robado. No entraré en detalles, ya sabe de qué hablo. Se dará cuenta de lo que significa ser acusada de cómplice o encubridora de dos asesinatos.

—Yo no afirmé que…

—Sé perfectamente lo que afirmó, señorita, porque fue a mí a quien intentó contarme el cuento. La noche en la que su empleado Salgueiro asesinó, supuestamente, a Canido en el hotel próximo al domicilio del señor García, usted afirmó haber dormido en la finca de San Pedro de Nos y confirmó que Salgueiro había dormido en el piso de García. Sabe perfectamente que eso es mentira. Salgueiro durmió en el hotel, habitación 104, y se fue a Santiago a las siete de la mañana. Precisamente porque hay pruebas, Salgueiro ha sido detenido y está encerrado. Otro feo asunto para usted, que tendrá que explicar, por qué, también en esta ocasión, mintió a la Guardia Civil y a la policía. En lo referente al Pazo de Frades, la Policía Nacional ha descubierto ciertas irregularidades que tendrá que explicar, si es usted la directora o administradora del negocio. Y no me refiero solamente a la explotación de mujeres. Ese es otro tema, más grave si cabe, del que no quiero hablar ahora.

El cabo Souto marcó una larga pausa, durante la que Katy permaneció callada y con el gesto tenso. Souto, mirándola fijamente, le preguntó:

—¿Se da usted cuenta de dónde se ha metido? ¿Ha pensado en las consecuencias que le pueden acarrear las acusaciones que penden sobre usted y su amigo, el señor García Lameiro?

—¿Me está sugiriendo algo, cabo Souto?

—Pues claro. Le sugiero que diga la verdad. Le sugiero que diga que el señor García Lameiro salió de su piso la noche del crimen a la una o a las dos y no regresó hasta las cinco de la mañana. No pensará que nos vamos a creer que duermen separados, ¿verdad? O que estaba tan dormida que no se dio cuenta. Porque él salió y fue a buscar el coche que tenía guardado en su garaje cerca de La Whiskería. Hay testigos. No debería seguir subida al carro del señor García, Katy, si no quiere acabar en la cárcel como acabará él. Porque, ¿quién le dio la llave a Salgueiro para ir al piso de Canido? Solo el señor García tenía esa llave. ¿Por qué razón, de nuevo Salgueiro, empleado de García, iba a matar a Canido, a quien ni siquiera conocía? ¿Quién le ordenó hacerlo? Hay demasiadas cosas que el señor García tendrá que explicar. También habrá que dar explicaciones sobre las chicas que sirven en el club del Pazo de Frades y sobre la desaparición de una de

ellas. No nos creemos los menajes que enviaron al señor Santos. Ya se lo dije el otro día, esos mensajes los escribió usted, ¿verdad?

—No sé por qué se le ha metido eso en la cabeza.

—Tengo mis razones, señorita Seoane. En su día comprenderá su error. Ese y otros muchos. Y, ahora, le voy a hacer una proposición. Si usted nos dice lo que sabe, la verdad, respecto al crimen de Corcubión y el de Canido, la apartaré de la investigación y no pediré su imputación. Consideraremos que hay alguien por encima de usted, que es quien dio las órdenes, y que usted no ha participado en los hechos delictivos. Dicho de otro modo, si colabora con la Justicia, se librará de las acusaciones de complicidad y encubrimiento de los asesinatos. Pero tendrá que tomar una decisión rápidamente porque no creo que Salgueiro tarde en confesar y una vez que lo haga y la implique a usted de una u otra forma, será demasiado tarde. Piénselo bien: la libertad o un montón de años de cárcel. ¿A quién cree que va a acusar antes Salgueiro, a su jefe o a usted?

—Parece que está usted muy seguro de que van a poder procesar al señor García Lameiro.

—Lo estoy, Katy. No le quepa duda. Si usted colabora y modifica su declaración en lo referente a la coartada y nos dice todo lo que sabe, será más fácil. Pero ya hay suficientes pruebas para procesarlo. Y en cuanto al crimen cometido por Salgueiro, no hay ninguna duda de quién dio la orden. No olvide que tenemos su teléfono móvil. También hay unas cuantas llamadas que usted tendría que explicar.

—Deme un plazo para pensarlo.

—Veinticuatro horas.

—Está bien. ¿Cuándo puedo llamarlo?

—Cuando quiera. Quintela, dele por favor a la señorita Seoane su tarjeta. Aquí tiene la mía. Puede llamarnos a cualquiera de los dos y fijaremos un lugar y una hora para que presente su declaración. Cuanto antes mejor. Espero que tome la decisión correcta, Katy.

—Gracias, cabo. Agente… —se levantó y se fue sin decir nada más.

El cabo Souto y Quintela se miraron, sonrieron y el cabo dijo:

—Me parece que está asustada y va a colaborar.

—A mí también me lo parece, cabo.

Capítulo XXI

1

Sobre las diez de la noche, cuando el cabo José Souto cenaba tranquilamente en su casa con su mujer, sonó su móvil. Era Catalina Seoane, Katy.

—¿Cabo Souto? —preguntó.

—Sí. Soy yo. ¿Quién es? —respondió el cabo que había reconocido perfectamente su voz.

—Soy Catalina Seoane. Perdone que lo moleste a estas horas.

—No me molesta. Dígame.

—Estoy dispuesta a hacer una declaración completa. ¿Cuándo podemos vernos?

—Cuando usted quiera.

—Si le parece, me puedo acercar a Corcubión mañana sobre las once de la mañana, al puesto de la Guardia Civil.

—Me parece perfecto. La atenderé con mucho gusto y le aseguro que estaremos tranquilos y no nos molestará nadie. ¿Ha hablado de esto con alguien?

—No.

—Dónde está usted ahora.

—Estoy en Santiago. Marcelino García Lameiro está en Madrid y no pienso hablar con él.

—Muy bien. ¿Quiere que envíe a alguien mañana a buscarla a Santiago?

—No es necesario. Iré en mi coche.

—No se arrepentirá, Katy. La espero mañana a las once.

José Souto se quedó un rato callado y Lolita respetó su silencio. Al cabo de un rato le dijo a su mujer:

—Creo que mañana sabremos, por fin, quién mato a la viuda y a la hija de Besteiro.

—¿Quién es esa Katy que te ha llamado?

—Es la querida de Marcelino García Lameiro.

Lolita Doeste era una mujer muy prudente y discreta. Nunca le preguntaba a su marido nada referente a sus investigaciones y no preguntó nada más. El cabo confiaba plenamente en su discreción, al contrario de lo que ocurría con su amigo César Santos, pero nunca le contaba más de lo necesario cuando se aclaraba un caso. Justo lo que

consideraba importante para satisfacer la natural curiosidad de su mujer.

A la mañana siguiente, Catalina Seoane se presentó puntual en la casa cuartel de la Guardia Civil. Souto salió a recibirla a la puerta y la llevó a su despacho. Le ofreció un café y le preguntó si le importaba que estuviera presente una agente para tomar notas. Ella aceptó el café y no tuvo inconveniente en que la agente Verónica Lago se sentara con ellos a la mesa redonda con su portátil.

—Antes de entrar en materia —empezó el cabo Souto—, me gustaría que me dijera qué es lo que la ha decidido a presentarse ante la Guardia Civil para hacer una declaración. Supongo que es lo que ha venido a hacer, ¿no?

—Hace tiempo que estoy muy preocupada por un asunto grave y no consigo quitarme esa preocupación de encima porque me siento responsable, aunque solo sea por haberme callado. Comprenderá, cabo, que no soy una persona quisquillosa en cuestiones de conciencia. He vivido desde muy joven en el mundo de la prostitución y, con Marcelino García Lameiro, he participado en negocios de todo tipo, no siempre del todo legales. Le digo esto para que no crea que son los remordimientos los que me mueven a hablar. ¿Quién no tiene a veces remordimientos? Yo preferiría no tener que hacer ciertas cosas, pero no es por problemas de conciencia. Es por comodidad, por tranquilidad o porque no disfruto haciendo daño ni infringiendo la ley. Lo que ocurre es que cuando te metes en el mundo en el que estoy metida, no es fácil salir. No es que yo no pueda salir del agujero, es que las personas con las que estoy no me dejan. Dependo de ellas, gano mucho dinero y comparto sus secretos, de modo que no soy libre. Ayer, un cliente me dijo que estaba metida en la mierda hasta arriba y que tenía que tomar una decisión. Después, hablé con usted y me dijo lo mismo. No he podido dormir en toda la noche preguntándome: ¿qué hago? Comprenda que no es fácil decidirse. Mi relación con Marcelino García viene de lejos, me ha hecho ganar mucho dinero y es mi amante desde hace años, pero tengo cuarenta y dos, y esto no durará siempre. Además, sé que, si él cae, yo caigo con él. Me refiero a que, si nos cogen por algo ilegal, estoy tan metida como él. Pero hay algo en lo que no estoy metida, al menos no directamente, y es en los asesinatos. ¡Eso es lo que me atormenta!

Katy hizo una pausa y Verónica Lago miró al cabo Souto, que escuchaba con los codos en la mesa y las manos en la barbilla. Sospechaba lo que iba a pasar y cuando Katy habló de los asesinatos, le pareció que se abría una puerta por la que entraba una gran luz en un terreno que, hasta aquel momento, había permanecido oscuro. Souto decidió hacerle una pregunta que la desviaría

momentáneamente de su explicación y quizá la ayudara a coordinar sus ideas.

—Ese cliente que le dijo que estaba metida en…, bueno, ya me entiende, ¿no sería el mismo al que le envió la nota haciéndose pasar por esa chica, Beata?

—Es usted muy listo, cabo. ¿Cómo supo que no había sido ella quien la escribió?

—Una chica rumana que habla mal español no es capaz de escribir sin faltas de ortografía y el tema no era como para confiárselo a nadie, ¿no le parece?

—Tiene razón, no caí en la cuenta.

—¿Y el cliente? ¿No sería un señor alto y bien parecido, de Madrid?

—¿Cómo lo sabe?

—Nunca subestime a la Guardia Civil —contestó sonriendo y mirando a la agente Lago—. Sabemos mucho más de lo que usted cree, sobre Marcelino García y sobre usted. Y ahora, ¿por qué no vamos al grano? Le recomendaría que empezara por el principio. Cuéntenos todo lo que sepa sobre el doble crimen de la mujer y la suegra de García. Es eso lo que no la deja dormir, ¿verdad?

Catalina Seoane se removía en su asiento y retorcía las manos nerviosa. Mantenía la mirada baja y gesticulaba preparando su confesión, pensó el cabo Souto, como un atleta, concentrado, se prepara para efectuar el último intento de una prueba difícil. Por fin, se enderezó, miró a los ojos a Souto, carraspeó y dijo:

—Bien. Empezaré por el doble crimen. —La agente Lago se dispuso a tomar notas en su portátil y Souto, tras ponerlo en modo grabación, dejó su móvil encima de la mesa—. Hacía casi un año que Marcelino me había hablado de la necesidad de matar a su mujer. Lo hizo en varias ocasiones. Para mí era muy difícil oponerme abiertamente a aquella idea que me horrorizaba, pero enfrentarme a él era impensable. Sabía demasiadas cosas acerca de mí y me lo dijo claramente. Oponerme o decirle que no estaba de acuerdo suponía una ruptura en nuestra relación de confianza. Entre dos personas que tienen muchas cosas que ocultar a Hacienda y a la Justicia, una ruptura es catastrófica. Si él estaba decidido a matar a su mujer, también podría matarme a mí, si temía que yo se lo impidiera o lo delatase. Por eso no me opuse. Por eso contó conmigo.

—¿Cuál era la razón por la que quería matar a su mujer? —preguntó Souto.

—Eran varias. Rosalía era la dueña de casi todos los negocios y no estaba de acuerdo con su marido en demasiadas cosas. Le cortaba constantemente el grifo del dinero y se oponía, sobre todo, al negocio de importación de chicas extranjeras con contratos cerrados con las mafias sudamericanas y de Europa del este.

—Como el del Pazo de Santiago… —dijo el cabo.

—El Pazo de Frades se montó a título de prueba, con un objetivo nuevo: la alta gama, por decirlo de alguna manera. Marcelino estaba asociado con otros negocios de más bajo nivel, pero que utilizan la misma fuente para obtener chicas. A eso se oponía Rosalía, su mujer. Ella no quería saber nada de mafias y defendía el viejo estilo de establecimientos de ocio con chicas voluntarias, pubs de alterne, y esas cosas. No quería líos con la policía. Él no estaba de acuerdo porque el otro sistema daba muchísimo más dinero. Las discusiones eran cada vez más frecuente y violentas, sobre todo por lo que le dije antes: ella era quien tenía el control del dinero.

—¿Qué otros motivos podía tener García Lameiro para matar a su mujer?

—Quizá no fueran suficiente uno a uno, pero todos sumados ayudaron a que su decisión fuera irrevocable. La herencia del matrimonio y de la vieja, los cuernos que le ponía Jesús Canido y las considerables cantidades de dinero que ella le daba a su amante, algunos comentarios que le llegaban sobre ese tema y que no le hacían ninguna gracia y, más que nada, las ganas de sentirse libre y dueño de todos sus negocios.

—¿Cómo lo hizo? ¿Encargó el crimen a un asesino profesional?

—No. Lo hizo él mismo. Después de darle muchas vueltas, decidió que era demasiado arriesgado contratar a alguien. No quería tener toda su vida el temor de ser descubierto o traicionado. Lo planeó él solo, lo preparó concienzudamente y lo hizo él.

—¿Le contó cómo exactamente?

—Sí. —Souto y Verónica Lago se quedaron mirándola. Ella continuó—: Aquella noche, no nos acostamos. Estuvimos viendo la televisión hasta la una. Sobre esa hora él se fue a buscar el coche que había guardado en el garaje que ya conocen ustedes y se fue a Corcubión. Entró en la finca con su llave, aunque dejó marcas, según me dijo, como si hubieran saltado el muro, y fue al chalé, donde también entró con su llave por la cocina. Subió a los dormitorios y se encontró con Rosalía, que se había levantado a ver a su madre, la mató y luego mató a su suegra, que estaba dormida. Causó algunos destrozos para que pareciera un robo, se llevó unas joyas y dinero y se fue por la cocina, después de romper la cerradura con una palanca. Se lo cuento tal y como me lo contó él. A las cuatro y media de la mañana llegó al piso y se acostó. Me dijo solamente: «Asunto arreglado, vamos a dormir».

—Supongo que hablarían después, ¿le dijo por qué había matado a su suegra?

—Sí. Me dijo que no iba a dejar a la pobre vieja sola, muriéndose y sabiendo que su hija había muerto. Me dijo que le parecía una

crueldad.

Souto hizo un gesto de desagrado: ¡como si lo de pegarle un tiro en la cabeza a su mujer no fuera una crueldad!, pero prefirió no hacer ningún comentario.

—Y para lo de la coartada se pusieron de acuerdo, claro.

—Sí.

—¿Sabe de dónde sacó la pistola y qué hizo con ella?

—Sí. Es un revolver que tiene hace tiempo y lo utiliza en prácticas de tiro en un club de Cambre. Me dijo que lo había tirado al mar por la Torre de Hércules.

Souto le hizo un gesto significativo a la agente Lago.

—Una última pregunta, Katy, ¿sabe quién fue el que se presentó en una joyería de Santiago con las joyas supuestamente robadas?

—Fue él, Marcelino. Lo hizo para dejar pistas falsas.

—Muchas gracias, Katy. Vamos a hacer una pequeña pausa y luego seguiremos hablando de Jesús Canido. La dejaré un cuarto de hora en la sala de espera, si no le importa, mientras la agente Lago prepara una primera declaración con lo que nos acaba de decir.

—Cabo Souto —dijo ella en tono casi suplicante—, ¿me van a detener?

—No, Katy. No la voy a detener. Cuando tengamos las declaraciones firmadas, iré a ver a la jueza de instrucción y le diré cómo y por qué ha venido usted a ofrecerse voluntariamente para colaborar. Le explicaré a la jueza su situación, sus dudas y sus problemas y mi compromiso para que se tenga en cuenta su colaboración. O sea que no se preocupe, no la detendremos. De todas formas, tendrá que hacer frente a su responsabilidad y seguramente será juzgada por encubrimiento, pero es muy probable que la fiscalía, en vista de su colaboración con la Justicia, que será esencial para condenar a los culpables de los crímenes, minimice los cargos y solo solicite una condena simbólica. No creo que ni siquiera tenga que ir a la cárcel. Ahora espere un poquito y la volveremos a llamar.

2

Unos veinte minutos después, cuando Verónica Lago le dijo al cabo Souto que ya tenía preparada la declaración sobre el doble asesinato, llamaron de nuevo a Catalina Seoane para que la firmara y para hacer otra declaración sobre lo que sabía acerca del asesinato de Jesús Canido.

—A Marcelino nunca le cayó bien Suso Canido —empezó diciendo Katy—. Le encargó algunos trabajos, pero le caía mal. Decía que era

un afeminado.

—Pero, ¿sabía que estaba liado con su mujer?

—Sí, claro que lo sabía. Pero no podía hacer nada porque tenía un acuerdo con ella para hacer cada uno lo que le daba la gana con el único compromiso de evitar los escándalos. También sabía ella que Marcelino estaba liado conmigo, aparte de otros escarceos.

—Entonces, ¿por qué lo mató?

—Creo que fue por varias razones. Le fastidiaba que su mujer le diera dinero constantemente, le molestaba que la gente hablara y, yo creo que, lo más importante, tenía miedo de que Suso lo acusara de haber matado a Rosalía y contara cosas que quizá ella le hubiera contado a él, amenazas, sospechas o temores sobre sus intenciones. Era un estorbo y un peligro. Eso me dijo y, por eso, decidió matarlo. Se lo encargó a Salgueiro, como ya sabe usted. Salgueiro hace todo que le ordena Marcelino, sin preguntar. Es un hombre muy bruto. Le das cien euros, le dices: «Pégale una paliza a fulano», y se la pega, sin más. Con lo de Suso, le explicó varias veces lo que tenía que hacer y lo hizo. Cuando lo detuvieron, le explicó lo que tenía que decir, y lo dijo. Marcelino convocó a Suso Canido en Coruña para hablar con él de negocios. Entonces nos fuimos a San Pedro, a la finca, y nos quedamos a dormir allí. Hay un jardinero y un par de empleados que lo testificarían si fuera necesario. Con lo que no contó fue con que Salgueiro lo hiciera tan mal todo. Era un trabajo demasiado difícil para él. Pero Marcelino no confiaba en ninguna otra persona y no quería de ningún modo hacerlo él mismo. Yo ahí ni entré ni salí, no dije ni pío. No me pareció tan horrible como lo de su mujer y su suegra, y me callé porque no hubiera servido de nada tratar de disuadirlo. Estoy en contra de matar a la gente, pero no podía decirle nada, ya les expliqué a ustedes por qué.

—Está bien, Katy. Con esto nos basta. Este asunto no es de nuestra jurisdicción, sino del juzgado de Coruña, que fue donde se cometió el crimen. Presentaremos allí su declaración voluntaria y hablaré con mis superiores para que en el juzgado sepan que hemos tratado con usted el tema de su disposición a colaborar con la Justicia. La agente Lago redactará la declaración de tal modo que no conste si fue antes o después de los hechos, me refiero al asesinato de Canido, cuando Marcelino García le comentó sus intenciones.

Ella hizo un gesto como intentando decir que lo agradecía. El cabo Souto le pidió a Verónica Lago que redactara la declaración mientras él charlaba con Catalina Seoane de un par de cosas más, fuera ya del interrogatorio oficial. Lago se fue.

—Queda un asunto que tratar. No le voy a pedir declaración sobre ello porque tampoco es un tema de mi jurisdicción. Se trata del Pazo de Frades. Sabe que, si se demuestra que las chicas están de forma

irregular, son explotadas y retenidas contra su voluntad o sufren malos tratos, la investigación no se detendrá y tanto usted como Marcelino García corren el riesgo de ser procesados por ello.

—No…

—Espere —la cortó Souto alzando un brazo—. No me interesa lo que vaya a decirme. Ya le he explicado que el Pazo de Frades no es de mi competencia. Pero hay algo importante que quiero preguntarle, digamos a título personal, y quiero que me responda la verdad si pretende que confíe en usted y en su voluntad de colaborar con la Justicia. Piénselo bien antes de responder, Katy, porque no soporto que me mientan.

—Usted dirá.

—¿Qué han hecho con esa chica que se llama Beata? Ya sabe, la de las notas.

Katy se quedó callada, se cambió de postura, se miró las sortijas y, finalmente, levantó la vista hacia el cabo Souto.

—Lo siento, cabo. De verdad, lo siento. Esa chica puso en peligro el arranque del nuevo club de Santiago. Infringió todas las reglas y no respetó las cláusulas del contrato de trabajo. Tuvimos que separarla de sus compañeras y enviarla a otro club.

—Sabemos perfectamente lo que han hecho con Beata. Sabemos que le dieron una paliza y que la enviaron a Albacete, a «Los llanos Verdes», o algo así —Katy se mostró muy sorprendida—. ¿Qué clase de reglas imponen ustedes a esas chicas, qué clase de cláusulas contienen esos contratos leoninos? ¿Por qué tuvieron que pegar a esa pobre chica? ¿Quién lo ordenó?

—Lo ordenó Marcelino García en cuanto se enteró de que Beata había aceptado dinero y un teléfono móvil de un cliente. Me lo ordenó a mí. No sé cómo se han enterado ustedes, pero eso fue lo que ocurrió. Me dijo: «Que Salgueiro le dé un par de hostias y la mandáis a Albacete. Procura que no se pase.». Eso quería decir que le diera unos cuantos tortazos procurando no romperle nada. No crea usted que estoy orgullosa de ello. Esa chica está en Albacete, ya lo sabe. Pero quiero decirle una cosa, cabo Souto, no se vaya a creer que esas chicas son angelitos. Cuando firmaron sus contratos en sus lugares de origen, sabían lo que hacían. Sabían a qué venían.

—¿Me toma por idiota, Katy? ¿Me está diciendo que las chicas, cuando las contratan, saben cómo las van a tratar, que no son libres, que les retienen sus pasaportes, que les cobran su manutención a precio de hotel de lujo, que les ponen multas por cualquier chorrada y que tardarán años en librarse del contrato que firmaron? ¿Es eso lo que me quiere decir?

—No, no pretendo decirle eso. Lo que le digo es que muchas de ellas, por no decir todas, saben perfectamente que vienen a trabajar en

puticlubs. Y que tienen que ganar lo suficiente para devolver los gastos del viaje, la manutención, la ropa, los gastos de las gestorías para conseguirles sus papeles y todo eso. Firman un contrato escrito en su idioma. No se las engaña.

—Vamos, Katy, iba usted muy bien. No lo estropee. Reconozca que se trata de explotación ilegal de mujeres, de trata de blancas o llámelo como quiera. Algo indecente, inmoral y despreciable, mírese como se mire.

Souto se quedó mirándola fijamente un largo rato. Ella bajó la vista y no dijo nada.

—Bueno. Vamos a dejar este tema. Nadie más que usted sabe que estamos al corriente de esto, me refiero a lo de que Beata está en Albacete. No hable con nadie, ¿me ha entendido? No le diga a nadie que lo sabemos.

—¿Podría decirme cómo lo sabe?

—Sí. Podría, pero no lo haré.

3

El cabo primero José Souto estaba de buen humor. Había descubierto por fin al autor del doble crimen y la declaración de Catalina Seoane era como un pegamento que ajustaba todas las pruebas y sospechas con solidez. Llamó al capitán Corredoira y le envió copia de las declaraciones de Catalina Seoane. Llamó a la jueza de Corcubión y fue a hablar con ella.

Marcelino García Lameiro fue detenido aquella misma mañana en su despacho y trasladado a Corcubión para declarar ante la jueza de instrucción, que decretó prisión sin fianza. También fue citado en el juzgado de A Coruña por inducción al asesinato de Jesús Canido. Catalina Seoane fue imputada por encubrimiento por la jueza de Corcubión, que la dejó en libertad provisional sin fianza, con la obligación de presentarse en la comisaría más próxima a su domicilio cada quince días. La noticia corrió como la pólvora por toda la provincia y ocupó la primera página de los diarios y los informativos de radio y televisión autonómica durante una semana. Sin embargo, los locales de la empresa que dirigía García Lameiro siguieron funcionando dirigidos por sus respectivos gerentes. Kati desapareció de la circulación y se recluyó en un piso que tenía en una urbanización de Mera, al otro lado de la bahía de La Coruña, a la espera de los juicios.

Salgueiro, que se había negado sistemáticamente hasta entonces a declarar quién le había ordenado el asesinato de Jesús Canido, cuando

se enteró de que Marcelino García estaba en la cárcel, admitió que había sido él quien le había ordenado matar al decorador.

Unos días después, el cabo José Souto llamó a su amigo Julio César Santos y le dijo que fuera a Albacete, que se presentase en el cuartel de la Guardia Civil y preguntara por el teniente Fernando Domínguez diciendo que iba de su parte. Habían hecho una redada en el club Los Llanos Verdes de aquella capital manchega y habían liberado a Beata, que se reponía de las lesiones sufridas en Santiago. Santos tardó poco más de dos horas en llegar a Albacete, donde recogió a la chica, que tenía aún la cara algo desfigurada y unos puntos en el labio inferior. La pobre chica se emocionó cuando vio entrar a Santos en la sala de espera donde se encontraba acompañada por una asistenta social.

Santos había mandado preparar el cuarto adjunto a su despacho de la calle de Fuencarral con la idea de que se alojara allí mientras le encontraba algún trabajo, para lo que ya había empezado a moverse entre sus familiares y amistades. Le dejó algún dinero y le pidió a su ayudante, Elías Cruz, el joven que terminaba Derecho con ánimo de hacerse detective privado, que se ocupara de ella, le enseñara el barrio y le echara una mano en lo que necesitara. No quiso Santos que Beata pensara que la había liberado de la sordidez del prostíbulo manchego para aprovecharse y hacerla su amante. Por eso, se mantuvo voluntariamente alejado de ella durante varios días, aunque la llamaba por las noches para ver qué tal estaba.

En Corcubión, en la casa cuartel de la Guardia Civil, todo volvió a la normalidad y se restableció la rutina habitual. Al cabo primero José Souto no le importó demasiado la medalla que solicitó para él el capitán Corredoira por su habilidad en el desarrollo de la investigación y la obtención de las declaraciones de Catalina Seoane. Lo realmente importante para él fue descubrir al asesino de Consuelo Pino y de Rosalía Besteiro. Pues, aunque desde el principio tuvo la convicción de que el asesino tenía que ser Marcelino García, la abundancia de indicios chocaba constantemente con la escasez de pruebas, como las olas que se estrellan contra las rocas en un esfuerzo tan permanente como inútil. Era, pensaba él, el caso más difícil al que había tenido que hacer frente en su carrera. Una lucha entre la convicción y la demostración, entre la justicia y sus exigencias, entre la verdad y la realidad.

El cabo Souto llegó a pensar que Marcelino García Lameiro había conseguido llevar a cabo el crimen perfecto. A pesar de que todas las sospechas indicaban que él era el asesino, no había manera de probarlo. No parecía haber cometido ningún error por donde pillarlo y cada día que pasaba parecía alejarse más cualquier posibilidad de

conseguirlo. Para desesperación del cabo Souto, faltaba la prueba fundamental, la que obligaría a los jueces a procesarlo, la que se necesitaba para que un jurado no tuviera dudas y lo condenara por unanimidad, la evidencia. Sin embargo, la tenacidad del guardia civil acabó dando sus frutos y la prueba imprescindible apareció donde menos se esperaba. Una prueba suele ser un objeto, un hecho, una imagen o, como en este caso, la declaración de un testigo. Esta vez se trataba de algo más que un testigo que cuenta lo que ha visto. Era el producto de una traición, de la ruptura de una larga relación. El asco, el miedo, el cansancio o quizá un odio mucho tiempo disimulado habían llevado a Catalina Seoane, Katy, a romper los oscuros lazos que la unían a su cómplice y delatarlo para salvarse ella. Ese fue el error cometido por Marcelino García Lameiro: fiarse de alguien de su calaña.

José Souto miró por la ventana de su despacho. Observó la ría, que parecía de acero, con el brillo y los reflejos de una luz filtrada por las abundantes nubes que cubrían el cielo. Las motoras de los pescadores entraban y salían dejando largas y fugaces estelas blancas, acompañadas por el griterío de las gaviotas incansables y hambrientas. Pinares, fina lluvia, una costa recortada y agreste, el cabo de Finisterre, el fin del mundo. Era su tierra, el lugar donde nació y del que no estaba dispuesto a irse nunca. Estaba como extasiado en la contemplación de aquel paisaje que veía a diario desde su infancia, cuando entró el guardia Orjales y le dijo:

—Un motorista acaba de atropellar a un perro donde el quiosco del puerto.

—¿Le ha pasado algo?

—¿Al perro? —preguntó Orjales con ironía—. Se lo ha cargado.

—No, coño, tío. Al de la moto.

—¡Ah, no! Parece que no es nada. Un golpe en la cadera y algunos arañazos.

Esas eran las cosas que al cabo Souto le gustaba que pasaran. Cosas sencillas, cotidianas, incluso, a veces, divertidas. Sonrió y se le ocurrió algo. Llamó a su amigo Julio César Santos.

—¿Qué tal, sabueso? ¿Le encontraste un trabajo a tu chica?

—Pues sí. Mi hermana le encontró trabajo en su peluquería. No me digas que me llamas para interesarte por Beata.

—No, qué va. No te llamo por eso. Te llamo porque acaba de ocurrir algo grave aquí, en Corcubión, de lo que me tengo que ocupar y pensé que quizá te interese meter tus narices en el caso, como de costumbre.

—¿Me estás hablando en serio? ¿De qué se trata?

—Un tío en moto ha atropellado a un perro en el puerto, César. No

sé por dónde empezar la investigación. Quizá podrías echarme una mano.

—Voy para allá, Pepe.

Tres Cantos, 30 de diciembre de 2020

CRÉDITOS

Primera edición digital: octubre, 2021
Título: Doble crimen en Finisterre. Otro caso más del cabo Holmes

© 2020, Carlos Laredo Verdejo

ISBN: 978-84-121745-4-0

© De la portada y diseño de cubierta: Pablo Uría Díez

© Diseño y maquetación: James Crawford Publishing (William E. Fleming)

© 2021 Kokapeli Ediciones

Queda prohibido, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todos los demás derechos están reservados.

Notas

[1] El nombre oficial de esta capital gallega es «A Coruña» y es el que utiliza el narrador. Los coruñeses, suelen referirse a su ciudad como «Coruña» y los de fuera, especialmente si no son gallegos, dicen «La Coruña». De ahí las diferentes formas que encontrará el lector. < <

[2] «La Línea divisoria» (cuarta novela de la serie del cabo Holmes). < <

[3] Ver: «El secreto de las abejas». < <

[4] Ver: «El rompecabezas del cabo Holmes», la primera novela de las serie. < <

[5] Ver «La decepción del cabo Souto», segunda novela de la serie del cabo Holmes. < <

Esta edición de «La paciencia del cabo Holmes.

Otro caso más del cabo Holmes»

se terminó de editar

en mayo de 2020.

Índice

Doble crimen en Finisterre
Introducción
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Notas